

EL
ASESINATO
DEL CALÍGRAFO
DE **BAGDAD**

JOSÉ VICENTE ALFARO

ÍNDICE

PERSONAJES PRINCIPALES

PREFACIO

INTRODUCCIÓN

PRIMERA PARTE

1

2

3

4

5

6

SEGUNDA PARTE

7

8

9

10

11

12

TERCERA PARTE

13

14

15

16

17

18

CUARTA PARTE

19

20

21

22

23

24

QUINTA PARTE

25

26

27

28

29

30

SEXTA PARTE

31

32

33

34

35

36

EPÍLOGO

NOTA DEL AUTOR

AGRADECIMIENTOS

Notas

EL ASESINATO DEL CALÍGRAFO DE BAGDAD



JOSÉ VICENTE ALFARO

Créditos

Primera edición: junio 2020

© DSt Producciones

© José Vicente Alfaro

Cubierta y diseño de portada:

© Alexia Jorques

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluida la reprografía y el tratamiento informático, sin la autorización previa y por escrito del autor.

DESCARGA EBOOK DE REGALO



NOVELA HISTÓRICA

Por tiempo limitado hazte con una copia gratis de «La canción del bosquimano», novela corta acerca de los pueblos del África austral que habitaban el desierto del Kalahari.

amazonkindle

Descargar desde la página del autor:

<http://josevicentealfaro.com/>

Para mis queridas prima Angelita y mi tía Mariflor

PERSONAJES PRINCIPALES

Theobald de Canterbury: monje benedictino.

Subaya: antigua concubina del califa.

Yabir: hijo de Subaya.

Al-Mamún: califa de Bagdad.

Al-Mutasim: hermano del califa.

Amina: hija de Al-Mutasim y sobrina del califa.

Abbas: hijo del califa.

Uthmán: el visir.

Suleimán: el chambelán del palacio del califa.

Sabiq Al-Mursi: comerciante de Bagdad.

Fadhila: hija del Al-Mursi.

Istifán: socio comercial del Al-Mursi.

Khalid ibn Faraj: el calígrafo, marido de Fadhila y yerno de Al-Mursi.

Ahmad Banu Musa: erudito de la Casa de la Sabiduría.

Hunayn ibn Ishaq: erudito y director de la Casa de la Sabiduría.

Al-Jahiz: erudito defensor de la doctrina mutazilita.

Abu Haidar: poeta de la corte del califa.

Wasif: antiguo tutor del califa.

Falid Al-Farabi: maestro de escuela.

Ahmad ibn Hanbal: ulema tradicionalista.

Abdalmalik: secuaz de Hanbal.

Mahsati: cantante de Bagdad.

PREFACIO

La península de Arabia, situada en el suroeste de Asia, entre el mar Rojo y el golfo Pérsico, constituye una meseta principalmente desértica y rodeada de montañas, de clima cálido y tierras áridas. No obstante, también cuenta con una zona fértil en el sur (el Yemen), gracias a las lluvias de los monzones y a su ingeniosa red de canales de agua, y otra al noroeste, conocida como Hiyaz, una ruta histórica mercantil que comunica el Mediterráneo con el Índico, y que alberga ciudades oasis tan importantes como La Meca o Medina.

El pueblo árabe es de origen semítico, pues según la tradición descende de Noé, a través de su hijo Sem. Los habitantes que moraban en las ciudades dedicadas al comercio llevaban una vida sedentaria, mientras que el interior albergaba a los nómadas del desierto, conocidos como beduinos, quienes subsistían desplazándose de un sitio a otro en busca de agua y pastos para alimentar el ganado. La sociedad estaba organizada en tribus y clanes, que compartían un descendiente común y acataban la autoridad del varón de mayor edad. Sin embargo, las constantes rivalidades entre las mismas solían desembocar en violentos enfrentamientos.

Por lo demás, la cultura preislámica era principalmente oral, y dentro de ella, la poesía se consideraba la expresión artística más elevada. Los árabes celebraban la vida y gozaban del presente, entregándose a los placeres del vino, el juego y las mujeres, conscientes de que la muerte les llamaría sin previo aviso.

La religión no ocupaba un lugar preeminente en la vida de los árabes. Las tribus practicaban un culto de tipo animista: creían en las fuerzas de la naturaleza y adoraban ídolos y tótems a los que atribuían poderes divinos. La población nómada carecía de santuarios, mientras que los habitantes de las ciudades construían templos donde albergar a sus deidades. De entre ellos, el más importante era la Kaaba, situada en La Meca, una construcción en forma de cubo en la que, además de ídolos, se veneraba una piedra negra. Las peregrinaciones que se realizaban al mencionado templo proporcionaban grandes ingresos a los mercaderes, quienes hacían coincidir dichos momentos con las ferias más importantes.

En el contexto histórico descrito, surge la figura de Mahoma. Nació en torno al año 570 d. C. en el seno de uno de los clanes más pobres de los Quraysh, tribu que controlaba el comercio a lo largo de la costa oeste de Arabia desde su base en La Meca. Siendo tan solo un niño, Mahoma se quedó huérfano, por lo que fue adoptado primero por su abuelo Abd al-Muttálib y luego por su tío paterno Abu Talib, líder del clan. Durante su juventud trabajó como pastor, y en años posteriores lo hizo como mercader en una ruta caravanera, cuyos viajes le permitieron conocer a sacerdotes cristianos y rabinos judíos que le introdujeron en los misterios de la fe monoteísta. A los veinticinco años se casó con Jadiya, una rica viuda mucho mayor que él que le permitió elevar su estatus en la sociedad de la época. De dicha unión nacieron seis hijos, cuatro niñas y dos niños, aunque los varones murieron en la infancia.

Cumplidos los cuarenta —en el año 610 d. C.—, y mientras meditaba en una cueva del monte Hira, Mahoma tuvo una visión del arcángel Gabriel, que le reveló que había sido elegido como el último de los profetas para proclamar la sumisión a un único Dios, eterno y perfecto —Alá—, y la venida del día del Juicio Final.

A partir de ese momento, Mahoma comenzaría su etapa de predicación y captaría a sus primeros seguidores, principalmente jóvenes pertenecientes a las clases más desfavorecidas. Sin embargo, el ataque al politeísmo imperante hasta la fecha soliviantó a los mercaderes más poderosos de La Meca, pues temían que el rechazo a los tradicionales ídolos emplazados en el santuario de la Kaaba perjudicase el constante flujo de peregrinos sobre el que se sustentaban sus negocios.

Después de una década repleta de tensiones, y tras la muerte de Jadiya y de su tío Abu Talib, Mahoma y sus seguidores fueron expulsados de La Meca por la tribu de los Quraysh a la que ellos mismos pertenecían. Mahoma se trasladó entonces al oasis de Yazrib, que posteriormente recibiría el nombre de Medina, «la ciudad del profeta». Este hecho marcaría un hito en la historia del islam, pues por primera vez en Arabia la vinculación de los miembros de una misma comunidad no vendría determinada por los tradicionales lazos de clan y de tribu, sino por su creencia compartida en un único dios verdadero. Esta huida a Medina, conocida por el nombre de Hégira, marcaría asimismo el inicio del calendario musulmán; corría el año 622 de la era cristiana.

En Medina, la comunidad musulmana continuó aumentando y Mahoma organizó ataques a las caravanas de los Quraysh, para hacerse con el botín y perjudicar a sus enemigos declarados. En respuesta, los mercaderes de La Meca reaccionaron y emprendieron la guerra contra los musulmanes. Las batallas se sucedieron a lo largo de los siguientes años, con victorias y derrotas por ambos bandos, hasta que en el año 629 d. C. Mahoma partió hacia La Meca al frente de un enorme ejército con el que logró conquistarla sin resistencia, pues ante semejante fuerza militar sus rivales optaron por la rendición. Casi todos sus habitantes se sumaron a la causa, los ídolos paganos de la Kaaba fueron destruidos, y el Profeta convirtió la ciudad en el lugar sagrado del islam y el principal sitio de peregrinaje de la nueva religión.

Aquella gran victoria contribuyó a aumentar el prestigio de Mahoma, quien logró la adhesión del resto de las tribus de Arabia, las cuales dejaron de lado sus viejas rivalidades y se unieron en torno a la nueva fe revelada por el Profeta. En el momento de su muerte, acaecida en el año 632 d. C., Mahoma era ampliamente reconocido como líder religioso y político de la práctica totalidad de la península arábiga.

El fallecimiento de Mahoma provocó graves problemas en la comunidad islámica recién nacida. Por un lado, la doctrina que Alá le había transmitido a través del arcángel Gabriel no estaba definida, dado que sus enseñanzas no se habían recogido por escrito. Y por otro, el Profeta no había designado un sucesor, ni tampoco había establecido la forma de elegirlo. Estos problemas darían lugar a cismas y disensiones que aún perduran hoy en día.

La facción suní argumentaba que el sucesor de Mahoma debía ser el miembro más eminente de la tribu de los Quraysh. Los chiíes, por el contrario, defendían que debía tratarse de un descendiente directo del Profeta, que en aquel momento no podía ser otro que Alí, primo y yerno de Mahoma, ya que estaba casado con su hija Fátima. Los terceros en discordia, los jariyíes, sostenían que podía ser elegido cualquier miembro de la comunidad, independientemente de su origen o raza. Finalmente se impuso la postura suní, dándose así inicio al califato de los cuatro primeros sucesores de Mahoma —Abu Bakr, Umar, Otmán y Alí—, conocidos como los califas ortodoxos o bien guiados, los cuales gobernarían sobre la comunidad islámica entre los años 632 y 661 d. C.

Durante dicho periodo, los musulmanes hicieron la guerra santa con gran fervor, sometiendo primero a las tribus árabes que tras la muerte de Mahoma habían roto los pactos alcanzados, y posteriormente, conquistando nuevos territorios para el islam más allá de las fronteras de la península arábiga, cumpliendo así con los deseos que el Profeta siempre había manifestado. El califato se extendió por Siria y Palestina, que fueron las primeras naciones en ser invadidas por los ejércitos musulmanes, a las cuales les siguieron Egipto, Irak y Persia. El rápido y eficaz éxito de sus campañas militares se debió a varios factores: el entusiasmo con que peleaban los musulmanes, a quienes se les prometía la vida eterna si morían luchando en la guerra santa; su buen conocimiento del terreno debido a su tradición caravanera y, sobre todo, a la debilidad de los imperios bizantino y persa, extenuados tras una guerra mutua que duraba ya medio siglo.

Los habitantes de los territorios conquistados profesaban todo tipo de religiones —el cristianismo, el judaísmo, el zoroastrismo, el budismo o el animismo—, y muchos de ellos se fueron convirtiendo a la fe de los conquistadores por motivos muy diversos. De modo que, con el tiempo, el islam pasó de ser la fe profesada por una minoría árabe, a una religión universal que acogía en su seno a gentes de diferentes nacionalidades y razas.

Además, bajo el gobierno de los califas ortodoxos, durante los veinte años que siguieron a la muerte del Profeta, se llevaría a cabo la recopilación y codificación de las revelaciones de las que Dios le había hecho partícipe, conocidas en su conjunto como Corán, libro que constituye la base de la fe de todos los musulmanes. El Corán, escrito en árabe —pues esa fue la lengua en que fue revelado—, consta de ciento catorce capítulos denominados azoras o suras, y más de seis mil versículos, conocidos como aleyas, que contiene un código completo de enseñanzas y leyes de carácter religioso, político y social.

Alí, el primo y yerno de Mahoma, fue nombrado cuarto califa ortodoxo, como los chiíes siempre habían querido. La diferencia radicaba en que para los suníes su elección se había producido mediante aclamación pública, de la misma manera que sus predecesores en el cargo, y no porque perteneciese a la familia del Profeta. Con todo, su gobierno se caracterizaría por ser muy breve y tumultuoso. Diversas facciones se opondrían a su nombramiento, y muy especialmente el gobernador de Siria, Muawiyah, quien le acusó de haber asesinado al califa anterior. Las hostilidades derivaron en una serie de batallas en las que por primera vez los musulmanes se enfrentaban entre sí, hasta que, tras muchos avatares, Alí fue asesinado por un jariyí mientras rezaba en una mezquita. Como consecuencia de todo ello, Muawiyah se autoproclamó califa en el año 661 d. C., inaugurando así el califato omeya, momento a partir del cual se produjo un cambio de rumbo político y religioso en el mundo islámico, que experimentó una enorme transformación.

Muawiyah fundó su propia dinastía y el califato se transformó en un régimen hereditario de carácter monárquico. Asimismo, trasladó la capital del imperio a Damasco, en Siria, en detrimento de Medina, y las instituciones arcaicas de los árabes fueron reemplazadas por una nueva forma de gobierno de influencia bizantina, que modernizó la organización de la administración y el ejército, el cual pasó de que se le pagara con los botines de guerra a recibir un salario fijo.

La expansión musulmana prosiguió su avance con la fuerza de las armas, y pronto se extendería desde las costas del Atlántico hasta las estepas de Asia central y las llanuras del norte de la India. Además, si hasta entonces se habían seguido empleando las lenguas de los territorios

conquistados, como el siríaco o el persa, durante el presente califato el árabe se convertiría en la lengua vehicular por excelencia, sustituyendo incluso al griego como la lengua universal de la investigación científica.

Durante la última etapa del califato omeya, casi un siglo después de su instauración, el descontento de la comunidad musulmana se había generalizado. La riqueza se concentraba en manos de unos pocos —fundamentalmente de origen árabe—, por lo que se pensaba que los omeyas habían traicionado el mensaje de igualdad entre los creyentes que se desprendía de los principios islámicos. El clima de inestabilidad fue aprovechado por la familia abasí —llamada así por descender de Abbas, tío paterno de Mahoma—, que supo aglutinar a su favor el malestar de la población. Así pues, los abasíes se ganaron para su causa a chiíes y jariyíes, conformando una coalición que se rebeló contra los omeyas, a los que derrotaron en el año 750 d. C. tras una serie de sangrientas batallas.

Al-Saffah fue proclamado califa y su primera medida consistió en asesinar a todos los omeyas para evitar así su posible retorno. El único miembro de la familia que logró escapar con vida fue el príncipe Abderramán, que huyó al norte de África para luego trasladarse a España y fundar en Córdoba un emirato independiente. Al-Saffah gobernó apenas unos pocos años, y fue sucedido por su hermano Al-Mansur, verdadero iniciador de la dinastía abasí, puesto que los treinta y cinco califas siguientes fueron descendientes suyos por vía masculina.

Al-Mansur fundó la ciudad de Bagdad, donde situaría la capital del nuevo imperio islámico. Y, si hasta entonces el califato omeya se había caracterizado por favorecer un régimen de privilegio para los grupos árabes, donde la política dependía fuertemente de las filiaciones tribales, durante el califato abasí el poder comenzó a equilibrarse, después de que se asimilase la cultura regional preexistente, principalmente irania, en detrimento del tradicional exclusivismo árabe. Así pues, el califato abasí reestructuraría la corte y la administración según el modelo persa, cuya influencia en todos los aspectos del estado se antojaría fundamental.

A partir de ese momento se iniciaría un largo periodo de paz, prosperidad y erudición, comúnmente conocido como la Edad de Oro del islam...

INTRODUCCIÓN

Descendió con cuidado por la escalerilla, sosteniendo en alto un candil que proyectaba una claridad flotante que desvelaba los contornos imprecisos de techo y paredes. La cámara subterránea se erguía sobre columnas lisas y muros desprovistos de aderezos que trepaban hasta el artesonado de madera.

El candil que sostenía en la mano para abrirse paso en la oscuridad reinante despedía una burbuja de luz dorada que apenas alumbraba un paso por delante de él. Una primera exploración le confirmó que el lugar era mucho más amplio de lo que se había imaginado, tan diáfano como parco en mobiliario. Más allá de un enorme pebetero con restos de ceniza, solo había un armario y algunos incensarios dispuestos en las esquinas.

Abrió el armario y comprobó que contenía un lote de esterillas, varias antorchas y algunos frascos de vidrio. Una segunda inspección, sin embargo, le permitió descubrir un cajón oculto en la parte inferior, casi imposible de detectar porque se habían usado molduras decorativas para disimular las uniones.

El cajón estaba lleno de pergaminos enrollados.

Intrigado, dejó el candil en el suelo y comenzó a examinarlos con enorme interés, constatando enseguida que contenían textos del Corán.

Al principio no le dio al hallazgo mayor importancia, hasta que, tras analizar los pliegos con mayor atención, se dio cuenta de que podía encontrarse ante los fragmentos más arcaicos que se conservaban de las escrituras sagradas musulmanas. Los pergaminos, visiblemente deteriorados por el paso del tiempo, eran de piel de cabra y estaban escritos en hiyazí, una grafía árabe temprana. Podían tener, por tanto, más de doscientos años de antigüedad y haber sido redactados muy poco tiempo después de la muerte de Mahoma.

Pero su sorpresa inicial no fue nada comparada con la que se llevó tras leer su contenido.

La transcripción de los suras que allí aparecían no coincidía con la redacción del Corán oficial fijado por la tradición. Y, lejos de tratarse de una divergencia superficial, afectaba en parte al núcleo esencial de la religión musulmana.

Consciente de la gravedad de aquel asunto, volvió a dejar los pergaminos en su sitio como si le quemasen entre los dedos. El corazón le latía con tanta fuerza que amenazaba con salirse del pecho. Aquella versión alternativa al Corán establecido era tan peligrosa que, puesta en según qué manos, su sola existencia podía hacer tambalear los cimientos del islam y provocar una revolución sin precedentes.

Visiblemente afectado, lo dejó todo como estaba y se apresuró a marcharse de allí lo antes posible. ¿Y después?, ¿qué haría después? Solo tenía clara una cosa. Si aquellos pergaminos viesan la luz, podría desencadenarse una serie de consecuencias de carácter imprevisible que se extenderían por todo Oriente Medio.

PRIMERA PARTE



“Alá es la luz de los cielos y la tierra. Su luz es como una hornacina en la que hay una lámpara; la lámpara está dentro de un vidrio y el vidrio es como un astro radiante. Se enciende gracias a un árbol bendito, un olivo que no es ni oriental ni occidental, cuyo aceite casi alumbra sin que lo toque el fuego. Luz sobre luz. Alá guía hacia Su luz a quien quiere. Alá llama la atención de los hombres con ejemplos y Alá conoce todas las cosas.”

El Corán. Azora 24, vv. 35

Subaya se despertó al amanecer con la sensación de no haber descansado. Le había costado mucho conciliar el sueño y se había desvelado varias veces durante la noche.

La cercanía a Bagdad, de la que había huido cerca de una década atrás, como lo habría hecho un desertor asustado, había aumentado notablemente su grado de nerviosismo. Era muy consciente de que al emprender su regreso asumía un riesgo muy elevado, pero necesitaba conocer las respuestas a ciertas preguntas que se había estado haciendo durante años. Confiaba en que no la reconociesen, o que ya la hubiesen olvidado. Desde luego, había transcurrido tiempo de sobra para que al menos una de las dos premisas se hubiese cumplido.

Subaya se incorporó y sacudió suavemente a su hijo. Yabir se revolvió en el lecho y murmuró una queja entre dientes.

—Arriba, dormilón, hora de levantarse.

—Todavía es muy temprano —protestó el niño medio dormido.

Tenía razón, pero Subaya necesitaba ponerse en marcha lo antes posible, aunque no pudiesen partir hasta que lo hiciese la caravana con la que viajaban y de la que dependían por completo. Para una mujer y su hijo pequeño habría supuesto una temeridad recorrer el desierto en solitario, pues enseguida se habrían convertido en presa fácil de los asaltantes de caminos.

—Hay agua en la jofaina. Lávate la cara.

—Tengo hambre, mamá.

—Toma unos dátiles, te calmarán el apetito. Ya desayunaremos después como es debido.

Subaya, mientras tanto, se aseó y se embutió en una túnica de color azul, que la cubría casi de forma íntegra, salvo la cara, las manos y los pies. La vestimenta, en todo caso, no se le adhería al cuerpo para evitar que la tela absorbiese el calor y se le transfiriese a la piel. Los años y la dura vida que Subaya había llevado habían provocado que perdiera parte de su belleza, de la que tanto había presumido en su juventud. Merced a los rigores del desierto, su tez ya no era tan blanca como antaño, y sus manos también se habían estropeado de realizar ciertas tareas. Sus formas, sin embargo, conservaban el atractivo que tanto enloquecía a los hombres de Oriente Medio: talle fino y esbelto, y caderas muy anchas acompañadas de un trasero generoso. Unos grandes ojos, negros y profundos, característicos de la mujer árabe, remataban el retrato de la todavía hermosa Subaya.

—Ahora quiero que cuentes en voz alta hasta el último número que te he enseñado. Luego practicarás algunas sumas y restas.

—¡Mamá, por favor! ¡Pero si me acabo de levantar! —refunfuñó Yabir arrugando la frente—. ¡Ahora no tengo ganas!

—Anda, no te quejes tanto. Este es tan buen momento para aprender como otro cualquiera.

Yabir tenía diez años y se había criado entre beduinos, de los cuales había aprendido a adaptarse al duro hábitat del desierto. Era un niño independiente y activo, que sentía una enorme curiosidad por la naturaleza y por los animales que en ella habitaban. Por el contrario, no había cultivado sus dotes intelectuales y los números le parecían entes extraños y poco interesantes.

Subaya, sin embargo, había recibido una educación esmerada durante la etapa que vivió en Bagdad, y deseaba transmitirle a su hijo algunos conocimientos básicos en aritmética que bien podrían ayudarle.

—¿Y si jugamos mejor al juego de las palabras? —preguntó Yabir.

—Está bien —cedió su madre—. Pero no pienses que te vas a librar de los números.

Subaya también le estaba enseñando a su hijo el alfabeto árabe, para que pudiera aprender a leer más adelante si la situación de ambos mejoraba. Se había dado cuenta de que si transformaba la educación en un juego, favorecería el aprendizaje. Para ello, tomó un papiro que llevaba consigo y, señalando uno de los caracteres allí representados, preguntó:

—¿Ves alguna cosa que empiece por esta letra?

El niño observó la grafía, que enseguida identificó como la letra “p”, y miró a su alrededor poniendo toda su atención. Cuando ya creía que no había nada que le pudiese servir, una sonrisa brotó de sus labios.

—¡La pared! —exclamó triunfante.

—Bien pensado —le felicitó Subaya, al tiempo que señalaba otra letra del papiro.

Yabir la reconoció fácilmente y corrió hacia la ventana.

—El sol, mamá. Sol comienza por “s”.

—Muy bien. ¿Y esta otra?

—¡La “c”! ¡Y allí veo un camello!

—No, esta vez te has equivocado... aunque no con la letra. Fíjate bien. ¿No te has dado cuenta de que en realidad es un dromedario?

Así transcurrieron algunos minutos, hasta que Subaya dio por finalizado el juego y terminó de empacar el fardo de viaje.

—¿Cuánto falta para llegar a Bagdad?

Yabir hacía la misma pregunta todas las mañanas, con la persistencia de un gallo de corral.

—Tres o cuatro días —repuso Subaya—. Ya nos queda poco.

—¿Y entonces conoceré a mi padre?

Subaya no podía estar del todo segura, pero al menos así lo esperaba.

—Para eso hemos hecho este largo viaje.

Al cabo de un rato, salieron al exterior del caravasar donde habían pernoctado, situado a las afueras de la ciudad de Kufa. Los caravasares eran lugares de descanso especialmente contruidos a lo largo de las principales rutas comerciales, para fomentar la buena marcha del comercio. La edificación contaba con dos plantas: abajo se hallaban los almacenes para las mercancías y los establos para los animales, y arriba, los dormitorios para los mercaderes y los viajeros en general.

Nada más salir, un perro salió al encuentro de Yabir y le obsequió con varios lametones en la cara. El animal formaba parte de la caravana a la que ellos se habían incorporado un mes atrás, tenía total libertad para ir de un sitio a otro, y entre el crío y él se había trabado una sólida amistad, hasta el punto de que ambos se habían hecho casi inseparables.

Yabir cogió un palo y lo lanzó tan lejos como pudo.

—¡Tráelo! ¡Vamos!

El perro obedeció y el propio Yabir echó a correr detrás de él para seguir jugando.

—¡No te alejes demasiado! —advirtió Subaya.

—¡Sí, mamá!

Hacía una temperatura agradable. El sol se asomaba tímidamente en el horizonte y a aquella hora de la mañana todavía no constituía una amenaza. La explanada situada frente al inmueble bullía de actividad porque la caravana se estaba preparando para reanudar pronto la marcha. Cada día cubrían unos cuarenta kilómetros de distancia, de modo que ya solo les separaba de Bagdad unas pocas jornadas. El caravanero jefe, semejante al capitán de un barco, daba las órdenes pertinentes y supervisaba los preparativos del convoy con la eficacia acostumbrada. Más de trescientos camellos lo conformaban, así como algunos asnos y perros, y todo el mundo tenía asignado su lugar en el mismo, ya fuese en la parte delantera, en la central o en la cola.

Subaya buscó con la mirada a un monje cristiano que formaba parte de la expedición, y del que nunca se separaba desde que le conoció el primer día que se unió a la caravana. Su compañía ahuyentaba a los demás hombres, que no habrían dudado en hacerle todo tipo de proposiciones inapropiadas al ver que viajaba sola. El monje, en cambio, se había comportado siempre de manera correcta, y se había revelado como un gran conversador, de carácter solícito y afable. Y, por si no fuese suficiente, había respetado la actitud reservada que ella había mostrado, guardando un hermético silencio en relación a los motivos de su viaje y a los detalles de su vida anterior.

El monje no aparecía por ningún sitio, por lo que dedujo que todavía no se habría levantado. Después advirtió que Yabir se había perdido de vista. Subaya chasqueó la lengua en señal de irritación. Cuando se ponía a jugar, su hijo se distraía con facilidad y perdía por completo la noción del tiempo y el espacio. Yendo con la caravana, Yabir se había extraviado en más de una ocasión, y solo con la ayuda del monje cristiano había podido encontrarle tras recorrérsela de cabo a rabo.

Subaya se encaminó hacia el lateral del edificio y dobló la esquina, esperando verle allí, pero no estaba. Prosiguió su avance en dirección a la parte trasera, dispuesta a rodear el inmueble para dar con el despistado de su hijo. A punto de girar de nuevo, escuchó unos apremiantes ladridos, que cesaron de repente tras un lastimero aullido. Cada vez más preocupada, Subaya apretó el paso, hasta que llegó por fin a la parte posterior del caravasar...

Lo que allí vio la dejó sin respiración.

Un individuo tenía fuertemente agarrado a su hijo, tapándole la boca para evitar que gritara. Yabir pataleaba y pugnaba por liberarse de su captor, como un conejo en las mandíbulas de un zorro. Sin embargo, sus esfuerzos eran en vano. Al extraño no le costaba ningún trabajo sujetar a un niño tan pequeño, por más que se resistiese.

La mirada de Subaya se desvió a un lado. A escasa distancia de ambos, el perro con el que su hijo había estado jugando yacía sin vida en el suelo, en medio de un oscuro charco de sangre. Un preciso tajo en la garganta había bastado para matarlo y acabar así con sus ladridos al salir en defensa del niño.

Sobrecogida, Subaya chilló con todas sus fuerzas. No obstante, su alarido se perdió al fundirse con los bramidos de los camellos y las voces de los mercaderes que organizaban la carga en la parte opuesta del edificio.

Aunque estaba aterrorizada, Subaya sabía que debía actuar con rapidez. No podía enfrentarse al hombre que pretendía raptar a su hijo, porque tenía todas las de perder. Además, habría resultado una temeridad encararse con él, sobre todo después de ver de lo que era capaz. No, su

mejor opción pasaba por volver y dar la voz de alarma para que los guardias de la caravana acudiesen en su auxilio.

Subaya se giró dispuesta a echar a correr pero, para su sorpresa, otro individuo la esperaba a su espalda, provisto de una sonrisa lobuna y una mirada despiadada. La situación empeoraba por momentos. No era un malhechor, sino dos, que actuaban de forma perfectamente coordinada.

—No te muevas —espetó.

—¿Quiénes sois? ¿Qué queréis? ¡Soltad a mi hijo ahora mismo!

—Gritar no te servirá de nada. Aquí nadie podrá escucharte.

—Os daré lo que me pidáis, pero dejad a Yabir en paz —gimoteó Subaya al borde del llanto—. ¡Por favor!

El hombre dio un paso adelante con el claro propósito de atraparla, pero Subaya le esquivó haciéndose rápidamente a un lado e intentó sortearle para alcanzar la explanada delantera. Sin embargo, el asaltante reaccionó a toda prisa y consiguió agarrarla por la muñeca cuando ya casi le había dejado atrás. Instintivamente, Subaya trató de soltarse e inició un forcejeo con su agresor, lanzando patadas y arañazos para escabullirse. Por desgracia, este la tenía bien sujeta y pudo retenerla con relativa facilidad.

Entretanto, Yabir contemplaba la escena horrorizado, con los ojos desorbitados y llenos de lágrimas. Su secuestrador seguía tapándole firmemente la boca, dificultándole la respiración.

El forcejeo se prolongó cerca de un minuto, hasta que el asaltante se revolvió y le dio un puñetazo a Subaya sin medir la fuerza que empleaba. El golpe fue de tal magnitud, que la mujer salió despedida hacia atrás y su cuerpo fue a estrellarse violentamente contra el suelo, con tan mala fortuna que se golpeó la cabeza con una piedra.

—¿Está muerta? —preguntó el cómplice que retenía a Yabir.

—No lo sé —dijo el otro acercándose a ella—, pero desde luego sangra como un cerdo.

—Déjala, ella no nos incumbe. Es al niño a quien tenemos que llevarnos. Esas son las órdenes. Trae los camellos y marchémonos de aquí antes de que alguien nos vea.

Yabir lloraba desconsolado y había dejado de oponer resistencia. En apenas unos minutos, había pasado de jugar despreocupado con un perro, a ser testigo de cómo un individuo le apresaba y degollaba al pobre animal, y de cómo otro agredía brutalmente a su madre. Habían pasado tantas cosas en tan poco tiempo, que todavía no lo había asimilado. ¿Por qué aquellos hombres querían secuestrarlo? ¿Qué interés podían tener en un niño tan insignificante como él? ¿Por qué querían llevárselo y separarlo de su madre? Su madre... seguía sin moverse...

Yabir intensificó su llanto y pugnó de nuevo por liberarse, sin éxito.

—No llores más, pequeño —le ordenó su raptor—. Todo lo que sucede es voluntad de Alá. Y, cuanto antes lo entiendas, tanto mejor para ti.

La caravana se puso de nuevo en movimiento, como si fuese un organismo vivo dotado de autonomía propia.

A lomos de su camello, Theobald la recorrió dos veces de punta a punta, tratando de localizar en vano a la mujer con la que había formado tándem durante las últimas semanas de travesía. Ya antes de partir, el monje cristiano de Occidente la había buscado en el interior del caravasar, por si un problema de salud, de ella o de su hijo, la hubiese impedido reanudar su camino, pero tampoco la había encontrado allí. Por supuesto, cabía la posibilidad de que hubiese decidido cambiar de planes y quedarse en Kufa. Sin embargo, aquella explicación no le satisfacía. Theobald estaba seguro de que la mujer árabe no se habría marchado sin antes haberse despedido de él.

Theobald lo lamentaba de veras. Subaya y Yabir le habían proporcionado una compañía muy agradable, pese al carácter introvertido de ella, tan distinto del de su hijo, que no paraba quieto y parloteaba como una cotorra. Subaya, además de su innegable belleza, poseía también un cierto aire de misterio, que ella misma alimentaba por los escasos detalles que compartía acerca de su pasado. Aunque supuestamente no era más que una simple beduina, la educación y los modales de que hacía gala eran muy superiores a los que cabría esperarse de cualquier nómada del desierto.

Sea como fuere, su viaje continuaba y la excitación que sentía desde hacía varios días crecía a medida que se aproximaba a su destino: Bagdad, capital del poderoso califato abasí y epicentro mundial de la ciencia y la cultura.

Theobald acumulaba más de seis meses de travesía, combinando desplazamientos por mar y por tierra, desde que partiese de Inglaterra cargado con poco más que un hatillo y la ilusión de un niño pequeño. Primero atravesó el canal de la Mancha y después de cruzar toda Francia, llegó a Marsella, donde embarcó en un buque mercante cargado de peregrinos, en el que surcó el Mediterráneo haciendo escalas en diversos puertos francos y bizantinos, hasta arribar a las costas de Siria. Allí buscó una caravana con rumbo a Bagdad, a la que no dudó en unirse tras pactar un precio justo que incluía los gastos de mantenimiento y el alquiler del camello.

¿Merecía la pena correr el inmenso riesgo que un viaje de semejantes características implicaba? ¿Acaso no constituía una locura recorrerse medio mundo para ir a un lugar tan alejado de su tierra de origen y regido según las tradiciones islámicas? Seguramente, a muchos sí se lo habría parecido. Pero Theobald, que aún podía considerarse un hombre joven —acababa de cumplir la treintena—, poseía una mentalidad muy diferente a la del resto, hasta el punto de que su pasión por la ciencia y el conocimiento condicionaban toda su vida. Dios le había concedido un don especial, un privilegiado intelecto que no podía permitirse el lujo de desperdiciar. Este le facultaba para estudiar las más variadas disciplinas científicas, sobre todo la astronomía, que se había convertido en su favorita. Igualmente, también estaba dotado de un extraordinario talento para los idiomas, gracias al cual dominaba con gran soltura el griego, el árabe y el siríaco, además del latín que imperaba en Europa.

Theobald sujetó con fuerza las riendas del camello y se dejó mecer por el ligero bamboleo que imprimía a su caminar. La primera vez que lo montó pensó que nunca sería capaz de hacerse con

el control del animal. Gracias a Dios, la práctica y los útiles consejos de los experimentados caravaneros le sacaron de su error.

La columna avanzaba con paso lento, pero seguro y constante. Por delante y por detrás de él viajaban mercaderes que transportaban cristal sirio, especias y marfil. Y, cada veinte metros aproximadamente, cabalgaba un guardia que trabajaba al servicio de la caravana para garantizar su seguridad.

Las llanuras yermas y arenosas, enmarcadas en un horizonte salpicado de abruptas montañas distorsionadas por la ardiente calima, habían quedado definitivamente atrás. Ante la vista de Theobald se extendían ahora fecundos campos de cultivo, norias y canales de riego. Sí, se notaba que la capital del imperio musulmán se hallaba cada vez más cerca.

Si Theobald había emprendido aquel peligroso viaje hacia Oriente, era porque no le había quedado otra opción. En Europa, desde la caída del Imperio romano, el estudio de los clásicos griegos se había perdido con el transcurso de los siglos. Así, el saber más excelso de la humanidad había quedado reducido a un vago recuerdo, arcaico y sombrío. Las grandes obras de los sabios y filósofos más destacados se habían hecho trizas como consecuencia de la violencia que asolaba el continente europeo, languidecían en viejos archivos porque se ignoraba su existencia, o bien pasaban inadvertidas porque muy pocos entendían ya el griego, lengua que había quedado relegada al olvido en detrimento del latín. Algunos monasterios cristianos de Italia, Irlanda o Inglaterra se esforzaban por conservar el saber clásico grecorromano, pero no dejaban de ser casos aislados y poco representativos, y de todas formas los resultados obtenidos no se acercaban ni de lejos a los avances que se estaban produciendo en territorio musulmán. La visita de aquellos centros únicamente le había servido a Theobald para constatar que si no abandonaba suelo europeo, jamás alcanzaría su objetivo.

Por desgracia, en la sociedad cristiana medieval reinaban la superstición y la ignorancia. Dios era el creador y la fuente de todo y no había motivo para profundizar en los misterios de la naturaleza, iniciativa que no podía conducir más que al error y al pecado. La ciencia no era posible porque el hombre, se afirmaba, no estaba capacitado para comprender el universo mediante el uso de la razón, y a aquellos que trataban de descifrar el mundo natural a través de la investigación y la experimentación sistemática a menudo se les acusaba de brujería o asociación con el demonio.

En Europa, los escasos conocimientos de medicina que se poseían se basaban fundamentalmente en ideas supersticiosas o en prácticas exorcistas. La enfermedad en sí se consideraba un castigo divino. Los árabes, en cambio, habían realizado importantes contribuciones en materia de higiene, habían desarrollado nuevos remedios a partir del saber griego, y habían logrado obtener notables avances en los campos de la óptica y la cirugía.

En cuanto a las matemáticas, los occidentales todavía utilizaban letras del alfabeto para representar los números, mientras que, como ya había hecho notar un obispo sirio, desde el siglo VIII se utilizaba en Bagdad un ingenioso sistema decimal de origen indio, que permitía multiplicar y dividir con mayor facilidad, así como plasmar cualquier cantidad de forma mucho más sencilla.

Para Theobald, sin embargo, nada resultaba tan significativo como el hecho de que en el libro de texto más popular de Occidente, las *Etimologías* de Isidoro de Sevilla —una recopilación en veinte volúmenes de todo el conocimiento de la época—, se afirmase —debido a un error de traducción de las fuentes clásicas—, que “la Tierra era plana y parecida a una rueda”. Una idea

que se había instalado desde hacía siglos en la psique europea como una verdad imperecedera, pese al legado de los sabios helenos. Únicamente algunos estudiosos laicos y unos pocos monjes instruidos, como Theobald, sabían que la Tierra y el resto de los planetas tenían forma esférica y se movían ejecutando una especie de danza en el vacío del universo.

En contraposición a este retroceso del saber en el mundo occidental, en Bagdad se había puesto en marcha un proceso histórico sin parangón con el fin de recuperar, asimilar y ampliar todo el conocimiento del mundo conocido. Por todo ello, Theobald había decidido abandonar la abadía de San Agustín en Canterbury, donde residía y estudiaba en calidad de monje benedictino, deseoso de formar parte de aquella élite de traductores y científicos que impulsaba el desarrollo de la ciencia bajo el patrocinio del califa.

Un viaje semejante, tan excepcional como costoso, habría estado fuera de su alcance de no haber sido por una herencia inesperada que había recibido de su tía materna y que había decidido emplear íntegramente en hacer realidad su sueño. Sus superiores en la orden se opusieron, pero ninguno de los argumentos que esgrimieron lograron hacerle cambiar de opinión. De cualquier manera, nada de todo aquello afectaría a sus convicciones religiosas. Que Theobald hubiese decidido servir a Dios ejerciendo sus dones intelectuales en el mismísimo corazón del islam no le convertía en menos cristiano que sus hermanos de Europa.

Un mercader de perlas y marfil que le seguía en la marcha azuzó su camello y se situó junto a Theobald.

—Veo que no llevas ninguna mercancía —dijo con abierta curiosidad.

Theobald le echó una ojeada rápida. Era la primera vez que lo veía. Debía de haberse incorporado a la caravana en Kufa.

—No, no soy comerciante —contestó.

—Y tampoco pareces un peregrino... Jerusalén queda en la dirección opuesta. ¿Me equivoco?

—Tu observación es acertada.

El mercader esperó a que Theobald añadiese algo más, pero al comprobar que no lo hacía, continuó con el particular interrogatorio.

—Entonces, ¿qué te lleva a Bagdad? Salta a la vista que vienes de muy lejos.

—Soy traductor y erudito. Por eso quiero ir a la ciudad donde se está haciendo el mayor esfuerzo del mundo por recuperar el saber antiguo. —Theobald no escondía sus intenciones. Si alguien le planteaba una pregunta directa, no tenía problema alguno en revelar sus planes—. Tengo entendido que el califa ha fundado una Casa de la Sabiduría donde se dan cita las mentes más sobresalientes que existen, y que las autoridades abasíes llevaron a cabo un llamamiento público en busca de traductores por todos los rincones del imperio.

—Algo de eso he oído —replicó el mercader—. Aunque admito que no sé mucho al respecto. Lo mío es el comercio, no la cultura.

A continuación se instaló entre ambos un incómodo silencio que tras unos segundos Theobald se encargó de romper.

—¿Cómo son los bagdadíes? —preguntó.

—Cordiales y hospitalarios, por lo general. Pero también abundan los malhechores y criminales.

Y, dicho esto, el mercader se alejó de Theobald y ocupó de nuevo el lugar que le correspondía dentro de la caravana. Todavía les aguardaba una larga jornada de camino por delante.

Cuatro días después, al fin se apareció ante los asombrados ojos de Theobald la impresionante ciudad de Bagdad. Detrás de sus murallas, las coloridas cúpulas de palacios, mezquitas y minaretes asomaban desafiando la quietud de las nubes que se desplazaban a ras de cielo.

Bagdad había sido fundada en el año 776 de la era cristiana por el segundo califa abasí, Al-Mansur, para que se convirtiese en la capital del nuevo imperio islámico tras la derrota definitiva sobre la dinastía omeya, que hasta entonces había gobernado desde Damasco. El lugar elegido —situado en el centro de Mesopotamia— constituía un enclave estratégico por varios motivos: suponía un punto de encuentro de las rutas caravaneras; poseía fértiles tierras que garantizaban la agricultura; el clima era grato y saludable, salvo por el excesivo calor en verano; y el río Tigris, a cuya orilla se extendía la ciudad, aseguraba el suministro de agua, abría una vía de comunicación fluvial y proporcionaba protección para uno de sus flancos.

Al-Mansur la llamó «Ciudad de la paz», aunque entre la población se la conoció siempre por el nombre de Bagdad, porque así se llamaba el humilde asentamiento sobre el que se había levantado. De planta circular, contaba con gruesas murallas almenadas, en las cuales se abrían cuatro grandes puertas que recibían el nombre de los cuatro confines del imperio a los que estaban orientadas: Jorasán, Basora, Kufa y Siria. De cada puerta nacía una larga avenida que llegaba hasta el núcleo de la población, y de cada una de estas avenidas partían a su vez el resto de las pequeñas arterias, estrechas callejuelas de trazado anárquico que se extendían como una tela de araña. En el corazón de la «Ciudad redonda», como también se la denominaba, se erigía el palacio del califa junto a la mezquita aljama.

El convoy accedió a la ciudad y llegó hasta un caravasar urbano donde los comerciantes podían descansar y guardar sus mercancías en los almacenes dispuestos a tal efecto. Theobald se bajó del camello y le palmeó el cuello.

—No diré que voy a echarte de menos, pero he de reconocer que no has sido tan mal compañero como esperaba —le dijo.

A su alrededor, la caravana se desmembró lentamente y sus integrantes se fueron marchando cada uno por su lado tras una breve despedida. El monje benedictino cogió sus pertenencias: un hatillo que apenas contenía una muda y el poco dinero que le quedaba, y un bulto envuelto en una tela atada con cuerdas que se colocó debajo del brazo. Aquel objeto meticulosamente embalado había viajado con él desde Canterbury, y constituía su único aval para que la clase erudita de la Casa de la Sabiduría le acogiese entre los suyos.

Pero antes que nada, Theobald necesitaba encontrar un sitio en el que hospedarse. La opción más evidente era buscar una posada, pero contaba con tan poco dinero, que se arriesgaba a quedarse sin blanca a las primeras de cambio. La otra posibilidad pasaba por desplazarse hasta la iglesia de *Dayr al-Rum*, conocida como «el monasterio de los griegos», en torno a la cual se aglutinaba la comunidad cristiana establecida en Bagdad. Allí esperaba que le proporcionasen un catre en el que dormir, al menos hasta que pudiese pagarse un alojamiento.

Con una mezcla de excitación y nerviosismo, Theobald comenzó a deambular sin rumbo fijo, solo para tomar contacto con la ciudad en la que esperaba iniciar una nueva vida. Primero atravesó los arrabales y los suburbios más humildes situados extramuros, repletos de gente de todas las razas, nacionalidades y oficios: mercaderes, tenderos, artesanos, mendigos, eruditos,

poetas, estudiantes, artistas callejeros y un largo etcétera. Pese a la diversidad étnica que reinaba en la cosmopolita Bagdad, la apariencia de Theobald atraía un sinfín de miradas curiosas debido a la costumbre propia de los clérigos cristianos de tonsurarse la cabeza.

Algunos puestos asaban cordero en amplias parrillas dispuestas a la intemperie, cuyo sugerente olor inundaba el ambiente. El estómago del monje protestó, pero como su precaria economía no le permitía realizar gastos innecesarios, se conformó con una galleta de sémola para saciar el apetito.

Las calles bullían de actividad. Sus habitantes iban y venían, disfrutando de sus acogedores rincones y plazuelas, surcados por canales en algunos casos, y atestados de mercados y baños públicos, con sus placitas, fuentes y palmerales. Las casas de adobe eran de una sola planta, y las habitaciones se distribuían en torno a un patio interior en el que se desarrollaba la mayor parte de la vida familiar.

Theobald preguntó por la iglesia que buscaba a varios transeúntes, que le fueron indicando el camino a seguir. Por lo visto, el barrio cristiano se hallaba al este de la ciudad, a bastante distancia de allí. Con paso calmado, prosiguió su avance empapándose de los sonidos y las fragancias que subían de los bazares y la brisa se ocupaba de esparcir. Aquella extraordinaria urbe no dejaba de sorprenderle a cada paso que daba.

Tras recorrer un largo trecho, Theobald sintió que una mano le tiraba de la manga. Un chiquillo de once o doce años, de aspecto sucio y andrajoso, le dedicó una mirada de cordero degollado.

—Deme un dírham, señor. No tengo nada para comer.

—¿Qué haces aquí tú solo? ¿Dónde están tus padres?

—Soy huérfano. Y tengo mucha hambre.

Theobald se apiadó inmediatamente del muchachito. Sin embargo, su precaria situación no le permitía hacer gala de la consabida caridad cristiana.

—Lo siento, pero no puedo darte nada.

Pese a la negativa, el chiquillo continuó caminando a su lado sin darse por vencido.

—Puedo serle muy útil, señor. Porque usted no es de aquí, ¿verdad? ¿Adónde va?

—Estoy buscando la iglesia de *Dayr al-Rum*.

—¡Yo le llevaré! —exclamó, y volvió a tirarle de la manga para enfatizar su afirmación—. Me conozco hasta el último rincón de Bagdad.

Theobald suspiró. Lo cierto era que el laberíntico trazado de angostas callejuelas le había desorientado, así que terminó aceptando la oferta del chaval, aunque después tuviera que recompensarle por haberle ayudado.

—Está bien, guíame hasta allí.

—¡Por supuesto, señor! Ha tomado una buena decisión. ¡La mejor! Ya lo verá.

El chiquillo lideraba la marcha dos pasos por delante de Theobald, que se vio obligado a acelerar el ritmo de sus zancadas para no rezagarse. De vez en cuando el chico giraba la cabeza y sonreía, y repetía con optimismo que ya estaban a punto de llegar, pese a que la caminata se estaba haciendo interminable.

En un momento determinado, Theobald advirtió que el barrio que atravesaban se hallaba prácticamente vacío, salvo por la presencia de algunos desventurados mendigos y las mortecinas miradas que se adivinaban detrás de los postigos. Acto seguido, se internaron en una callejuela

oscura que terminaba en un muro cerrado.

Habían llegado a un callejón sin salida.

—¿No decías que te conocías hasta el último rincón de Bagdad?

Theobald no obtuvo respuesta. En cambio, a su espalda escuchó algunos susurros. Al darse la vuelta, comprobó que tres individuos de expresión amenazadora le cerraban el paso. Ahora lo veía claro. El chiquillo lo había engañado desde el principio y le había conducido a una trampa.

Con el corazón encogido, Theobald les lanzó el hatillo que llevaba consigo.

—¡Eso es todo lo que tengo! —exclamó—. Quedáoslo. Pero no me hagáis daño, por favor.

De las gargantas de los asaltantes brotó un gruñido de frustración cuando comprobaron que el botín ascendía tan solo a unas pocas monedas.

—¿Y eso que llevas ahí? —inquirió uno de ellos.

El monje había intentado ocultar bajo el brazo el objeto envuelto cuidadosamente en una gruesa tela. Sin embargo, abultaba demasiado como para pasar inadvertido.

—No es nada —replicó—. No tiene ningún valor.

—Dámelo ahora mismo —ordenó el que parecía ser el cabecilla dando un paso al frente.

—No, esto no. Vosotros no lo entendéis...

Theobald no acertó a decir nada más. Los tres asaltantes se le abalanzaron y descargaron sobre él una contundente lluvia de golpes y porrazos. Enseguida lo derribaron y, desde el suelo, comenzó a recibir un sinfín de patadas, pese a lo cual continuó aferrándose con desesperación al paquete para impedir que se lo arrebataren.

Los asaltantes se emplearon aún con más saña, hasta que un brutal puntapié en la cabeza dejó al monje medio aturdido.

Fue entonces cuando se escucharon voces de alarma provenientes de la bocacalle. Alguien había sorprendido a los criminales en pleno acto delictivo y había alertado a las autoridades.

Theobald, sin embargo, no fue consciente de nada más, pues un instante después perdió el sentido y se sumergió en la oscuridad.

3

El califa Al-Mamún y su hermano Al-Mutasim habían salido de caza aquella mañana, como acostumbraban a hacer al menos una vez al mes. Encabezaban la marcha a lomos de sus caballos, seguidos por los rastreadores, los criados y la guardia que velaba por su seguridad.

Se habían alejado tanto de Bagdad, que sus altas murallas, apenas visibles en la distancia, parecían conformar un lejano cinturón de estrellas en el firmamento. Atravesaron una zona de áridas dunas y avanzaron bajo un cielo despejado de un intenso azul claro, arropados por una brisa temprana que olía a zarzales silvestres. Posados en sus brazos y sujetos por una correa, una pareja de halcones adiestrados aleteaban y se agitaban inquietos, intuyendo la cacería que se avecinaba.

—Querido hermano, me temo que si no has entrenado a tu halcón desde la última vez, volveré a vencerte con la misma facilidad de siempre —se jactó Al-Mutasim.

—Pues no es que haya practicado mucho, la verdad —admitió el califa riendo.

Ciertamente, a Al-Mamún no podía considerársele un hombre de acción. Muy al contrario, el califa se caracterizaba por ser un estudiante aplicado que desde su llegada al trono había impulsado el desarrollo de la ciencia y la filosofía, así como por el gusto por la cultura que su padre había introducido en la corte abasí. De cuando en cuando, Al-Mamún visitaba la Casa de la Sabiduría y debatía con los sabios que allí trabajaban; no en vano, la había fundado él y actuaba en calidad de principal mecenas a la hora de financiar nuevos proyectos científicos. Al-Mamún era un hombre de mediana edad, de rostro rectangular y mirada inteligente. Se teñía el cabello con azafrán para disimular las canas que ya le asomaban junto a las sienes, y lucía un fino bigote y una espesa barba acabada en dos puntas, que se había convertido en su seña de identidad. Pese a su constitución delgada por naturaleza, su afición a la buena comida había hecho que ganase unos kilos de más.

—Deduzco entonces que no te interesa apostar —le desafió Al-Mutasim con una sonrisa.

—Me conoces bien, hermano. Soy plenamente consciente de mis limitaciones, y no me gusta perder.

—Ah, cómo no. Tú siempre tan prudente. Yo solo lo decía para darle más emoción al duelo.

Tras una hora de marcha, alcanzaron una llanura repleta de matorrales. Los rastreadores se adelantaron para batir el terreno usando largos bastones al tiempo que emitían toda suerte de sonidos guturales para espantar a las piezas.

—Que comience la cacería —anunció Al-Mutasim.

—Me parece bien —aprobo el califa.

Al poco, una liebre salió disparada y brincó entre la maleza intentando esconderse. Al-Mutasim reaccionó con rapidez y le quitó la capucha a su halcón.

—Vamos, chico. Ya sabes lo que tienes que hacer —dijo acompañando la orden con un movimiento del brazo.

El halcón emprendió el vuelo y describió en el aire un círculo en torno a su presa. Acto seguido, descendió en picado con las alas desplegadas y se abatió sobre la liebre, clavándole sus poderosas garras en el costado. Menos de un minuto después, la víctima dejó de agitarse.

—¡Bravo! —celebró su dueño—. Ahora vuelve al puño. ¡Vamos!

El ave rapaz alzó la cabeza y dudó un instante antes de obedecer, porque no dejaba de buscar con el pico la sangre del animal muerto, pero al final extendió las alas y voló hasta posarse en la mano enguantada que Al-Mutasim le ofrecía. Entretanto, un rastreador acudió a recoger la pieza abatida.

—Un vez más, te saco ventaja desde el principio —dijo Al-Mutasim, recompensando a su halcón con uno de los pedazos de carne cruda que guardaba en un saquito.

Al-Mamún hizo una leve inclinación de cabeza hacia su hermano en señal de reconocimiento. No obstante, tampoco le sorprendía demasiado la increíble destreza que poseía. Al-Mutasim entrenaba con su halcón de caza a diario, razón por la cual había logrado alcanzar con el animal un asombroso nivel de compenetración. Asimismo, gozaba de una excelente condición física —no en vano tenía diez años menos que él—, un cuerpo atlético y bien moldeado, era un excelente jinete y se le daba muy bien el manejo de las armas. La ciencia no le atraía en absoluto. Lo que de verdad le apasionaba eran las mujeres... y más aún que las mujeres, los asuntos de índole militar.

A continuación, un rastreador alertó de la presencia de una avutarda. Al-Mamún aprovechó la ocasión y liberó a su halcón para que la persiguiese. Al-Mutasim hizo lo propio unos segundos después, pero el del califa llevaba ventaja y, tras localizar a la presa, comenzó a vigilarla desde las alturas haciendo uso de su visión privilegiada. Enseguida cerró su vuelo en círculos cada vez más pequeños hasta situarse en la vertical de la avutarda. Esta, cada vez más asustada, primero echó a correr y luego emprendió el vuelo de forma desmañada.

Al-Mamún dejó entrever una sonrisa de satisfacción. Todo parecía indicar que se cobraría aquella pieza. El halcón de su hermano se hallaba todavía demasiado alejado, en modo alguno podría tomarle la delantera.

—¡Vamos! —gritó Al-Mutasim sin perder la esperanza—. ¡Ahora!

Entonces, acatando la orden, la rapaz se lanzó como un rayo sobre la avutarda desde una posición mucho más elevada. Un montón de plumas salieron despedidas por todas partes cuando sus garras se hincaron en la carne.

—¡Bien! ¡Así se hace! ¿Has visto eso, hermano? ¡Ha sido increíble!

—Sí lo ha sido, sí —admitió Al-Mamún sin poder ocultar su frustración—. De todos los halcones que has adiestrado, este es el mejor con gran diferencia. Rápido, decidido... y siempre te obedece a la primera.

—Tonterías. Tu ejemplar es aún mejor que el mío. Pero ya te lo he dicho. Por mucho que lo entrenen los halconeros, si tú mismo no te ocupas de ello, no servirá de nada.

La cacería siguió adelante sin cambios notables. Al-Mamún conseguía alguna presa de vez en cuando, pero la mayoría caían del lado de Al-Mutasim. Así transcurrió la mañana, hasta que un tercer jinete escoltado por su propia guardia apareció en escena levantando una nube de polvo tras de sí.

—¿Uthmán? ¿Qué haces aquí? —inquirió el califa.

—Siento interrumpirle, señor. Pero traigo noticias urgentes.

Uthmán era el visir y, como tal, el segundo hombre más poderoso del imperio. El califa, como sucesor del profeta Mahoma, era el primero: asumía el liderazgo sobre toda la comunidad musulmana y detentaba el poder absoluto, tanto político como religioso. Sin embargo, los califas solían delegar su autoridad en el visir, sobre el que recaía la tarea de gobernar el califato con

plenitud de poderes. De igual modo, el visir presidía un consejo integrado por diferentes ministerios —denominados *diwanes*—, cada uno de los cuales contaba con competencias propias en una determinada materia.

—Está bien —concedió Al-Mamún, sabedor de que Uthmán no hubiese acudido a buscarle si no se tratase de algo de verdadera importancia—. Hermano, tengo asuntos que atender. Si te place, sigue cazando tú solo.

—Lástima. Hoy que parecía que íbamos más igualados... —ironizó en tono burlón.

—De todas maneras, has vuelto a demostrar que tu destreza en estas lides es muy superior a la mía.

—¿Ves? En eso estamos de acuerdo —repuso Al-Mutasim—. En todo caso, no pienses que vas a librarte de esta. En palacio haremos recuento y veremos cuánta ha sido la diferencia que te he sacado esta vez.

Al-Mamún llamó a un sirviente y le hizo entrega del halcón para que se ocupase de él. Después le hizo un gesto al visir, y ambos se separaron unos metros de sus respectivos séquitos para poder hablar a solas. Sus caballos se rozaban y golpeaban el suelo con los cascos.

El gesto preocupado del visir denotaba cierto nerviosismo. Uthmán era árabe, así como un ferviente musulmán que cumplía la ley islámica a rajatabla. Era alto, esbelto, de nariz aguileña y ojos negros como cavernas subterráneas. Muchos no entendían que Al-Mamún lo hubiese escogido para un cargo tan importante. Teniendo en cuenta la gran influencia del legado persa en la configuración política del estado abasí, la elección de un árabe como visir había causado cierto disgusto en la corte. No obstante, Al-Mamún pensaba que la mejor fórmula para lograr la unificación de un imperio que aglutinaba tantas nacionalidades distintas, hermanadas tan solo por el vínculo religioso del islam, debía asentarse en la búsqueda del equilibrio.

—¿Qué ocurre? —preguntó el califa.

—El jefe del *barid* me ha trasladado una información de lo más inquietante...

La institución del *barid* era la responsable de transportar la correspondencia oficial del imperio a través de su amplia red de postas repartidas a lo largo de todas las ciudades y provincias y del uso de palomas mensajeras. Al mismo tiempo —y esto era lo que realmente marcaba la diferencia—, también funcionaba como servicio de inteligencia que informaba al califa acerca de cualquier evento relevante, así como del comportamiento de los funcionarios que se hallaban bajo su mando. Incluso contaban igualmente con agentes infiltrados entre algunas tribus nómadas del desierto, para controlar lo que sucedía lejos de los núcleos urbanos.

—¿Y bien?

—La concubina de palacio que desapareció hace diez años ha sido vista de nuevo hace unos días.

Al-Mamún precisó de algunos segundos para procesar lo que acababa de oír.

—¿Cómo? ¿Te refieres a Subaya?

—Exacto —corroboró el visir.

La sorprendente historia que la joven concubina había protagonizado tanto tiempo atrás causó un gran revuelo en la corte abasí. Por aquel entonces, Subaya se había convertido en la concubina favorita del califa, al que había sabido cautivar gracias a su deslumbrante belleza, sus seductoras caricias y la sensualidad de su voz. Sus sugerentes raíces también habían contribuido a llamar la atención de Al-Mamún. A diferencia de las otras integrantes del harén —la mayoría

de origen persa, aunque también las había bizantinas, bereberes o egipcias—, Subaya era árabe, pues descendía de los Kinanah, una de las tribus más destacadas de la Arabia preislámica.

La idílica relación se prolongó cerca de un año, sin que Al-Mamún se cansase en ningún momento de ella. Finalmente, Subaya se quedó embarazada, noticia que se recibió con una alegría inmensa. Habitualmente, los califas solían engendrar numerosos hijos de mujeres distintas, tanto de sus esposas —la ley islámica permitía tener hasta cuatro— como de las concubinas del harén.

Hasta aquí, los acontecimientos se desarrollaron dentro de los cauces acostumbrados. Sin embargo, a los seis meses de embarazo, de la noche a la mañana, Subaya se fugó del palacio y se marchó de Bagdad. Aquella decisión extrañó a todos por igual. Tan pronto como hubiese dado a luz a un hijo del califa, Subaya se habría asegurado una vida llena de comodidades hasta el final de sus días. ¿Por qué marcharse entonces a escondidas sin dar explicación alguna? ¿Qué ganaba con eso? ¿De qué huía, si es que era eso lo que había hecho? Aquello levantó un sinfín de rumores, pero la verdad nunca llegó a saberse.

Sintiéndose traicionado, Al-Mamún ordenó que la buscasen y la trajesen ante su presencia. Subaya no tenía ningún derecho a irse, y menos aún estando encinta de un vástago que llevaba la sangre del califa. El *barid* empleó todos sus agentes y recursos en la tarea, pero fue en vano. Subaya desapareció de forma inexplicable, como si se la hubiese tragado la tierra. Sin duda había tenido que recibir ayuda, en modo alguno una mujer sola habría podido protagonizar una huida semejante por su cuenta... No obstante, tampoco pudieron descartar la posibilidad de que se la hubiesen llevado a la fuerza. Sea como fuere, no consiguieron dar con su paradero. Con el tiempo, el eco del escándalo se fue apaciguando y el asunto fue cayendo poco a poco en el olvido, hasta el punto de que hacía bastante que muchos la daban ya por muerta.

—¿Estás seguro de que era ella?

—Un agente del *barid* está convencido de haber reconocido a Subaya viajando en una caravana que se dirigía hacia Bagdad. Aunque también es cierto que tuvo una visión muy fugaz de ella.

—¿Y dónde está ahora?

—No lo sabemos. Según parece, le perdió la pista a su paso por Kufa. Fue entonces cuando decidió enviar una paloma mensajera para informar de ello.

Al-Mamún se golpeó con el puño la palma de su otra mano.

—No pienso dejar que se me escape otra vez —gruñó.

—Lo sé, por eso me he tomado la libertad de ordenar al jefe del *barid* que actúe de inmediato.

—Bien, bien...

—También he puesto en alerta a todos nuestros espías —y añadió con reservas—: La cuestión es... más grave de lo que parece.

—¿Por qué lo dices?

Uthmán carraspeó ligeramente antes de contestar.

—Por lo visto, viajaba con un niño. De unos diez u once años.

El califa le escrutó con la mirada.

—¿Mi... hijo?

—No podemos saberlo con certeza, señor, pero parece lo más probable. De lo que sí no hay duda es de que se trata de un varón.

Al-Mamún fue consciente enseguida de la peligrosidad de la situación. Si ellos habían encontrado a Subaya, sus enemigos podían hacerlo también y, en aquellos tiempos, abundaban los rivales políticos del gobierno que cuestionaban la legitimidad de la familia abasí al frente del califato. Fundamentalmente, facciones religiosas que deseaban derrocar a los abasíes para hacerse con el poder e imponer su propia interpretación del islam y de las leyes coránicas. Por tanto, la perspectiva de que un hijo del califa cayese en manos de uno de estos grupos, aunque no fuese un legítimo heredero al trono, suponía un riesgo muy elevado. De conseguirlo, podrían utilizarlo para chantajear a Al-Mamún, exigirle el pago de un rescate, o quién sabía si algo peor.

—Debemos llevar este asunto con la máxima discreción. No se lo comentes a nadie, ni siquiera a mi hermano. Si no, muy pronto toda la corte estará hablando de ello.

En ese momento, un rastreador anunció a voz en grito la presencia de una gacela en las inmediaciones. Al-Mamún y Uthmán miraron en la dirección hacia la que señalaba y distinguieron la silueta del animal recortándose en el horizonte. Asustada, la joven gacela había emprendido una huida desesperada, tratando de alejarse lo más posible del peligro que se cernía sobre ella.

Los ojos de Al-Mutasim brillaron de excitación. Llevaba toda la mañana esperando poder cobrarse una pieza como aquella. Rápidamente, desenganchó al halcón de la correa que lo retenía a su brazo y lo soltó emitiendo una orden.

—¡A por ella!

El ave rapaz enfiló hacia el cielo y enseguida localizó a la cotizada presa, que atravesaba el desierto a grandes zancadas. A continuación, efectuó varias maniobras en el aire a una velocidad pasmosa, para situarse en la posición más favorable para acometer la embestida. El halcón parpadeó e inclinó la cabeza, antes de lanzar su ataque definitivo. La gacela no reparó en él hasta que ya lo tuvo encima. Las garras se le clavaron en la cerviz y el pico serrado le desgarró el cuello a la altura de la columna vertebral. Aunque había pugnado denodadamente por su vida, no pudo evitar el fatal desenlace.

Extasiado, Al-Mutasim contempló la exhibición de su halcón y profirió un aullido de euforia.

—He de reconocer que mi hermano es un cazador excepcional.

—Lo es —admitió el visir.

—¿Algún otro tema que requiera de mi atención? —inquirió Al-Mamún—. Te noto más serio de lo habitual.

Uthmán asintió.

—Se trata de Kumarag, el gobernador provincial de Jorasán.

La administración de las distintas provincias que constituían el imperio se confiaba a los gobernadores, generalmente figuras de prestigio pertenecientes a destacadas familias locales, cuyo poder se suponía delegado por el califa, a quien debían obediencia y lealtad. Los gobernadores contaban con su propio ejército, recaudaban los impuestos en el territorio que controlaban y dirigían la plegaria solemne de los viernes en nombre del califa, lo que subrayaba el carácter de máximo representante de este último sobre la comunidad musulmana. Sin embargo, algunas provincias estaban alcanzando tal grado de autonomía, que los gobernantes de estas se estaban convirtiendo en verdaderos soberanos que transmitían su poder por vía hereditaria, de lo cual se desprendía que la sumisión debida al califa era cada vez menor.

—Estoy harto de él. ¿Qué ha hecho esta vez?

—Ha nombrado a su sucesor sin preguntarnos siquiera. Lo ha decidido de forma completamente unilateral —explicó Uthmán.

—¡Pero bueno!, ¿qué se ha creído?

—Eso es lo que me preocupa. Actúa como si fuese el gobernante de un estado independiente.

—¿Y qué sugieres que hagamos?

—Kumarag nos está tanteando. Quiere saber hasta dónde estamos dispuestos a llegar antes de pararle los pies.

Al-Mamún negó con la cabeza con aire circunspecto. Aunque reprobaba aquel comportamiento desafiante, no era partidario de recurrir a la violencia.

—No deseo una confrontación directa. El lenguaje de las armas debería ser nuestro último recurso.

—Pero si nos mostramos débiles, se envalentonará y seguirá dando pequeños pasos hasta consumir su separación efectiva —objetó el visir.

—No dejaremos que eso ocurra —y tras meditarlo un instante, concluyó—: De momento, aceptaremos el nombramiento del sucesor que haya designado. Pero, al mismo tiempo, le enviaremos una seria advertencia para que no se atreva a hacer nada parecido.

—Entendido.

El padre de Al-Mamún, así como el resto de sus antecesores en el cargo, había gobernado sobre un territorio extraordinariamente extenso. Por tanto, Al-Mamún entendía que su principal obligación al frente del califato consistía en mantenerlo tal como lo recibió de su antecesor, cuando no ampliarlo si se le presentaba la oportunidad. Lo que más temía era pasar a la historia como un califa débil, bajo cuyo mandato hubiesen menguado las fronteras del imperio. Personalmente, si cumpliese con aquella premisa —la de no dejar a su sucesor un imperio menguado— se daría por satisfecho. El verdadero legado por el cual soñaba ser recordado se cimentaba en el impulso de la ciencia y la cultura.

Al-Mutasim se acercó hasta ellos a galope tendido. Su apreciado halcón descansaba sobre su antebrazo, con la cabeza ya cubierta por la capucha.

—No os habréis perdido la magnífica captura de esa gacela, ¿verdad? —exclamó entusiasmado.

—Lo hemos visto todo —dijo el visir.

—Bien, bien. Pues esta noche voy a dar un gran banquete en el que serviré las piezas que he cazado a lo largo de la mañana. Espero que no faltéis.

—Allí estaremos —repuso Al-Mamún—. Regresemos al palacio. Hay muchas cosas que hacer.

Theobald abrió los ojos y parpadeó varias veces seguidas.

Tendido en un cómodo lecho, miró a su alrededor. Se hallaba en un lugar que no reconocía: una habitación limpia y vistosa, aunque parca en mobiliario. Un hombre de aspecto pulcro se inclinaba sobre él y le observaba frunciendo el entrecejo. Al fondo de la alcoba, junto a una ventana por la que entraba un potente chorro de luz, una mujer aguardaba en silencio.

El monje benedictino se sintió desorientado durante algunos segundos, hasta que el ramalazo que experimentó al moverse le recordó lo sucedido. Primero la trampa que el chiquillo le había tendido, y luego la agresión de que había sido víctima en un oscuro callejón de la ciudad.

—Veo que ya has vuelto en ti —dijo el hombre—. ¿Cómo te llamas?

—Theobald.

—Bien, Theobald. Estoy aquí para ayudarte. Soy médico y voy a hacerte algunas preguntas. El monje asintió en señal de conformidad.

—¿Sabes dónde te encuentras?

—No —contestó tras mirar otra vez la estancia en la que se encontraba.

—Disculpa que no haya sido más específico. Me refería a la ciudad.

—Ah, eso... Bagdad. Creo...

—Bien —repuso el médico—. ¿Y quién gobierna actualmente sobre el imperio musulmán?

—El califa Al-Mamún —replicó Theobald sin dudar.

El médico asintió y se aclaró la garganta antes de continuar.

—¿Recuerdas qué te pasó?

—Me asaltaron...

—Perfecto. Solo una pregunta más. ¿Cuántos dedos tengo ahora mismo levantados?

Theobald observó la mano que tenía alzada y comprobó que los tenía todos menos el pulgar.

—Cuatro.

—Perfecto. Parece que tus facultades mentales permanecen intactas. Has tenido suerte. Tengo entendido que recibiste más de una patada en la cabeza.

Solo de recordarlo, a Theobald le recorrió un escalofrío.

—Ahora ponte en pie —pidió el médico árabe—. Tienes el cuerpo repleto de contusiones y magulladuras, pero quiero descartar posibles fisuras o huesos rotos.

Theobald obedeció con mucho esfuerzo. Los dolores le resultaban insoportables. No obstante, pudo caminar sin complicaciones, y también probó con éxito a doblar las articulaciones de sus extremidades.

—Bueno... —concluyó el médico—. Después de todo, no has salido tan mal parado, teniendo en cuenta la paliza que te han dado. Te dejo en buenas manos. Aquí se ocuparán de cuidarte. Verás como en unos días te encontrarás mucho mejor.

—Gracias... —murmuró el monje.

El médico abandonó la estancia y Theobald se quedó a solas con la mujer que durante el reconocimiento había permanecido en segundo plano. Físicamente, la joven no era particularmente agraciada. Tenía un rostro redondo, desprovisto por completo de maquillaje, y el cuerpo igualmente rollizo. Vestía una túnica suelta de lino y se cubría la cabeza con un hiyab que

le caía de modo informal sobre los hombros. Cuando sonrió, sin embargo, se dibujó una mueca de tal candor en su cara, que esta dejó traslucir un especial encanto. Theobald calculó que debía de rondar la treintena, más o menos como él.

—Me llamo Fadhila —se presentó la mujer, con una voz tan dulce como su sonrisa.

—Encantado, Fadhila. ¿Dónde... dónde estoy?

—En la casa de mi padre. Fue uno de sus sirvientes quien sorprendió a los criminales cuando salió a hacer un recado y provocó que huyesen a la carrera.

—Ya veo...

Fadhila se acercó hasta el lecho que ocupaba Theobald y le ayudó a acomodarse mientras hablaba.

—Cuando mi padre se enteró de lo ocurrido, mandó que te trasladasen aquí de inmediato e hizo llamar a su médico de confianza para que te examinase.

—¿Dónde está tu padre? Me gustaría darle las gracias.

—Ha salido, pero no tardará en volver. Ahora deberías comer algo. Seguro que tienes hambre.

Y sin esperar respuesta, Fadhila abandonó la alcoba. Regresó al cabo de unos minutos seguida de una esclava que portaba una bandeja con manzanas, albaricoques y algunos frutos secos. Theobald no se dio cuenta de lo hambriento que estaba hasta que no le pusieron las viandas delante. No obstante, no comió tanto como le hubiese gustado, porque la mandíbula le dolía horrores al masticar.

Luego, Fadhila se sentó al borde de la cama y anunció que le administraría los primeros cuidados.

—Puede que te duela un poco —advirtió antes de comenzar.

—Tranquila, lo soportaré —repuso Theobald.

Ella sonrió entre tímida y divertida.

—Tendrás que quitarte el hábito.

Theobald contuvo la respiración. Quedarse desnudo delante de una mujer no era habitual para los hombres que, como él, habían consagrado su vida a Dios. Pero, obviamente, si no lo hacía, no podría curarle. Así que obedeció y se tumbó bocarriba en la cama tenso como una vara, cubriéndose púdicamente con su hábito.

Fadhila comenzó a aplicar compresas frías sobre las zonas afectadas, con la presión justa para no causarle demasiado daño. Se esmeraba y ponía en lo que hacía una gran delicadeza. Theobald aguantaba el dolor con talante estoico, francamente sorprendido de que fuese ella misma, y no una de sus esclavas, la que realizase aquella tarea.

Durante la cura apenas intercambiaron algunas palabras. Fadhila le dedicaba de vez en cuando una sonrisa y se concentraba de nuevo en la tarea. Y Theobald procuraba no exteriorizar el dolor que le mortificaba y que le había hecho olvidar rápidamente su vergüenza primera.

—Ya he terminado —señaló Fadhila después de una hora larga—. Ahora te dejaré solo para que descanses. Si necesitas algo, solo tienes que hacer sonar la campanita que está sobre la mesa.

—Gracias.

Theobald la observó marcharse en silencio, y enseguida se le cerraron los párpados vencido por la fatiga acumulada.

Tras una breve cabezada, Theobald despertó notándose el paladar seco y pastoso como si se hubiese metido en la boca un pedazo del desierto. Estaba muerto de sed. Dadas las circunstancias, venció las reservas que tenía y agitó la campanita que su amable anfitriona le había dejado.

Fadhila acudió a su llamada, esta vez acompañada por su padre, que ya estaba de vuelta. De constitución oronda y rostro mofletudo como el de una morsa —lo cual explicaba las hechuras que Fadhila había heredado—, el dueño de la casa entró en la alcoba haciendo gala del talante de un rey. La lujosa túnica de seda que vestía, que apenas lograba disimular su voluminosa barriga, suponía el inequívoco reflejo de su elevado estatus.

—*¡As-salam aleikom*¹! —saludó teatralmente—. Mi nombre es Sabiq Al-Mursi. Y a mi hija ya la conoces.

—*Wa aleikom as-salam* —repuso Theobald con sencillez.

Al-Mursi era un prestigioso comerciante que había amasado una valiosa fortuna gracias al papel. En los inicios del califato abasí, los libros se escribían en pergaminos, es decir, en pieles de animales que se estiraban y secaban, lo que suponía un proceso de fabricación excesivamente caro, que además daba como resultado un soporte rígido y de difícil manipulación. Sin embargo, tan pronto como la técnica para elaborar papel, inventada por los chinos, se transmitió al mundo árabe, aquel nuevo soporte para la escritura provocó una verdadera revolución. La elaboración del papel —a partir de textiles como el lino o el cáñamo— resultaba mucho más eficaz y barata, y además se trataba de un medio mucho más práctico y resistente para registrar cualquier tipo de información. Todo ello favoreció un auge de la cultura del libro entre los musulmanes, que se reflejó en la rápida apertura tanto de bazares especializados como de bibliotecas públicas. Pues bien, Al-Mursi había sido uno de los primeros comerciantes en embarcarse en aquel lucrativo negocio, abriendo uno de los primeros talleres en Bagdad, en el cual comenzó a fabricar grandes cantidades de papel que exportaba por todo Oriente Medio.

—Espero que te encuentres algo mejor.

—Aún me siento dolorido, pero estoy vivo, gracias a Dios.

—Lo que te ocurrió es inaceptable. Resulta intolerable que en Bagdad reine tanta inseguridad en determinados barrios.

—No podría estarle más agradecido por todo lo que ha hecho por mí. Ahora, si no le importa, lo único que necesito es un poco de agua.

Al punto, Fadhila trajo una jarra y le sirvió un vaso a Theobald.

—Salta a la vista que no eres de esta parte del mundo —dijo Al-Mursi—. ¿Llevas mucho tiempo en Bagdad? ¿Quieres que avise a alguien de que estás aquí?

—Todavía no conozco a nadie. Soy un monje cristiano venido de Occidente. Acababa de llegar cuando me asaltaron.

—¡Ah! Ya veo. Qué interesante. Entonces habrás hecho un largo viaje, ¿verdad?

—Interminable —replicó Theobald—. Seis meses desde mi partida.

—¿Y qué planes tenías antes de que te atacaran?

—Buscaba la iglesia de *Dayr al-Rum*, en el barrio de los cristianos. Esperaba que allí pudiesen acogerme durante una temporada, al menos hasta que consiga dinero suficiente pagarme un alojamiento por mi cuenta.

El comerciante adoptó una pose pensativa.

—No está mal pensado. Sería muy poco probable que te dejaran en la estacada. Entonces, ¿no tienes dinero? Como cristiano en territorio musulmán, ya sabes que gozas de la total protección del califa, siempre y cuando cumplas con el impuesto correspondiente.

—Soy un *dhimmi*², lo sé. Y en cuanto al dinero... disponía de cierta cantidad que había heredado de una tía, pero tras los gastos del viaje ya no me queda nada... —Y, en ese momento, acudió como un relámpago a su cabeza el recuerdo del paquete que había traído consigo de Inglaterra, del que se había olvidado por completo desde que sufriese la emboscada en el callejón —. ¿Dónde está? ¡Cuando perdí el sentido aún lo tenía conmigo! —exclamó Theobald mirando desesperado a su alrededor.

—¿Te refieres a un bulto mediano envuelto en tela? —intervino Fadhila muy atenta.

—¡Sí, ese mismo!

La mujer salió de la habitación a paso ligero.

—No te preocupes —le calmó Al-Mursi—. Conseguimos recuperarlo y no ha sufrido ningún daño.

Fadhila regresó con el bulto, que continuaba perfectamente embalado. Sus salvadores, haciendo alarde de un comportamiento irreprochable, ni siquiera habían intentado abrirlo para descubrir su contenido.

—¡Gracias al Cielo! —suspiró Theobald aliviado—. Déjalo aquí, sobre la mesita —y añadió, un poco apurado por su exaltación de hacía un momento—. Si no es inconveniente...

Fadhila así lo hizo. Al-Mursi guardó silencio por si el monje añadía algo más acerca del paquete, pero como no lo hizo, retomó la conversación en el punto en el que lo habían dejado.

—Bien. ¿Y qué buscas en Bagdad? ¿Para qué has venido de tan lejos?

—Tengo intención de acudir a la Casa de la Sabiduría y ponerme a su servicio como traductor y científico. Quiero contribuir con mi grano de arena a reunir y ampliar el conocimiento del mundo.

—¡Excelente, excelente! Allí trabaja Khalid, el esposo de mi hija. Está considerado como uno de los mejores calígrafos de Bagdad, ¿sabes? —dijo con orgullo—. Aunque no será fácil que te admitan, te lo advierto. La Casa de la Sabiduría es un lugar muy exclusivo... No obstante, yo mismo te presentaré a su director y haré todo lo que esté en mi mano para ayudarte.

Theobald sonrió agradecido. Por lo visto, Dios había querido que su ángel de la guarda se encarnara en un obeso comerciante bagdadí de espíritu compasivo y alma generosa.

Durante el periodo de su convalecencia, Theobald continuó alojado en la casa de Al-Mursi y siguió recibiendo los cuidados necesarios para su restablecimiento. El próspero comerciante le había asegurado que podía quedarse el tiempo que quisiese, más allá incluso del que precisase para su recuperación. Después del inicio tan desastroso que había tenido, en el que a punto había estado de perderlo todo, incluida su propia vida, la suerte de Theobald parecía haber cambiado y de nuevo volvía a encarar su futuro con optimismo.

Normalmente era la propia Fadhila la que se encargaba de realizarle las curas. Solo cuando esta se ausentaba la reemplazaba una esclava de la casa. Pronto, Theobald comenzó a salir al patio central para que le diera la luz del sol, cumpliendo así una de las recomendaciones

prescritas por el médico árabe. La espléndida residencia del comerciante le había causado una notable impresión. Las paredes de las amplias habitaciones que rodeaban el patio estaban revestidas en plata o cubiertas con lujosos tapices, que se reflejaban en los suelos de mármol. Además, integrada en la vivienda había una pequeña mezquita que contaba con su nicho de oración orientado hacia La Meca.

—¿Cómo te encuentras hoy? —le preguntaba Al-Mursi a diario—. Yo cada vez te veo mejor.

Y, a partir de ahí, huésped y anfitrión se enfrascaban en disquisiciones de toda índole, en las cuales predominaba la cortesía por encima de todo.

La relación que mantenía con Fadhila, en cambio, no era igual de fluida. Al principio, las palabras que Theobald cruzaba con ella mientras esta le curaba las heridas se limitaban a algún comentario sobre el clima o la situación política de Bagdad. Sin embargo, la confianza entre ambos fue aumentando con el transcurso de los días, hasta que finalmente el monje se decidió a llevar la conversación hacia un terreno más personal.

—Fadhila, ¿puedo preguntarte algo?

—Claro, lo que quieras.

—¿Por qué estando casada pasas tanto tiempo en casa de tu padre y tan poco en tu propio hogar?

Fadhila se quedó paralizada y el brillo natural de su rostro se apagó por un instante. Theobald temió haberla ofendido. No obstante, la mujer se recompuso enseguida y no rehuyó darle una respuesta.

—Mi esposo y yo no tenemos hijos, y de las tareas domésticas ya se encarga la servidumbre. ¿Qué voy a hacer todo el día sola en mi casa?

—¿Y tu esposo no dice nada?

—Él casi nunca está en casa. Siempre está fuera, trabajando. A veces pienso que la Casa de la Sabiduría es su verdadero hogar. —Fadhila suspiró. Aunque hablaba con el corazón, Theobald advirtió que evitaba mirarle a los ojos—. Aquí ayudo a mi padre con el negocio. De hecho, antes de casarme ya me ocupaba de llevar las cuentas y cuadrar el inventario.

Theobald asintió. Aunque no era habitual que la mujer musulmana recibiese una educación superior, resultaba menos extraño que las pertenecientes a familias adineradas estudiasen medicina o se preparasen para dirigir un negocio.

—Ahora lo comprendo todo mucho mejor —repuso Theobald sonriendo.

Fadhila le devolvió la sonrisa y logró sacudirse de encima la incomodidad que había sentido un momento antes.

—¿Y tú? ¿No tienes esposa?

Theobald dejó escapar una alegre carcajada.

—Los monjes no podemos contraer matrimonio. —Fadhila frunció el ceño, sin entender—. ¿No lo sabías? Cuando nos ordenamos, hacemos voto de castidad.

—¿Y por qué un hombre decide hacer algo así?

—Soy huérfano, y me crie desde muy pequeño en una orden religiosa cristiana. Siempre quise consagrar mi vida a Dios... o, como vosotros lo llamáis, a Alá.

En ese momento se escuchó a lo lejos la festiva voz de Al-Mursi, que se dirigía a un sirviente nada más atravesar la puerta principal.

—No tengo palabras para agradecerle a tu padre todo lo que está haciendo por mí —prosiguió

diciendo Theobald—. Sin conocerme de nada, me ha abierto las puertas de su casa y me ha proporcionado lo necesario para recuperarme. Y sin pedir nada a cambio.

—Siempre ha sido muy generoso, pero más aún desde que enviudó, hace unos años.

—Lo siento mucho. ¿Qué ocurrió?

—Mi madre murió tras una larga enfermedad que nos causó mucho dolor a todos. Solo la fe le ayudó a superarlo. Por eso mandó construir la sala de oración en un extremo de la casa.

—Eso es muy loable.

—Sé que por dentro mi padre sigue echándola muchísimo de menos, pero no ha perdido nunca su carácter risueño y animado, y eso me consuela.

Theobald hizo la señal de la cruz y, tras juntar las palmas de las manos bajo la barbilla, recitó un padrenuestro en voz baja. Al terminar dijo:

—He rezado una oración cristiana por el alma de tu madre.

—Gracias... —murmuró Fadhila, emocionada ante aquel gesto espontáneo.

Al cabo de una semana, Theobald se había recuperado de sus magulladuras y ya se sentía con fuerzas para acudir a la Casa de la Sabiduría a solicitar un trabajo. Quería obtener cuanto antes dinero suficiente como para costearse un alojamiento propio y no tener así que seguir abusando de la hospitalidad del bueno de Al-Mursi.

Theobald se dirigió al salón principal con la intención de comunicárselo, cuando el sonido de algunas voces procedentes de aquel lugar le hizo reducir la marcha, pues resultaba evidente que el comerciante tenía algún invitado y probablemente aquel no fuese el momento más indicado para hablar con él.

Se detuvo justo en el umbral de la puerta. Se trataba sin duda de un asunto de negocios. Sin embargo, las voces se elevaron repentinamente de tono y el encuentro desembocó en una agria disputa. La discusión alcanzó tal grado de acaloramiento, que Al-Mursi y el desconocido se pisaban el discurso y resultaba muy difícil poder entenderles. Theobald se mostró sorprendido. Hasta entonces, jamás había visto a Al-Mursi pronunciar una palabra fuera de tono, ni siquiera a la servidumbre.

El monje se giró para regresar a su alcoba, pero ya era demasiado tarde.

—¡Theobald! Por favor, no te quedes ahí. ¡Adelante! —oyó decir a Al-Mursi, que se había percatado de su presencia.

En un instante, la actitud de Al-Mursi había cambiado por completo, tras adoptar sin aparente esfuerzo su habitual talante cordial y optimista.

—Lo siento, no pretendía interrumpir.

—En absoluto. Pasa y ponte cómodo. Quiero presentarte a un amigo.

El monje se sentó sobre una mullida alfombra rodeada de cojines. Varios cuencos llenos de uvas y dátiles reposaban sobre una bandeja.

—Istifán —dijo Al-Mursi dirigiéndose hacia el hombre que le acompañaba—. Este es Theobald, el monje cristiano del que te he hablado.

Istifán inclinó la barbilla muy levemente, a modo de saludo. Fruncía los labios y apretaba los dientes, dibujando una expresión severa. Saltaba a la vista que aún tenía muy presente su reciente enfrentamiento con Al-Mursi. Persa de nacimiento, Istifán era de constitución delgada, más alto

que la media, de cejas espesas y piel curtida por el sol.

—Istifán y yo llevamos tanto tiempo trabajando juntos que ya ni siquiera soy capaz de recordar los años, ¿verdad, Istifán?

—Veintiún años para ser exactos —precisó este tras un silencio—. Toda una vida.

Istifán había iniciado su carrera como tratante de esclavos, actividad que dejó de lado cuando se asoció con Al-Mursi para emprender el negocio del papel que tantas ganancias les estaba reportando a ambos. Al-Mursi se centraba más en los aspectos relacionados con la fabricación del producto, mientras que Istifán lo hacía en la faceta comercializadora.

—Y, pese a todo, nos vemos en ocasiones muy contadas, ¿sabes? —añadió Al-Mursi—. Él vive en la ciudad de Yazd, en una zona desértica situada en Irán.

La razón que le había llevado a fijar su residencia tan lejos de Bagdad era de índole principalmente religiosa. Istifán rendía culto a Mazda, dios de los zoroastrianos³, la antigua religión de los persas que, tras la conquista de los musulmanes, inició un lento proceso de declive hasta casi desaparecer por completo. Con todo, algunos grupos de población decidieron conservar sus creencias, y se marcharon lejos de los centros de gobierno, allá donde la presión religiosa era menor, para poder así profesar abiertamente su fe sin miedo a que les persiguieran.

—En realidad, me muevo bastante —puntualizó Istifán—. Voy y vengo mucho a Bagdad, y suelo hacer el viaje con las caravanas que enviamos a Egipto o al norte de la India. Por cierto, ¿cómo te encuentras? Al-Mursi me ha contado que te asaltaron nada más llegar a la ciudad.

—Mucho mejor, gracias. Precisamente venía a hablar de eso a mi anfitrión. Aunque, me temo que he llegado en un momento un tanto inoportuno...

—Nada de eso —repuso Al-Mursi agitando una mano en el aire—. Discutíamos de negocios. Además del papel, yo pretendo ampliar nuestra actividad a la producción de todas aquellas herramientas relacionadas con el mismo, desde la tinta hasta las plumas de junco. Sin embargo, mi socio parece discrepar conmigo.

Tras aquella afirmación, Al-Mursi e Istifán intercambiaron una imperceptible mirada que no le pasó inadvertida a Theobald. El monje intuyó que el verdadero motivo de la disputa debía de ser otro muy distinto, pero no dijo nada. La pareja de comerciantes tenía todo el derecho del mundo a llevar sus diferencias con discreción.

—Bueno, he de admitir que la idea no es mala... —intervino Istifán tras carraspear—. Pero ya no tengo edad para emprender un negocio desde cero. Y tampoco lo necesito. Con las actuales ganancias jamás me faltará de nada. Si me lo hubieses propuesto hace diez años... seguramente mi respuesta habría sido distinta.

—Vamos, Istifán. Todavía no somos tan viejos...

—Puede que no, pero nos acercamos a una edad en la que nos toca descansar más que otra cosa.

—¡Bah, tú y tu pragmatismo! La ilusión es la chispa de la vida. Y mi profesión me sigue apasionando tanto como el primer día.

—No lo pongo en duda, pero no todo el mundo es tan optimista como tú. Tú siempre ves el lado bueno de las cosas. Yo, en cambio, a estas alturas no estoy dispuesto a gastar dinero y esfuerzo en emprender un nuevo negocio que bien podría fracasar.

Al-Mursi se encogió de hombros.

—¿Qué opinas tú, Theobald?

—Coincido plenamente contigo —concluyó el monje—. La ciencia es la pasión de mi vida y no creo que nunca me canse de ella, por más que envejezca. Por eso he hecho un viaje tan largo.

Y añadió para sí: «Y por eso mismo apenas puedo contener la impaciencia por entrar a trabajar en la Casa de la Sabiduría».

Al-Mutasim atravesaba los pasillos de su residencia a paso ligero.

Sus pasos resonaban sobre el mármol blanco y su vista se posaba en las paredes forradas de estuco finamente labrado, revestidas de espejos que le devolvían una mirada firme y decidida. El hermano del califa —al igual que otros miembros destacados de la familia abasí— poseía su propio palacio situado junto al Tigris, casi tan espléndido como el de Al-Mamún, pues contaba con más de treinta estancias, salones, cocinas y establos, además de patios y amplios jardines, y hasta una halconera donde cuidaba con gran mimo del ejemplar que utilizaba para sus cacerías. Del mismo modo, Al-Mutasim disponía de su propia servidumbre, así como de una reducida comitiva integrada por poetas, músicos y eruditos que formaban una especie de corte propia, distinta de la del califa.

Al-Mutasim se dirigía hacia el jardín, donde iba a encontrarse con su hija para mantener una seria charla con ella. Sin embargo, su verdadera preocupación era otra muy distinta. Su hermano, el califa, era todavía relativamente joven y gozaba de buena salud, loado sea Alá. Pese a todo, la cuestión de su sucesión era demasiado importante como para no tenerla en cuenta. Al-Mamún podría fallecer el día menos pensado y, si tal eventualidad acontecía, Al-Mutasim quería estar preparado para sucederle en el califato.

Hasta la fecha, su hermano no había estipulado nada relativo a qué pasaría cuando él muriera, lo cual le dejaba la puerta abierta mientras no especificase lo contrario. En la Europa occidental, la primogenitura constituía el modo tradicional de regularizar la sucesión al poder. Sin embargo, no ocurría lo mismo en el mundo islámico y, de momento, su rival mejor situado era el príncipe Abbas, el único de los numerosos hijos que Al-Mamún había tenido con varias mujeres —entre su esposa y sus concubinas—, que gozaba de la preparación necesaria para relevarle en el cargo.

En el pasado, cuando había habido varios herederos con posibilidades, lo normal era que cada uno de ellos procurase atraerse a sus propios seguidores, y cada facción hiciese todo lo posible para que su hombre fuese el elegido, lo que generaba todo tipo de tensiones dentro de la corte. Afortunadamente para Al-Mutasim, el príncipe Abbas por ahora no estaba en condiciones de competir con él, puesto que a sus diecisiete años aún no contaba con experiencia militar, mientras que su tío ya había comandado varias incursiones contra los infieles. En todo caso, Al-Mutasim no podía confiarse. Solo era cuestión de tiempo que el príncipe Abbas adquiriese mayor protagonismo en la política de su padre, lo que aprovecharía para captar un importante número de adeptos para su causa.

Por todo ello, Al-Mutasim había adoptado una estrategia muy agresiva, consistente en comprar esclavos turcos a los que estaba entrenando en el arte de la guerra. Esperaba llegar a formar un ejército pequeño, pero muy bien preparado, con el que poder ejercer presión cuando llegase la hora de la verdad. Los reclutas de raza turca, procedentes de las estepas asiáticas, no eran musulmanes, por lo que nadie podría manipularles ni arrastrarles a las constantes luchas que tenían lugar entre las diferentes corrientes islámicas. De esta manera, se aseguraba de que aquel ejército privado que estaba adiestrando le fuese leal a él y a nadie más.

Vestido con una galabiya larga, un cinturón bordado del que asomaba un puñal engarzado de zafiros y un turbante de seda azul, Al-Mutasim desembocó en el vestíbulo de entrada. El

pavimento estaba cubierto de alfombras, las ventanas exhibían preciosos cortinajes y del techo pendían varias lámparas de cristal. Un centinela muy erguido hacía guardia junto a la enorme puerta de cedro tallado.

Al-Mutasim salió al exterior y una calurosa brisa cargada de humedad se le adhirió a la piel como si el sol le acariciase. Atravesó una avenida cubierta de coloridos mosaicos y flanqueada por naranjos en enormes tiestos, y aspiró el aire perfumado de los parterres de violetas y narcisos que crecían a ambos lados.

Amina, su hija mayor, le esperaba bajo la columnata que daba al patio principal.

—Buenos días, padre —saludó la muchacha con cierta timidez—. Me han dado recado de que querías hablar conmigo.

—Así es —repuso Al-Mutasim—. Ven, demos un paseo por el jardín.

Ambos echaron a andar con la vista al frente. Amina era una joven menuda pero bien proporcionada, de labios finos y ojos almendrados coronados por largas pestañas, que poseía un atractivo innegable pese a no encajar en el canon de la mujer voluptuosa. Al lado de su padre, robusto y de cuerpo atlético, ella se veía aún más pequeña de lo que en realidad era, lo cual le confería una apariencia angelical que subrayaba su belleza. A sus dieciséis años, Amina estaba atravesando una etapa de cierta rebeldía, de ahí que Al-Mutasim hubiese decidido intervenir para reconducirla por el buen camino.

—Hija, tengo entendido que desde hace unos meses duermes hasta casi pasado el mediodía, y esas no son horas de levantarse. Me gustaría que me explicaras por qué.

Amina continuó caminando sin devolverle la mirada a su padre, y se tomó su tiempo para contestar.

—A veces me cuesta mucho conciliar el sueño y casi no pego ojo en toda la noche. Por eso, cuando al fin consigo dormirme, me quedo en la cama toda la mañana.

—Así que tienes insomnio... —repuso Al-Mutasim en un tono que dejaba entrever cierto escepticismo—. ¿Y qué te ha dicho el médico?

—No lo he visto. ¿Para qué iba a hacerlo si no puede ayudarme?

—¿Y eso cómo lo sabes?

Amina se encogió de hombros e hizo un mohín frunciendo los labios.

—Que me cueste dormirme no quiere decir que esté enferma.

—Bueno, pero si tienes insomnio será por alguna razón, ¿no? ¿Estás preocupada por algo?

—No, por nada.

—Pues entonces no tienes excusa. Sabes que debes cumplir con tus obligaciones: estudiar el Corán, aprender las artes del bordado y de la caligrafía, formarte adecuadamente en el resto de las tareas propias de tu sexo... Además, ya tienes edad para comenzar a asistir a ciertas ceremonias de la corte que requieren conocer el protocolo adecuado. Así que más vale que aproveches el día desde primera hora de la mañana.

Amina protestó, pero sin demasiada convicción. Un pavo real se cruzó por delante de ellos con total tranquilidad, mientras en las copas de los árboles gorjeaban pájaros cantores de toda especie.

—¿Y qué me dices de los músicos que están a mi servicio? Según he oído, te han visto relacionándote con ellos a escondidas, pese a saber de sobra que lo tienes prohibido.

Los músicos, que estaban siempre al corriente de las últimas modas, solían gozar de mala

reputación y se creía que podían ejercer una influencia negativa sobre los jóvenes, motivo por el cual Al-Mutasim había decidido que sus hijos se mantuviesen alejados de ellos. Con todo, Amina se saltaba la prohibición siempre que le venía en gana, sin importarle las consecuencias. A fin de cuentas, eran los músicos quienes cargaban con las culpas. Ella se libraba siempre de ser castigada.

—¿Los músicos? ¡Pero si hace semanas que no les veo!

—¿De veras? Entonces... ¿cómo es que un sirviente te sorprendió el otro día revoloteando entre ellos cuando ensayaban en el pabellón exterior?

—¡No estaba revoloteando! —se justificó Amina haciendo un ademán con la mano—. Yo solo estaba de paso y, atraída por la música, me limité a asomar la cabeza un segundo.

Al-Mutasim estaba seguro de que mentía. Pese a todo, era incapaz de enfadarse con ella. De todos sus hijos, Amina era claramente su favorita, quizás porque era la única hembra, o puede que por ser la primogénita. El caso era que cada vez que la miraba su corazón se derretía, y no podía evitar mostrarse mucho más permisivo con ella que con el resto de sus hijos varones.

—Esa no es la versión que a mí me han contado.

—Algunos sirvientes exageran demasiado. Y tampoco deberían ir por ahí metiendo las narices donde no les llaman —replicó Amina enfurruñada—. Además, sigo sin entender qué tiene de malo.

—Los músicos saben demasiadas cosas y son unos seductores natos. Y tú no debes olvidar que eres sobrina del califa.

—Lo sé, pero ya no soy ninguna niña. ¿O es que no te has dado cuenta?

—Cierto. En eso no me queda más remedio que darte la razón.

Al-Mutasim esbozó una sonrisa. Desde luego, no hacía falta que se lo recordara. Amina se había convertido en toda una mujer. Y muy bella. Además, era tan decidida e independiente como él, lo cual, tratándose de una mujer, a veces constituía un serio problema. Con solo once años, por ejemplo, Amina había protagonizado una fechoría que podía haberle acarreado graves consecuencias. Una vez a la semana, la familia abasí al completo acudía a la mezquita aljama para orar. Sin embargo, una de las sirvientas advirtió que Amina llevaba varias semanas ausentándose sin permiso, incumpliendo así con su deber. Cuando Al-Mutasim le pidió cuentas a su hija, esta lo negó rotundamente y aseguró haber asistido al rezo sin faltar ni una sola vez. Y al final resultó que no mentía... pero la explicación desató un escándalo del que se habló en la corte durante semanas enteras. Amina se había vestido de chico y se había mezclado entre sus hermanos y primos para poder acceder así a la sala principal de oración. ¿Por qué? Su hija consideraba injusto que las mujeres tuviesen que recluirse en una zona específica de la mezquita, ocultas tras gruesas celosías.

Padre e hija llegaron hasta un estanque que recibía la grata sombra de un conjunto de cipreses y detuvieron allí sus pasos. Un puñado de patos chapoteaba en el agua entre graznidos de satisfacción. Amina sumergió las puntas de los dedos en la superficie del agua, para acto seguido humedecerse la parte posterior del cuello. Vestía una túnica ceñida de color negro, abierta a los lados de rodillas para abajo, y unas babuchas doradas. Llevaba el cabello recogido en la nuca con un pasador, y por maquillaje, tan solo un poco de kohl que había utilizado para delinearse los ojos. En aquel momento prescindía del tradicional velo musulmán, pues se encontraba dentro del recinto familiar rodeada de los suyos.

—Pero, precisamente porque ya eres mayor, deberías actuar de forma mucho más responsable —arguyó Al-Mutasim—. A estas alturas ya tendrías que estar pensando en tu futuro.

Amina agachó la cabeza. Al pertenecer a la dinastía abasí, las perspectivas de su futuro se reducían básicamente a dos alternativas: contraer matrimonio con algún familiar cercano, o llevar una vida de soltería en un lujoso palacio completamente recluida y apartada del mundo exterior. Y ella no deseaba ninguno de aquellos destinos. Al contrario, soñaba con un porvenir muy distinto, que implicaba romper numerosos tabúes e ir en contra de la tradición establecida. Por eso había decidido guardárselo para sí, porque si lo contaba, sabía que jamás la dejarían hacer lo que de verdad la hacía feliz. Ni siquiera su padre, que tanto la había consentido durante toda su vida.

—Todavía soy muy joven para pensar en eso —protestó Amina.

—Ah, ya veo. Para unas cosas te consideras una adulta, pero para otras sigues siendo una niña.

—¡Eso no es justo!

—Hija, ¿sabes que ya tienes edad para estar casada?

—Sí, pero yo no quiero casarme todavía...

—Lo sé, por eso hasta ahora le he dado largas a todos los candidatos, incluidos dos primos tuyos con los que toda la familia habría visto con muy buenos ojos que te hubieses comprometido —explicó Al-Mutasim—. En fin. El día menos pensado te enamorarás locamente de alguien, y tú misma me suplicarás que te deje casarte con él. Solo espero que si ese día llega, ese alguien no sea un musicucho cualquiera. ¡Eso sí que no! ¡Jamás debes olvidar la familia a la que perteneces! Eres una abasí, ¿entiendes?

—Sí, soy la sobrina del califa, me lo has repetido cien veces —repuso Amina elevando la mirada al cielo y poniendo los ojos en blanco.

—Exacto, y debes comportarte como tal. —Al-Mutasim la rodeó con el brazo y la atrajo hacia sí—. Te lo digo solo por tu bien —añadió dándole un beso en la frente.

Amina se sintió agobiada y cerró los ojos un instante. Si su padre se enterase de lo que había estado haciendo durante los últimos meses, jamás la perdonaría.

—A veces preferiría ser una chica corriente —comentó con voz apagada.

—¿Pero se puede saber qué tonterías son esas? —exclamó apartándola un poco para mirarla a la cara.

—No lo son. Al menos así no tendría tantas obligaciones ni estaría tan vigilada.

Al-Mutasim reflexionó antes de replicar:

—Quizás llevases una vida más sencilla. Pero a cambio tendrías otro tipo de preocupaciones mucho más acuciantes, como tener un plato de comida que llevarte a la boca. ¿Habías pensado en eso?

—Dudo que sea tan malo como lo pintas.

—Creo que no eres consciente de lo privilegiada que eres. La mayoría de la gente vive en condiciones miserables. No puedes ni imaginarte lo que eso supone.

Amina se estaba cansando del rumbo que había tomado la conversación, y se dedicó a espantar a los patos que nadaban en el estanque. Después miró a su padre y le mostró su sonrisa de niña traviesa, que este tan bien conocía.

—Ni se te ocurra —le advirtió Al-Mutasim, aunque él mismo tampoco pudo reprimir una

expresión divertida.

Amina metió la mano en el agua y la impulsó hacia delante para salpicar a su padre, riéndose a carcajadas. Al-Mutasim se echó a un lado y evitó mojarse en el último momento, para acto seguido devolverle la broma a su hija, a la que empapó toda la espalda cuando intentaba escapar de él.

En realidad, hacía tanto calor, que refrescarse un poco constituía un placer extraordinariamente agradable.

6

Yabir permanecía encerrado entre aquellas cuatro paredes desde hacía una semana, completamente privado de libertad.

Después de que le secuestrasen en el caravasar de Kufa, se lo llevaron a Bagdad maniatado y amordazado, tendido sobre el lomo de un camello como un saco de mercancía. Allí lo ocultaron en una casa de un barrio de la periferia, tan anodina como otra cualquiera, para no levantar sospechas acerca de dónde lo retenían.

Los primeros días de cautiverio Yabir lloró y lloró sin consuelo hasta quedarse sin fuerzas. Le tenían en un sótano diminuto, sin mobiliario ni enseres de ningún tipo, salvo un jergón de paja, una bacinilla con agua para asearse y una escudilla donde hacer sus necesidades. Sabía cuándo era de día o de noche por la luz que penetraba por un ventanuco rectangular, cruzado por barrotes, que se abría en la parte superior de la estancia y que daba a un callejón sin salida repleto de inmundicias. Yabir se sentía como un pájaro enjaulado. Para un niño como él, que se había criado con los beduinos en los espacios abiertos que ofrecía el vasto desierto, el hecho de que le hubiesen arrebatado la libertad equivalía a que le hubiesen robado el alma y cortado las piernas.

Su carcelero era el mismo individuo que le había secuestrado. Se llamaba Abdalmalik y era un árabe grueso y fornido, de carácter frío y despiadado, ferviente seguidor del islam en su vertiente más extremista, y que se caracterizaba por ser bizco de un ojo. El cómplice que le había ayudado a raptar al niño, y que tan salvajemente había agredido a su madre, se había quedado en Kufa para atender otros asuntos siguiendo órdenes de la organización.

Abdalmalik bajaba al sótano tres veces al día para traerle la comida y vaciarle la escudilla. Jamás le dirigía la palabra o contestaba a sus preguntas y, por su expresión, parecía estar siempre de mal humor. Yabir le tenía un pánico atroz, porque se le había quedado grabado cómo había degollado al perro de la caravana.

Abdalmalik era la única persona que mantenía contacto con el crío. Ni siquiera Ahmad ibn Hanbal, el líder del movimiento y verdadero cerebro de la operación, había puesto un pie en la casa donde le mantenían cautivo, para evitar atraer la atención hacia aquel lugar. Abdalmalik sabía que, cuando nació, Alá no le bendijo con una gran inteligencia. Por eso, para no cometer errores, seguía al pie de la letra las instrucciones de su jefe. Además, desde el principio le avisaron de que el secuestro podía durar semanas, incluso meses... aunque en realidad eso no suponía ningún inconveniente. Por encima de todo, Abdalmalik era un hombre paciente e imperturbable.

A pesar de ello, había surgido un problema inesperado que les había obligado a alterar ligeramente los planes. Yabir era analfabeto. Pero eso no era lo peor... ¡ni siquiera era musulmán! Y eso resultaba intolerable. Había que ponerle remedio cuanto antes.

El confinamiento, la soledad y la monotonía habían llevado a Yabir al borde de la locura, y aquella tarde en concreto se atrevió a desafiar a su carcelero sin temor a las represalias. Hasta entonces se había limitado a llorar, a lamentarse y a lanzar súplicas que jamás recibían respuesta,

pero ya no podía aguantar aquella situación por más tiempo.

Abdalmalik descendió la escalerilla que conducía al zulo con su parsimonia acostumbrada, y depositó una bandeja en el suelo con agua y tortas de queso blanco. Yabir se puso en pie para recibirle y, con los puños cerrados y el rostro rojo de ira, le dio una patada a la bandeja. La comida salió despedida por los aires.

—¡Quiero irme de aquí! —exclamó—. ¿Me oyes? ¡Quiero volver con mi madre!

Abdalmalik ni siquiera se inmutó.

—Ahora tendrás que lamer el agua del suelo. Así aprenderás. Y no voy a tolerar tus gritos. Es el último aviso que te doy.

—¡No me importa! ¡Lo único que quiero es volver a mi casa!

La mano de Abdalmalik se movió a la velocidad del rayo y se estampó contra el rostro del niño, derribándole sin esfuerzo. Al dolor se unió la sorpresa del golpe inesperado. Con todo, Yabir se esforzó por contener el llanto para no aparentar debilidad.

—Tú me has obligado a hacerlo. La próxima vez límitate a obedecer. Si cumples las normas, no te pasará nada malo. Espero que de ahora en adelante no hagas ninguna tontería más.

Desde el suelo, Yabir le lanzó una mirada que no ocultaba el odio infinito que el árabe le despertaba. Temblaba de arriba abajo como una oveja extraviada, pero a pesar de las amenazas, su determinación continuaba intacta. No tenía nada que perder, así que no estaba dispuesto a dejarse intimidar.

Yabir se palpó la mejilla donde había recibido el impacto. El dolor se había atenuado y poco a poco comenzó a incorporarse.

—No se te ocurra levantarte hasta que yo me haya marchado. ¿Me has oído?

Pero Yabir había estallado y ya no actuaba de modo racional. Con gesto desafiante, se puso de nuevo en pie y le dedicó a su carcelero una mirada asesina y visceral.

Abdalmalik no pensaba tolerar el menor acto de rebeldía, por lo que le propinó un bofetón aún más fuerte que el anterior. Yabir salió despedido hacia atrás y se golpeó contra la pared antes de caer al suelo. Tenía la mejilla enrojecida y del labio inferior comenzó a brotarle un hilillo de sangre. Se asustó y no pudo evitar sollozar de forma descontrolada, no tanto por el golpe sino por la humillación que sentía.

—No digas que no te lo advertí.

Pese a su aparente firmeza, Abdalmalik temió haberse excedido. Ahmad ibn Hanbal le había hablado muy claro y le había insistido en que no debía herir al crío. Podía emplear la violencia de forma moderada para corregirle, pero nada de causarle contusiones o cicatrices que precisasen de atención médica. Al parecer, Yabir era un activo importante para la organización y estaba llamado a jugar un papel fundamental en los planes de su jefe. ¿Por qué aquel chico era tan importante? Abdalmalik lo ignoraba, aunque en realidad le daba igual. Él se limitaba a acatar las órdenes de Hanbal, que para eso era quien mandaba; no necesitaba saber más. Cuando llegase el momento oportuno, ya se enteraría.

Yabir, por su parte, comprendió que le convenía dejar las cosas como estaban. Había retado a su raptor y había pagado cara su osadía. Sin embargo, algo dentro de él, un punto de orgullo que incluso desconocía que tuviese, le impulsó a seguir plantándole cara al margen de lo que pudiera ocurrir después. Además, tenía que haber algún motivo por el que lo mantenían con vida. Si hubiesen querido matarle, ya lo habrían hecho hace tiempo.

Muy despacio, y desobedeciendo abiertamente a Abdalmalik, Yabir hizo amago de levantarse una vez más.

—¡Te he dicho que te quedes en el suelo! ¿Estás sordo o eres idiota?

Abdalmalik confiaba en que el chico fuese lo bastante listo como para no volver a desafiarle. Pero... ¿y si no obedecía? Si le pegaba de nuevo, se arriesgaba a causarle más daño del que debía, y al final sería él quien acabase teniendo problemas.

Yabir no se amilanó y se puso en pie trabajosamente, porque apenas le respondían las piernas. Y allí se quedó, mirando fijamente a su raptor, que le observaba con una mueca de incredulidad y su ojo bizco apuntando en otra dirección. Yabir había tensado la cuerda hasta el límite y ambos eran conscientes de ello. Abdalmalik sintió que una intensa ola de furia le recorría todo el cuerpo. Por insolencias mucho más insignificantes había liquidado a hombres hechos y derechos. ¡Y ahora un simple mocoso se atrevía a desafiarle!

El duelo de voluntades se prolongó cerca de un minuto. Yabir estaba preparado para recibir otra bofetada, que finalmente no se produjo. Abdalmalik concluyó, muy a su pesar, que si se ensañaba más con el chico sería contraproducente para sus propios intereses, de modo que se tragó el orgullo y se obligó a contenerse. Las órdenes eran las órdenes, y él siempre las cumplía a rajatabla. De lo contrario, Hanbal no confiaría tanto en él.

Algo más calmado, Abdalmalik negó con la cabeza, se giró y enfiló las escaleras.

—Poner las cosas difíciles no te traerá nada bueno —reprendió a Yabir cuando se marchaba—. Por de pronto, hasta mañana no volveré a darte más agua. Espero que para entonces hayas cambiado de actitud.

Cuando desapareció tras la puerta, Yabir se acurrucó en el lecho hecho un ovillo y dejó que las lágrimas fluyesen libremente por sus mejillas. Había obtenido una pequeña victoria moral, pero no estaba seguro de que le sirviese de nada. Seguía exactamente en la misma situación.

¿Por qué le habían secuestrado? ¿Qué pretendían de él sus captores? ¿Qué buscaban exactamente? Se había hecho estas preguntas y otras similares un millón de veces, sin hallar ninguna explicación satisfactoria. Pero lo que más le atormentaba era qué habría sido de su madre, a la que echaba muchísimo de menos. ¿Habría muerto cuando intentaba salvarle? ¿Estaría malherida? ¿Habría salido ilesa a pesar del fuerte golpe en la cabeza y la abundante sangre? Desde luego, si había sobrevivido, estaría removiendo cielo y tierra para encontrarle, de eso estaba seguro. Su madre era una mujer fuerte y muy valiente, no se detendría ante ningún obstáculo, por grande que este fuese.

Yabir añoraba su vida en libertad con los beduinos. La tribu a la que pertenecía se dedicaba a la cría de camellos. Los caballos eran poco adecuados para la carga y los carros con ruedas resultaban inútiles en las arenosas superficies del desierto. Por lo tanto, el camello se había convertido en el medio de transporte idóneo para el hombre. Los beduinos eran nómadas que se desplazaban constantemente en busca de agua y de pasto para alimentar al ganado, pues también pastoreaban rebaños de ovejas y cabras. Vivían en campamentos conformados por cinco o seis tiendas de pelo de camello, sostenidas por postes de madera, que se cerraban herméticamente para protegerse de las lluvias o las tormentas de arena. Yabir también añoraba las reuniones en torno a las hogueras, en las que los niños engullían leche cuajada o queso de cabra, mientras escuchaban las extraordinarias historias acerca de los *djinn*⁴ que les contaban sus abuelos.

Yabir fijó los ojos aún llorosos en un objeto que, junto a la bacinilla y la escudilla, su secuestrador había dejado el primer día en el suelo con aire ceremonioso: un ejemplar del Corán. Aquel libro no tenía ningún significado para él, pues apenas sabía leer, y tampoco profesaba la religión del Profeta. Aun así, lo ojeaba de vez en cuando porque le gustaba el pulcro trazo de las palabras escritas sobre el papel y, sobre todo, porque ya era capaz de reconocer la mayoría de las letras, lo cual le permitía jugar al juego que su madre le había enseñado para que aprendiese el alfabeto árabe.

La tarde caía sobre Bagdad, pero todavía se filtraba algo de luz por el ventanuco que daba al callejón. Yabir cogió el libro, lo abrió por una página al azar y se centró en una de las letras. Era la “s”. Después miró a su alrededor, con el inconveniente de que ya se sabía de memoria todas las cosas que había en la diminuta estancia donde le tenían encerrado. Por eso, había cambiado las reglas del juego, y ahora no solo valían objetos, sino que también podía tratarse de una emoción que sintiese. La respuesta le vino a la cabeza de inmediato: “soledad”.

Yabir jugó un rato más, hasta que la oscuridad engulló por completo el lugar y ya no alcanzaba a verse siquiera las manos, por lo que volvió a dejar el libro donde estaba. Aquel juego le reconfortaba porque le recordaba a su madre, cuyas facciones le costaba cada vez más retener en su memoria. El niño suspiró. Las esperanzas de volver a verla se hacían más pequeñas a medida que pasaban los días. Y Yabir comenzaba a morir de pena poco a poco...

SEGUNDA PARTE



“La tinta del sabio es más sagrada que la sangre del mártir.”

Mahoma, según los *hadices* sagrados.

Theobald recorría las calles de Bagdad con rumbo a la Casa de la Sabiduría, como un chiquillo que fuese a su primer día de clase. Estaba nervioso porque ignoraba cómo se desarrollarían los acontecimientos y, para calmarse, apretó con más fuerza el bulto que portaba bajo el brazo, el que había traído consigo desde Inglaterra y que había logrado conservar intacto pese a las dificultades del camino.

Junto al monje marchaba el bueno de Al-Mursi, que había insistido en acompañarle para ayudarlo a conseguir el puesto al que aspiraba. El orondo comerciante presumía de conocer al director de la Casa de la Sabiduría, en la que también trabajaba su yerno Khalid.

El día anterior, Theobald había visitado por fin el barrio cristiano de Bagdad, y había conocido al clérigo encargado de la iglesia de *Dayr al-Rum*, con el que había mantenido un breve encuentro. Sin embargo, no le dispensó un recibimiento tan cálido como esperaba, pues más allá de guardar las formas, se mostró más bien distante y poco hospitalario, a pesar de compartir una misma fe y de ser los dos creyentes del mismo Dios cristiano en las lejanas tierras del Profeta. Por otra parte, aquella actitud respondía a una razón muy específica que a Theobald no se le escapaba. La iglesia cristiana que imperaba en territorio musulmán era la nestoriana⁵, que había sido declarada como hereje por la católica en el Concilio de Éfeso del año 431. Los cristianos nestorianos fueron entonces desterrados de las fronteras del Imperio romano, lo que les llevó a desplazarse hasta Oriente Medio, donde lograron implantarse con un éxito razonable. De todos modos, y pese a las desavenencias, Theobald había confiado en que el núcleo doctrinal que les unía hubiese prevalecido sobre las diferencias que les separaban.

—No te preocupes —le había dicho Al-Mursi cuando se enteró de lo ocurrido—. ¿No te he dicho una y mil veces que puedes quedarte en mi casa todo el tiempo que haga falta?

—Gracias de nuevo. Te lo compensaré en cuanto pueda.

—De ninguna manera. Cualquier buen musulmán en mi posición habría hecho lo mismo que yo.

Aunque todavía no estaban en verano, un calor húmedo impregnaba las calles y tejados, extendiéndose de un barrio a otro transportado por las cálidas corrientes de aire que soplaban desde el este. Las avenidas principales estaban jalonadas de grandes y lustrosas palmeras, bajo cuya sombra se resguardaban transeúntes, perros y camellos. Y una marea de turbantes atestaba las calles y discurría uniformemente en ambas direcciones, con la persistencia de la corriente de un río.

Aquella mañana, sin embargo, Al-Mursi había renunciado al tradicional tocado de la población musulmana y se había cubierto la cabeza con un gorro de seda, alto y de forma cónica, conocido como *qalansuwa*, que utilizaban sobre todo los miembros más destacados de la corte abasí. Y es que, aunque poseía numerosas virtudes, el comerciante pecaba de ser un tanto petulante, pues no paraba de alardear en público de su privilegiada posición económica y social.

—¿No resulta molesto llevar tanto peso en la cabeza? —le había preguntado Theobald, impresionado por el llamativo gorro.

—En absoluto. La estructura interna que lo sostiene está confeccionada con caña, y lo hace

increíblemente ligero.

Conforme se aproximaba a su destino, más intranquilo se sentía Theobald ante el incierto destino que le aguardaba. ¿Y si después de su largo y sacrificado viaje, sus ilusiones se viesan frustradas a la primera oportunidad?

En sus inicios, la Casa de la Sabiduría había funcionado solo como biblioteca, en la que se había llegado a compilar una envidiable colección de libros y manuscritos. Entonces un buen día, Al-Mamún decidió ampliar el edificio para convertirlo en una institución dedicada a la traducción de los textos clásicos y al estudio de las diferentes ramas del conocimiento. Dispuesto a encontrar a los mejores traductores de la época, había hecho un llamamiento público a lo largo y ancho del imperio con la promesa de generosos salarios para atraerlos. En respuesta a la llamada del califa, no solo los traductores, sino también los más grandes eruditos se habían concentrado allí para llevar a cabo sus estudios.

En cuanto al movimiento de traducción, se optó por comenzar con las obras de origen persa e indio, cuya obtención resultaba más sencilla. Para conseguir copias de los textos clásicos griegos, en cambio, habían tenido que enviar delegaciones a territorios que se hallaban bajo dominio del Imperio bizantino, donde algunos de los manuscritos que habían formado parte de la antigua Biblioteca de Alejandría o de las colecciones privadas romanas, habían sobrevivido a las calamidades y al paso del tiempo. Las obras de Platón, Aristóteles, Hipócrates, Galeno, Euclides o Ptolomeo poseían un valor incalculable.

Los estudiosos musulmanes, sin embargo, no se conformaron con traducir aquellas obras, sino que además las tomaron como punto de partida para realizar sus propias investigaciones, al comprobar que la ciencia de los antiguos griegos no era infalible. Para ello, aplicaron métodos de observación directa y representaciones matemáticas, adoptando así un enfoque auténticamente científico que les permitió ampliar los conocimientos y obtener resultados más precisos.

Un inmenso edificio —ocupaba toda una manzana— de aspecto anodino por fuera, aunque de fachada limpia y cuidada, se desplegó ante los asombrados ojos de Theobald como un buque mercante en cuyas bodegas se ocultase el tesoro más valioso. Junto a las escaleras de entrada languidecía un mendigo de aspecto lastimoso que cargaba con la desdicha de haber perdido la vista durante su juventud.

Al-Mursi se acercó hasta él y depositó un dírham en la mano del invidente.

—Que Alá preserve su alma —repuso el mendigo tras comprobar al tacto la autenticidad de la moneda.

Theobald y el comerciante ascendieron por la escalinata, pero cuando el primero ya se disponía a cruzar el umbral, el segundo le retuvo.

—Aguarda aquí, por favor —le pidió Al-Mursi.

—¿Qué? ¿Por qué? —preguntó el otro ansioso por acceder a aquel templo del saber.

—Déjame antes hablar a solas con el director de la Casa de la Sabiduría, para que sepa que cuentas con mi apoyo.

—Pero...

—No te apures. Enseguida vuelvo.

—Está bien —aceptó Theobald algo inquieto.

Al monje benedictino se le hizo eterna la espera, que se prolongó más tiempo del anunciado, hasta que por fin, Al-Mursi reapareció junto a un hombre de tez pálida y mirada inquisitiva que

le dedicó un afable saludo. El director de la prestigiosa institución académica, llamado Hunayn ibn Ishaq, había nacido en el sur de Irak. Era cristiano nestoriano y, además de haber estudiado medicina, se le consideraba como el traductor de mayor reputación, amén del más prolífico.

—Has venido de muy lejos... —comentó Hunayn.

—Del otro lado del mundo, como quien dice —bromeó el monje, tratando de caerle en gracia—. Soy Theobald de Canterbury.

—Vamos, pasa. Te enseñaré nuestras instalaciones. —Y con un gesto de la mano, le invitó a entrar.

En ese punto, Al-Mursi se despidió de ellos para atender sus negocios.

Theobald siguió a Hunayn al interior, con el corazón latiéndole desbocado por la emoción.

El vestíbulo estaba coronado por una cúpula dorada, que arrancaba destellos al sol y proporcionaba a la estancia un entorno que elevaba el espíritu, potenciado por los haces de luz que se precipitaban desde las alturas. La antesala estaba presidida por una clepsidra que regulaba el paso del tiempo y organizaba los horarios de los trabajadores del inmueble.

Por lo que le contó, Hunayn no llevaba mucho tiempo al frente de la Casa de la Sabiduría. Se notaba que disfrutaba ejerciendo de guía, más aún cuando se trataba de mostrar el lugar a un visitante extranjero. La biblioteca estaba organizada por salones, cada uno de los cuales estaba dedicado a una disciplina científica distinta, como la medicina, la astronomía o las matemáticas. Las paredes aparecían cubiertas de estanterías de madera noble, repletas de libros y pergaminos, tan altas que para alcanzar los que se estaban en la parte superior había que usar escalera. Además, había grandes baúles donde se guardaba el instrumental adecuado para llevar a cabo mediciones y experimentos.

En el centro de la construcción se abría un claustro dominado por una fuente y por abundante vegetación, rodeado por una galería porticada de columnas conectadas entre sí por arcos árabes, que conducía a las diferentes alas del inmueble. Había lámparas de aceite de linaza repartidas por todas partes, para cuando la luz natural que entraba por los ventanales resultaba insuficiente. Las salas de lectura estaban abarrotadas, pese a lo cual se respiraba en ellas un profundo silencio. Prestigiosos eruditos daban clases en amplias aulas llenas de estudiantes, y los calígrafos, que trabajaban sentados en el suelo según la costumbre árabe, utilizaban atriles especiales con forma de aspa, que podían regularse en función del tamaño del papel.

Theobald se fijó en que todos poseían rasgos físicos muy diferenciados, lo que ponía de manifiesto la diversidad de razas y nacionalidades que allí trabajaban de forma coordinada, desde árabes y judíos, hasta persas e indios.

Por último, en la parte superior de edificio se había construido un observatorio, desde donde poder estudiar a fondo el movimiento de las estrellas y los planetas, para lo cual contaban con las lentes más avanzadas de su tiempo. Theobald, que amaba particularmente la astronomía, habría dado cualquier cosa por hacer uso de aquellas instalaciones.

Una vez concluida la visita, Hunayn acompañó de nuevo a Theobald a la puerta de entrada.

—¿Y bien? ¿Qué opinión te merece lo que has visto?

—Estoy impresionado. ¡En Europa no existe nada parecido! —Hunayn asintió complacido. Al ver que no añadía nada, Theobald decidió hablar de lo que le había llevado hasta allí—. En fin, supongo que Al-Mursi le habrá puesto al corriente de mi especial interés por trabajar aquí. Nada

me complacería más que formar parte de su comunidad de traductores y eruditos.

—De eso precisamente quería hablarte. Por desgracia, ahora mismo no necesitamos más traductores.

—Pero... tenía entendido que habíais hecho un llamamiento solicitando candidatos.

—Así es —admitió Hunayn—. No obstante, de eso hace ya dos años.

Theobald recibió aquella noticia como un jarro de agua helada. Sin embargo, todavía no había dicho su última palabra.

—Domino el latín, el griego, el árabe y el siríaco —aseveró.

Hunayn le escrutó. Desde luego, el árabe lo hablaba con soltura, pero con todo, encontraba exagerada aquella afirmación.

—Escúchame, Theobald. Al-Mursi ha insistido mucho, de modo que estoy dispuesto a ayudarte. Voy a ofrecerte una alternativa que no deberías rechazar a la ligera. —Theobald escuchó con atención—. Verás, no todos los trabajos intelectuales son promovidos por el califa como representante del estado, también hay muchos encargos de iniciativa privada. Si quieres, yo podría ponerte en contacto con ricos mecenas para que te encargasen alguna traducción a nivel particular. ¿Qué te parece?

Theobald se quedó pensativo unos instantes, valorando la oferta. Aquello no solo le permitiría obtener sus primeros ingresos, sino hacerse también un nombre entre la nobleza ilustrada de Bagdad... Aun así, se negaba a conformarse con eso.

—He traído algo para usted —dijo Theobald tendiéndole el bulto que había transportado desde Inglaterra.

—No, no, esto no es adecuado... —rechazó el director de la Casa de la Sabiduría, creyendo que intentaba sobornarlo.

—Ábralo, por favor —insistió Theobald depositándolo en sus manos.

Por fin, Hunayn desató las cuerdas y desenvolvió la tela que protegía el misterioso objeto. Se trataba de un antiguo manuscrito, que inmediatamente comenzó a hojear pasando las páginas con sumo cuidado. Los ojos del ilustre traductor se abrieron como platos y su boca conformó un círculo casi perfecto. Si sus sentidos no le engañaban, se encontraba ante el tratado que Hipócrates había escrito sobre anatomía, el cual se consideraba perdido.

—¿Está... está completo? —preguntó aún sin dar crédito.

A pesar de los enormes esfuerzos de los dirigentes abasíes, jamás habían logrado hacerse con una copia de aquella valiosa obra. Mesopotamia, Siria, Palestina, Egipto... Numerosas delegaciones habían recorrido todo el mundo conocido, y lo más que habían conseguido se reducía a un fragmento suelto que habían hallado en Alejandría.

—Sí. Considérelo un gesto de cooperación por parte de los monjes benedictinos de la abadía de Canterbury.

Hunayn se puso de repente a la defensiva.

—¿Cuánto pides por él? —preguntó entornando los ojos, perfectamente consciente de que la suma podría alcanzar una cifra astronómica.

—No es cuestión de dinero. Acéptelo como un regalo. Todo cuanto pido a cambio es poder trabajar aquí.

El director de la Casa de la Sabiduría escrutó a Theobald mientras consideraba la respuesta.

—Está bien. Yo mismo te haré una prueba para evaluar tu nivel como traductor. Si la superas,

te doy mi palabra de que me ocuparé de satisfacer tu petición.

8

Al-Mamún se reunió brevemente a la salida de los aposentos reales con el chambelán de palacio, con quien departió acerca de algunos asuntos de intendencia que requerían de su visto bueno.

—Gracias, señor —repuso Suleimán tras despachar con el califa—. Todo se hará del modo en que lo ha dispuesto.

El buen funcionamiento de la corte y su gestión diaria recaían en pajes y eunucos, pero el rango más alto de la jerarquía de los sirvientes lo ocupaba el chambelán, una figura mucho más importante de lo que parecía a simple vista, ya que se encargaba de controlar el acceso al califa y gestionar las audiencias públicas que este concedía.

El actual chambelán se llamaba Suleimán y era un hombre de origen nubio, negro como el tizón, alto y de vigorosos músculos, que solo vivía para su trabajo y servía a Al-Mamún con extraordinaria lealtad.

El chambelán adoraba el cargo que ostentaba porque le permitía codearse con los hombres más influyentes del imperio, al tiempo que le confería una nada desdeñable cuota de poder que le satisfacía enormemente. Al dinero que ganaba no le daba tanta importancia, pues no era dado a los caprichos ni a realizar grandes dispendios... o así era al principio al menos, hasta que, después de aficionarse al juego, empezó a acumular deudas a las que no podía hacer frente únicamente con su salario, momento a partir del cual comenzó a aceptar sobornos para obtener ingresos adicionales, aprovechándose de su posición dentro de la corte.

—Y no te olvides de encontrar a nuevos artistas. Hace tiempo que no me traes ninguno nuevo —dijo Al-Mamún reanudando el paso.

Entre las múltiples tareas del chambelán, una de las más gratificantes era sin duda la de cazatalentos.

—Tan solo por falta de tiempo, señor.

—Pues aprende a delegar, Suleimán. Hay determinadas tareas que no requieren de tu participación directa.

—Tiene razón, señor, pero esa precisamente sería la última de la que querría desprenderme. De cualquier manera, dígame, ¿qué preferencia tiene en estos momentos? ¿Cantantes o poetas?

—Sorpréndeme con alguna cantante, y si es hermosa, mejor todavía. Tú ya me entiendes...

—Desde luego —repuso Suleimán en tono complaciente—. Señor, antes de que se marche... Desearía comentarle una cosa más.

—¿De qué se trata?

—¿Son ciertos los rumores que corren acerca de Subaya? ¿Ha sido vista de nuevo después de diez años de estar desaparecida?

Aunque se había llevado aquel asunto con la máxima discreción, Suleimán tenía oídos en todas partes y estaba siempre al tanto de cuanto sucedía en palacio, tanto dentro como fuera de él.

—Sí, pero enseguida le perdieron la pista. He ordenado que la busquen.

Suleimán entornó los ojos y negó con la cabeza.

—Pues si me permite decírselo, espero que la capturen pronto y reciba el castigo que se merece. Aquella concubina le traicionó de una forma imperdonable.

—Todavía no sé lo que haría —replicó Al-Mamún—. Subaya me debe muchas explicaciones. Y, desde luego, me hizo mucho daño.

A su corazón acudieron como flechas envenenadas las románticas escenas que había vivido con Subaya, que le recordaban lo mucho que la había amado. Desde entonces, nunca había vuelto a enamorarse de otra mujer de la misma manera.

—Además, dicen que iba acompañada por un niño... —apuntó el nubio—, y por la edad del muchacho, cabría suponer...

—Sí, todo indica que se trataría del fruto que Subaya llevaba en su vientre cuando huyó del palacio... Sangre de mi propia sangre...

—Me lo imaginaba —afirmó el chambelán visiblemente disgustado—. Si la encuentran, espero que recaiga sobre ella toda la furia del califato.

—Gracias, Suleimán. Sé lo mucho que te preocupas por mí.

—Siempre a su servicio, señor.

Al-Mamún salió al exterior, donde un sirviente aguardaba sujetando su caballo por la brida. Una suave brisa hacía ondear los estandartes de color negro de la dinastía abasí que colgaban de las cúpulas más altas o pendían en el murallón de la fachada. Sus predecesores habían residido en el palacio de la Puerta de Oro y en el de la Eternidad, pero Al-Mamún se había trasladado río abajo tras haber mandado construir un palacio a su medida.

El califa se dirigía a la mejor casa de baños de la ciudad. La higiene constituía un rasgo fundamental de la sociedad islámica, debido sobre todo al carácter purificador de sus rituales religiosos. Además, las casas de baños desempeñaban un papel fundamental en la salud pública, pues a todos los viajeros que llegaban a la ciudad se les urgía a lavarse para evitar así la transmisión de plagas y enfermedades.

Durante su trayecto por las concurridas calles, la gente se agolpaba para ver al califa pasar montado en su pura sangre. La guardia le rodeaba y no vacilaba a la hora de emplear el látigo cuando algún curioso osaba acercarse más de la cuenta. Al-Mamún ya estaba acostumbrado al revuelo que se levantaba cuando se dejaba ver en público, y no le incomodaba en absoluto convertirse en el centro de todas las miradas y comentarios. De vez en cuando, incluso, agitaba la mano y dedicaba un efímero saludo a la muchedumbre que le aclamaba.

El califa descabalgó y entró con paso firme a la casa de baños que, ante su visita, había sido desalojada con el fin de garantizar su seguridad. Algunas estancias tenían piscinas y otras salas de vapor. El pavimento estaba cubierto de teselas con motivos florales y en el aire flotaba una agradable fragancia de almizcle y lavanda. El techo abovedado estaba repleto de óculos de distintas formas y tamaños, que permitían que se filtrara la luz natural e impedían las condensaciones de vapor.

Al-Mamún se desvistió y se introdujo en un estanque de agua templada, que se caldeaba con fuegos subterráneos. Al cabo de unos minutos, apareció el invitado con el que se había citado allí. Se trataba de Wasif, el tutor que le había instruido en su juventud, y que le había proporcionado la mejor educación posible para enfrentarse a la difícil tarea de dirigir un imperio.

—¿Cómo estás, Wasif?

—A mis años, raro es el día que no me levanto con un nuevo achaque.

—Pues si llego a tu edad, no me importaría nada estar como tú —bromeó.

Wasif se había convertido en un venerable anciano de mirada noble y una elegante barba

blanca, al que ya le costaba caminar totalmente erguido. Se sentía muy orgulloso de sus raíces persas y solía recitar de memoria una larga genealogía de antepasados suyos que lo emparentaban con la aristocracia de la antigua dinastía sasánida, la cual había gobernado sobre aquellos territorios hasta la conquista de los musulmanes. Ya retirado, Wasif dedicaba buena parte de su tiempo a la alquimia, otra de las ciencias que junto a la astronomía, la medicina o las matemáticas, había despertado un gran interés entre la clase ilustrada.

—No sé si te lo recomiendo. A veces pienso que más nos valdría despedirnos de este mundo antes de que la vejez se apodere de nuestro cuerpo.

—Vamos, tú nunca has sido de los que se quejan —dijo el califa—. De hecho, siempre te has caracterizado por perseguir nuevas metas sin temor a las dificultades.

—Ya, ya. No creas que lo he olvidado. Sin ambición, en el buen sentido de la palabra, el hombre carecería de motivaciones para continuar adelante, y terminaría secándose antes de tiempo como una planta carente de agua.

Wasif se sumergió en la piscina y se situó a escasos centímetros del que fuera su ilustre pupilo a lo largo de tantos años.

—Y dime... ¿qué tal tus investigaciones alquímicas?, ¿ya has logrado transmutar el metal en oro? —le preguntó Al-Mamún en tono jocoso.

—Eso son puras fantasía. Sin embargo, he podido teñir el cuero y también tintar el cristal.

—Bah, eso no suena nada excitante.

—Si no te conociera como te conozco, te habría dado ahora mismo un buen coscorrón.

Al-Mamún se carcajeó con tanta fuerza que se llevó las manos a la barriga. El viejo Wasif era siempre tan solemne, que ni siquiera toleraba las bromas más inofensivas.

—Wasif, que ya no soy un niño —repuso sin dejar de reírse.

—¡Pues entonces no te comportes como tal!

Pocas personas podían hablarle al califa como lo hacía su veterano mentor, que para entonces se había convertido no solo en su amigo, sino también en su consejero y en lo más parecido a una figura paterna que Al-Mamún podía tener.

—Ahora en serio. ¿Sabes para qué te he citado aquí?

—Ni idea.

—Quiero anticiparte la última decisión que he tomado acerca de la doctrina mutazilita.

—¿Para qué? ¡Si nunca me escuchas! Ya te he dicho que todo eso me parece un error.

El mutazilismo consistía en una nueva escuela de pensamiento islámico que, influenciada por la filosofía griega aristotélica, pretendía darle al islam un enfoque racionalista compatible con el estudio de la ciencia. Pues bien, Al-Mamún, gran defensor de esta corriente de pensamiento, había impuesto el mutazilismo como doctrina oficial del estado.

—Que no siempre siga tus consejos no significa que no te escuche.

—¿Y qué ha pasado? Lo que ya te advertí, ¿verdad? Te has encontrado con una feroz oposición.

La mayoría de los ulemas, los doctores de la ley islámica, defendían el islamismo ortodoxo tradicional, y abogaban por una interpretación literal del Corán, convencidos de que en este se podían hallar todas las respuestas. Los mutazilíes, en cambio, acudían también a otras fuentes de conocimiento, como la filosofía griega o la teología cristiana, y apostaban asimismo por el uso del intelecto humano para extraer principios implícitos en el Corán y deducir consecuencias

lógicas de ellos.

—Pues sí. Un rechazo total, mayor aún incluso de lo que me había imaginado.

Las escuelas en conflicto chocaban sobre todo en dos cuestiones que formaban parte del núcleo mismo del islam: la libertad del hombre en sus acciones, y la creación del Corán.

Respecto de la primera, frente a los tradicionalistas, que defendían la predestinación divina de los seres humanos, los mutazilíes sostenían el libre albedrío, pues de lo contrario se desprendería que las malas acciones de los hombres procederían de la voluntad de Dios, quien deliberadamente les estaría enviando al infierno. Eso invalidaría el concepto de justicia divina, en virtud del cual se recompensará el bien y se castigará el mal a la hora de nuestra muerte; y, evidentemente, un Dios justo, sabio y misericordioso no podría actuar de esa manera.

En cuanto a la otra gran controversia, los tradicionalistas afirmaban que el Corán era eterno e increado, es decir, que había existido desde el principio de los tiempos, de modo que no podía ser cuestionado bajo ninguna circunstancia. Por el contrario, para los mutazilíes, el Corán había sido creado por Dios y revelado al Profeta en un momento histórico determinado, lo cual implicaba que su contenido dejaba margen a la interpretación e incluso a la modificación, con el fin de adaptarse a los cambios sociales.

Estas cuestiones teológicas, que a según qué ojos podrían parecer poco importantes, eran en la época objeto de encendidos debates que solían desembocar en actos violentos, ya que afectaban a lo más profundo de las creencias musulmanas.

—¿Y qué esperabas? —preguntó Wasif.

—Yo soy el califa, comendador de los creyentes y máximo líder de la comunidad musulmana. Esperaba obediencia y sumisión.

—Las leyes islámicas emanan del Corán y los *hadices*⁶, e incluso el califa está sometido a ambas fuentes de derecho.

—Eso opina la mayoría, pero no todas las corrientes de pensamiento están de acuerdo.

—No voy a entrar en ese debate. Pero sí te diré que los ulemas son las únicas voces autorizadas para interpretar los preceptos islámicos. Y el pueblo está con ellos, los escucha y los respeta.

Al-Mamún se echó un poco de agua por encima de los hombros y después jugueteó con las gotas que se le deslizaron por la piel.

—Pues he tomado una decisión que estoy seguro de que no te gustará —señaló—. Voy a decretar que ulemas, cadíes y funcionarios deban jurar fidelidad a la doctrina mutazilita. Y a aquellos que rehúsen a hacerlo se les juzgará y condenará severamente.

Wasif se llevó las manos a la cabeza.

—¿Qué?! ¿Pero no te das cuenta de la gran paradoja que supone adoptar una medida como esa? Defiendes un islamismo de tipo racional que supere la visión integrista que ha regido hasta la fecha. ¡Y vas, y no se te ocurre otra cosa mejor que imponer tu doctrina por la fuerza!

—Soy consciente de que resulta contradictorio, pero no veo otra manera de hacer llegar a los fieles el mensaje de esta nueva corriente de pensamiento.

—Te lo advierto, estás cometiendo un error que podría costarte muy caro. Toda imposición genera por sí misma rechazo. Los ulemas más tradicionalistas conspirarán en tu contra e incitarán al pueblo a sublevarse. Eso sin contar con que tus adversarios políticos podrían aprovecharse del

conflicto generado para ganar adeptos a su causa.

—Todo eso ya está ocurriendo antes incluso de haber aprobado esa medida —repuso Al-Mamún—. Lo que necesito es que me digas cómo evitarlo.

El viejo tutor buscó una postura más cómoda y reposó la nuca en el borde de la piscina, mientras dedicaba unos minutos a meditar sobre el problema que el califa le había planteado.

—Está bien —concluyó incorporándose de nuevo—. Para empezar, deberías hacer algo para mejorar la percepción que la población de Bagdad tiene de ti, especialmente en los barrios más desfavorecidos. Como, por ejemplo, repartir a diario alimentos básicos entre aquellos ciudadanos que más lo necesiten. Un súbdito con el estómago vacío resulta mucho más proclive a unirse a una insurrección que otro satisfecho.

—Bien, eso es fácil de cumplir. ¿Durante cuánto tiempo?

—Tres meses por lo menos —contestó Wasif—. Pero, desde luego, esa iniciativa por sí sola no será suficiente. También deberás tomar medidas dirigidas a los imanes y los ulemas, para convencerles de que sigues siendo un musulmán devoto, totalmente comprometido con el islam. Sobre los más radicales no podrás influir, pero los moderados se mostrarán mucho más propensos a divulgar tu mensaje.

—¿Qué clase de medidas?

—En primer lugar, lanzarás una campaña contra los bizantinos, nuestros eternos rivales y enemigos más tenaces. La yihad constituye el símbolo de liderazgo más importante para la comunidad musulmana, y te conferirá la legitimidad del buen gobernante a quien se debe obediencia plena. No hará falta que emplees un ejército numeroso ni que emprendas una operación a gran escala. Bastará con que tomes algún poblado situado en los montes Taurus y presentarlo ante el pueblo como un gran triunfo.

Wasif se escurrió su cuidada barba blanca, que se le había empapado por completo. Grandes goterones de agua cayeron al estanque, generando pequeñas ondas que se esparcieron sobre la superficie.

—Yo ya no tengo edad ni energía como para ponerme al frente de un ejército.

—Y no tendrás que hacerlo. Envía a tu hijo. Al príncipe Abbas le vendrá bien adquirir formación militar, e igualmente servirá para lanzar el mensaje de que la dinastía abasí ostenta el liderazgo de la guerra santa.

—Me parece una excelente idea.

—Además, para demostrar tu religiosidad, también deberías llevar a cabo una peregrinación a La Meca y a Medina.

—¡Pero si ya he hecho el viaje más de tres veces! —protestó Al-Mamún, sabedor de que las incomodidades de la expedición, que se demoraba unos dos meses, afectaban incluso al califa.

—Pues irás otra vez. Y también repartirás grandes sumas de dinero entre los peregrinos y los habitantes de las ciudades santas. Muchas rebeliones han tenido su foco de origen en dichas poblaciones de Arabia, así que más vale prevenir.

—Está bien, está bien. Hablaré con Uthmán de tus propuestas para que las planifique cuanto antes.

—¿Qué tal se ha tomado el visir tu decisión de imponer la doctrina mutazilita como religión oficial del estado? Siendo un musulmán tan conservador, no creo que se haya mostrado muy favorable.

—Así es —admitió Al-Mamún—. De hecho, trató de convencerme de que no lo hiciera, aunque no parecía enojado. En cuanto comprendió que mi decisión era irrevocable, acató las órdenes de forma ejemplar. Uthmán tiene muy claro que él es el visir y yo, el califa.

—¿Confías en él?

—Me consta que entre los cortesanos de origen persa, que son la mayoría, despierta cierto recelo. No les gusta que un árabe ostente un puesto de tanto poder. Sin embargo, yo estoy tranquilo. Uthmán me es completamente leal y realiza su trabajo con gran eficacia.

—Bien, solo quería asegurarme.

Al-Mamún dio una palmada al aire y un sirviente acudió de inmediato a su llamada.

—Tráenos una copa del mejor vino —ordenó, y dirigiéndose hacia su viejo tutor, le dijo—: Quiero brindar a tu salud, querido Wasif. Porque sea cual sea la cuestión que te plantee, tus consejos siempre resultan ser de un valor incalculable.

Theobald se sentía entusiasmado. ¡Había logrado obtener una plaza como traductor en la Casa de la Sabiduría!

Su director, Hunayn ibn Ishaq, le había sometido a una prueba que había superado con creces, y que le había servido para abrirle las puertas de aquel templo del saber, que a ojos del benedictino no era otra cosa que el paraíso en la Tierra.

Las tareas se repartían atendiendo a la especialización de cada uno, razón por la cual Hunayn le había asignado a un grupo de trabajo al que se le había encomendado la traducción de un tratado de astronomía escrito por Ptolomeo, por ser la disciplina científica que mejor dominaba. Por supuesto, Theobald había entrado en calidad de principiante, lo que implicaba que debía formarse bajo la tutela de un traductor experto que le supervisaba. Sobre todo porque la traducción del griego al árabe entrañaba una extraordinaria dificultad, pues cada una de estas lenguas tenía una raíz distinta —el árabe, semítica y el griego, indoeuropea—. Por eso, solía pasarse primero por una lengua intermedia —el siríaco—, a partir de la cual se acometía su definitivo trasvase al árabe.

Los traductores y científicos gozaban de un elevado estatus dentro de la sociedad bagdadí. Tanto es así, que incluso podían acceder a puestos de influencia de la administración estatal si así lo deseaban. Además, recibían una generosa remuneración. Los traductores de primer nivel, por ejemplo, percibían quinientos dinares al mes —mucho más de lo que ganaban artesanos y militares—. El trabajo de los calígrafos también era muy apreciado, por lo que los más cotizados cobraban sueldos bastante elevados. Naturalmente, Theobald tendría un salario bastante más modesto, acorde con su condición de principiante. De cualquier manera, aquello le permitiría obtener sus primeros ingresos desde su llegada a Bagdad.

A pesar de que ahora tenía los ingresos asegurados, Theobald decidió aceptar el ofrecimiento del comerciante y continuar alojado en casa de Al-Mursi, no solo por su grata compañía —en la que, dicho sea de paso, se sentía extraordinariamente cómodo—, sino por una razón mucho más poderosa: debía ahorrar tanto dinero como pudiese.

Esta necesidad de limitar sus gastos venía condicionada por ciertos actos de su pasado de los que no se enorgullecía y a los que se había propuesto poner remedio.

En primer lugar, había contratado los servicios de un calígrafo, para que hiciese una copia del tratado médico en griego que había traído consigo desde Inglaterra. Además, también tenía que hacer frente a una deuda económica que había adquirido antes de su viaje, motivo por el cual estaba esforzándose tanto por reunir la cantidad necesaria para saldarla. Theobald soportaba una pesada carga como consecuencia de algunos errores cometidos durante su vida en Inglaterra, que no le dejarían dormir con la conciencia totalmente tranquila hasta que no los hubiese enmendado.

La relación entre Theobald y Al-Mursi se había estrechado a lo largo de los últimos días, merced a las largas conversaciones que mantenían, en especial a la hora de comer. El orondo comerciante sentía una enorme curiosidad por las costumbres y creencias que regían en Occidente, que Theobald se encargaba de satisfacer con gran lujo de detalles, y al monje le interesaba conocer todo cuanto tuviese que ver con Bagdad y el mundo musulmán bajo el mandato de Al-Mamún. Saltaba a la vista que entre los dos se estaba forjando una sólida amistad,

que tenía muchas posibilidades de prolongarse en el tiempo.

Sin embargo, Theobald casi no había vuelto a ver a Fadhila, por la sencilla razón de que el monje apenas iba por la vivienda, hasta el punto de que a veces solo lo hacía para dormir. Aun así, cuando por casualidad se topaba con la hija del comerciante, aprovechaba siempre para darle las gracias por los cuidados que le había dispensado durante su convalecencia.

A los pocos días de ingresar en la Casa de la Sabiduría, Theobald tuvo ocasión de conocer a Khalid ibn Faraj, el marido de Fadhila, que trabajaba allí como calígrafo, como ya le habían contado. Al saber quién era, el monje se acercó a saludarlo con alegría. Khalid, sin embargo, se mostró muy poco amigable, dejando entrever un carácter huraño que en nada se parecía al de su dulce esposa o al de su suegro. Por ello, tras ver cómo sus intentos por simpatizar con él terminaban naufragando, optó por guardar las distancias.

Theobald se pasaba la mayor parte del día en la Casa de la Sabiduría, desde la mañana hasta la noche, sin mostrar el menor síntoma de estrés. Cuando no se dedicaba a su labor traductora, se consagraba al estudio de las ciencias con la voracidad de un lobo al que hubiesen metido en un corral de ovejas. Y es que se había dado cuenta enseguida de lo poco que sabía en comparación con sus compañeros musulmanes.

Por ejemplo, mientras vivió en Occidente, el monje podía jactarse de estar familiarizado con el *Almagesto* de Ptolomeo —la obra magna en astronomía, que introducía por primera vez el sistema geocéntrico, según el cual el Sol, la Luna y los planetas giraban alrededor de la Tierra en círculos epicíclicos—. Sin embargo, a diferencia de sus colegas, ignoraba las teorías geométricas que permitían calcular las vastas magnitudes que intervenían en la medición de los cuerpos celestes, o cartografiar de forma precisa sus posiciones en un mapa. Tampoco conocía las seis funciones trigonométricas —seno, coseno, tangente, cotangente, secante y cosecante, cinco de las cuales las habían descubierto los árabes—, ni el funcionamiento del astrolabio, un ingenioso y complejo instrumento de inspiración clásica, perfeccionado por los musulmanes, que permitía descifrar los movimientos de las estrellas y los planetas, determinar la hora del día en cualquier estación del año y medir distancias por triangulación, entre muchos otros usos. Definitivamente, sin la comprensión de aquellos conceptos matemáticos revolucionarios y del manejo del astrolabio, se hacía imposible un estudio adecuado de la astronomía más avanzada.

Pero el que sin duda Theobald consideraba su mayor privilegio era el de poder codearse con algunas de las mentes más brillantes del mundo islámico, cuyas investigaciones estaban a la vanguardia del saber académico.

Conocer a Al-Juarismi⁷, el matemático más insigne de su tiempo, le produjo una gran impresión. Al-Juarismi había unificado la tradición matemática griega —que englobaba fundamentalmente la geometría y la aritmética— con la tradición india —introdutora del sistema decimal, con la que se podían realizar cálculos de forma mucho más sencilla—, para idear una estructura de pensamiento matemático completamente distinta. Aquella nueva rama de las matemáticas, bautizada como álgebra, ayudaba a resolver problemas de la vida cotidiana del califato, pues facilitaba el justo reparto de las herencias según la ley coránica, o permitía a los recaudadores de impuestos llevar registros más precisos de las cantidades recaudadas.

También le complació enormemente conocer a Al-Jahiz, gran defensor de la doctrina mutazilita y uno de los intelectuales más afamados de su tiempo, cuyos intereses abarcaban desde la ciencia y la geografía, hasta la filosofía o la literatura. En aquel momento, Al-Jahiz

estaba trabajando en un libro⁸ sobre animales, en el que se apuntaba por primera vez la idea de la transformación de las especies como consecuencia de su lucha por la supervivencia y su proceso de adaptación a los cambios del clima, entre otros motivos, de modo que solo aquellos que sobrevivían podían transmitir a sus descendientes sus exitosas características. Dichas transformaciones, en todo caso, estarían siempre sometidas a la voluntad de Alá.

Otro día, Theobald se tropezó de frente con un erudito que, al igual que él, tampoco miraba por donde iba porque andaba distraído pensando en sus asuntos.

—¡Lo siento! —dijeron a la vez.

Producto del encontronazo, al erudito se le habían caído unos pliegos que sostenía en las manos, y Theobald se agachó de inmediato para ayudarle a recogerlos.

—¿Qué es esto? —murmuró intrigado ante lo que parecía la ilustración de un intrincado ingenio mecánico.

—Oh, forma parte de un libro que estoy escribiendo por encargo del califa... Por cierto, creo que no tengo el gusto de conocerte.

Tras una breve charla, Theobald descubrió que estaba hablando ni más ni menos que con uno de los eruditos más reputados del imperio islámico: Ahmad Banu Musa. Ahmad era el mediano de tres hermanos que estaban dedicados en cuerpo y alma al desarrollo de la ciencia y la cultura, y en algunos casos también a la política. Los hermanos pertenecían a una familia persa acaudalada, cuyo padre había sido un fiel amigo de Al-Mamún, al que conoció cuando este estuvo viviendo en Jorasán, antes de asumir el gobierno del califato. Tras la temprana muerte de su amigo, Al-Mamún no dudó en apadrinar a sus tres hijos, a quienes proporcionó una exquisita educación en Bagdad y buscó un puesto destacado en la Casa de la Sabiduría cuando se enteró de sus innegables capacidades intelectuales.

El libro que Banu Musa estaba preparando describía un centenar de ingenios mecánicos bellamente ilustrados. La mayoría se basaba en originales griegos, otros procedían de China y la India; pero había algunos que eran creación suya y que, desde el punto de vista tecnológico, resultaban mucho más avanzados. Aquella obra despertó tanto interés en Theobald, que le pidió a Banu Musa poder estudiarla con minuciosidad, tras lo cual se atrevió a hacerle algunas sugerencias encaminadas a perfeccionar el funcionamiento de los autómatas allí descritos. Lejos de molestarse, Banu Musa tuvo muy en cuenta sus comentarios y le agradeció enormemente su ayuda.

Banu Musa y Theobald se hicieron amigos de inmediato, y pronto fue habitual verles pasear juntos por el claustro del edificio, mientras se tomaban un descanso de sus maratónicas jornadas de trabajo. Otras veces, sobre todo cuando anochecía, subían al observatorio para contemplar el firmamento estrellado y teorizar acerca del movimiento ordenado de los cuerpos celestes. Ambos eran todavía bastante jóvenes —Banu Musa incluso más que Theobald—, factor que también contribuyó a que congeniasen desde el principio.

De piel tostada y constitución más bien esculpada, Banu Musa era un hombre tímido y de naturaleza reservada, al que le apasionaba la ciencia por encima de todas las cosas. Sin embargo, a Banu Musa le había sucedido recientemente algo inesperado que había trastocado por completo su vida. Se había quedado prendado de una hermosa joven en la que no podía dejar de pensar a todas horas.

—Estoy enamorado —confesó una tarde sin poder evitar ruborizarse.

—Eso explica por qué te distraes tanto últimamente —replicó Theobald—. ¿Y quién es la afortunada?

—Se llama Amina. Oh, si la vieras... —Banu Musa suspiró—. Creo que me ha hechizado con su mirada. ¡Nunca antes había contemplado una belleza igual!

—Desde luego, sí que parece enamorado —afirmó Theobald.

—Y todo ha sido tan repentino... Porque hasta hace muy poco yo la seguía viendo como a una niña.

—¿Desde cuándo os conocéis?

—Prácticamente desde niños. En palacio. Es la sobrina del califa, ¿sabes?

—¿De veras?

Banu Musa asintió.

—Bueno, ¿y qué piensa ella al respecto? —preguntó para animarle a continuar. Pero este desvió la mirada y se puso cabizbajo de repente.

—Yo no... no creo que sepa lo que siento.

—¿Cómo? ¿Todavía no se lo has dicho? —Banu Musa negó en silencio—. ¿Y cómo pretendes conquistarla entonces?

—¡Ahí está el problema! ¡He dedicado tanto tiempo al estudio, que no tengo casi ninguna experiencia en mujeres! —Y volviéndose compungido a Theobald, le preguntó—: ¿Qué puedo hacer para que se fije en mí?

Este levantó las manos en señal de disculpa y respondió:

—Lo siento, pero me temo que no estoy en posición de aconsejarte.

—Sí, eso me imaginaba.

A Theobald le partía el alma verle así de alicaído, pero ¿cómo podía ayudarle? Él había hecho voto de castidad, no es que estuviera muy versado en mujeres y amoríos precisamente. Además, el carácter introvertido de Banu Musa tampoco jugaba en su favor...

Sin embargo, de pronto dio un respingo, abrió los ojos de forma desmesurada, y soltó:

—¡Ya lo tengo!

—¿En serio? —dijo un emocionado Banu Musa.

—Aunque te advierto que tendrás que echarle mucho valor...

—Haré lo que sea.

—¡De acuerdo! Pues entonces, más vale que te vayas preparando.

Y, a continuación, Theobald le contó a su amigo la audaz idea que se le acababa de ocurrir...

Una de aquellas mañanas, Al-Mursi se presentó en la Casa de la Sabiduría, cosa que sorprendió a propios y extraños porque rara vez el comerciante se dejaba caer por allí.

Theobald estaba enfrascado en un intrincado pasaje cuando lo vio atravesar la estancia como un tornado, quebrando con el fuerte sonido de sus pisadas la paz que reinaba en la sala de traducción. Desde luego, su presencia no pasaba inadvertida debido al *qalansuwa* con que se cubría la cabeza y que apuntaba hacia el techo como una torre dorada, gracias a los bordados de oro que adornaban el deslumbrante tocado. Al-Mursi apretaba los dientes y exhibía un gesto contenido de furia y tensión.

Theobald lo saludó agitando la mano en el aire, pero Al-Mursi pasó de largo sin hacerle el

menor caso. Extrañado, corrió a su encuentro.

—Al-Mursi, ¿qué suce...?

—Ahora no —gruñó por toda respuesta.

El comerciante despachó a Theobald sin mirarle siquiera y prosiguió su avance hacia el fondo del edificio. Algo muy grave debía de haber pasado para que Al-Mursi se comportase de aquella manera tan impropia de él.

Theobald tardó cerca de un minuto en reaccionar, hasta que finalmente salió detrás de su amigo para averiguar lo que había ocurrido. Al-Mursi atravesó varias estancias más y solo se detuvo cuando llegó a la sala de los calígrafos. Allí se abalanzó sobre su yerno y, sin previo aviso, lo zarandeó como a un guiñol.

—¿Cómo te atreves?! ¡Cobarde! ¡Hacerle eso a mi hija...!

—¡Suéltame, estúpido! ¡Y no vuelvas a tocarme!

Khalid ibn Faraj se revolvió y se quitó a Al-Mursi de encima de un fuerte empujón. Se habrían enzarzado en una pelea, de no ser porque algunos de los que se encontraban más cerca intervinieron a toda prisa para interponerse entre los dos.

—¿Cómo has podido repudiarla de forma irrevocable!? —exclamó Al-Mursi con los ojos inyectados en sangre.

Según las leyes islámicas, un marido puede repudiar a su esposa sin razón que lo justifique, para lo cual tan solo basta con que pronuncie la palabra *talaq* —“librarse de ataduras”— delante de dos testigos. Normalmente suele observarse un periodo de tres meses en los que la separación aún no es efectiva, durante los cuales el marido puede retractarse de su decisión. Sin embargo, el repudio es irrevocable y tiene efectos inmediatos cuando el hombre pronuncia tres veces seguidas la palabra *talaq* en un mismo acto. Y ni más ni menos eso había hecho el marido de Fadhila la noche anterior, con sus propios padres como testigos.

—¡Estoy en mi derecho! —se defendió Khalid sin sentir pudor alguno.

—Pero, ¿por qué?! ¿Acaso ella no ha sido una buena esposa para ti, virtuosa y entregada?

—¡No me ha dado descendencia! —gritó el calígrafo, que como todo varón musulmán se sentía deshonrado debido a la supuesta infertilidad de su esposa.

—¡Solo lleváis tres años casados!

—¡Tiempo de sobra para saber que es estéril como una piedra!

—¡Eso no puedes saberlo! Fadhila es una mujer piadosa. Estoy seguro de que antes o después Alá la bendecirá con un hijo.

Los escandalosos gritos se habían extendido por las salas y pasillos del edificio, llamando la atención de traductores y científicos, que se habían agolpado en torno a los protagonistas de la discusión. Theobald, que se hallaba en primera línea, contemplaba con pena e incredulidad el bochornoso espectáculo que ambos estaban dando. Pensó en intervenir para poner cierta paz, pero los ánimos estaban tan alterados que no habría servido de nada.

—Lo hecho, hecho está, ya no hay marcha atrás —se reafirmó el calígrafo.

—Antes de tomar una decisión tan drástica, podrías al menos haber hablado conmigo, ¿no te parece?

—¿Para qué? Tú me habrías intentado disuadir, y yo no te habría dejado.

—Al menos, podríamos haber llevado este asunto de otra manera. ¡Mi hija no se lo esperaba y ahora está destrozada por completo!

Fadhila se había presentado en casa de Al-Mursi a una hora intempestiva, llorando desconsolada y sintiéndose humillada por la deshonra que acababa de sufrir. Legalmente, la esposa repudiada quedaba de nuevo bajo la tutela de su padre o del tutor varón que correspondiese.

—Pues más vale que se vaya acostumbrando —replicó Khalid en tono despectivo—. Dudo mucho que ningún otro quiera volver a casarse con ella sabiendo que muy probablemente no le dará ningún hijo.

—¡Hijo de perra! —bramó Al-Mursi fuera de sí con el rostro desencajado por el odio—. ¡Te voy a matar!

Varios hombres tuvieron que emplearse a fondo para contener al comerciante, que no dejaba de proferir insultos y amenazas. Para evitar que el conflicto fuese a mayores, lo arrastraron fuera de la sala, mientras el eco de sus palabras reverberaba por toda la estancia, cada vez más lejano.

—¡Te mataré! ¡No permitiré que ni tú ni nadie trate así a mi hija! ¿Te enteras, Khalid? ¡Voy a matarte por esto!

Era noche cerrada en Bagdad. Las estrellas se extendían en el firmamento como un manto de joyas engarzadas, que la luna coronaba con su pálido resplandor.

La mezquita designada como punto de encuentro era tan modesta como el barrio donde se ubicaba. Además de la sala de oración dotada de su correspondiente alquibla⁹, disponía de un pequeño patio con su fuente para las abluciones, pero carecía de cúpula y minarete.

Cinco ilustres ulemas se hallaban sentados en el suelo de una diminuta dependencia aneja que el imán utilizaba para guardar el dinero de las limosnas, los ejemplares del Corán, candelabros y velas. Habían llegado por separado, como sombras furtivas que buscaban pasar desapercibidas en la oscuridad de la noche, tomando todas las precauciones posibles. Nadie podía saber que aquella reunión había tenido lugar.

Nacido en Bagdad, aunque de sangre árabe por parte de ambos padres, Ahmad ibn Hanbal lideraba la oposición religiosa a la novedosa doctrina decretada por el califa.

Hanbal comenzó a estudiar los *hadices* a muy temprana edad, aprendiendo de los mejores juristas musulmanes. Fundador de la corriente ortodoxa más conservadora de la ley islámica, Hanbal gozaba de un enorme prestigio entre los ulemas y contaba con la admiración y el respeto de buena parte de la plebe. Como el resto de los presentes, se cubría la cara con una kufiya, que llevaba con orgullo como un signo de su identidad árabe. El pañuelo solo dejaba ver sus oscuros ojos de mirada impenetrable, ocultando bajo él un rostro enjuto rematado por una minúscula barba de chivo.

Los demás ulemas aguardaban impacientes a que tomara la palabra, iluminados tenuemente por la oscilante llama de un candelabro.

—Ya sabéis que el infame Al-Mamún continúa sin retractarse de haber impuesto el mutazilismo como doctrina oficial del estado —espetó Hanbal sin contener la rabia que le embargaba—. Pero de ningún modo vamos a tolerar semejante provocación.

—¡Por supuesto que no! —aseveró otro de los ulemas—. Pase lo que pase, nos seguirá teniendo enfrente durante el tiempo que haga falta.

—¡Es indignante! —protestó un tercero—. ¿Cómo ha podido dejarse seducir por semejantes ideas? Esos malditos mutazilíes no solo niegan el dogma del Corán increado, sino que además cuestionan la omnipotencia de Alá al reconocer al ser humano libre albedrío.

Hanbal llamó a la calma extendiendo las manos.

—Su cerrazón supone una prueba más del arrogante desprecio que los cortesanos acomodados sienten hacia el islam tradicional —afirmó—. El califa se halla cada vez más lejos del pueblo que dice representar. Vive en un lujoso palacio y no se priva de beber vino y otras bebidas fermentadas, ignorando de forma flagrante las leyes islámicas. —El fulgor de la única llama que iluminaba la estancia se reflejaba en sus retinas, confiriéndole a su figura un aspecto fantasmal—. Los mutazilíes, influidos por la decadente filosofía griega, quieren hacernos creer que mediante el uso de la razón podemos descifrar los misterios insondables de la naturaleza, y hasta los atributos propios de Dios.

—¿Sabíais que los eruditos que tiene trabajando en la Casa de la Sabiduría afirman que la Tierra es esférica? —terció el de antes.

—¡Eso es ridículo! ¡Una contradicción directa del Corán! —añadió otro ulema que igualmente hacía una interpretación literal del texto sagrado¹⁰ —. ¡Alá les castigará por difundir mentiras tan grandes!

Tras escuchar a sus colegas, Hanbal pidió silencio y retomó de nuevo la palabra.

—Por eso nosotros debemos seguir manteniéndonos firmes. Por mucho que Al-Mamún pretenda imponer su visión racionalista del islam, si junto a cadíes e imanes nos negamos a aceptarla, no habrá nadie que se la haga llegar al pueblo. Y los fieles, por sí solos, no abrazarán el mutazilismo, encuentran sus dogmas demasiado complejos.

—Eso es cierto. La mayoría de los creyentes se sienten más atraídos por la sencillez de nuestros postulados.

—Los ulemas que propugnan el mutazilismo siguen siendo una minoría. La clave radica en que todos los demás, aunque defendamos corrientes distintas dentro del tradicionalismo, nos unamos para combatir esas ideas que rozan la herejía. Si somos capaces de mantener este frente común, a los mutazilíes les resultará mucho más difícil sumar nuevos adeptos.

—Permaneceremos unidos, por supuesto. Esta causa bien lo merece.

—De acuerdo —convino Hanbal—. Decidme, ¿cómo está la situación actual? ¿Sabemos algo de los imanes? ¿Qué se está predicando ahora mismo en las mezquitas?

—Hay división entre ellos. En las mezquitas de los barrios más pobres no ha cambiado nada, pero en las que están en la zona noble de la ciudad, los imanes se han plegado a la voluntad del califa.

—Pues redoblabamos nuestra presión sobre ellos, hasta hacerles entender que Al-Mamún se equivoca. Incluso el califa ha de someterse al Corán y la *Sunna*.

Los ulemas asintieron con grandes aspavientos.

—¿Y qué hay de los cadíes? —preguntó a continuación Hanbal.

—Los jueces han acatado la postura oficial del gobierno, lo cual resulta comprensible. No quieren arriesgarse a ser apartados de su puesto en la administración.

—Bien, de momento nos mostraremos cautos con ellos. Ya trataremos de convencerles cuando el viento sople a nuestro favor. En todo caso, tampoco podemos olvidarnos del pueblo. Debemos seguir sembrando la desconfianza en sus corazones e ir preparando el terreno para promover un levantamiento popular si es necesario.

—Se rumorea que el califa va a repartir alimentos entre los más necesitados para tener a la población controlada.

—Ya veremos. La gente no se dejará comprar tan fácilmente. —Hanbal clavó en cada uno de ellos su mirada más incisiva—. Me preocupa más lo que se dice de que Al-Mamún está estudiando la posibilidad de imponer severos castigos a aquellos que se nieguen a jurar la doctrina mutazilita. Yo confío que no se atreva a sacar adelante una disposición tan represiva, pero si tal cosa ocurriese, no voy a amedrentarme. Y espero que vosotros tampoco.

De repente, llegó a sus oídos el eco de unos pasos al otro lado de la puerta. Los ulemas tensaron sus cuerpos y se miraron unos a otros alarmados. Si alguien les había traicionado y denunciado a las autoridades, se habrían metido en un buen lío.

Acto seguido, la puerta se abrió unos centímetros y alguien asomó la cabeza. Era el imán de la mezquita en la que se habían reunido.

—Siento interrumpir —terció—. Tan solo quería deciros que me siento muy honrado de que juristas tan importantes se hallen bajo el techo de mi mezquita. Sabed que contáis con mi apoyo y con el de mi humilde comunidad de fieles.

—Que Alá te guarde y te bendiga —repuso Hanbal—. Ahora, déjanos solos, por favor.

El imán inclinó la cabeza solemnemente y se marchó sin hacer ruido. Solo cuando no volvió a escucharse ni el zumbido de una mosca, retomaron la discusión en el punto en el que lo habían dejado.

—Veréis, he puesto un plan en marcha para, en última instancia, derrocar a Al-Mamún...

Los ulemas se removieron incómodos y tragaron saliva disimuladamente. Aquello significaba llevar las cosas mucho más lejos de lo que habían imaginado.

—¿De qué estás hablando? —inquirió uno de ellos.

—Tranquilos, todavía estamos en una etapa muy temprana —aclaró Hanbal—. Y tampoco puedo desvelaros nada por el momento. Este asunto es extremadamente peligroso.

—¿No puedes adelantarnos algo?

—No sería prudente. Ya os lo he dicho, es por vuestro bien. Solo os pido un poco de paciencia. Más adelante, si todo se desarrolla conforme lo esperado, os haré partícipes de los detalles.

El plan de Hanbal se basaba en el secuestro de un niño: Yabir. Nada más y nada menos que el fruto de una relación entre el califa y una de sus concubinas. Al crío lo mantenían cautivo en un lugar de Bagdad que ni siquiera él conocía. Su raptor y carcelero era Abdalmalik, un secuaz suyo con poco seso en la mollera pero tremendamente leal, y que estaba acostumbrado a realizar todo tipo de trabajos sucios. Hasta ahora, las cosas avanzaban según lo previsto, salvo por un pequeño inconveniente al que estaban tratando de poner remedio. Yabir no era musulmán, y tal cosa resultaba inadmisibles para lo que Hanbal tenía en mente. La dificultad estribaba en conseguir a un maestro de escuela que le instruyese, pero que al mismo tiempo guardase la máxima discreción sobre el secuestro del crío.

—Espero que sepas lo que estás haciendo —advirtió un ulema.

—Lo sé perfectamente —replicó Hanbal—. Y os lo demostraré a su debido tiempo. Por ahora, cada uno se limitará a cumplir con su parte del trato. Si continuamos trabajando juntos, al final lograremos nuestro objetivo. El islam tradicional tiene que prevalecer.

Los ulemas refrendaron sus palabras con consignas en favor de Alá, agitando los brazos de forma grandilocuente.

—Bien, pongamos fin a esta reunión —concluyó—. Ya os comunicaré el día y el lugar de la siguiente.

Serenamente, los ulemas se fueron marchando por separado, dejando un intervalo de cinco minutos entre uno y otro. Hanbal les observó partir satisfecho con el resultado de lo que allí se había hablado, y abandonó la mezquita en último lugar.

Abu Haidar no acostumbraba a frecuentar las tabernas de la ciudad. No le gustaba mezclarse con la plebe, y mucho menos que le reconocieran. Además, no tenía necesidad ninguna de ello, pues en la corte abasí de la que él formaba parte se celebraban fiestas casi a diario, en las cuales actuaban las cantantes más reputadas del imperio, y uno podía embriagarse con los mejores vinos sin temor a que le castigarán y atiborrarse de los manjares más exquisitos hasta llenarse la barriga.

Sin embargo, ese día Abu Haidar había decidido hacer una excepción a causa de los rumores que circulaban por todo Bagdad, acerca de una desconocida cantante dotada de un talento excepcional, que de vez en cuando actuaba en cierta taberna para deleite de unos pocos. Más allá de su nombre artístico —Mahsati—, poco era lo que se sabía acerca de aquella misteriosa mujer que había logrado encandilar con su voz a toda clase de públicos. En cualquier caso, Abu Haidar quería comprobar la veracidad de aquellos rumores, y por eso se había desplazado hasta allí, para juzgar por sí mismo si Mahsati era tan buena como decían.

Tras salir de palacio, Abu Haidar se fundió en la noche de Bagdad y paseó junto a la ribera del Tigris disfrutando de la humedad que sobrevolaba en el ambiente. La taberna en cuestión se hallaba en una calle oscura, pero de fácil localización gracias al constante flujo de clientes que entraban y salían.

Abu Haidar entró y miró alrededor. La estancia principal estaba repleta de clientes desmigajados en grupos pequeños, que se arrellanaban en cojines o se sentaban en círculo en taburetes de madera. El humo de las pipas de agua que fumaban algunos asiduos ascendía hasta el techo, formando una densa nube que atufaba el local. También los había que se dedicaban al juego y apostaban sin freno hasta altas horas de la madrugada. La ley coránica prohibía beber alcohol bajo pena de recibir ochenta latigazos. No obstante, solía hacerse una excepción con un licor fermentado denominado *nabidh*, elaborado a partir de los dátiles del desierto. A los clientes más selectos también se les ofrecía vino y cerveza, a sabiendas de que la *shurta* —la policía del califato— hacía la vista gorda a partir de ciertas horas. Un alegre bullicio de voces y ruidos llenaba de vida aquel antro al que los hombres acudían para olvidar y divertirse.

Abu Haidar sorteó los corrillos de clientes y accedió a una segunda estancia donde se respiraba un clima mucho más sereno. Allí tenían lugar las actuaciones de cantantes y músicos. En ese momento el escenario se hallaba vacío, salvo por la presencia de algunos instrumentos musicales esperando cobrar vida. Abu Haidar ocupó el rincón más apartado que había y se recostó sobre un gran almohadón. Enseguida, una joven esclava acudió a tomar nota del pedido.

—¿Qué desea beber? El vino es especialmente bueno.

—Una infusión de ajeno —repuso Abu Haidar, que prefería tener la mente despejada para valorar con objetividad a la cantante—. Tengo entendido que Mahsati vendrá aquí esta noche, ¿verdad?

—Sí, señor. Aparecerá de un momento a otro.

La esclava se marchó sin dejar de exhibir una sonrisa forzada como parte de su trabajo. Un par de clientes que se hallaban cerca de él, y que seguramente le habían reconocido, alzaron sus jaras y le dedicaron una leve inclinación de cabeza a modo de saludo.

En una época en la que la poesía, junto a la canción, constituía la expresión artística que más atención y admiración despertaba entre la gente, Abu Haidar era uno de los poetas más populares de Bagdad y, probablemente, el mejor considerado de la corte abasí. De hecho, había sido el favorito de Al-Mamún hasta no hacía mucho. Un reciente cambio en su estilo le había hecho perder el favor del califa, y su prestigio había sufrido un menoscabo del que aún trataba de reponerse.

Aunque la mayoría de los poetas de la corte pertenecían a la clase alta, también los había que provenían de estratos mucho más humildes. Tal era el caso de Abu Haidar, que había nacido en una pequeña población persa situada al norte de Irán. Allí fue donde, mientras ejercía como tendero en el comercio de su padre, comenzó a ser consciente del talento innato que poseía para el manejo de las palabras. Fiel a su vocación, y en contra de los deseos de su familia, decidió abandonar su ciudad natal con el fin de empezar una nueva vida y perseguir su sueño de convertirse en poeta. Sus inicios fueron complicados. Durante mucho tiempo actuó en plazas públicas y sórdidas tabernas como aquella, viajando de ciudad en ciudad, sin tener un sitio al que llamar hogar y ganando lo justo para comer. Su golpe de suerte llegó cuando logró entrar en la corte de un gobernador provincial, bajo cuya protección pudo desarrollar su arte con mayor calma y obtener ingresos que le permitieron disfrutar de una existencia más confortable. Al cabo de unos años, sin embargo, Abu Haidar se cansó de aquello y decidió marcharse en pos de metas más altas. ¿Y qué lugar más indicado que Bagdad, y en concreto la corte abasí, que constituía el principal foco de actividad cultural del mundo islámico?

Por desgracia, la competencia en la capital era feroz, más que en ninguna otra parte. Los aspirantes que se amontonaban a las puertas del palacio del califa buscando su mecenazgo se contaban por decenas, lo que hacía que las opciones de éxito resultaran muy escasas. Pese a todo, Abu Haidar se empeñó en intentarlo, pues confiaba ciegamente en sus posibilidades.

Una brillante oda dedicada a Al-Mamún le brindó la oportunidad que tanto ansiaba. Abu Haidar la recitaba en todas sus actuaciones públicas y muy pronto se hizo muy popular en la «Ciudad Redonda», hasta el punto de que un buen día llegó a oídos del mismísimo califa. Al-Mamún lo acogió bajo su ala, y Abu Haidar pasó a formar parte de la corte, donde llevaba una vida privilegiada y colmada de placeres desde hacía ya más de una década.

La sirvienta regresó con la infusión y se retiró realizando una ligera reverencia. Poco después se presentó el propietario de la taberna para darle la bienvenida, tan pronto como se enteró de la presencia del ilustre poeta. Y es que había ciertas características físicas en Abu Haidar que lo hacían un personaje muy fácil de reconocer. A su manifiesta calvicie —carencia que saltaba a la vista porque casi nunca usaba turbante, salvo cuando participaba en actos ceremoniales—, se unía la frondosa barba rizada de que presumía, lo que provocaba un contraste verdaderamente llamativo.

—¡Oh, señor Haidar! No sabe cuánto honor me hace al venir a mi humilde taberna. Si lo desea, el escenario es todo suyo. A la audiencia le encantaría oírle recitar algunas de sus más notorias composiciones.

—He venido a ver a Mahsati —replicó el poeta con sequedad.

—Oh, es realmente buena, se lo aseguro. Usted mismo podrá comprobarlo enseguida.

Como Abu Haidar no añadió nada más, el dueño del local comprendió que deseaba estar solo, por lo que se marchó dejando tras de sí una hilera de halagos, a cada cual más empalagoso.

La sala se fue llenando poco a poco. Mientras esperaba, el poeta se dedicó a saborear el té y a observar a los que iban entrando. Por su fisonomía y vestimenta, se dio cuenta de que había clientes de todos los credos y nacionalidades, lo que demostraba que el deseo de asueto era algo común a todos los seres humanos.

Los minutos transcurrían y Abu Haidar comenzó a impacientarse. Fue entonces cuando un individuo que no había visto llegar, se sentó a su lado sin previo aviso.

—¡Falid! —exclamó el poeta—. Me has dado un susto de muerte.

—Lo siento, no era mi intención.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Tu sirviente personal me lo dijo.

Abu Haidar y Falid Al-Farabi eran viejos amigos, aunque el devenir de la vida los había distanciado bastante en los últimos años. Recientemente, sin embargo, Falid se había visto en la necesidad de recurrir al poeta y pedirle su ayuda, después de que todos sus conocidos le hubiesen dado la espalda.

Falid trabajaba en el ámbito de la enseñanza, en un *maktab*¹¹, donde acudían a estudiar todos los niños —excepto los de buena posición, que disponían de tutores privados que les instruían en sus propias viviendas—. Pero su carrera de maestro de escuela se truncó para siempre cuando perdió a toda su familia en un repentino accidente, justo cuando estaba a punto de iniciar un viaje de peregrinación hacia La Meca.

Aquello le destrozó.

De un plumazo, su mujer y sus hijos —un niño de nueve años y dos niñas más pequeñas— habían muerto, y él se había quedado solo con su dolor. No pudo soportarlo. Se sumió en una profunda depresión. Primero dejó de trabajar, después se dio a la bebida... Entró en una espiral de autodestrucción que no parecía conocer límites. Dejó incluso de acudir a la oración de los viernes en la mezquita. ¿Cómo iba a creer en un dios que permitía que ocurriesen desgracias como la suya, que afectaban a niños inocentes?

Cuando Falid se gastó todo lo que tenía, contactó de nuevo con su viejo amigo Abu Haidar, al que no veía desde hacía varios años. Sus familiares y amigos se negaban a prestarle un solo dirham más, porque sabían que lo malgastaría en alcohol para emborracharse. Abu Haidar, sin embargo, no fue capaz de negarse. Primero, porque se lo debía, por lo mucho que Falid le había ayudado cuando él más lo había necesitado, durante sus difíciles inicios en Bagdad, proporcionándole techo y comida hasta que se le abrieron las puertas de palacio. Y segundo, porque desde que lograra el patrocinio del califa, Abu Haidar había amasado una gran fortuna que jamás alcanzaría a gastarse aunque viviese cien años. Desde entonces, Falid le pedía dinero cada cierto tiempo para seguir tirando, que el poeta le daba siempre, a condición de que se reformase.

—¿Cómo estás? —preguntó Abu Haidar, aunque no le parecía que su amigo tuviese mal aspecto, pese a su tez pálida y su barba desaliñada. En ocasiones anteriores lo había encontrado mucho peor.

—Mejor, mejor. Gracias por preocuparte.

—La última vez que nos vimos me prometiste que no volverías a beber.

—Y lo he cumplido —repuso Falid con seguridad—. Alá es testigo de lo que digo. Llevo tres

meses sin pisar una taberna, y solo he entrado porque necesitaba hablar contigo.

—Déjame adivinar. Quieres que te preste más dinero, ¿verdad?

Falid suspiró y se sintió injustamente juzgado.

—Por más que lo intento, no consigo que me contraten. Con mi fama de borracho, ninguna escuela está dispuesta a emplearme, y a los padres no les parece buena idea dejar a sus hijos a mi cargo. Pero lo peor es que nadie me perdona que durante un tiempo renegase del islam, aunque haya reconocido mi error y hoy en día vuelva a comportarme como un musulmán entregado.

—Esas cosas llevan su tiempo, pero si te mantienes sobrio y sigues acudiendo a la mezquita, tarde o temprano la comunidad volverá a confiar en ti —le aseguró el poeta—. ¿No has pensado en dedicarte a otra cosa mientras tanto?

—¿Como qué? Siempre he sido maestro, no me veo haciendo algo diferente. Además, ya no tengo edad para ciertos trabajos.

—¡No exageres, que tú apenas has cumplido los cuarenta! Soy yo el que ha entrado en la cincuentena.

De cualquier manera, Abu Haidar comprendía muy bien a lo que se refería su amigo. Él tampoco se veía dedicándose a otra cosa que no fuese la poesía.

Falid sacudió la cabeza y fijó su melancólica mirada en los ojos del poeta.

—Te confieso que ni siquiera sé si estoy preparado para volver a enseñar. Cada vez que veo a un niño de la edad de mi hijo, se me hace un nudo en la garganta, no lo puedo evitar. ¿Cómo voy a enfrentarme a un aula rebosante de alumnos sin derrumbarme?

—La pérdida de un hijo nunca se supera. El único remedio es asimilarlo.

—Siempre he amado mi trabajo, ¿sabes?, pero no sé si alguna vez volveré a decir lo mismo.

En ese momento, los músicos subieron al escenario y empezaron a afinar sus instrumentos. La actuación daría comienzo en breves instantes.

—Está bien. Pásate mañana por palacio. Mi sirviente te hará entrega del dinero —resolvió el poeta—. Y, ahora, quédate conmigo y guarda silencio. No quiero perderme un detalle del espectáculo.

Mahsati estaba a punto de salir a actuar cuando el propietario de la taberna se le acercó para decirle:

—Entre los asistentes de esta noche se encuentra Abu Haidar, el afamado poeta. Pensé que te gustaría saberlo.

Mahsati no dijo nada, pero abrió mucho los ojos, como si escuchar aquello la hubiese asustado.

—¿Ocurre algo? No deberías ponerte nerviosa. Esta podría ser tu gran oportunidad.

Al tabernero le resultaba incomprensible que una cantante como Mahsati, que podría estar en la corte de cualquier gobernador de provincia, desperdiciase su talento en un tugurio como el suyo. Aunque, por otra parte, todo lo relacionado con la cantante había estado siempre envuelto en un halo de misterio. Para empezar, ni siquiera sabía su verdadero nombre. Desde el principio había querido que la llamasen por su nombre artístico, Mahsati, que en persa significaba «dama de la luna», y que probablemente había elegido porque solo actuaba de noche.

Unos meses atrás, Mahsati se había presentado allí pidiendo que le hiciese una prueba. El

resultado superó todas sus expectativas y, pese a la escasa experiencia de la muchacha —el único pero que realmente podía ponerle—, no dudó en contratarla, porque enseguida se dio cuenta del inmenso potencial que atesoraba.

Mahsati llegaba justo antes de su actuación y se marchaba inmediatamente después, sin intercambiar una sola palabra con nadie. El dueño de la taberna ignoraba incluso el aspecto que tenía, pues se cubría siempre el rostro con un velo del que jamás se desprendía, bajo el cual se intuían, no obstante, los rasgos de una joven de belleza extraordinaria.

—Estoy bien. Gracias por avisar —repuso tras asimilar la noticia—. Es solo que... no me lo esperaba.

Mahsati salió a escena y, tan pronto como un músico le arrancó los primeros acordes a su laúd, comenzó a cantar con la misma pasión de cada noche.

En pocos segundos, su voz se derramó por cada rincón de la estancia como la fragancia de una flor impulsada por una corriente de aire. Los asistentes cesaron sus charlas, guardaron silencio y se concentraron en escuchar la balada que entonaba, una triste historia de amores imposibles entre personajes de alta cuna. Además de su talento natural para la música, Mahsati también componía sus propias canciones. El público, con independencia de su origen más o menos culto, se conmovía de igual modo, y no tardaba en caer rendido ante la dulzura de su voz y de aquellas letras tan trágicas.

En mitad de la actuación, un individuo alto y de piel oscura entró en la sala y se situó en la parte de atrás, en una zona poco iluminada donde las sombras se amontonaban conformando una tela de araña. Nadie reparó en él porque todos los ojos estaban puestos en Mahsati, como si nada de lo que ocurriese a su alrededor importara mientras se deleitaban con su voz.

El sujeto permaneció de pie con la espalda apoyada en la pared, y desde allí la observó con todos sus sentidos puestos en ella, dándose cuenta enseguida del secreto de su éxito. Mahsati cantaba igual que las legendarias intérpretes de las ciudades santas en tiempos del Profeta. Ciertamente, carecía de técnica, pero eso podía arreglarse con la instrucción adecuada. Lo importante era la facilidad con que llegaba al corazón de sus espectadores sin esfuerzo aparente.

Tras la última balada, la audiencia estalló en vítores y aplausos. Mahsati, sin embargo, se retiró del escenario tan aprisa que ni siquiera aguardó a que la ovación finalizase y, sin perder un segundo, encaminó sus pasos hacia la puerta trasera, reservada únicamente al personal del local.

—¡Mahsati! ¡Espera! —gritó el tabernero mientras enfilaba el pasillo que conducía a la salida.

—No te preocupes. Ya me pagarás el próximo día.

—No, no es eso. Hay un hombre que pregunta por ti. Y no se trata de cualquiera.

—No me importa —repuso Mahsati—. Desde el primer día dejé muy claro que no quería mantener contacto con ningún admirador. Ni siquiera con el insigne Abu Haidar.

—Te equivocas. No es el poeta quien te busca, sino alguien mucho más importante.

—¿Cómo?

—El chambelán del califa ha visto tu actuación y desea hablar contigo.

Mahsati sintió que le fallaban las piernas. De haber podido, se habría escabullido de allí y habría corrido hasta perderse en la oscuridad de la noche. Sin embargo, ignorar a un personaje tan poderoso solo le habría servido para buscarse un problema mayor.

Instantes después, Suleimán permanecía plantado frente a la muchacha con los brazos cruzados y una expresión indescifrable en el rostro. El nubio era tan alto que Mahsati tenía que

levantar la barbilla para poder mirarle a los ojos. La joven mostraba una actitud tímida, con el rostro oculto tras ese velo que nunca se quitaba. Junto a ellos, el tabernero contemplaba la escena con gran atención.

—El califa es un gran amante de las artes en todas sus manifestaciones. Cada vez que me llegan noticias de que un artista destaca en lo que hace, me ocupo personalmente de valorar si los elogios que recibe son merecidos o no —explicó el chambelán—. Y en este caso, te has ganado mis más sinceras felicitaciones.

—Gracias... —murmuró Mahsati bajando la mirada.

—¿Quién es tu señor? —inquirió Suleimán.

La pregunta resultaba de lo más natural, pues la mayoría de las cantantes eran esclavas que habían recibido una excelente formación musical —el centro de formación más popular estaba en Medina—, que después se vendían al mejor postor para deleitar a sus dueños con su canto. Las de mayor talento solían acabar al servicio de los gobernantes locales más acaudalados y, en el mejor de los casos, en el harén del califa.

—No tengo ninguno. Yo no soy esclava.

Contrariado, Suleimán frunció el ceño y se volvió hacia el propietario de la taberna.

—Tiene razón —corroboró este—. Yo le he pagado siempre directamente a ella.

Tal cosa podía ocurrir, desde luego. El nubio lo sabía muy bien. Su propia historia constituía todo un ejemplo de superación personal. Suleimán había nacido esclavo y desde niño había desempeñado las más duras faenas para varios amos distintos, pues debido a su carácter conflictivo, había sido objeto de ventas constantes como si se tratase de vulgar mercancía. Su golpe de suerte vino cuando fue adquirido por un gobernador provincial que, viendo en él un conjunto de notables cualidades, le concedió la libertad y le proporcionó una valiosa educación. Aquello dio a su vida un giro de ciento ochenta grados. Con el tiempo, se labró una buena reputación y acabó al servicio del califa como uno de sus pajes. Hasta que, muchos años después, cuando murió el viejo chambelán, Suleimán fue designado para reemplazarle.

—Comprendo —aceptó el chambelán—. De todas maneras, eso no cambia las cosas. —Y dirigiéndose a Mahsati, añadió—: ¿Cuánto pides por tener el privilegio de entrar a formar parte del harén del califa?

—Lo siento, pero no estoy en venta.

Suleimán la miró con incredulidad.

—¿Cómo puedes rechazar una propuesta semejante? ¡Cualquier joven con un talento como el tuyo daría cualquier cosa por una oportunidad así! En palacio podrás mejorar tu técnica de canto de la mano de los profesores mejor preparados, recibirás una exquisita educación y aprenderás a comportarte como una dama. Vivirás rodeada de lujos y comodidades. Jamás te faltará de nada. ¿Qué más se puede pedir?

Por supuesto, aparte de cantar para Al-Mamún, entre sus obligaciones se contaría la de satisfacerle sexualmente si este así lo requería... pero aquello resultaba tan obvio que no valía la pena ni mencionarlo. Por no decir que, en tal caso, cualquier concubina lo consideraría como un honor sin igual.

—Agradezco su oferta —repuso Mahsati—. Pero, sin ánimo de parecer descortés, prefiero conservar mi libertad.

Suleimán negó con la cabeza y frunció los labios, mostrando su descontento. Sin embargo, no

podía obligarla. Incluso el poder del califa tenía sus limitaciones.

—Está bien, no insistiré. Discutamos entonces cuándo vendrás a palacio a actuar para el califa durante una de sus fiestas. Te aseguro que serás bien recompensada por tu trabajo.

—Lo lamento, pero tampoco creo que eso sea posible —contestó Mahsati esquivando la mirada del chambelán.

Tras la negativa, se hizo un incómodo silencio que el tabernero utilizó para intentar aprovecharse de la situación.

—Señor, si el califa acudiese a mi humilde local para oírla cantar, me sentiría muy honra...

—¡Cállate, idiota! —espetó Suleimán—. El califa jamás se rebajaría a pisar un antro como este. Y tú —continuó señalando con el dedo índice a la joven—, deberías saber que rechazar una oferta como la que acabo de hacerte podría entenderse como una grave ofensa al comendador de los creyentes.

—No es mi intención...

—¡Eso no importa! —bramó interrumpiendo la torpe disculpa de la muchacha—. Ofender al califa conlleva por lo general terribles consecuencias. ¿Me estoy explicando con claridad?

Intimidada por la agresividad del nubio, a Mahsati se le hizo un nudo en la garganta. Aunque no deseaba en absoluto actuar para el califa, la alternativa parecía mucho peor.

—De acuerdo —accedió al fin tratando de contener las lágrimas—. Con una condición.

—Habla.

—Que sea por la noche.

—No hay problema. Las fiestas nocturnas son habituales en palacio. Has tomado la decisión acertada.

Ella se dio media vuelta y se marchó sin despedirse. Suleimán no podía reprochárselo. En su trabajo, a veces tenía que ponerse desagradable para obtener lo que quería.

Acto seguido, él también enfiló sus pasos hacia la salida del local, pues había terminado lo que había ido a hacer allí. Sin embargo, al pasar junto a una mesa donde se apostaba a los dados, sintió la llamada del juego. Suleimán sabía que si se unía a la partida, luego no habría quien le moviese de allí en toda la noche, por mucho dinero que perdiese.

Pese a todo, no fue capaz de resistir la tentación.

Theobald se desplazaba por Bagdad como un ciudadano más, siguiendo una ruta que ya se sabía de memoria tras completar el trayecto de ida y vuelta a diario, a lo largo de las últimas semanas.

Era muy temprano en la mañana y la claridad del alba vestía la ciudad de un ocre apagado que acariciaba murallas, palacios y minaretes y arrancaba haces dorados a las cúpulas más altas. Los barrios cobraban vida y los bazares abrían sus puertas y disponían su mercancía a la vista de los curiosos. El olor a pan recién horneado se mezclaba con el de los dulces más succulentos, elaborados principalmente de almendras, nueces y miel. Hasta que el calor no comenzara a apretar algo más tarde, constituía un grato placer pasear por las calles de la famosa «Ciudad Redonda», capital del incomparable califato abasí.

Aunque Theobald no llevaba mucho tiempo en la Casa de la Sabiduría, podía afirmar sin temor a equivocarse que cada tarea que allí se acometía se caracterizaba por aplicar un riguroso método de trabajo y un nivel de profesionalidad como nunca antes había visto. El enorme riesgo que había asumido al abandonar su tierra natal había merecido la pena. Theobald había encontrado en la Casa de la Sabiduría el ideal con el que siempre había soñado. Un lugar consagrado al desarrollo de la ciencia y al progreso del conocimiento y la cultura.

Por lo que se refería a las traducciones, era tal el cuidado que se ponía en ellas, que además de entregárselo a un especialista en la materia para que lo comprobara desde el punto de vista científico, también se realizaba una revisión lingüística, es decir, una corrección estilística del texto, para que el resultado final fuese excelente. Había que tener en cuenta que para muchos de los traductores el árabe no era su lengua materna, ya que esta aún no se había impuesto en todos los territorios sometidos por el califato.

Por otra parte, entre los traductores había dos corrientes de opinión diferenciadas en cuanto a cómo debían abordar su labor. Los de la vieja escuela defendían la traducción literal, palabra por palabra, consistente en descifrar el significado de cada vocablo en griego y buscar su equivalente en árabe —o en siríaco, cuando se llevaba a cabo una traslación intermedia—. Un movimiento más reciente, encabezado por Hunayn ibn Ishaq, apostaba sin embargo por una traducción más libre, en la cual se priorizaba el sentido sobre la forma, con el objeto de ser lo más fiel posible al original aunque las palabras empleadas no fuesen sus equivalentes más exactas. Theobald se adscribió sin dudar a la postura que defendía el director de la Casa de la Sabiduría, pues a su juicio le parecía mucho más adecuada.

Al margen del trabajo, Theobald tenía otras cosas en la cabeza.

Le preocupaba mucho el ambiente enrarecido que se respiraba últimamente en el hogar de Al-Mursi, desde que Fadhila se instalara allí tras haber sido repudiada por su marido. La joven se pasaba todo el día llorando sin consuelo. Había perdido el particular brillo de sus mejillas y la dulzura de su sonrisa, transformándose en una persona muy distinta a la que Theobald había conocido.

Del mismo modo, el orondo comerciante también se sentía muy afectado por la situación de su hija, hasta el punto de que su habitual carácter alegre se había agriado por completo, y a lo único que se dedicaba era a despotricar contra su antiguo yerno, al que le había cogido un odio desmedido. Theobald echaba de menos las largas charlas que ambos mantenían durante las

comidas, y todos sus intentos por animar a su amigo y anfitrión caían siempre en saco roto. Y lo mismo había ocurrido cuando se había acercado a Fadhila para consolarla.

—Fadhila, deberías ver el lado positivo de esto. Hasta yo me di cuenta de que tu matrimonio no te hacía feliz. Cada vez que mencionaba a tu esposo, rehuías mirarme a los ojos y la sonrisa se borraba de tus labios.

—Tú no lo entiendes. No solo me ha repudiado, sino que lo ha hecho del modo más humillante que existe. ¿Qué otro hombre querrá casarse conmigo cargando con un estigma así?

Las heridas estaban tan recientes, que Theobald comprendió que no ganaría nada con insistir. Únicamente el tiempo la ayudaría a ver las cosas con perspectiva, cuando el dolor se hubiese atenuado.

Tras doblar la última esquina que le separaba de su destino, Theobald enfiló la escalinata por la que se accedía a la Casa de la Sabiduría, pasando una vez más junto al mendigo de la puerta.

A la hora a la que Theobald acostumbraba a llegar al emblemático edificio, este solía encontrarse prácticamente vacío. No obstante, aquella mañana debía de haber ocurrido algo fuera de lo normal, porque en el vestíbulo se había formado un cierto revuelo de personas que iban y venían, parlotando en voz alta y quebrando el silencio que por lo general reinaba en el recinto.

Theobald barrió el lugar con la mirada, hasta que localizó a Hunayn junto a la clepsidra que regía la estancia, tratando de poner orden sin conseguirlo y con una mueca de espanto en la cara.

—¿Qué ha pasado? —inquirió el monje dejando entrever una mezcla de inquietud y extrañeza.

—Esta mañana ha aparecido el cuerpo sin vida de un compañero en una de las salas —explicó—. Se cree que ha podido ser asesinado. Las fuerzas del orden ya se han hecho cargo de la situación y lo están investigando.

—¿Cómo? ¿De quién se trata?

—Uno de los calígrafos. Ahora, ayúdame a...

Inmediatamente, la posible identidad del fallecido cruzó por la mente de Theobald, que enfiló el pasillo que conducía al fondo del edificio dejando a Hunayn con la palabra en la boca.

El monje atravesó corriendo varias estancias, deseando por una vez estar equivocado. Por desgracia, sus peores sospechas se vieron confirmadas tan pronto como entró en la sala de los copistas. Un médico estaba arrodillado en el suelo, examinando el cadáver del que sin duda era Khalid ibn Faraj, el yerno de Al-Mursi.

Dos oficiales de la *shurta* se hallaban presentes. Uno inspeccionaba la escena mientras el otro interrogaba a los testigos. Entre ellos estaba Banu Musa, que acudió al encuentro de Theobald en cuanto este traspasó el umbral de la puerta.

—Lo siento —dijo el joven erudito—. Sé que le conocías.

—Sí, pero tenía muy poco trato con él —repuso el monje benedictino—. ¿Qué ha sucedido? Hunayn me ha dicho que podría tratarse de un crimen.

—Es un caso extraño. El médico de la corte que lo está examinando es un buen amigo mío y me ha revelado los detalles.

—¿Como cuáles?

—Para empezar, el cuerpo no presenta señales de violencia ni heridas superficiales. De hecho, tras una primera inspección ocular, atribuyó la muerte a causas naturales. Sin embargo, al abrirle la boca descubrió algo inesperado. La tenía completamente abrasada... El paladar, la lengua, las

encías... toda la boca por dentro estaba chamuscada. Ahora mismo, la principal hipótesis es que murió envenenado.

—¿Qué más se sabe?

—Bueno... El grado de *rigor mortis* y la temperatura corporal apuntan a que la muerte se produjo en torno a la medianoche. Algunos testigos afirman que Khalid seguía trabajando cuando se marcharon. Al parecer, solía quedarse hasta muy tarde.

—¿Y cuándo han encontrado el cadáver?

—Esta mañana, un par de compañeros que fueron los primeros en llegar —contestó Banu Musa—. Al principio creyeron que dormía.

Theobald entornó los ojos y adoptó una pose reflexiva.

—A mí me parece muy precipitado hablar de asesinato.

—Pues los oficiales de la *shurta* ya tienen un sospechoso: Sábīq Al-Mursi.

—¡Qué tontería! —replicó el monje al instante—. Al-Mursi no sería capaz de hacer algo así.

—Sé que te alojas en su casa y que sois buenos amigos. Pero los oficiales están al corriente del incidente del otro día, cuando amenazó con matar a su yerno delante de decenas de personas.

Theobald suspiró y negó con la cabeza.

—Eso no significa nada. En un momento de arrebato, cualquiera de nosotros podría decir una barbaridad así.

—Hay algo más —señaló Banu Musa tras un silencio—. El *qalansuwa* de Al-Mursi ha aparecido en el escenario del crimen, muy cerca del cadáver. Hunayn lo ha reconocido sin el menor asomo de duda.

Theobald se cubrió la cara con las manos. En modo alguno se esperaba la existencia de una prueba tan rotunda.

—Aun así... me cuesta mucho creerlo —murmuró sin sonar muy convencido.

—Lo que tú y yo creamos no importa —resolvió Banu Musa—. Esta misma mañana procederán a detenerlo. Y, o tiene una coartada extraordinariamente sólida, o ten por seguro que será condenado a muerte.

TERCERA PARTE



“La conjetura del sabio es más sólida que la certeza del ignorante”.

Proverbio árabe.

A Yabir ya no solo le costaba recordar con claridad el rostro de su madre, sino también la apariencia del propio cielo. ¿Cuántos días llevaba encerrado en aquel sótano diminuto, sin que le hubiesen dejado salir al exterior ni tan siquiera por un rato? Habían pasado semanas desde su secuestro, de eso estaba seguro. Pero le sería imposible decir el tiempo exacto.

Ya casi nunca lloraba, como si sus ojos hubiesen perdido la capacidad de producir lágrimas. Si quería sobrevivir, sabía que tenía que adaptarse a la situación, por dura que esta fuese. Además, seguía sin saber por qué le habían secuestrado, lo que unido a la ausencia de noticias acerca de su madre, hacía de su cautiverio una tortura aún más insoportable. La monotonía y el tedio tampoco ayudaban. Todos los días eran iguales y las horas transcurrían con extrema lentitud.

También había dedicado mucho tiempo a estudiar la manera de fugarse. Por el ventanuco, desde luego, le habría resultado imposible. Estaba demasiado alto, y el hueco entre los barrotes era demasiado estrecho como para que nadie, ni siquiera un niño pequeño, cupiera por él. Su única opción estribaba en la puerta que había al final de la escalera, pero sus posibilidades de éxito eran igualmente escasas. Abdalmalik siempre la cerraba con llave, y no se movía nunca de la casa, excepto cuando iba a hacer algún recado.

Su tenaz carcelero bajaba varias veces al día a llevarle la comida, intercambiaba algunas palabras con él, para asegurarse de que seguía bien y de que no le ocurría nada malo, y después regresaba a la planta superior, donde se apostaba para mantener la vigilancia.

En una ocasión, Yabir escuchó ruidos procedentes del callejón, y se puso a gritar con todas sus fuerzas para llamar la atención de los que estaban afuera. Por desgracia para él, Abdalmalik le oyó y no se anduvo con remilgos a la hora de escarmentarle. Le dio una bofetada con tanta fuerza, que resonó en el pequeño habitáculo como el restallido de un látigo. El fornido árabe no dudaba en recurrir a la violencia cuando lo estimaba necesario. Mientras no se excediese, contaba con el visto bueno de Hanbal.

Por lo demás, la rutina de Yabir transcurría sin mayores sobresaltos. Hasta que, un día como otro cualquiera, se produjo un giro radical cuando menos lo esperaba.

Abdalmalik bajó al sótano acompañado por un extraño.

Aquel individuo mostraba un gesto de asombro conforme descendía por la escalerilla y contemplaba estupefacto el lúgubre lugar al que le llevaban. Era la primera persona distinta de Abdalmalik a la que Yabir veía desde que lo encerrasen.

Con semblante circunspecto, Abdalmalik se plantó ante Yabir y le miró tan fijamente como pudo, teniendo en cuenta que su ojo bizco no dejaba de bailotear a uno y otro lado.

—Este es Falid Al-Farabi —dijo señalando al desconocido—. Un maestro de escuela con muchos años de experiencia. Vendrá todas las mañanas, te enseñará a leer y escribir y, sobre todo, hará de ti un devoto musulmán. ¿Entendido?

—¿Podré salir de aquí?

—No, no podrás.

—¿Y por qué tengo que ser musulmán?

—Porque es la voluntad de Alá —sentenció Abdalmalik—. Y basta ya de preguntas. Ahora te

dejaré con Falid para que habléis. Comportate como es debido y obedécele en todo lo que te diga. De lo contrario, atente a las consecuencias.

Dicho esto, Abdalmalik abandonó la estancia tras intercambiar una fugaz mirada con el maestro de escuela.

—Adelante. Es todo suyo —le dijo mientras se iba—. Yo estaré arriba mientras tanto.

Falid miró una vez más la inmundicia cloaca donde se hallaba, mal iluminada y anegada de un hedor insoportable. Evidentemente, allí sucedía algo muy raro. ¿Quién era aquel niño y qué hacía allí encerrado en condiciones tan miserables? Más allá de que fuese beduino, apenas le habían revelado nada. Es más, desde el primer momento le habían advertido de que, independientemente de lo que viese, debía abstenerse de hacer preguntas y limitarse a hacer su trabajo.

Como es natural, aquella oferta de empleo había despertado en Falid una gran desconfianza. Sin embargo, no podía permitirse el lujo de rechazarla, si no quería seguir dependiendo para siempre de la caridad de su amigo Abu Haidar, el célebre poeta. Aquel era el primer trabajo que le ofrecían desde que cayese en desgracia. Además, el salario convenido le invitaba a mirar hacia otro lado. ¡Iban a pagarle el doble de lo habitual! ¿Quién en sus circunstancias no hubiese aceptado?

Yabir, a su vez, observó al maestro de escuela con una mezcla de incertidumbre y expectación. De nariz recta y frente ancha, Falid lucía una barba desaliñada y grandes ojeras que sugerían largas noches de insomnio, y sus manos de piel suave corroboraban que se trataba de un hombre de letras, que nunca en su vida se había dedicado a la agricultura, la artesanía o la construcción.

—Ayúdeme a salir de aquí, por favor —le suplicó tan pronto como se quedaron solos.

Falid tragó saliva. Se sentía terriblemente incómodo. El chico estaba allí en contra de su voluntad, y los individuos que le habían contratado le habían ocultado la verdad que se escondía detrás de aquel asunto, que desde el principio le había parecido bastante sospechoso. Resultaba obvio que si habían pensado en él para aquel trabajo, era porque nadie más lo habría aceptado. De otro modo, ni siquiera le habrían tenido en consideración.

—No puedo. Además, yo solo estoy aquí para enseñarte. No se me permite hablar contigo de otra cosa que no sea la materia de estudio. Si Abdalmalik se enterase, me metería en serios apuros.

—¿Podría decirme al menos cómo está mi madre?

—No lo sé. Ni siquiera sé quién es. Y, de cualquier manera, ya te he dicho que no podemos hablar de nada de eso.

Decepcionado, Yabir se hundió de hombros y agachó la cabeza. Falid decidió cambiar de tema.

—Bueno... tenemos mucho trabajo por delante. Veo que tienes un ejemplar del Corán —añadió señalando el libro que Abdalmalik había dejado allí el primer día—. Eso está muy bien.

—No sé lo que significa, ni me importa —masculló Yabir.

—El Corán es el libro sagrado del islam.

Yabir alzó la mirada. Aunque nada de aquello le interesaba realmente, la compañía del maestro de escuela era mucho mejor que su terrible soledad diaria.

—¿Y qué es el islam?

—Es la religión verdadera que Alá le reveló al profeta Mahoma. Y su principal mensaje es

que solo hay un dios.

—¿Un único dios? —inquirió Yabir frunciendo el ceño.

La reacción del chico no le sorprendió. Si bien la mayoría de los beduinos habían abrazado las enseñanzas de Mahoma y se habían convertido al islam con gran convicción, no había ocurrido así en todos los casos. Algunas tribus nómadas situadas en las regiones más remotas habían seguido apegadas a sus creencias ancestrales, en virtud de las cuales veneraban a diferentes deidades y espíritus de la naturaleza, presentes en las piedras, los árboles o los astros.

—Te extraña oír eso, ¿verdad? Bueno, no te preocupes. Ya tendremos tiempo de profundizar en el tema. —A continuación, el maestro de escuela cogió el Corán y ojeó algunas páginas—. Como parte de tu formación, tendrás que memorizar y recitar buena parte de este libro. Pero no te asustes, todos los niños musulmanes lo hacen. Y también, por supuesto, te enseñaré a leer y escribir.

—Ya me conozco casi todas las letras del alfabeto —dijo Yabir orgulloso.

—¿De verdad?

—Sí, mi madre me enseñó. —Y, acto seguido, tomó el Corán e identificó algunas letras.

—¡Excelente! Estoy verdaderamente asombrado. Ganaremos mucho tiempo gracias a lo que ya sabes.

Falid se sintió satisfecho. El chico, al menos, se mostraba predispuesto a recibir gustosamente sus clases, y además estaba mejor preparado de lo que había creído en un principio. Otra cosa muy distinta era el lamentable entorno de trabajo. Con aquellas condiciones resultaría imposible obtener buenos resultados. Tendrían que cambiarlas de manera drástica. Harían falta una mullida alfombra para el suelo, cojines para acomodarse, una lámpara de aceite que proporcionase más luz, y unas velas aromáticas para enmascarar el hedor de la basura acumulada en el callejón al que daba el ventanuco. Todo eso sin contar con el material necesario para impartir las clases, como papel y utensilios de escritura.

Tras aquella primera toma de contacto, Falid abandonó la estancia con la lista de peticiones que había elaborado, y cierta confianza en que podría sacar adelante aquel encargo pese a las adversidades a las que se enfrentaba.

Al salir, Abdalmalik escuchó atentamente sus demandas.

—Está bien —accedió—. Si necesitas todo eso para cumplir con tu parte del trato, me ocuparé de que lo tengas. Vuelve mañana a la misma hora. Todo estará dispuesto según tus deseos.

Desde la llegada de Falid, a Yabir se le estaba haciendo algo más llevadero el terrible secuestro del que era víctima.

El maestro de escuela lo visitaba a diario y se pasaba con él buena parte de la mañana. Por un lado, le proporcionaba una educación elemental semejante a la que habría recibido cualquier otro niño que acudiese a un *maktab*, y por otro le adoctrinaba en los preceptos del islam, cumpliendo así con el objetivo principal para el que le habían contratado.

El cambio había animado a Yabir. La monotonía y la soledad de sus primeras semanas de cautiverio habían quedado atrás, y ahora se pasaba distraído la mayor parte de la jornada. Además, Falid le dispensaba un trato muy distinto al de Abdalmalik. Pues, mientras que su carcelero recurría a la violencia cuando lo estimaba necesario, el maestro de escuela todavía ni le

había levantado la voz.

Pero, por si eso no fuese suficiente, la aparición de Falid había traído consigo una serie de comodidades con las que hasta hacía muy poco Yabir ni siquiera habría soñado. El sótano, aunque igual de diminuto, ya no parecía un lugar tan tétrico y desolado, pues ahora olía mucho mejor y la estancia allí resultaba un poco más agradable.

Falid, a su vez, estaba muy complacido con los progresos del chico, que compensaba su escasa educación con una inquebrantable fuerza de voluntad y muchísimo trabajo. Incluso él mismo volvía a sentirse útil y había recuperado las ganas de enseñar que ya creía perdidas, tras llevar más de dos años alejado de su vocación. ¿Quién lo hubiese dicho? Quizás, con la ayuda de Alá todavía pudiese enderezar su vida, pese al inmenso revés que le había supuesto la pérdida de toda su familia y su posterior descenso a los infiernos de la depresión y la bebida.

A raíz de compartir tanto tiempo con Yabir, el maestro de escuela no había podido evitar cogerle cierto cariño, lo cual le llevó a preguntarse nuevamente por los misteriosos motivos por los cuales le mantenían retenido en contra de su voluntad. Para obtener las respuestas que buscaba, trató un par de veces de entablar conversación con Abdalmalik, dirigiendo con sutileza el diálogo hacia donde él quería. Sin embargo, y pese a que logró engañarle —cosa que no resultaba demasiado difícil, todo hay que decirlo—, no averiguó nada interesante. La conclusión era muy clara. Abdalmalik no sabía nada, sencillamente porque las personas ante las que respondía no le confiaban sus planes.

Conforme Yabir avanzaba, Falid fue abordando con mayor confianza la cuestión del islamismo.

—Para convertirte y desempeñar correctamente tus obligaciones como musulmán, debes recitar la fórmula de profesión de fe que te enseñé hace unos días. ¿La recuerdas?

—Sí.

—Pues adelante, recítala.

—*No hay más dios que Alá, y Mahoma es su profeta* —enunció Yabir de memoria.

—Eso es, muy bien.

—Entonces, ¿ya soy musulmán?

—¡Oh, no! No es tan sencillo —aclaró el maestro—. Para ello has de pronunciarla de forma sincera, tras una ablución y delante de dos testigos. Recuerda que esta afirmación te acompañará durante toda la vida.

Por su expresión, Yabir parecía albergar ciertas dudas.

—Piensa en la profesión de fe como en una promesa —repuso Falid—. Y una promesa es como un regalo que decides hacerle a alguien. Un regalo de esperanza que solo cobra sentido cuando uno cumple con la palabra dada.

—¿Y basta con pronunciarla una sola vez?

—Para el acto de profesión de fe, sí. Aunque después podrás repetirla tantas veces como quieras. Sobre todo, suele recitarse en momentos especiales de la vida, como cuando hay un nacimiento o fallece un ser querido.

—No parece difícil —comentó Yabir.

—Es cierto que la creencia sincera en la profesión de fe basta para ser considerado como musulmán. Sin embargo, por sí sola no es suficiente para conducir al creyente al Paraíso.

Yabir torció la cabeza y alzó una ceja en señal de curiosidad.

—¿Qué es el Paraíso?

—El Paraíso es un lugar de vida eterna, paz y felicidad, con que Alá recompensa a los buenos musulmanes tras su muerte.

—Sí, pero... ¿cómo es?

—Tiene el aspecto de un hermosísimo jardín de fuentes perfumadas con alcanfor o jengibre, donde los árboles no tienen espinas y los ríos de agua, leche, miel y vino fluyen de forma constante por valles sombreados, rodeados de montañas hechas con almizcle. En el Paraíso no existe el miedo, la vergüenza, el dolor ni la tristeza. Y todos los deseos del hombre le son concedidos.

Yabir abrió la boca sin darse cuenta, impresionado ante aquella maravillosa perspectiva.

—¿Y qué más hace falta para alcanzar ese Paraíso?

—Pues, además de cumplir con la profesión de fe, que constituye el primer y más importante pilar del islam, hay que observar los otros cuatro pilares —explicó Falid—. ¿Quieres saber cuál es el segundo?

—Sí, maestro.

—La oración —desveló—. En virtud de dicho pilar, todo musulmán debe rezar cinco veces al día.

—¿¡Cinco!? —exclamó asustado.

—No seas impertinente, Yabir. Además, no son tantas si se tiene en cuenta que solo te lleva unos minutos. Ven, te enseñaré cómo se hace. Acércame la bacinilla, por favor. —El niño la cogió y se la entregó—. Antes de comenzar, lo primero es siempre purificarse.

A continuación, Falid vertió en ella un poco de agua y se lavó la cara, la cabeza, las manos y brazos hasta los codos, para acabar con los pies.

—Para realizar válidamente la oración, la ablución es imprescindible. Si en ese momento no dispones de agua, como les ocurre muchas veces a los beduinos en el desierto, puedes frotarte con arena limpia para purificarte. ¿Está claro?

—Sí.

—Luego nos postramos mirando hacia la ciudad santa, La Meca...

—¿Por qué hacia La Meca?

—Porque allí es donde se halla la Kaaba, el templo sagrado del que ya te he hablado otras veces.

En ese punto, Falid dio unos pasos por la estancia, primero a una pared, luego a otra, titubeante.

—¿Qué ocurre? —inquirió Yabir.

—No, nada, nada...

En las mezquitas, una hornacina indicaba siempre la dirección de La Meca, y cuando un creyente no se encontraba en una de ellas, se orientaba por los puntos cardinales. Pero dentro de aquel maldito sótano no había manera de sacar nada en claro.

Finalmente, Falid no tuvo más remedio que confiar en su instinto para situarse en la dirección adecuada. A continuación, se arrodilló en la alfombra y se dispuso a hacer una demostración práctica. Yabir le observó con atención mientras el maestro de escuela recitaba una serie de aleyas del Corán sentado sobre los talones y realizaba una secuencia de movimientos de prosternación, alzando los brazos y agachándose varias veces hasta tocar el suelo con la frente.

A diferencia de la oración cristiana, que se asemeja más a una plegaria o un ruego determinado, el rezo musulmán constituye sobre todo un acto de adoración a Dios.

—El momento para efectuar cada una de las cinco oraciones del día viene determinado por la posición del sol en el cielo. De todas maneras, es más sencillo guiarse por la llamada del almuédano. —Aunque atenuada, hasta el sótano también llegaba la voz del muecín de una mezquita cercana—. La primera oración es la que se lleva a cabo al alba, poco antes de la salida del sol. La segunda es la del mediodía, cuando el sol ha rebasado su cénit. La tercera, la de la tarde, ha de hacerse antes de que el sol adquiera un tono anaranjado. La cuarta es la de la puesta de sol, que tiene lugar poco después del ocaso. Y la quinta es la de la noche, cuando las estrellas reinan en el firmamento.

»Y luego, aparte de eso, los hombres deben acudir todos los viernes a la mezquita para orar de forma colectiva y escuchar el sermón del imán. —Falid se dio cuenta de que el chico le miraba con cara de compungido—. ¿Sí, Yabir? ¿Tienes alguna duda?

—¿Y los niños también tienen que orar cinco veces al día? —preguntó el pequeño abrumado ante tanta oración.

El hombre rio antes de contestar.

—Bueno, depende de su edad. Se les suele enseñar a partir de los siete años, pero a los diez ya deben cumplir con sus rezos diarios. De lo contrario, sus padres podrán amonestarlos. —Falid percibió que el chico comenzaba a dar muestras de cansancio—. Y por hoy, aquí lo vamos a dejar.

El maestro de escuela se despidió de Yabir hasta el día siguiente, con la satisfacción de haber cumplido un día más con su labor. Al salir, cerró la puerta del sótano con llave, y después se la devolvió a Abdalmalik, que aguardaba en la sala principal de la casa con su habitual gesto inexpresivo.

—¿Cómo van las clases? —preguntó.

—Yabir progresa mejor de lo esperado. Es un alumno aplicado.

El carcelero asintió, conforme con la respuesta.

—Está bien, puedes irte. Mañana te espero a la hora de siempre.

Falid salió de la vivienda fingiendo indiferencia. Sin embargo, en su fuero interno cada vez le intrigaban más los secretos que rodeaban a su peculiar alumno.

Theobald abandonó la casa de Al-Mursi el mismo día en que este fue detenido por el presunto asesinato de su yerno, Khalid ibn Faraj. Con su anfitrión encarcelado, haber permanecido en su domicilio habría sido completamente inapropiado, además de un flagrante abuso de confianza. De modo que, mientras se resolvía la situación, Theobald se trasladó a una modesta posada emplazada en un barrio extramuros de la capital bagdadí.

Al tiempo que el monje benedictino continuaba volcado en su labor traductora y en el estudio de los descubrimientos que los árabes habían logrado en las más diversas áreas científicas, también seguía con gran interés la investigación del enigmático crimen del cual Al-Mursi continuaba siendo el principal y único sospechoso. Sobre aquel tema circulaban todo tipo de rumores que inundaban a diario la Casa de la Sabiduría. Sin embargo, Theobald contaba con una fuente de información precisa y fidedigna, que le mantenía al corriente de la investigación oficial. Su colega y amigo Banu Musa, que poseía numerosos contactos tanto dentro como fuera de la corte, le trasladaba las novedades que se producían en el caso, ninguna de las cuales, por desgracia, favorecía al pobre comerciante.

En primer lugar, se había confirmado oficialmente el envenenamiento como causa de la muerte, tal y como se había supuesto desde un principio. Aunque, en sentido estricto, tampoco podía hablarse de envenenamiento, porque el médico no había visto en toda su vida nada parecido. Al abrir el cuerpo de la víctima para realizarle la autopsia, comprobó que las quemaduras internas no solo afectaban a la boca, sino que se extendían a lo largo de la faringe, el esófago y las paredes del estómago. En aquella época la disección de cadáveres era una práctica bastante inusual, porque contravenía las leyes islámicas. Sin embargo, al amparo de la doctrina mutazilita, que promovía el uso de la razón humana para el desarrollo de la investigación y la ciencia, algunos médicos habían comenzado a desafiar aquel viejo tabú.

—Entonces, ¿cómo murió exactamente el calígrafo? —preguntó Theobald.

—Lo más aproximado sería decir que ardió por dentro —replicó Banu Musa—. Como si un fuego se hubiese prendido en el interior de su estómago y hubiese ascendido hasta aflorarle por la boca.

—¿Y qué pudo provocar algo así?

—No se sabe con seguridad. Pero, desde luego, se descarta por completo que la muerte se haya producido por causas naturales.

Por otra parte, la investigación había revelado que Al-Mursi carecía de coartada para la noche del crimen. Según su propio testimonio, después de cenar se había retirado a la sala de oración que había en la casa y luego se fue a la cama y no se levantó hasta la mañana siguiente. El problema radicaba en que no había testigos que respaldasen su versión de los hechos. Los sirvientes se retiraron a sus dependencias tras recoger la mesa y dejar la cocina arreglada, y Fadhila, que continuaba deprimida, no había salido en todo el día de su habitación. El propio Theobald, aunque había cenado con el comerciante, tampoco podía corroborar su relato porque nada más terminar se había marchado directamente a dormir.

En contra de Al-Mursi también jugaba el *qalansuwa* que había sido hallado en el escenario del crimen, pues le situaba en el lugar de los hechos y le señalaba directamente como su autor. El

comerciante había reconocido que el gorro le pertenecía, pero había alegado que el día anterior lo había echado en falta. Desde su punto de vista, el verdadero asesino debió de habérselo robado con el fin de incriminarle. Lamentablemente, aquellas rebuscadas explicaciones le hacían parecer aún más culpable a ojos de la *shurta*.

La defensa de Al-Mursi se mostraba incluso más débil cuando salía a relucir el móvil del crimen. Resultaba evidente que el comerciante podía haber actuado por venganza, después de que Khalid ibn Faraj hubiese repudiado a su hija del modo en que lo había hecho. Apenas unos días antes, decenas de testigos le habían visto amenazarle de muerte en la Casa de la Sabiduría. En conjunto, se daban demasiadas coincidencias como para que fuesen ignoradas.

Poco después, Theobald recibió por boca de Banu Musa la noticia que nunca habría deseado oír.

—Han declarado culpable a tu amigo —dijo el joven erudito—. El cadí ha examinado todas las pruebas en su contra y lo ha condenado a muerte.

—No me lo puede creer... —murmuró Theobald.

—Al-Mursi arguyó que le habían tendido una trampa y juró su inocencia por Alá repetidas veces, pero el juez se ha mostrado implacable. La ejecución tendrá lugar dentro de algunas semanas.

Unos días más tarde, uno de los traductores que trabajaba con Theobald le avisó de que alguien preguntaba por él en la puerta principal del edificio.

—¿De quién se trata?

—Es una mujer, pero no sé nada más.

El monje benedictino dirigió sus pasos hacia el vestíbulo de la Casa de la Sabiduría, donde una joven le aguardaba con gesto impaciente. Al principio, en la distancia, no supo quién era. Llevaba la cabeza celosamente envuelta en un hiyab, tenía la cara pálida y lucía grandes ojeras. Hasta que no se situó a dos pasos de ella, no reconoció a Fadhila en aquella mujer marchita. El deterioro de su aspecto en tan poco tiempo resultaba comprensible. En apenas una semana, primero su marido la había repudiado, para luego ser asesinado por su propio padre, que muy pronto pagaría aquel horrible crimen con su vida. Theobald no había vuelto a verla desde que abandonó la casa cuando Al-Mursi fue detenido.

—¡Theobald! —exclamó la joven, rompiendo a llorar de repente.

—Fadhila... Siento mucho todo lo que ha ocurrido. No puedo ni imaginar lo mal que lo debes de estar pasando.

Fadhila tuvo que hacer un gran esfuerzo para calmarse y aguantar las lágrimas.

—Necesito hablar contigo.

—Por supuesto...

—Aquí no. Vayamos fuera, por favor.

Salieron a la calle y se sentaron al borde de una fuente, en una plazuela cercana a la sombra de un palmeral.

—¡Theobald, tienes que ayudarme! ¡Han condenado a mi padre por el asesinato de mi marido!

—dijo.

—Lo sé...

—¡Pero se equivocan! ¡Él no lo hizo! Le conozco bien y sé que jamás le haría daño a nadie. ¡Mi padre es un buen musulmán!

Theobald tampoco le creía capaz de matar a nadie. Tras mucho reflexionar, había llegado a la conclusión de que había demasiadas cosas que no cuadraban en torno a aquel extraño crimen.

Para empezar, si de verdad Al-Mursi hubiese querido asesinar a su yerno, no habría tenido mucho sentido arriesgarse a hacerlo él mismo, cuando podía contratar los servicios de algún sicario que se ocupase de hacer el trabajo. Para el acaudalado comerciante el dinero no suponía un problema y, así, también habría resultado mucho más complicado que le implicaran directamente.

Por otra parte, estaba el método empleado para acabar con el calígrafo. ¿No habría sido mucho más sencillo clavarle un cuchillo o asestarle un fuerte golpe en la cabeza? ¿Por qué molestarse en utilizar una forma tan rebuscada? Aquella suerte de envenenamiento, nunca visto hasta entonces, no encajaba con los deseos de un hombre que en teoría solo perseguía la simple venganza.

Y, por último, Theobald encontraba especialmente sospechosa la más que oportuna presencia del *qalansuwa* de Al-Mursi en el escenario del crimen. ¿Cómo un tipo que había sido lo suficientemente astuto como para entrar y salir de la Casa de la Sabiduría sin ser visto y perpetrar un asesinato tan elaborado, había cometido después el descuido de dejar tras de sí una prueba tan escandalosamente incriminatoria? No, las cosas no parecían tan sencillas como algunos las pintaban.

—Tienes razón, Fadhila. Yo tampoco creo que tu padre tenga nada que ver con este asunto.

—Entonces ayúdame a demostrar su inocencia, por favor.

—¿Yo?

—Eres la única persona a la que puedo recurrir. Desde que el juez dictó la sentencia, aquellos que decían ser amigos de mi padre le han abandonado. Antes, todos le agasajaban y querían tenerle cerca. Ahora, ninguno quiere que relacionen su nombre con el de un condenado a muerte.

—¿Ni siquiera Istifán, su socio de toda la vida? —Theobald recordaba bien al comerciante zoroastriano, y la fuerte discusión que mantenían Al-Mursi y él la tarde que lo conoció.

—No se encuentra en Bagdad —explicó Fadhila—. Ignoro si está en Yazd, la ciudad donde reside, o si ha embarcado por negocios en alguna caravana. De cualquier manera, lo más seguro es que ni siquiera se haya enterado de lo sucedido todavía.

Theobald dejó caer pesadamente los hombros y se pasó la mano por la tonsura de su cabeza.

—Me gustaría ayudarte, de verdad, pero no se me ocurre cómo.

—Llevando a cabo una investigación a conciencia. La *shurta* no se molestó cuando vieron que todos los indicios apuntaban a mi padre. Fueron a lo fácil. No consideraron a ningún otro sospechoso, ni se plantearon ninguna otra hipótesis alternativa a la que a primera vista se presentaba como la más evidente. —Aunque su voz temblaba por la emoción, Fadhila transmitía una convicción encomiable—. Yo misma lo haría, pero soy mujer y nadie querrá hablar conmigo. Ni siquiera me escucharían.

—De todas formas, ¿no es demasiado tarde? El juez ya ha dictado sentencia...

—Sí, pero aún no han fijado la fecha de ejecución. Primero debemos conseguir pruebas que demuestren la inocencia de mi padre. Luego ya nos ocuparemos del siguiente paso. —Y para terminar de convencerle, le rogó—: Por favor, Theobald, eres mi última esperanza.

Aunque todavía no tenía ni idea de cómo afrontaría semejante petición, el monje sabía que tenía que aceptar. Primero, porque se lo debía a Al-Mursi, después de todo lo que había hecho por él desde el día de su llegada a Bagdad. Y segundo, porque lo consideraba su amigo, y ahora que había caído en desgracia, no podía dejarle de lado. Además, ¿acaso no constituía el deber de un buen cristiano ayudar al prójimo?

—Está bien, Fadhila, te prometo que haré todo lo que esté en mi mano.

—Gracias, gracias... —dijo emocionada, sonriendo por primera vez—. Entonces hay que ponerse en marcha cuanto antes. Apenas disponemos de dos o tres semanas.

Theobald se tomó muy en serio el encargo de Fadhila, y lo primero que hizo fue recopilar toda la información que había acerca del caso, para tener una visión de conjunto lo más completa posible.

Se sabía que el calígrafo se había quedado trabajando hasta muy tarde, y que debió de ser envenenado, según determinó el médico, alrededor de la medianoche. La Casa de la Sabiduría permanecía abierta las veinticuatro horas del día, si bien por las noches solía quedarse prácticamente vacía, a excepción de los astrónomos en el observatorio y unos cuantos estudiosos que, parapetados tras sus lámparas de aceite, alargaban su jornada hasta altas horas de la madrugada, o incluso hasta el amanecer del día siguiente. Cabía la posibilidad, por tanto, de que alguien hubiese visto al asesino, que por otra parte podía haber accedido al edificio en cualquier momento de la noche sin ningún tipo de dificultad.

Los eruditos que se quedaron trabajando hasta tarde aquel día habían sido identificados y debidamente interrogados por los oficiales de la *shurta*. Por desgracia, ninguno de ellos vio nada raro ni detectó la presencia de ningún extraño en el inmueble. A través de Banu Musa, Theobald logró hacerse con aquel listado, y él mismo procedió a interrogarlos con la esperanza de que a la policía se le hubiese pasado por alto algún detalle que pudiese resultar clave para la investigación. Desafortunadamente, ninguno de los potenciales testigos aportó nada interesante.

—Mirándolo por el lado bueno, al menos se confirma que Al-Mursi no fue visto aquella noche en la Casa de la Sabiduría —comentó Banu Musa.

—Sí, y a pesar de ello, ni el cadí ni la *shurta* le concedieron a ese dato la menor importancia —admitió Theobald desalentado.

—¿Y qué piensas hacer ahora? Me temo que no te quedan muchas opciones.

Pero Theobald no le estaba escuchando. Una idea había acudido a su mente de forma repentina.

—¿Y el mendigo de la puerta? —Theobald se refería al indigente que se pasaba todo el día junto a la escalinata de entrada al edificio—. ¿Sabes si lo interrogó la policía?

—No, que yo sepa.

—¡Pues deberían haberlo hecho! Todo el que entra o sale pasa por su lado. Su testimonio era vital.

—Lo más probable es que estuviese durmiendo cuando sucedieron los hechos —apuntó Banu Musa—. Además, por si no te habías dado cuenta, es ciego.

—Aun así, yo no lo subestimaría. Los ciegos agudizan el resto de sus sentidos para compensar la falta del que han perdido.

Más tarde, Theobald salió a la calle dispuesto a hablar con el mendigo. Por lo que sabía, aquel desdichado llevaba allí desde la construcción del edificio, que durante sus primeros años de vida había funcionado tan solo como biblioteca. Pese a la pobre imagen que ofrecía, el mendigo nunca había causado problemas, motivo por el cual le habían dejado quedarse junto a la escalera durante todos aquellos años. El día que Theobald se presentó por primera vez en la Casa de la Sabiduría, recordaba bien que Al-Mursi le había dado una moneda.

Theobald rebusco en su bolsillo y dejó caer un dirham a los pies del indigente, que estaba sentado en el suelo con la espalda apoyada en la pared. Después se presentó y le dijo que trabajaba como traductor en la Casa de la Sabiduría.

—¿Te importa que te haga unas preguntas? Si no tienes inconveniente, claro.

El mendigo enarcó las cejas.

—Está bien. Aunque, francamente, no entiendo de qué modo alguien como yo podría serle útil a un erudito como usted.

—Es acerca del asesinato que tuvo lugar aquí hace unas semanas. ¿Sabes de lo que te hablo?

—Por supuesto. La mañana en que hallaron a la víctima se montó un buen escándalo. Tal vez le cueste creerlo, pero yo me entero de todo lo que pasa.

—Por eso he venido a hablar contigo. Me gustaría saber si la noche en que se cometió el crimen advertiste algo fuera de lo normal.

El mendigo se abrazó a una vieja manta raída bajo la que se acurrucaba cuando dormía.

—¿Sabe qué? Usted ha sido la única persona que se ha dignado a preguntármelo. Los oficiales de la *shurta* ni siquiera se acercaron a mí, como si yo no existiera... —El hombre dirigía la mirada hacia el cielo. Un velo de niebla le caía sobre los ojos, evidenciando la ceguera que padecía—. Pero si se hubiesen molestado en hacerlo, podía haberles dicho algo que captó poderosamente mi atención.

—¿El qué? ¿Oíste alguna cosa en particular?

—No...

—Entonces, ¿de qué se trata? —se impacientó el monje.

El indigente guardó silencio y por toda respuesta extendió una de sus manos. Theobald captó la indirecta y aflojó otra moneda.

—Aquella noche entró alguien que se me quedó especialmente grabado en la memoria por el exquisito olor que desprendía.

—¿Un olor?

—Un aroma único que solo recuerdo haber oído una vez en mi vida, cuando serví en la corte del califa, antes de que perdiese la vista en mis tiempos de juventud. Perfume de ámbar gris.

Theobald tomó nota mental de aquel interesante dato.

—¿Y hay algo más que me puedas decir?

—No mucho. Solo que aquel individuo no permaneció mucho tiempo dentro del edificio. Y al salir, volvió a dejar tras de sí aquel sublime aroma.

—¿Y sobre qué hora se fue?

—En torno a la medianoche.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Muy fácil —replicó el mendigo—. Un instante antes de que saliese, el muecín llamó a la oración de la noche.

Theobald alzó la cabeza y paseó la mirada por la calle de enfrente hasta dar con una mezquita, desde cuyo minarete se tenía una espléndida vista de la fachada de la Casa de la Sabiduría.

Una sonrisa despuntó en la comisura de sus labios. Parecía haber dado con un hilo del cual poder seguir tirando.

Todos los indicios apuntaban a que el verdadero asesino del calígrafo se correspondía con la persona que llevaba aquel singular perfume que el mendigo había señalado. La hora de la muerte estimada por el médico coincidía con el momento en que aquel misterioso individuo había estado en la Casa de la Sabiduría, lo cual le convertía en el sospechoso principal.

Theobald acudió a la mezquita situada al otro lado de la calle para hablar con el muecín, que sin saberlo podía haberse convertido en un testigo clave para la investigación.

Los fieles allí congregados le condujeron hasta el hombre que buscaba, que inicialmente recibió la inesperada visita del monje cristiano con algo de recelo. Antes de abordar el asunto que le había llevado hasta allí, Theobald trabó una conversación con el muecín para crear un clima de cordialidad y ganarse su confianza. Primero se explayó hablando acerca de sí mismo y de su labor como traductor en la Casa de la Sabiduría, y después se interesó por las características del trabajo que aquel llevaba a cabo.

El muecín o almuédano era el funcionario de la mezquita que se encargaba de llamar a la oración cinco veces al día, recitando de viva voz una determinada plegaria desde los elevados minaretes. Esta fórmula para convocar a la oración era única y original de los musulmanes, pues los judíos utilizaban un cuerno de carnero y los cristianos se servían del sonido de las campanas. Los muecines eran elegidos por la idoneidad de su voz, que debía reunir a un tiempo potencia y armonía. Como curiosidad, le contó que el primer muecín escogido por Mahoma fue un esclavo negro, lo que demostraba que desde sus orígenes el islam había aceptado a personas de todas las razas.

Cuando vio que ya se sentía más relajado, Theobald le desveló al fin el motivo de su visita.

—Sí, algo de eso he oído —repuso el muecín—, pero pensaba que ya habían detenido al asesino.

—Verá, tengo el presentimiento de que han condenado a la persona equivocada. Por eso necesito su ayuda.

A continuación, le compartió lo que el mendigo le había dicho sobre la hora en que se marchó el asesino, y le preguntó si recordaba haber visto aquella noche salir a alguien de la Casa de la Sabiduría justo cuando llamaba a la quinta y última oración del día.

El muecín hizo memoria mientras se rascaba la barbilla.

—A esa hora tan tardía la calle suele estar casi desierta... No obstante, sí que recuerdo haber visto a una persona descender por la escalinata de acceso al edificio.

El cambio de expresión en el rostro de Theobald se hizo evidente.

—¿Y podría describírmela? —inquirió con gran expectación.

—No, imposible —replicó el muecín de forma categórica—. Salvo por una antorcha de nafta que hay anclada en la pared de enfrente, la oscuridad envuelve casi toda la avenida. Además, tras bajar las escaleras no se dirigió a la mezquita, sino que enfiló la calle en dirección opuesta, por lo que solo le veía la espalda mientras se alejaba.

—¿No podría darme algún detalle? ¿Cómo vestía? ¿Si era alto o bajo? ¿Hombre o mujer?

—Lo siento, de verdad. Tenga en cuenta que, desde lo alto del minarete, hay mucha distancia hasta el suelo y todas las siluetas humanas se ven mucho más pequeñas.

Decepcionado, Theobald se giró para marcharse. Sin embargo, en el último momento el muecín volvió a intervenir.

—Pese a todo... Ahora que lo pienso... sí, sí que hubo un detalle que me llamó la atención. Su forma de caminar. Se desplazaba muy despacio y ligeramente encogido... como si intentase hacer el menor ruido posible.

—Para evitar que el mendigo de la puerta le escuchase, ¿verdad?

—Pues... No se me había ocurrido hasta ahora, pero ahora que lo dice... tiene mucho sentido.

Theobald le dio las gracias y se marchó con aire pensativo, convencido al menos de haber dado un paso adelante en su recién iniciada investigación.

Al-Mamún se hallaba en su lugar favorito de palacio, una estancia repleta de libros que conformaban su biblioteca privada.

Sentado en una tarima cubierta de cojines y tejidos acolchados, sostenía entre las manos el último volumen que había incorporado a su colección, que se titulaba *Kitab al-Hiyal*¹². Aquella obra, escrita por Ahmad Banu Musa con la ayuda de sus dos hermanos, había sido elaborada por encargo suyo, y en ella se recogían multitud de artefactos mecánicos con su modo de empleo descrito con todo detalle.

El califa pasaba las páginas con una sonrisa en los labios, recreándose en las ricas ilustraciones que acompañaban las pormenorizadas explicaciones de los aparatos. El libro por sí solo ya le había entusiasmado, pero es que además, Banu Musa le había preparado una grata sorpresa para aquella misma tarde. En los jardines de palacio, su ahijado llevaría a cabo una demostración práctica en la que pondría a prueba algunos de aquellos ingeniosos artilugios, y a la que también acudirían los miembros más destacados de la corte.

Al-Mamún disfrutaba en silencio de la lectura del manuscrito, cuando un sirviente irrumpió en la sala para comunicarle que el visir deseaba verle enseguida.

—Está bien, dile que pase —indicó.

Poco después, Uthmán accedía a la biblioteca desplazándose con la espalda muy recta y su característica nariz aguileña apuntando al frente.

—¿Qué te trae por aquí? —preguntó Al-Mamún.

—Hay algo que debe saber.

—¿Y no podías esperar hasta mañana? Dentro de muy poco va a celebrarse una original exhibición en el jardín en la que he de estar presente.

—Yo también asistiré, pero lo que he de decirle es de enorme relevancia —repuso Uthmán—. Quizá haya que ordenar que el acto se retrase unos minutos.

—¿Tan importante es? De acuerdo, lo haré si es necesario. Pero no perdamos el tiempo, suéltalo sin más rodeos.

El visir aspiró una bocanada de aire, la exhaló, y solo entonces desveló el motivo de su visita.

—El jefe del *barid* acaba de proporcionarme cierta información. Al parecer, tiene constancia de que se está fraguando una conspiración para derrocarlo.

—¿Y qué tiene eso de novedoso? Constantemente tenemos que hacer frente a levantamientos armados que surgen en cualquier confín del imperio.

En efecto, la carencia dentro del islam de una jerarquía eclesiástica en el sentido cristiano del término, facilitaba la multiplicación de sectas y movimientos político-religiosos de todo tipo, que hacían su propia interpretación del Corán y se enfrentaban al poder establecido.

En Azerbaiyán, los jurramitas —una mezcla de chiismo y mazdekismo—, constituían un grupo de oposición muy popular entre los montañeses de la zona, que se dedicaba a obstaculizar el avance de los colonos musulmanes y se negaba a reconocer la autoridad del califa. Del mismo modo, la secta guerrera de los cármatas —una rama minoritaria del islam chií— difundía una doctrina que reclamaba la plena igualdad y gozaba de gran popularidad entre los beduinos del

desierto de Siria y el nordeste de Arabia. Y, por poner un ejemplo más, grupos de jariyitas afincados en el Kurdistán se sublevaban con frecuencia, obligando a las autoridades a intervenir para reprimir las revueltas con la máxima contundencia.

—Lo sé, pero este movimiento no se ha gestado en territorios fronterizos, sino en el mismo corazón de Bagdad.

—Bueno, ¿y quiénes están detrás de esa supuesta conspiración?

—Los ulemas más tradicionalistas. La mayoría se ha declarado en rebeldía y se niega a jurar fidelidad a la doctrina mutazilita.

—Eso no me sorprende —replicó Al-Mamún—. Es más, me lo esperaba. Peor para ellos. En fin, que la *shurta* se encargue de arrestar a los insurrectos y que recaiga sobre ellos todo el peso de la ley.

En pie frente al califa, Uthmán contestó sin relajar un ápice su postura corporal.

—Ahí radica el problema. Los ulemas rebeldes se han ocultado y no somos capaces de localizarles. Algunos incluso han huido de Bagdad. Pero lo más preocupante es que el *barid* ha averiguado que se reúnen en secreto y que preparan algún tipo de golpe contra el califato. Por tanto, deberíamos tomarnos muy en serio la amenaza. La autoridad moral de los ulemas y la influencia que ejercen sobre la población son incuestionables.

En ese momento, Al-Mamún recordó la advertencia que Wasif le había hecho en la casa de baños, y no le quedó más remedio que admitir que su viejo tutor había adivinado lo que pasaría con bastante exactitud.

—Ya he tomado medidas para que la población no olvide que la dinastía abasí ejerce el liderazgo legítimo sobre toda la comunidad musulmana. Lo que de verdad me inquieta son las acciones específicas que los ulemas puedan estar tramando para perjudicarme. ¿Sabemos qué se traen entre manos?

—Desconocemos los detalles, pero el jefe del *barid* seguirá investigando. Aun así, será difícil sacar algo en claro. Hay un hermetismo absoluto alrededor de este asunto.

—Está bien, te agradezco que me hayas puesto al corriente... Por cierto —añadió Al-Mamún—, sé que mi visión mutazilita del islam nunca ha sido de tu agrado...

Uthmán no esquivó la penetrante mirada del califa y contestó con su aplomo habitual.

—No voy a negar lo evidente. En todo caso, la he acatado como corresponde a alguien de mi cargo, con la esperanza de que mi gesto sirva de ejemplo a cadíes y funcionarios.

A la respuesta del visir árabe le siguió un largo silencio, hasta que una tercera persona entró en la estancia y solicitó permiso para hablar. Se trataba de Suleimán, el chambelán de palacio.

—Señor, ya está todo dispuesto para la exhibición que Banu Musa ha preparado. Todos los invitados aguardan en el jardín.

—Adelante pues —resolvió Al-Mamún poniéndose en pie—. Veamos con qué nos sorprende mi querido ahijado.

Al-Mamún salió de la biblioteca, seguido por Uthmán. El chambelán encabezaba la marcha a través de estancias y galerías construidas con ladrillos cocidos y cubiertas de estuco, pinturas al fresco y ostentosos tapices bordados en oro. El califa y el visir caminaban tras él a muy escasa distancia, desplazándose con paso decidido.

—Siguiendo sus instrucciones —terció el chambelán mientras recorrían los largos pasillos—, me he pasado buena parte de la mañana atendiendo los requerimientos de Banu Musa, para que

la exhibición discurra tal y como la ha concebido.

—¿Y habéis tenido algún problema?

—Nada que no hayamos podido resolver. Banu Musa ha montado e instalado él mismo sus complejos artefactos, y llevamos un rato ensayando para asegurarnos de que todos funcionaban debidamente. Y he de decir que el resultado me ha impresionado mucho más de lo que me imaginaba.

Al salir al exterior, la piel negra del chambelán nubio brilló al contacto con el sol y una fina capa de sudor le brotó de la frente. Suleimán guio a sus señores a través de los jardines de palacio, entre olivos, almendros y senderos salpicados de surtidores de mármol, hasta que llegaron a su destino: un patio presidido por una fuente de piedra y ornamentado con parterres festoneados de lirios y rosas.

Al menos un centenar de cortesanos se hallaban presentes, dispuestos en semicírculo en torno al patio de suelo marmoleño. El califa, que vestía una rica túnica brocada con hilos de plata y lucía su barba y bigote perfectamente recortados, saludó a la concurrencia alzando una mano. Inmediatamente, Banu Musa acudió a recibirle con una gran sonrisa que no lograba ocultar los nervios que le atenazaban.

—¡Qué honor me hace aceptando venir a esta humilde presentación! —exclamó el joven científico y erudito.

—¡No me lo perdería por nada del mundo! —replicó Al-Mamún—. Acabo de hojear el libro. Me parece una auténtica obra de arte.

—Fue un placer escribirlo.

—Bien, bien. Pero no hagamos esperar más a la audiencia y veamos tus sofisticadas creaciones en funcionamiento.

Todo el mundo estaba de pie, salvo el califa, para quien se había dispuesto una lujosa silla que hacía las veces de trono provisorio. Al-Mamún ocupó su lugar, mientras el chambelán daba las últimas directrices para que el público se situase en los lugares asignados para ello y guardase silencio.

Entre los asistentes, como no podía ser de otra manera, se hallaba parte de la familia del califa. En particular, destacaba la presencia de su hijo Abbas y de su hermano Al-Mutasim, que en ese momento se intercambiaban algunas confidencias en voz baja.

—Me siento orgulloso de que por fin vayas a comandar una expedición militar contra nuestros eternos enemigos —dijo Al-Mutasim—. Y espero que tú también hayas recibido el encargo de tu padre con la dicha que se merece.

—Por supuesto, tío —repuso el príncipe Abbas con gesto orgulloso—. Estoy deseando hacer la guerra santa y ampliar de paso las fronteras de nuestro imperio.

Al-Mutasim pasó su vigoroso brazo por encima de los hombros de su sobrino y lo atrajo un poco más hacia sí, para hablarle casi al oído. El príncipe Abbas era un joven apuesto, tocado con un turbante de seda gruesa apresuradamente enrollado, de cuyos lados sobresalían largos mechones de pelo.

—Así me gusta. No sabes cuánto me complace oírte decir eso. ¿Y cómo verías que tu viejo tío se sumase a la campaña, eh? Todavía me sobran fuerzas y energías como para acabar personalmente con unos cuantos infieles. Estoy seguro de que mi experiencia al mando de un ejército te serviría de gran ayuda.

—¿Te refieres a ir cada uno con su propio ejército?

—¡Claro! Así podríamos planificar un ataque a dos bandas. Tú dirigirías a tu ejército desde Tarso, en las llanuras al sur de los montes Taurus, y yo haría lo propio con el mío desde Hadath, algo más al este. ¿Te imaginas lo que podríamos lograr juntos?

—¡Me parece una idea excelente! Por supuesto, debo consultarlo antes con mi padre, pero no creo que ponga inconvenientes.

—¡Esa es la actitud! —exclamó Al-Mutasim—. Ya estoy deseando que llegue el momento de ponernos en marcha.

Entretanto, Banu Musa se había situado delante de la fuente y había iniciado un breve discurso introductorio acerca de la exhibición que había preparado. Aunque tímido por naturaleza, tenía bastante experiencia hablando en público, gracias a las numerosas clases magistrales que había impartido en la Casa de la Sabiduría. Con todo, no era lo mismo hablar frente a un grupo de estudiantes que frente a una audiencia tan selecta.

Banu Musa paseó la mirada entre los asistentes al acto y fue reconociendo una a una las caras de los personajes más reputados de la corte abasí: el todopoderoso califa, a quien tanto debía por haberle acogido a él y a sus otros dos hermanos cuando quedaron huérfanos; el príncipe Abbas, con quien había compartido juegos durante su adolescencia; Al-Mutasim, con quien nunca había tenido demasiado trato porque sus intereses habían estado siempre muy alejados de la ciencia; el visir, al que apenas conocía, pero cuyo habitual semblante hierático y su oscura mirada le producían escalofríos; el chambelán, que según decían estaba al tanto de todos los entresijos de palacio; y también Abu Haidar, el reconocido poeta al que tantas veces había escuchado recitar sus hermosos versos.

Con todo, ninguna de aquellas personas le imponía tanto como Amina... el amor de su vida, y el verdadero motivo por el que había organizado aquella exhibición. Bueno, en realidad la idea había sido de Theobald, quien le convenció de que no encontraría mejor forma de impresionar a la joven abasí.

Tras la breve introducción, Banu Musa comenzó a mostrar cada uno de los aparatos que había preparado, colocados cuidadosamente sobre una serie de pedestales, cuyo principal valor radicaba en que funcionaban por sí solos sin nadie que los manipulase.

Al principio, los asistentes enmudecieron de asombro, para acto seguido dejar escapar exclamaciones ahogadas que poco a poco fueron en aumento. De no ser porque la ciencia y la ingeniería estaban detrás de lo que estaban viendo, muchos habrían creído que se trataba de cosa de brujería.

Había juguetes móviles, lámparas que se encendían y apagaban solas, vasijas que se reabastecían, e incluso instrumentos musicales que tocaban sin que nadie los tocara. Para lograr todas aquellas proezas, Banu Musa había empleado innovadoras técnicas de ingeniería que aprovechaban la fuerza de la gravedad o la flotación, y se había valido de diferentes tipos de válvulas y dispositivos que operaban por presión del agua, o que recurrían a sistemas de equilibrio y mecanismos de temporización.

Cuando llegó el momento de hacer la demostración de uno de sus artefactos más asombrosos, Banu Musa solicitó la participación de alguien del público. Varios candidatos se ofrecieron voluntarios, pero no eligió a ninguno de ellos. Con todo el valor que fue capaz de reunir, dirigió sus pasos hacia donde estaba Amina y, con un gesto teatral, le tendió la mano para sacarla a la

palestra. Toda aquella puesta en escena, evidentemente, formaba parte del plan para impresionarla que había preparado.

Los ojos almendrados de Amina brillaron como esmeraldas, señal de que aceptaba encantada la invitación de colaborar en el espectáculo.

Banu Musa la condujo de la mano hasta el centro del patio. Aquel leve contacto físico entre ambos les produjo un cálido escalofrío que les hizo estremecerse. Como si no hubiese nadie más con ellos, Banu Musa y Amina flirtearon con la mirada y se intercambiaron sonrisas cargadas de complicidad, envueltos por el arrullo de la fuente y el gorjeo de los pájaros. Luego, siguiendo las indicaciones del joven, ella colocó una taza vacía debajo de un extraño aparato que poseía un brazo mecánico. Acto seguido, el autómatas cobró vida y, tras expulsar una pequeña nube de vapor por la parte de arriba, asió la taza y sirvió un té recién hecho.

Tras los aplausos, Amina regresó a su sitio con una sonrisa esculpida en los labios, mientras Banu Musa preparaba el ingenio que había dejado en último lugar para cerrar la exhibición. El público asistía al acto embelesado, tanto o más que el califa, que parecía especialmente complacido a juzgar por la radiante expresión de su rostro.

Como colofón, Banu Musa se situó junto a la fuente que había en el centro del patio y activó un complejo mecanismo que había instalado con anterioridad. De repente, un gran chorro de agua salió disparado en vertical, para adoptar a continuación la apariencia de un lirio que se repartía en todas direcciones. La secuencia de diferentes patrones de rociado se repitió varias veces seguidas, hasta que el califa se puso en pie y comenzó a aplaudir con entusiasmo, comportamiento que fue imitado en el acto por el resto de los presentes.

—¡Bravo! —exclamó Al-Mamún acercándose a Banu Musa para felicitarle—. Estoy deseando leer tu libro para entender cómo funcionan por dentro todos estos ingeniosos artilugios.

—Gracias, de verdad. Pero en realidad nada de todo esto habría sido posible sin su generoso patrocinio.

—Y no solo eso. También voy a ordenar que todas las fuentes de palacio cuenten con este recurrente avance técnico que tanta belleza ofrece a nuestros sentidos.

Otros cortesanos se sumaron a las felicitaciones del califa, provocando que Banu Musa se convirtiese aquel día en el protagonista de la corte. El príncipe Abbas le dedicó unas palabras de elogio, que muchos otros repitieron con similar entusiasmo. Abu Haidar incluso afirmó que la portentosa exhibición le había inspirado de tal manera, que compondría unos versos de inmediato a modo de homenaje.

Al cabo de un rato, cuando la mayoría de los asistentes ya habían emprendido el camino de regreso al palacio, fue Amina la que pasó por delante de Banu Musa desplazándose con deliberada lentitud. La muchacha posó sus ojos en los del joven erudito, cuyo corazón comenzó a latir a toda velocidad. Aunque Amina llevaba el velo propio de las mujeres musulmanas, Banu Musa conocía bien su rostro, pues había tenido ocasión de admirarlo en el pasado, en el transcurso de otras reuniones de carácter mucho más familiar. Durante los escasos segundos que duró aquel enigmático intercambio de miradas, ninguno de los dos pronunció una sola palabra. Sin embargo, Amina hizo algo aún mucho más atrevido. Se retiró con una mano el velo de la cara y le dedicó su mejor sonrisa, para agradecerle el regalo de aquella tarde. A la joven muchacha no se le había escapado que ella había sido la verdadera destinataria de aquella original exhibición organizada para, supuestamente, complacer al califa.

Banu Musa sintió que se sonrojaba y, asaltado por una inusitada combinación de confusión y deseo, se quedó allí paralizado mientras Amina se mezclaba entre los últimos rezagados y se perdía en el jardín. Luego se recompuso y se permitió dar un largo suspiro de alivio, pues todo había salido según lo planeado.

Mientras tanto, Al-Mamún entraba de nuevo en el palacio seguido por su habitual cohorte de sirvientes, momento en que fue abordado de nuevo por Uthmán cuando atravesaba el vestíbulo.

—Señor, hay algo que debo comunicarle.

—Sí, ya me he dado cuenta de que te ausentabas repentinamente del acto, después de que un funcionario te murmurase algo al oído.

—Así es —repuso el visir—. Me acaban de informar de una noticia importante.

—¿Qué ocurre?

—Se trata de Kumarag, el gobernador de Jorasán.

Solo de escuchar aquel nombre, Al-Mamún se puso de mal humor. Durante los últimos tiempos, todas las decisiones de Kumarag habían estado encaminadas a incrementar la independencia de la provincia de Jorasán, que ya actuaba casi como si fuese un estado independiente.

—¿Qué ha hecho ahora ese maldito engreído?

—Al parecer, se atrevió a omitir su nombre durante la última oración de los viernes... Y no lo hizo por descuido. No cabe la menor duda de que con ese gesto ha querido restarle autoridad como máximo representante de la comunidad musulmana.

—¡Esto ya es la gota que colma el vaso!

—Hay que hacer algo antes de que sea demasiado tarde. De lo contrario, Kumarag acabará separándose del califato y proclamando la completa autonomía de su provincia...

En muy poco tiempo, Theobald había logrado integrarse en Bagdad con total normalidad y sin apenas esfuerzo.

El monje benedictino continuaba profesando activamente la fe cristiana que había marcado su vida desde la infancia, sin perder un ápice de fervor pese a hallarse en tierras musulmanas. Para ello, acudía casi a diario a la iglesia de *Dayr al-Rum*, en cuyo espacio sagrado se postraba y rezaba rodeado de hermosas tallas, hasta que sentía que su alma volvía a imbuirse de recogimiento y serenidad.

El clérigo al frente de dicha iglesia, llamado Teófilo, le procuraba a Theobald un trato excesivamente frío, que este achacaba a la vieja rivalidad existente entre la fe católica y la nestoriana. Pero es que la relación se deterioró aún más cuando Theobald se negó a realizar una contribución económica para restaurar la iglesia, cosa que según afirmaba Teófilo hacía mucha falta. El monje benedictino se disculpó sinceramente y le explicó que, pese a trabajar en la Casa de la Sabiduría, no estaba en posición de realizar el menor dispendio hasta haber saldado una antigua deuda, para lo cual estaba ahorrando la mayor parte del dinero que ganaba. Teófilo, por desgracia, lejos de mostrarse comprensivo, se lo tomó como una ofensa, y a partir de ese momento le dispensó un trato más distante aún, dedicándole constantes miradas de reproche y desconfianza.

No obstante, durante su última visita ocurrió algo muy extraño. Pertrechado con una sonrisa forzada, Teófilo abordó a Theobald y comenzó a hacerle un sinfín de preguntas acerca de su pasado en Inglaterra y de su viaje a Bagdad.

—¿Pero no recuerdas que ya te hablé de todo eso al poco de mi llegada?

—Sí, ya lo sé, pero... la memoria a veces me falla y algunos detalles ya los he olvidado.

Theobald se avino a contestar a todo, aunque se quedó bastante escamado por la súbita amabilidad del clérigo nestoriano.

—Bueno, he de irme, tengo cosas que hacer —dijo queriendo poner fin a la conversación.

—Vuelve cuando quieras. Encontrarás siempre abiertas de par en par las puertas de esta iglesia, un oasis cristiano en mitad del desierto del Profeta.

Teófilo alzó la mano a modo de despedida y esgrimió una sonrisa que, tan pronto como Theobald se perdió en la distancia, se transformó en un rictus malévolo. Solo entonces, sin que hubiese nadie cerca para escucharle, se atrevió a murmurar:

—A mí ya no me engañas. Sé lo que hiciste y ya no me creo esa imagen de monje ejemplar que has pretendido proyectar desde tu llegada...

En la esfera de lo profesional, Theobald recibía felicitaciones constantes por la excelente calidad de sus traducciones, especialmente del griego al siríaco, sin desmerecer tampoco sus transcripciones al árabe. Los textos que pasaban por sus manos apenas precisaban de correcciones, ni a nivel lingüístico ni tampoco científico, y tan pronto como Hunayn se dio cuenta de su valía, le asignó a otro grupo de trabajo que se ocupaba de traducir obras de mayor complejidad.

Al mismo tiempo, su amistad con Banu Musa se había consolidado y entre ambos se había creado un estrecho vínculo que se extendía mucho más allá de lo profesional. En el observatorio pasaban infinidad de horas juntos, y mientras contemplaban el cielo nocturno tomando nota de la posición de los planetas y las estrellas, mantenían largas charlas acerca de las vidas que habían tenido y los sueños que aún les quedaban por cumplir.

En aquellos días, Banu Musa se sentía especialmente excitado, después de que Amina hubiese dado por fin muestras de estar interesada en él.

—¡Tenías razón! ¡La exhibición de los ingenios mecánicos que me propusiste sirvió para que Amina se fijase en mí!

—Bueno, tú tienes multitud de talentos. Lo único que hacía falta era sacarlos a relucir.

—El problema ahora es que no tengo muy claro cuál debería ser mi siguiente paso —rezongó Banu Musa.

—¿Y por qué no vas a verla sin más?

—No, no... Demasiado directo. Ni siquiera sabría qué decirle. Además, solo de pensarlo ya me pongo nervioso...

—Escríbele una carta entonces. Plasmar lo que sientes por ella en un papel seguro que te resulta mucho más sencillo.

Banu Musa lo pensó unos instantes y repuso:

—¡Buena idea! Eso es lo que haré.

En otro orden de cosas, Theobald no había conseguido ningún avance significativo en la investigación que en sus ratos libres estaba llevando a cabo sobre el asesinato del calígrafo. Sus pesquisas iniciales habían dado sus frutos, pero desde entonces no había averiguado nada nuevo. En todo caso, mientras quedase tiempo antes de la ejecución de Al-Mursi no dejaría de intentarlo.

Fadhila, que ya estaba al corriente de sus progresos, valoraba muy positivamente lo que Theobald había descubierto hasta la fecha. Para ella, el individuo que el muecín había visto salir de la Casa de la Sabiduría aquella noche, y que según el mendigo había dejado tras de sí el rastro de un exquisito perfume, se había convertido en el principal sospechoso. De lo contrario, ¿qué hacía en el lugar del crimen justo a la hora de la muerte de la víctima?

El muecín había destacado que el individuo se desplazaba muy despacio, y Fadhila estaba de acuerdo con Theobald en que había pretendido silenciar sus pisadas, para evitar que el mendigo de la escalinata advirtiese su entrada y salida del edificio. Por desgracia para él, no había contado con el fino olfato del ciego. Además, Fadhila le había asegurado a Theobald que su padre no había usado perfume de ámbar gris en toda su vida. Y, por si quedase alguna duda, también había registrado sus aposentos y cada rincón de la casa, sin hallar rastro alguno de dicho perfume. Aquel dato hablaba una vez más en favor de la inocencia de Al-Mursi, acerca de la cual Theobald ya no albergaba ninguna duda.

Aquella tarde, Theobald salió antes de lo acostumbrado porque Fadhila le había pedido que se reuniera con ella para contarle lo último que había descubierto acerca del crimen.

Una esclava entrada en años, dotada de unos pechos tan grandes que ni siquiera su holgada túnica lograba disimular, abrió la puerta y le invitó a pasar con un gesto de la mano. Theobald la conocía bien, porque aquella mujer se había ocupado de él durante su convalecencia cuando Fadhila no había podido hacerlo.

—Buenas tardes, me alegra ver que sigues aquí —la saludó sonriente.

Theobald estaba enterado de que la condena a muerte de Al-Mursi había generado inquietud entre la servidumbre, que había temido por su futuro inmediato. Con todo, finalmente no se había producido ningún cambio. Fadhila había decidido mantener a todos sus sirvientes, a quienes conocía desde que era una niña, y que ahora se habían convertido en su familia más cercana.

—La señora la espera en el salón principal —repuso la sirvienta devolviéndole una tímida sonrisa. Aquel monje cristiano siempre le había agradado, pues en todo momento se había mostrado amable y considerado con ella durante el tiempo que se había alojado allí.

Fadhila recibió a Theobald en el centro de la estancia, haciendo gala de una admirable entereza. Al principio no había encajado nada bien el encarcelamiento de su padre y había llorado hasta quedarse sin lágrimas. No obstante, después había recobrado la esperanza y se había aferrado con todas sus fuerzas a la pequeña posibilidad que aún le quedaba de salvarlo. Desde entonces, la tierna sonrisa que tanto la caracterizaba había regresado a su cara y el color había vuelto a sus rollizas mejillas.

—¿Cómo estás? —inquirió Theobald.

—Bien... aunque se me hace difícil vivir sola en una casa tan grande. La ausencia de mi padre se nota demasiado.

—¿Y cómo está Al-Mursi?

Fadhila bajó la mirada.

—Mal. No voy a engañarte. Se siente víctima de una gran injusticia y todavía se resiste a creer lo que le ha pasado. De cualquier manera, te agradece mucho lo que estás haciendo por él.

Theobald había intentado visitarlo en la cárcel. Sin embargo, el orgulloso comerciante no quería que nadie más que su hija lo viese en las penosas condiciones en las que se encontraba.

Uno y otro tomaron asiento y abordaron sin perder tiempo el asunto que les ocupaba.

—Ayer hablé con mi suegro —explicó Fadhila—. Siempre me dispensó un trato correcto mientras fuimos familia. Además, sé que no vio con buenos ojos que su hijo me repudiara.

—¿Y qué piensa de lo ocurrido?

—La pérdida de su hijo ha supuesto un gran golpe para él, lógicamente, pero conforme pasan los días, menos le encaja que mi padre haya sido capaz de cometer un crimen tan deleznable. Desde el principio ambos mantuvieron una relación cordial.

—Comprendo.

—Le pregunté si sabía de alguien que pretendiera hacerle daño a su hijo, o si tenía algún enemigo que yo desconocía. —Fadhila hizo una breve pausa para coger aire—. Al principio me dijo que no. Sin embargo, luego acudió a su mente un incidente que ya tenía olvidado. Hace unos meses, un erudito de la Casa de la Sabiduría le pidió que copiase para él un determinado manuscrito. Como sabes, Khalid estaba considerado como uno de los mejores calígrafos, si no el mejor.

—¿Quién hizo aquel encargo?

—Al-Jahiz.

Theobald lo conocía bien. Un erudito de ojos saltones, gran defensor de la doctrina mutazilita, que estaba trabajando en un libro acerca de la evolución de los animales.

—Pues bien —prosiguió Fadhila—. Al parecer, Al-Jahiz no acabó satisfecho con el resultado. Por aquellas fechas mi marido tenía mucho trabajo acumulado, y tal vez la calidad estuviese por

debajo de su nivel habitual. Por lo visto, se enzarzaron en una discusión que poco a poco fue subiendo de tono, hasta que en un momento determinado mi marido amenazó a Al-Jahiz con acusarle públicamente de *zindīq*¹³.

—¿En base a qué?

—Bueno, todo el mundo sabe que Al-Jahiz se enfrasca tanto en su tarea, que a veces no acude la oración de los viernes, pero de ahí a denunciarle por hereje hay un trecho muy largo. Solo lo dijo arrastrado por el acaloramiento.

—¿Crees entonces que Al-Jahiz pudo haberle matado para que no le denunciase?

Fadhila se encogió de hombros.

—¿Y tú?

—No parece muy probable —juzgó Theobald después de meditarlo un instante—. ¿Por qué matarlo ahora después de tanto meses? Además, no creo que Al-Jahiz se tomase muy en serio aquella amenaza.

—Puede, pero nunca se sabe. Quizás volvieron a tener otro enfrentamiento en fechas más recientes del que no estamos al tanto. De cualquier modo, cualquier detalle, por insignificante que sea, podría servirnos más adelante.

—Tienes razón. Trataré de averiguar algo sobre Al-Jahiz.

Fadhila se puso en pie y se dirigió hacia la puerta.

—Vuelvo enseguida. También hay una cosa que quiero enseñarte.

Mientras esperaba, la esclava que le había recibido entró en la estancia y depositó un cuenco de pasas negras junto al invitado. Theobald le dio las gracias mientras la mujer se marchaba en silencio, tras dedicarle una mirada tan fugaz como intrigante.

Al poco, Fadhila regresó con un diminuto frasco de vidrio que sujetaba con gran cuidado.

—Esta mañana fui a ver a un perfumista y me hice con una pequeña muestra de esencia de ámbar gris. Es extraordinariamente caro, más incluso de lo que pensaba.

El ámbar gris era una sustancia que secretaban los cachalotes en cantidades muy moderadas, y que solía hallarse flotando en el mar, o en la arena de la costa arrastrada por el oleaje. En determinados casos se utilizaba con fines medicinales, pero sobre todo se empleaba para la elaboración de los perfumes más exquisitos. Su escasez, unida a su alta demanda, explicaban su precio tan elevado.

—¿Puedo oler el perfume?

—Para eso lo he traído. Los dos debemos saber reconocerlo.

Theobald se dejó envolver por aquella fragancia, en la que se mezclaban matices terrosos y marinos.

—Es dulce —dijo—. Y, en cierto modo, me recuerda al olor de los libros viejos. ¿Qué tipo de clientela lo suele usar?

—Gente pudiente, sobre todo miembros de la corte del califa. Hombres y mujeres por igual. También se utiliza para perfumar algunas estancias.

Fadhila cerró el frasco y lo dejó sobre una bandeja. Los músculos del rostro y del cuello se le contrajeron, y su mirada se transformó hasta adquirir un matiz afilado.

—¿Qué ocurre? —inquirió el monje tras advertir su repentino cambio de expresión.

—Hay algo más que aún no te he contado —repuso.

—Adelante. ¿De qué se trata?

Fadhila dejó escapar un largo suspiro antes de iniciar su discurso.

—Ayer recibí una carta de Istifán, el socio de mi padre. En cuanto se ha enterado de lo ocurrido, se ha apresurado a escribirme sin perder un segundo. Dice que regresará a Bagdad tan pronto como pueda y que tomará las riendas del negocio. A mí me abonará todos los meses una parte de los beneficios. De ese modo, dice, yo no tendré nada de lo que preocuparme. —La voz de Fadhila se quebró ligeramente a partir de ese punto—. Hablaba de mi padre como si ya estuviese muerto. ¿Te das cuenta? Pero nosotros aún podemos impedir su ejecución, ¿verdad?

—Por supuesto —replicó el monje con toda la convicción que pudo reunir.

—Me duele porque en toda la carta no daba la menor muestra de pesar. ¡Y eran socios desde hacía más de veinte años!

A Theobald no le sorprendió. El comerciante zoroastriano le había parecido un hombre más bien distante, muy poco dado a expresar sus sentimientos.

—Pero no pienso aceptar su propuesta —prosiguió explicando Fadhila—. Mientras mi padre siga con vida, yo misma me ocuparé de dirigir su parte del negocio. Antes de casarme ya lo hice durante un tiempo. Estoy perfectamente capacitada. De hecho, antes de recibir la carta ya había comenzado a repasar la contabilidad de los últimos años. Fue entonces cuando descubrí algo que no me esperaba...

—¿El qué? —preguntó el monje intrigado.

Fadhila endureció el tono de su voz.

—Istifán lleva engañando a mi padre desde hace más de un año. La mercancía que sale de los talleres no coincide con las cantidades que luego afirma haber vendido en sus caravanas. He comprobado los registros y he visitado personalmente las fábricas de papel que mi padre tiene en Bagdad, y las cuentas no cuadran. Lo que no entiendo es cómo mi padre no se dio cuenta de la estafa.

—Puede que sí lo hiciera.

—¿A qué te refieres?

—Un día les sorprendí en mitad de una fuerte discusión. No llegué a entender lo que decían, pero me dio la impresión de que tu padre le acusaba de algo.

Fadhila agitó la cabeza y miró a Theobald con los ojos muy abiertos. Parte del hiyab se le deslizó hasta los hombros sin que se diese cuenta.

—¡Eso convierte a Istifán en nuestro principal sospechoso! —exclamó—. Mi padre podría haberle denunciado por fraude en cualquier momento. Y si un cadí le hubiese declarado culpable, podía haber acabado perdiéndolo todo.

—¿Crees que Istifán asesinó a Khalid con el fin de incriminar a tu padre y evitar así que este le denunciase por estafa? ¿No habría sido mucho más lógico haberlo matado directamente a él?

—Habría resultado demasiado obvio. Sin duda, las autoridades le habrían considerado como el principal sospechoso.

Theobald encontraba aquella hipótesis demasiado retorcida, pero no se atrevía a descartarla por completo.

—Sin embargo, por aquellas fechas Istifán no estaba en Bagdad —objetó—. Y tanto si hubiese cometido el crimen él mismo, como si se lo hubiese encargado a un tercero, tendría que haberse quedado en la ciudad para haberlo organizado. De otro modo, no habría podido saber

que tu marido te repudió, ni tampoco que Al-Mursi se enfrentó a él en la Casa de la Sabiduría, delante de decenas de testigos.

—Sí, pero... ¿quién nos asegura que Istifán realmente se fue, como dijo? —rebatía ansiosa—. ¿Y si en realidad permaneció todo el tiempo en Bagdad, escondido en algún sitio?

De haber sido así, Theobald no podía negar que el planteamiento de Fadhila tenía cierto sentido. Con todo, todavía era demasiado pronto como para sacar conclusiones.

—Istifán tenía un buen motivo para querer quitarse de en medio a tu padre, en eso estamos de acuerdo. Sin embargo, a día de hoy no hay nada que le conecte con el asesinato de tu marido.

—Pues sigamos investigando. Y no solo a él, tampoco te olvides de Al-Jahiz, por favor.

La conversación no se prolongó durante mucho más tiempo. Theobald se despidió afectuosamente de Fadhila y prometió seguir ayudándola. A continuación, la esclava de busto generoso acompañó al monje hasta la puerta con su diligencia acostumbrada.

—Señor —le dijo cuando ya estaba a punto de salir a la calle—. Si me permite el atrevimiento, me gustaría compartir algo con usted.

Theobald se giró sorprendido. Rara vez un esclavo le dirigía la palabra a un invitado de forma tan abierta. Si la sirvienta se atrevía a ello, era porque veía en él a alguien en quien podía confiar.

—Por supuesto. ¿De qué se trata?

—Es sobre el asunto del que usted y la señora han estado hablando. —Se apresuró a aclararse la garganta, algo apurada—. Lo siento, no he podido evitar escucharles.

—No te preocupes, no es ningún secreto. Fadhila está intentado demostrar que su padre no es culpable del crimen por el que le han condenado. Y yo la estoy ayudando.

—Sí, de eso se trata. Precisamente yo sé algo importante que a la señora no le gustaría escuchar, por eso se lo cuento a usted... Y que conste que no tengo nada en contra del señor Al-Mursi. ¡Al contrario! Mi único interés es que se sepa la verdad.

—Habla, por favor.

—Pues verá, la noche de los hechos, el señor rezó durante un rato y después se retiró a sus aposentos.

—Eso ya lo sabemos. Al-Mursi lo ha repetido hasta la saciedad.

—Sí, pero después lo vi salir otra vez. Primero de su habitación, y luego de la casa...

La expresión de Theobald se congeló en una mueca de sobresalto.

—¿Cómo? ¿Estás segura de eso?

—Completamente. Y no solo eso, sé además que no regresó hasta muy tarde.

Si aquello era cierto, Al-Mursi les había mentado a todos de forma flagrante.

—Yo no digo que el señor Al-Mursi matase a su yerno, ni siquiera le creo capaz de matar a una mosca. Pero que pasó varias horas fuera de casa aquella noche, eso puedo asegurárselo porque fui testigo con mis propios ojos.

Theobald resopló como si le hubiese caído encima un peso insoportable. La investigación acababa de complicarse hasta límites insospechados. Después de oír aquello, ya no se atrevía a poner la mano en el fuego por nada ni por nadie.

Ahmad ibn Hanbal se sentó en el suelo de la cueva y aguardó pacientemente a que el resto de los ulemas acudiesen a la cita.

Hasta el momento, aquellas reuniones clandestinas habían tenido lugar en modestas mezquitas, cuyos imanes se alineaban con la posición tradicionalista que Hanbal defendía. No obstante, la situación se había tornado mucho más peligrosa desde que Al-Mamún decretase que ulemas, cadíes y funcionarios debían jurar fidelidad a la doctrina mutazilita de corte racionalista, que previamente había impuesto como religión oficial del estado.

Por prudencia —o quizá sería más acertado decir que por miedo—, la mayoría de los afectados decidieron aceptar la ideología impuesta por el califa para librarse de las sanciones previstas, que incluían el presidio y la tortura. Los pocos que se negaron sufrieron las consecuencias de su rebeldía y, como era de prever, fueron encerrados en prisión, convirtiéndose así en los primeros mártires de la causa tradicionalista. También los hubo que juraron aceptar la doctrina mutazilita, pero solo en apariencia, ya que lo hacían acogiéndose a una figura islámica denominada *taqiyya*¹⁴, en virtud de la cual un musulmán podía fingir acatar una doctrina distinta de la suya cuando su vida estaba en peligro.

En su caso, Hanbal se negó tajantemente a jurar fidelidad al mutazilismo, pero tampoco recurrió a la *taqiyya* porque él mismo lo habría considerado como un acto de hipocresía, tratándose del hombre que lideraba la oposición religiosa a los dictados del califa. En lugar de eso, decidió huir de Bagdad y esconderse en el desierto junto a otros adeptos a su causa. En circunstancias normales, no le habría importado que le hubiesen encarcelado por defender sus postulados —cosa que podría haber originado incluso un levantamiento masivo debido a la gran popularidad de que gozaba entre la plebe—. Sin embargo, él estaba al frente de un ambicioso plan que había puesto en marcha hacía ya unas cuantas semanas, y que se vendría abajo de inmediato si acabase con sus huesos en la cárcel.

—Bienvenidos —dijo cuando por fin llegaron los ulemas que esperaba.

—Que Alá te proteja y te bendiga —le contestaron estos con una reverencia.

La cueva rezumaba humedad y desprendía un olor a moho y a piedra mojada. Una antorcha iluminaba la estancia, cuya llama chisporroteaba y confería a la piel de los presentes un tono rojizo y antinatural. La caverna se abría en la falda de un monte bajo, situado a centenares de kilómetros del núcleo habitado más cercano. Aquel escondrijo apartado y recóndito garantizaba la seguridad de los ulemas que se habían desplazado hasta allí.

—¿Alguien sabe cómo está la situación en Bagdad? —preguntó Hanbal—. No he recibido noticias desde hace una semana.

Al principio ninguno de ellos contestó aunque, por sus expresiones, se notaba que cundía cierto pesimismo.

—La situación es muy delicada —explicó uno de ellos al fin—. La reacción de Al-Mamún contra los que han rechazado su doctrina ha sido mucho más contundente de lo esperado. A los cadíes y funcionarios que se han negado a jurar los dogmas racionalistas se les ha destituido de sus cargos, y los ulemas que no han huido como nosotros han acabado entre rejas.

—Ante semejante panorama —apuntó un tercero—, temo que el islam tradicional acabe siendo desplazado para siempre.

—No os precipitéis en vuestras conclusiones —pidió Hanbal—. Si analizáis la situación con más calma, os daréis cuenta de que las cosas no están tan mal como parecen. La respuesta represiva del califa habrá generado un clima de agitación entre los fieles. ¿Acaso me equivoco?

—No, en eso tienes razón.

—Exacto. Y esa inestabilidad nos conviene.

Las voces de los ulemas reverberaban en las paredes de la cueva y adoptaban un tono siniestro.

—Aun así, no creo que la situación de inestabilidad dure mucho tiempo —objetó un ulema—. Al-Mamún también ha tomado medidas encaminadas a lavar su imagen y presentarse ante el pueblo como un musulmán piadoso y comprometido. Se dice que pronto enviará a su hijo en campaña contra los bizantinos para hacer la yihad, y que él mismo emprenderá próximamente un viaje de peregrinación a La Meca.

—Y no solo eso —añadió otro de los presentes—. Lleva semanas repartiendo alimentos entre los ciudadanos más pobres para mantenerlos satisfechos.

—Nuestro rival es muy hábil, de eso no cabe duda —admitió Hanbal—. Pero cuando se juega con las creencias de la gente siempre se corren riesgos. Y os aseguro que lo acabará pagando caro.

—¿Y cómo vamos a lograrlo?

—Creo que ha llegado la hora de que os haga partícipes de mi plan. —La penetrante mirada del líder tradicionalista se posó unos instantes en cada uno de sus colegas—. ¿Recordáis el escándalo que tuvo lugar en la corte hará unos diez años, cuando una concubina embarazada del califa huyó del palacio y desapareció sin dejar rastro? —Los ulemas asintieron en silencio—. Pues la hemos encontrado. A ella y al niño.

Entonces, Hanbal les narró cómo justo después de que uno de sus seguidores le informase de que Subaya viajaba en una caravana que se dirigía hacia Bagdad, ordenó el inmediato secuestro de su hijo.

—¿Quieres decir que ahora mismo tienes cautivo al hijo de Al-Mamún?

—Exacto. Y ese niño constituye la pieza clave en torno al que gira todo mi plan. —Hanbal se atusó su característica barba de chivo con un gesto mecánico—. El crío se llama Yabir, aunque ya le daré un nombre más apropiado cuando llegue el momento. Pues bien, como sabéis, los califas abasíes descienden por línea masculina de la familia del Profeta, mientras que por línea femenina eligieron siempre sus mujeres entre las favoritas del harén, habitualmente procedentes de la aristocracia sasánida. La propia madre de Al-Mamún, sin ir más lejos, era la hija de un noble persa de la provincia de Jorasán. Pero el caso de Yabir es diferente. Su madre, Subaya, desciende de una insigne tribu de la península arábiga. Por tanto, los orígenes de Yabir no solo se remontan por vía paterna hasta la familia del Profeta, sino que por vía materna también es de sangre árabe.

—¿A dónde quieres ir a parar?

—Vamos a incitar a la población de Bagdad a sublevarse contra el califa. El levantamiento adquirirá tal magnitud que culminará con un asalto al palacio para derrocar a Al-Mamún y poner en su lugar a un nuevo califa. Uno que restituya el islam tradicional como religión oficial del

estado, desterrando para siempre la doctrina mutazilita. Y ese nuevo califa no será otro que Yabir, al que presentaremos como un regenerador de la dinastía abasí, corrompida por la excesiva influencia persa en la ortodoxia islámica. El pueblo lo aceptará debido a la pureza de su origen árabe y al vínculo de sangre que comparte con la familia del Profeta.

Los ulemas intercambiaron miradas de asombro y desconcierto. El ambicioso plan de Hanbal contemplaba hasta el último detalle. Con todo, ofrecía serias dudas en cuanto a su realización material.

—Pero... ¿cómo va a asumir la dirección del califato un niño de apenas diez años?

—Precisamente eso es lo mejor de todo. Durante su minoría de edad, hará falta un adulto que ejerza las funciones de regente y, naturalmente, nadie mejor que yo para ocupar ese cargo.

Tras aquella última revelación, Hanbal no pudo evitar que sus labios dibujasen una páfida sonrisa. Por un instante, incluso sus propios cómplices tuvieron miedo de él. Uno de ellos frunció el ceño y expresó en voz alta una objeción que a más de uno ya se le había pasado por la cabeza.

—Incluso suponiendo que la revuelta salga bien, la guardia del califa impedirá que los insurgentes asalten el palacio. La plebe enfervorizada, aunque superior en número, no tendrá muchas opciones de victoria frente a un ejército profesional armado hasta los dientes.

—Eso también lo tengo previsto —replicó el líder tradicionalista—. Dentro de la corte cuento con el favor de una figura destacada, fiel a la causa árabe y partidario del islam más ortodoxo.

—¿Quién?

—Me temo que no puedo desvelaros su identidad. Pero os aseguro que tiene poder suficiente como para conseguir que al menos parte de la guardia de palacio no intervenga cuando se desate la insurrección popular.

—¿Tan importante es?

—Más de lo que puedas imaginarte.

—¿Estás seguro de que se atrevería a correr semejante riesgo?

—Hace tiempo que mantengo discretos contactos con él a través de terceros, y hasta ahora se ha manifestado siempre a favor de nuestra causa.

Los ulemas sacudieron sus cabezas a modo de asentimiento, al tiempo que procesaban todo aquella información.

—¿Y qué debemos hacer nosotros?

—Continuad sembrando la discordia entre la gente. Señalad las falsedades de la doctrina mutazilita y la desfachatez del califa al negarse a someterse a los preceptos coránicos. Y, cada vez que encarcelen a alguno de los nuestros, alzad la voz para denunciar la política de represión impuesta por el gobierno para silenciar el islam verdadero. Cuando llegue el momento adecuado, dejaré de esconderme y regresaré a Bagdad para encabezar la revuelta contra el califa.

Hanbal prefirió omitir que para llevar su plan a buen fin, antes tendrían que mancharse las manos de sangre. Muy probablemente ciertos asesinatos selectivos serían necesarios para asegurar la buena marcha del proyecto.

La reunión se prolongó durante una hora más, mientras se aclaraban ciertos puntos y se entraba en detalle acerca de otros tantos. Hasta que Hanbal la dio por concluida queriendo dejar una cosa clara:

—Ni que decir tiene que ni una palabra de lo dicho puede salir de aquí.

Los ulemas salieron de la cueva y, montando en sus respectivos camellos, emprendieron el

viaje de regreso protegidos por los escoltas que les acompañaban.

Meditabundo, Hanbal les contempló alejarse hasta que se perdieron en el horizonte. Una corriente de aire cálido se levantó de repente, y tuvo que embozarse con la kufiya para protegerse de las partículas de arena que arrastraba. Entornó los ojos y esbozó una ligera sonrisa. Todo se estaba desarrollando según lo previsto. Incluso ya le habían puesto remedio al inesperado contratiempo relacionado con Yabir. En el último mensaje que Abdalmalik le había hecho llegar, le contaba que un maestro de escuela ya se estaba ocupando de instruir al crío en el islam, así como de alfabetizarlo adecuadamente. Y todo eso con la garantía de su máxima discreción.

Desde luego, Hanbal tenía muy claro que de ningún modo podía proponer como califa a un niño que, pese a la pureza de su linaje, albergase creencias paganas y politeístas que chocaban frontalmente con la religión verdadera. Por supuesto, Yabir no sería más que una marioneta en sus manos, pero guardar las apariencias resultaría fundamental para lograr el respaldo que necesitaba.

Al-Mamún se revolvió en el lecho, molesto por los insistentes golpes que sonaban al otro lado de la puerta. Irritado, se preguntó por qué habían perturbado su sueño y miró hacia la ventana. Por la escasa luz que se filtraba a través de la cortina, se adivinaba que ya había amanecido. Con todo, todavía era demasiado temprano como para que le despertasen, teniendo en cuenta lo tarde que se había acostado la noche anterior.

Un sirviente abrió la puerta y, tras murmurar una rápida disculpa, anunció la llegada de Uthmán. Al-Mamún se despidió de inmediato: que el visir acudiera a sus alcobas privadas a primera hora de la mañana solo podía significar que se trataba de un asunto urgente.

—Adelante —farfulló el califa con voz pastosa.

La esbelta figura de Uthmán penetró en la estancia y se detuvo en el centro de la misma al cabo de unos pasos.

Los aposentos del califa constituían un fiel reflejo de la esplendidez que imperaba en todo el palacio. La espaciosa pieza contaba con una cama de colchón de plumas cubierta de colgaduras, coloridos tapices que revestían las paredes, cojines de seda y mesitas bajas de madera tallada, y una amplia alfombra bordada en oro y con engarces de piedras preciosas que cubría buena parte del suelo. Con las cortinas echadas, la penumbra lo inundaba todo, insinuando únicamente el contorno del lujoso mobiliario que engalanaba la habitación.

—Buenos días, señor. Lamento haberme presentado aquí de forma tan...

—¡Por Alá, déjate de rodeos y ve al grano! —exclamó Al-Mamún—. Ya supongo que ha de ser algo importante. ¿Qué noticias me traes?

Aunque Uthmán detestaba que Al-Mamún se dirigiese a él con tanta vehemencia, estaba más que acostumbrado. Descendiente de la tribu de los Quraysh, a la que había pertenecido el mismísimo Profeta, Uthmán se había preparado a conciencia para optar al puesto de visir, que finalmente consiguió a pesar de sus escasos apoyos dentro de la corte. Sin embargo, el desempeño de su puesto no le estaba trayendo las satisfacciones que esperaba pues, si bien los califas solían delegar en el visir la administración del gobierno, tal cosa no se había cumplido en el caso de Al-Mamún, quien siempre había seguido muy de cerca las vicisitudes políticas del imperio, exigiendo que le informaran de primera mano de los asuntos más relevantes.

Al principio, Uthmán creyó que el interés de Al-Mamún por las cuestiones de estado iría decayendo con el trascurso de los años. Por desgracia, el tiempo le había demostrado que se equivocaba. En consecuencia, su íntimo deseo de gobernar de facto sobre el imperio musulmán como siempre había soñado, no había llegado a consumarse.

Uthmán volvió a carraspear, poniendo a prueba la paciencia del califa.

—¿Quieres hablar de una vez?!

—Dos de nuestros ministros han aparecido muertos esta mañana, cada uno en su propia casa —desveló al fin—. Las causas aún no están del todo claras, pero se sospecha que los han asesinado.

Al-Mamún tardó varios segundos en reaccionar.

—¿Quiénes eran?

—Yazid ibn Mawiyad, el responsable del *diwan* de tesorería, y Salam Al-Abrash, del de

comercio.

—¿Y cómo murieron?

—Parece que envenenados. Ambos tenían la boca completamente chamuscada, como si se hubiesen quemado de dentro afuera... —El califa le miró entre asombrado y espantado—. No... no encuentro mejor forma de explicarlo. Desde luego, es verdaderamente extraño.

La expresión del califa se transformó en una máscara de cera. Recién levantado, tenía el pelo revuelto y su característica barba acabada en dos puntas aparecía enmarañada, confiriéndole un aspecto ligeramente cómico.

—¿Alguna idea de por qué querrían matarles? Además de formar parte del consejo, ¿había alguna otra cosa que tuviesen en común?

Antes de contestar, los insondables ojos negros de Uthmán brillaron como perlas nacaradas.

—Lo único que se me ocurre es que ambos eran persas.

En su mayor parte, el consejo del califato lo integraban persas y árabes, todos musulmanes, aunque también había un judío y un par de cristianos.

—Esto es muy grave, Uthmán. Mucho más de lo que puedas imaginarte.

—Lo sé, por eso he venido a decírselo de inmediato.

—¿Y se sabe algo de los presuntos culpables? —inquirió Al-Mamún.

—La *shurta* se ha puesto a investigarlo, pero de momento no hay ninguna pista. Pese a que las residencias de los ministros cuentan con bastante seguridad, los guardias afirman que no vieron nada. Desde luego, unos crímenes cometidos de forma tan meticulosa no pueden ser obra de un principiante.

El califa se sentó al borde de la cama y se sostuvo la cabeza entre las manos. Un sinfín de pensamientos cruzaron por su mente en apenas un segundo.

—¿Tú qué piensas? Hace poco me advertiste de una conspiración en ciernes. ¿Crees que los defensores del islamismo más ortodoxo están detrás de esto?

—Tal vez... Pero los tradicionalistas no constituyen la única amenaza, muchos otros grupos radicales también se oponen al gobierno de la dinastía abasí.

—Sin duda... No obstante, huelga decir que haber instaurado la doctrina mutazilita como religión oficial del estado ha despertado la ira de los ulemas más conservadores. No me extrañaría que lo ocurrido fuese obra de ellos, como parte del complot que andan preparando.

El visir, que permanecía de pie a cierta distancia de su señor, tieso como un palo, dejó la reflexión del califa en el aire y guardó un comedido silencio.

—Debemos alertar al resto de los ministros del consejo para que tomen precauciones —prosiguió diciendo Al-Mamún—. Pero sobre todo a los persas. Algo me dice que los árabes no corren el mismo peligro.

—Así se hará —confirmó Uthmán—. También he pensado que, al menos por ahora, convendría ocultar a la opinión pública la verdad acerca de lo ocurrido y atribuir la muerte de los dos ministros a causas naturales. Los ánimos entre la población ya están de por sí bastante revueltos, y además, no nos conviene dar una imagen de excesiva vulnerabilidad.

—Bien pensado.

La habitación aún permanecía en penumbra. Al-Mamún se levantó y se dirigió hacia una ventana. Al descorrer la cortina, el chorro de claridad que penetró por ella le hizo volver el rostro, hasta que sus ojos se acostumbraron a luz del sol.

—De acuerdo, ahora le dejaré para que se vista. Le avisaré en cuanto haya alguna novedad.

—Espera, Uthmán. Ya que estás aquí... me gustaría hablar contigo de otro tema.

—Usted dirá.

—¿Cómo van los preparativos para la nueva campaña contra los bizantinos?

—Después del verano las tropas estarán listas para partir.

—Bien, bien. Es importante que el pueblo perciba que los abasíes lideramos la yihad contra los infieles, para que nadie dude de nuestra legitimidad al frente del califato ni de nuestro compromiso con la leyes islámicas. —Al-Mamún comenzó a caminar en círculos alrededor de la habitación—. ¿Y cómo ves a mi hijo Abbas? ¿Lo crees preparado para comandar un ejército?

—El príncipe Abbas es joven, pero tiene tantas ganas de entrar en combate, que su entrega y entusiasmo suplirán con creces su falta de experiencia. Estoy seguro de que lo hará bien.

—Eso mismo pienso yo. Sin embargo, el otro día me dijo que su tío se había ofrecido a acompañarle en la yihad. Por un lado me parece una excelente idea, pero por otro, temo que la presencia de mi hermano pueda eclipsar el liderazgo de Abbas.

—Al-Mutasim quiere aprovechar la oportunidad para poner a prueba ese ejército suyo de turcos que está creando —apuntó Uthmán.

—Sí, me lo figuro.

—De todas maneras, creo que la experiencia militar de su hermano le vendrá muy bien al príncipe Abbas para afrontar su misión.

Al-Mamún se sentó de nuevo en la cama y meditó unos instantes. Evidentemente, Al-Mutasim también buscaba ganar su cuota de protagonismo, pero más allá de eso, no veía segundas intenciones en su pretensión de unirse a la guerra santa.

—Gracias, Uthmán. Hablaremos más tarde.

El visir árabe realizó una ligera reverencia y se encaminó hacia la puerta.

—¡Una cosa más! —terció el califa—. ¿Aún no se sabe nada de Subaya?

—A pesar de que el *barid* continúa muy pendiente del asunto, me temo que seguimos sin tener ningún rastro de ella...

—¿Y del niño?

—Tampoco.

—Está bien. Gracias.

Uthmán abandonó la estancia, dejando a Al-Mamún solo con sus pensamientos. La noticia de la muerte de sus ministros le había dejado mucho más preocupado de lo que le hubiese gustado admitir. Si el asesino había sido tan hábil como para eludir a los guardias que con tanto celo les protegían, ¿qué le impedía llegar hasta él?

CUARTA PARTE



“Si te vieres rodeado de mucha gente ignorante, no te envanezcas por lo que sabes, más bien mira a los que te superan en conocimientos y verás que aún no eres lo que te imaginas ser; y estás por debajo de muchos.”

Mahoma, según los *hadices* sagrados.

Theobald concluyó su jornada de trabajo antes de lo habitual, después de recibir una nota en la que Fadhila le convocaba de forma urgente en su casa.

Mientras caminaba a paso ligero por las ya familiares calles de Bagdad, se lamentaba de que la investigación para probar la inocencia de Al-Mursi se hallase en punto muerto. Pese a los avances logrados, carecían de pruebas sólidas que lo exculpasen, o que apuntasen hacia la culpabilidad de otro sospechoso al que poder ponerle cara. El comerciante continuaba encerrado en la cárcel, a la espera de conocer la fecha de su ejecución. Y Theobald temía que ese fuese precisamente el motivo por el que Fadhila le había mandado a buscar.

Al-Jahiz había sido descartado por completo. En su día, el prestigioso erudito mantuvo una fuerte disputa con el Khalid ibn Faraj, a raíz de un encargo cuyo resultado final no había respondido a sus expectativas. Sin embargo, y pese a que en un momento de acaloramiento el marido de Fadhila había acusado a Al-Jahiz de zindīq, el enfrentamiento no había llegado más lejos. Por lo que Theobald pudo averiguar, Al-Jahiz lo había dejado correr y no le había dado mayor importancia a las amenazas del calígrafo, pues no merecían que le dedicase ni un segundo de su valioso tiempo.

El caso de Istifán no parecía tan claro. Ciertamente, ya habían confirmado por boca de Al-Mursi que este último estaba al corriente del fraude perpetrado por su socio, lo que había suscitado la desagradable pelea entre ambos de la que Theobald fue testigo. Por tanto, no cabía duda de que al comerciante zoroastriano le interesaba eliminar a su socio, para evitar que este le denunciase a las autoridades. Sin embargo, pese a sus poderosas razones para acabar con Al-Mursi, el camino elegido para conseguirlo resultaba demasiado enrevesado. A Theobald no acababa de convencerle que Istifán hubiese asesinado al calígrafo con el único fin de incriminar a Al-Mursi y así deshacerse de él de forma indirecta. Además, supuestamente Istifán se encontraba en aquellas fechas fuera de Bagdad, y ellos no habían conseguido demostrar lo contrario. Con todo, Fadhila seguía apostando por la culpabilidad del socio de su padre.

También cabía otra posibilidad... ¿Y si después de todo Al-Mursi había matado a su yerno, como casi todo parecía indicar? La confesión de la sirvienta había sembrado la duda en el ánimo de Theobald. Si su testimonio era cierto —y nada hacía sospechar lo contrario—, eso significaba que Al-Mursi no dijo la verdad, pues, en realidad, la noche del asesinato sí había salido de su casa y no había regresado hasta el cabo de varias horas. A Theobald le seguía costando trabajo creer que su amigo hubiese podido cometer un crimen tan atroz, pero si mentía, solo podía deberse a que estaba ocultando algo.

Hasta el momento, Theobald no le había contado a Fadhila lo que le había confiado su esclava porque aquello habría significado arrebatarle toda esperanza. No obstante, si ya habían fijado la fecha de ejecución de la condena, decidió que no lo silenciaría por más tiempo. Aunque le doliese, Fadhila debía saber que existía la posibilidad de que su padre fuese realmente culpable.

Nada más llegar, la sirvienta condujo a Theobald hasta el patio central de la vivienda, donde Fadhila le aguardaba paseando entre setos de arrayanes y bancales de rosales, gozando de la sombra que sauces y palmeras le proporcionaban.

—¡Gracias por acudir tan pronto a mi llamada! —declaró la joven al verle.

Para sorpresa de Theobald, la expresión de Fadhila no parecía mostrar preocupación, sino al contrario, más bien un cierto grado de optimismo.

—En la nota decías que se trataba de algo importante.

—Así es —afirmó—. Por fin he conseguido que una instancia superior al tribunal que condenó a mi padre revise la sentencia.

—¿Y ante quién será la comparecencia?

—Ante el califa, por supuesto.

Por un segundo, Theobald pensó que Fadhila bromeaba, pero enseguida se dio cuenta de que hablaba muy en serio.

En las audiencias del califa, que se celebraban casi a diario en su palacio, se leían proclamas oficiales y se producían los nombramientos de gobernadores y otros funcionarios. Pero además, un día a la semana se reservaba para atender a los ciudadanos que, independientemente de su condición social, deseaban elevar una queja acerca de cualquier asunto del que se sintiesen víctimas de una decisión injusta, principalmente como consecuencia de un abuso o negligencia atribuible a la administración. Esta costumbre, que se mantenía desde antiguo, se estimaba propia del buen gobierno islámico, pues en teoría el califa debía ser accesible y mostrarse cercano a los problemas de sus súbditos.

—Esta es nuestra última oportunidad —recalcó Fadhila—. La sentencia se ejecutará dentro de muy poco.

—Pero, ¿cómo lo has conseguido? Imagino que no debe de resultar fácil tener acceso al califa.

—Desde luego que no. La lista de espera para una de sus audiencias públicas es de más de seis meses. Pero como nosotros no podíamos esperar tanto, me cité con el chambelán de palacio para explicarle la urgencia de mi caso.

—Vaya, me alegro de que se mostrase tan compasivo.

—No exactamente. Le supliqué, intenté que empatizase con la terrible situación de mi padre... pero no sirvió de nada. Por suerte, la fama de Suleimán es bien conocida en toda la ciudad, y yo iba preparada. Así que hablamos de dinero... y conseguí lo que buscaba.

—¿Cómo? ¿Quieres decir que le sobornaste?

—¡Y por una cantidad desorbitada! Suleimán sabía de la buena marcha de los negocios de mi padre. Por eso no me quedó más remedio que ceder.

Theobald sacudió la cabeza, escandalizado por la inmoral conducta del chambelán.

—De cualquier manera, el dinero no me importa —prosiguió diciendo Fadhila—. La cuestión es que disponemos de una oportunidad para salvar a mi padre. Y necesito que me acompañes...

—Por supuesto.

—Además, creo que deberías ser tú quien hablase ante el califa.

—¿Por qué yo? No soy más que un monje de Occidente que ha conocido a tu padre hace apenas unos meses. Tú, en cambio, eres su hija.

—Porque mi testimonio perdería credibilidad por el simple hecho de ser mujer. Y también porque tú has llevado la investigación, conoces los detalles mejor que nadie.

Solo de pensar que tendría que hablar frente a Al-Mamún, Theobald experimentó una repentina sensación de vértigo.

—De acuerdo, lo haré... si ese es tu deseo... —repuso sin poder evitar titubear ligeramente.

Fadhila sonrió, y su rostro dejó traslucir el encantador gesto que tanto la caracterizaba.

—No sabes cuánto te lo agradezco.

—¿Y cuándo tendrá lugar la audiencia?

—Mañana por la mañana...

—¿Qué? ¿Tan pronto?

—Me he enterado hoy mismo tras recibir una nota de Suleimán. En el fondo, es una buena noticia que me haya conseguido un hueco con tanta celeridad

Theobald, sin embargo, comenzó a sudar por la preocupación.

—¡Pero... si aún no estamos preparados! No tenemos pruebas que demuestren la inocencia de Al-Mursi. ¿Qué argumentos vamos a esgrimir?

Fadhila comenzó a caminar, retorciéndose las manos con nerviosismo.

—Lo sé, lo sé —admitió—. Después de pensarlo mucho, creo que deberíamos enfocar nuestro discurso en criticar el trabajo de la *shurta*, por no haber llevado a cabo una investigación adecuada. Detalla lo que has descubierto por tu cuenta, y céntrate en los testimonios del mendigo de la puerta y del muecín de la mezquita situada al otro lado de la calle. La policía ni siquiera se molestó en hablar con ellos. Soy consciente de que no tenemos mucho, pero con un poco de suerte podríamos convencer al califa para que ordene reabrir la investigación. De ese modo, ganaríamos tiempo y conseguiríamos también un aplazamiento de la condena. Con lo que sabemos, no podemos aspirar a más.

—Sí, tal vez resulte... —pensó Theobald en voz alta, cada vez más convencido—. También podría enumerar las inconsistencias que rodean el caso...

—Perfecto. Y... ¿qué te parece si insinuásemos también la culpabilidad del socio de mi padre?

—No creo que sea buena idea —rebatía Theobald—. No hay evidencias que impliquen a Istifán en la muerte de tu marido. Me parece muy arriesgado lanzar una acusación tan grave, aunque sea de forma velada.

En ese momento, la esclava hizo acto de presencia y anunció la llegada de un visitante inesperado.

—¿Quién es? —inquirió Fadhila.

—Un señor que dice ser maestro de obras. Se llama Hasdai.

Fadhila no lo conocía, pero cabía la posibilidad de que hubiese hecho negocios con su padre.

—Está bien, hazle pasar. Le recibiré aquí mismo, en el jardín.

Un minuto después, un hombre de mediana edad y aspecto aseado se plantaba frente a ellos con cierta expresión de apremio en el rostro. Fadhila se ajustó el hiyab con que se cubría el cabello y, tras dedicarle una inquisitiva mirada, le preguntó por el motivo de su visita.

—Hace aproximadamente dos meses, Khalid ibn Faraj, su esposo, contrató mis servicios para que le construyese una casa. Me proporcionó los planos elaborados por un arquitecto y me entregó un primer pago sobre el total acordado para que iniciase las obras cuanto antes. —Hasdai tosió como si se le hubiese secado la garganta—. Y así lo hice, lo organicé todo y puse en marcha el proyecto. Sin embargo, no me enteré hasta ayer de la trágica muerte de su marido. No sabe cuánto lo lamento... —Un nuevo carraspeo—. La cuestión es que... necesito saber si he de continuar con los trabajos, y en tal caso, cobrar el segundo pago estipulado.

Fadhila parpadeó varias veces seguidas, incapaz de asimilar lo que acababa de oír.

—¿Y dice usted que Khalid se estaba construyendo una casa? Pero si él ya tenía una...

—¿Cómo? ¿Su marido no se lo dijo?

—No... Yo...

Conmocionada por la noticia, a Fadhila le estaba costando reaccionar. Theobald, que se percató enseguida, intervino para retomar el hilo de la conversación.

—¿Y para qué querría Khalid construirse una nueva casa?

—¡Para vivir en ella, por supuesto! —replicó Hasdai como si fuese lo más obvio del mundo—. Pensaba trasladarse allí tan pronto como estuviese terminada. Tenga en cuenta que no estamos hablando de una vivienda cualquiera. Mi cliente me había encargado un espléndido palacete en una de las zonas más exclusivas de la ciudad, junto a la ribera del Tigris.

Aquella nueva revelación sorprendió aún más a Fadhila, quien, consumida por la vergüenza, en ese momento habría preferido que se la hubiese tragado la tierra.

—¿Un... un palacete? —inquirió con incredulidad.

—Así es, y dotado de todo tipo de comodidades.

—¿Podría verlo?

—Claro. Se lo enseñaré con mucho gusto.

Una hora después, Fadhila, Theobald y el maestro de obras se encontraban frente al terreno que Khalid había adquirido para levantar su magnífica villa. La propiedad, rodeada de enormes palmeras, era increíblemente extensa, lo que dejaba espacio de sobra para la creación de un jardín majestuoso. La edificación se hallaba todavía en sus cimientos, como el esqueleto de una enorme ballena varada en la orilla del mar. Únicamente se apreciaban algunos pilares de ladrillo y mampostería, y algunas paredes medio levantadas pero, aun así, se adivinaba la magnificencia del proyecto.

—No le faltará de nada —explicó Hasdai—. Además del jardín y decenas de estancias previstas, incluirá una bodega y una casa de baños.

Pese a tenerlo delante, Fadhila continuaba sin dar crédito a nada de cuanto veía y escuchaba. ¡Su marido había planificado todo aquello a sus espaldas, poco tiempo antes de separarse de ella!

—¿Y cuánto le ha pagado hasta ahora? —preguntó cautelosa.

—Cincuenta mil dinares, destinados a la adquisición del terreno y a la primera fase de la construcción —replicó el maestro de obras—. Lo que supone una tercera parte del total.

Fadhila dejó escapar una exhalación, sobrecogida por aquella obscena cantidad de dinero. Ni siquiera su padre poseía semejante capital. ¡Aquello no tenía sentido! Su marido cobraba un buen sueldo como calígrafo, pero ni de lejos lo suficiente como para lograr reunir una pequeña fortuna como aquella. ¿De dónde lo habría sacado? Además, si ya había realizado un primer desembolso, significaba que estaba en disposición de hacer frente a la totalidad del precio pactado.

—Entonces... ¿En serio usted no sabía nada de esto? —le preguntó Hasdai, que tampoco podía creer que Fadhila no estuviera al tanto.

—No... En realidad, apenas unos días antes de que le matasen, mi marido invocó el talaq y me repudió de forma irrevocable.

En aquel momento, el lugar se hallaba prácticamente desierto. Los obreros se habían marchado, pues hasta que no llegase más dinero que cubriese sus salarios y la compra de nuevos

materiales no tenían nada que hacer allí. Por eso resultaba aún más extraña la presencia de una muchacha en las inmediaciones, que mantenía sus ojos clavados en el solar en construcción como si contemplase una obra de arte o una seductora puesta de sol, y que de vez en cuando rompía a llorar sin razón aparente.

—¿Quién es? —inquirió Theobald sin poder reprimir su curiosidad.

—No lo sé —repuso Hasdai—, pero lleva semanas viniendo aquí a diario y siempre acaba llorando como si fuese parte de un ritual.

Aquel curioso comportamiento llamó definitivamente la atención del monje benedictino, que no dudó en acercarse a la misteriosa joven y averiguar lo que le pasaba. Fadhila y Hasdai le acompañaron igual de intrigados.

En cuanto la vio de cerca, a Theobald le impresionó la increíble belleza de la muchacha, que no debía de tener más de dieciocho años, y cuyas facciones reflejaban una pena inconsolable. Al principio, la joven no reparó en ellos, hasta que por fin alzó la mirada como si despertase de un profundo sueño, momento en que la expresión de su rostro se transformó en una mueca de odio al posar sus ojos en Fadhila.

—¡Tú! —exclamó señalándola con un dedo acusador—. ¡La esposa de Khalid!

Aunque Fadhila no la había visto en su vida, dio un paso atrás de forma instintiva, intimidada por la fogosidad de su mirada.

—¡Tu padre le mató! —prosiguió vociferando fuera de sí—. ¡Tu padre mató a Khalid sin tener derecho alguno!

—¡Mi padre es inocente! —replicó Fadhila cuando por fin se recompuso—. Los tribunales le han condenado injustamente.

—Pues si él no lo hizo, entonces fuiste tú... ¡Los celos te consumían! ¡Reconócelo! ¡No podías soportar que tu marido fuese feliz conmigo!

Fadhila se sentía cada vez más confundida.

—¿De qué estás hablando?

—Khalid te repudió para estar conmigo —explicó la muchacha incapaz de contener las lágrimas que le rodaban por las mejillas—. Íbamos a casarnos y a vivir en este maravilloso palacio que estaba construyendo para los dos.

—¿¡Khalid y tú teníais una relación!?

—Desde hacía más de un año. Él estaba locamente enamorado de mí. Me había regalado joyas y me había hecho la promesa de llevar una vida juntos.

Por la pasión con la que hablaba, a Fadhila no le cabía la menor duda de que la desconocida no mentía. En el fondo no le sorprendía. Aquello explicaba la frialdad con que su marido la había tratado durante los últimos tiempos, así como sus prolongadas ausencias, poniendo siempre el trabajo como excusa. El tormento que sentía en su interior se intensificaba por momentos. Khalid no solo la había repudiado, sino que cuando lo hizo ya había planeado la nueva vida que llevaría junto a su joven y hermosa amante.

Para Fadhila, la repentina aparición de aquella muchacha y las dolorosas afirmaciones que sostenía acerca de las verdaderas intenciones de su marido, suponían un duro golpe emocional que venía a sumarse a la pesada carga que ya soportaba.

Theobald, en cambio, valoraba aquel descubrimiento en términos completamente distintos. ¿De dónde había sacado Khalid el dinero para construirse semejante villa y mantener a una

amante a la que presuntamente cubría de alhajas? Descartada una posible herencia, de la que Fadhila sin duda se habría enterado, la fuente de tanta riqueza solo podía provenir de una actividad ilícita o delictiva. Nadie se hacía rico de la noche a la mañana sin que nadie se enterase, ganándose el pan con un trabajo honrado. Pero... ¿en qué clase de negocio turbio podía haberse metido el marido de Fadhila? ¿Y cómo había conseguido hacer creer a todo el mundo que no era más que un reputado calígrafo de existencia corriente y anodina, mientras a escondidas se preparaba para llevar la vida propia de un califa?

La investigación acababa de dar un nuevo giro que dejaba muchas incógnitas en el aire. Y la lógica indicaba que la muerte de Khalid podía estar íntimamente conectada con esa faceta oculta de su vida, que al parecer nadie conocía.

Theobald y Fadhila se dirigían hacia el palacio del califa para asistir a la audiencia pública en la que tendrían la oportunidad de defender la inocencia de Al-Mursi.

A las puertas del verano, el día había amanecido con más calor del acostumbrado, de lo que se deducía que no daría tregua hasta bien entrada la tarde. Atravesaron un bazar atestado de puestos y tenderetes, dotado de cubierta para proteger a vendedores y clientes de la furia del sol. Cada dos pasos, vendedores que ofrecían toda suerte de mercancías —desde cestas y velas hasta alfombras persas, pasando por remedios naturales de dudosa eficacia—, les hostigaban anunciando a voz en grito las bondades de sus productos y les prometían tentadores descuentos a los que costaba decir que no. Sin embargo, ni Theobald ni Fadhila prestaban la menor atención, tan concentrados como estaban en sus propios asuntos. Otros curiosos, en cambio, se enzarzaban en interminables debates con los comerciantes regateando el precio final del objeto en cuestión. Al término de la jornada se cerrarían las verjas que daban acceso a la red de calles que conformaban el mercado, y así permanecerían durante toda la noche.

A petición de Fadhila, sería Theobald quien tomaría la palabra y realizaría las alegaciones pertinentes ante Al-Mamún, por lo que se había preparado concienzudamente su intervención. Con todo, no había encontrado la manera de sacudirse los nervios de encima, y cada vez que lo pensaba el corazón se le aceleraba y el estómago se le encogía al tamaño de una nuez. Por lo menos, Banu Musa le había asegurado que asistiría al acto para arroparle con su presencia.

La línea de defensa estaba muy clara. Además de las evidentes inconsistencias acerca de la supuesta culpabilidad de Al-Mursi, argumentarían principalmente que la *shurta* había dejado varias líneas del caso sin investigar. Y a lo dicho, añadirían el sorprendente descubrimiento que habían realizado la tarde anterior. La víctima del horrendo crimen poseía una fortuna que de ninguna manera podía haber amasado con su empleo como calígrafo. No solo eso, sino que además se la había ocultado a todo el mundo, de lo que se desprendía su más que probable origen ilícito, que bien podía tener mucho que ver con su terrible asesinato. Todo esto reforzaba la idea de que las autoridades policiales no se habían molestado demasiado en investigar debidamente.

—Si logramos un aplazamiento de la sentencia, ya podríamos considerarnos afortunados —dijo Fadhila—. Eso nos daría más tiempo para seguir investigando por nuestra cuenta.

—¿No confías en la *shurta*?

—Mejor no esperar nada de ellos.

—Y tu padre, ¿cree que conseguiremos algo de esta audiencia?

—Aún le queda un atisbo de esperanza, pero prefiere no hacerse ilusiones.

Justo en ese momento, tras doblar una esquina, dos agentes de la *shurta* surgieron de la nada y se abalanzaron sobre Theobald como si se tratase de un peligroso delincuente.

—¡No se mueva! —exclamó uno de ellos.

Fadhila gritó asustada y se llevó la mano a la boca sin entender lo que ocurría. Al principio Theobald se resistió de forma instintiva, hasta que se dio cuenta de que eran policías quienes le habían inmovilizado.

—¿Se puede saber qué significa esto? —protestó el monje.

—¡Queda usted arrestado en nombre de la autoridad califal!

—Yo no he hecho nada! ¡Tiene que tratarse de un error!

Los policías le ignoraron y se limitaron a retenerle cada uno por un brazo. Entonces, un tercer individuo que acompañaba a los oficiales se plantó delante de él, esgrimendo un pliego de papel que sostenía con una mano. Theobald lo reconoció al cabo de un instante. Aquel hombre que le observaba con una sonrisa maledicente asomándole por la comisura de los labios no era otro que Teófilo, el clérigo encargado de la iglesia de *Dayr al-Rum*.

—Desconfíe de ti desde el momento en que llegaste a Bagdad —espetó sin perder la sonrisa—. Aunque, a decir verdad, los católicos en general no suelen gustarme. Después de todo, vosotros siempre habéis considerados a los cristianos nestorianos un grupo de herejes merecedores de ser excomulgados.

—¿Pero se puede saber qué pasa? ¿De qué se me acusa exactamente?

—¿De qué va a ser? ¡De latrocinio! Lo sabes de sobra. —Y agitando el papel que sostenía delante de sus narices, añadió—: Está todo aquí, en esta carta que recibí hace una semana.

Fadhila contemplaba la escena horrorizada, aunque todavía confiaba en que solo se tratase de un malentendido que se aclararía rápidamente. La reacción de Theobald, sin embargo, le sorprendió. El monje se había quedado sin color ni expresión, y había agachado la cabeza como admitiendo su derrota.

—Antes de denunciarme a las autoridades, podrías haber tenido la deferencia de hablar conmigo primero. Yo mismo me habría entregado si mis explicaciones no te hubiesen satisfecho.

—Vaya, veo que no tratas de negar las acusaciones que pesan sobre ti. Eso te honra. Lástima que eso no cambie en modo alguno lo que hiciste. —Teófilo endureció el tono de sus palabras—. Robaste una indecente cantidad de dinero de la orden benedictina a la que pertenecías y huiste sin decir nada al amparo de la noche. Resulta que la historia de que recibiste una herencia de tu tía materna no es más que un embuste que vas contando por ahí.

Avergonzado, Theobald bajó la mirada. Todo aquello era verdad. Era tan fuerte su deseo de viajar a Bagdad y sus posibilidades de realizarlo tan escasas, que se apropió de parte de los fondos de su orden religiosa para poder hacer realidad su sueño. Por desgracia para él, sus hermanos benedictinos no se habían quedado de brazos cruzados, e imaginándose hacia dónde habría huido con el dinero, escribieron varias cartas a sus homólogos cristianos de la capital del califato y otros enclaves de Oriente Medio, denunciando el delito que Theobald había cometido.

—No estoy orgulloso de lo que hice y un fuerte sentimiento de culpa me ha perseguido durante todo este tiempo. Sin embargo, pensaba devolver hasta la última moneda —explicó—. Desde que comencé a trabajar en la Casa de la Sabiduría, estoy ahorrando tanto como puedo para restituirlo cuanto antes.

—Ahórrate las excusas. Los actos de un hombre son los que le definen, no sus palabras. Además, la sustracción del dinero no es el único cargo que se te imputa. Según detalla la carta, también robaste un valioso manuscrito que custodiaba la abadía de Canterbury. Concretamente, un tratado de anatomía escrito por Hipócrates.

—Hice mal, y soy consciente de ello. Por eso mismo le encargué a un copista que llevase a cabo una reproducción exacta del manuscrito, que iba a enviar a Canterbury tan pronto como estuviese terminada. Compruébalo y verás que no miento.

Teófilo movió la mano en un gesto que denotaba indiferencia.

—A mí no me des explicaciones. Resérvalas para el tribunal ante el cual comparecerás como

acusado. De cualquier modo, no te pronostico mucha suerte.

Y, dicho esto, indicó a los agentes de la *shurta* que procediesen al arresto. Su destino más inmediato: una oscura prisión de Bagdad.

—¡No, por favor! —exclamó Fadhila al borde del llanto—. ¡Tenemos una audiencia con el califa ahora mismo!

Los lamentos de la joven no sirvieron de nada.

—¡Lo siento, Fadhila! —gritó Theobald para hacerse oír mientras se lo llevaban a empujones de allí—. ¡Tendrás que hablar tú en mi lugar! ¡Pero no te preocupes, sabrás hacerlo bien! ¡Conoces los detalles del caso igual o mejor que yo! —Y justo antes de que fuese engullido por el gentío, añadió—: ¡Y por favor, busca a Banu Musa y cuéntale lo que ha pasado!

Durante unos segundos, Fadhila se quedó clavada en el sitio tratando de asimilar lo que acababa de acontecer. Luego respiró hondo, se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano y reanudó el camino que conducía al palacio del califa. Si quería salvar a su padre, no tenía tiempo que perder.

Al llegar al palacio, Fadhila fue conducida a través de numerosas estancias, que parecían diseñadas específicamente para impresionar al visitante más que otra cosa. Además, aquella distribución, lejos de ser casual, permitía filtrar a los invitados según la jerarquía social a la que perteneciesen. La mayoría de los visitantes, de hecho, ni siquiera pasaban del *iwan*¹⁵ situado en la entrada.

Por fin la dejaron en una especie de antesala, donde los invitados aguardaban su turno para exponer su demanda ante el califa. Varios centinelas apostados en las esquinas velaban por la seguridad, mientras que el chambelán se ocupaba de organizar en qué orden entrarían los convocados. Nada más ver a Fadhila, Suleimán se dirigió hacia ella con expresión de incredulidad.

—¿Has venido sola? Te aconsejé que te acompañase un hombre.

—Lo sé, pero justo antes de venir ha surgido... un problema inesperado.

—Bueno, tú sabrás lo que haces. Yo he cumplido con mi parte del trato.

Fadhila no lamentaba haberle pagado una exagerada cantidad de dinero por conseguirle aquella oportunidad, pero no dejaba de dolerle que Suleimán se hubiese aprovechado de su desesperada situación.

—Está bien —prosiguió diciendo el nubio—. Tú serás la siguiente. Cuando estés ante al califa, inclínate ligeramente a modo de saludo. Y no hables hasta que él lo haga primero, ¿entendido?

La mujer asintió y cerró los ojos en un gesto de concentración. Conforme se acercaba su turno, más nerviosa se sentía. Se había hecho a la idea de que Theobald sería quien llevase la voz cantante, y ahora tenía que hacerlo ella. El caprichoso destino lo había querido así.

Suleimán desapareció tras la puerta y regresó al cabo de un minuto.

—Adelante —dijo—. El califa te espera.

Cuando Fadhila accedió a la sala de audiencias, su grandiosidad la impactó de tal forma que una repentina sensación de pánico se apoderó de todo su cuerpo. La vasta estancia estaba rematada por un techo arqueado extraordinariamente alto adornado con intrincados diseños

geométricos de corte islámico, y dotada de una luz vaporosa y multicolor que se colaba por las vidrieras que recubrían las paredes. Resplandecientes cotas de malla, corazas de oro y aljabas ornamentales engalanaban hasta el último rincón de la sala.

Un paje se ocupó de acompañar a Fadhila a través de una larga alfombra persa, a cuyos lados se situaban centenares de cortesanos que solían asistir a las audiencias públicas, tocados con sus correspondientes *qalansuwas* o sus turbantes de seda.

Al fondo de la sala, cómodamente sentado en su trono de ébano tapizado con paños de oro, Al-Mamún jugueteaba con su barba acabada en dos puntas, flanqueado a la izquierda por el visir y a la derecha por su hijo, el príncipe Abbas. Asimismo, dos escribas de la corte se hallaban presentes para tomar nota de las decisiones que se adoptaban.

Fadhila se detuvo a escasa distancia del califa —unos diez pasos más o menos—, y se inclinó en señal de respeto como Suleimán le había indicado. Sus piernas apenas la sostenían de tanto que le temblaban, el pulso se le había acelerado y una sudoración fría le corría por toda la espalda.

Al-Mamún frunció el ceño. Que compareciese una mujer sola resultaba bastante inusual, pero tampoco había ninguna norma que lo impidiese.

—Habla —comandó—. ¿Por qué crees que la administración se ha comportado de forma injusta contigo?

Fadhila abrió la boca para contestar, pero de su garganta no salió sonido alguno.

—Si no tienes nada que decir, vete por donde has venido —intervino Uthmán—. El tiempo del comendador de los creyentes es muy valioso como para hacérselo perder de esta manera.

Por su parte, el príncipe Abbas, que se aburría soberanamente durante las audiencias públicas, sonrió divertido. Aquella mujer se había puesto colorada y parecía que fuese a desmayarse de un momento a otro. Incluso entre el público comenzó a levantarse un murmullo que se extendió por toda la sala.

Así transcurrieron algunos segundos más, hasta que por fin Fadhila se armó de valor y quebró con su dulce voz el silencio que la rodeaba.

—Me llamo Fadhila, y soy la hija de Sabiq Al-Mursi, un reconocido comerciante local sentenciado a muerte por un delito que no ha cometido.

Tan pronto como pronunció aquellas primeras palabras, el nudo que la atenazaba se deshizo como por arte de magia y la invadió un inmenso alivio.

—¿Un delito? —inquirió el califa—. ¿Y de qué delito estamos hablando exactamente?

—Asesinato...

Al-Mamún echó el cuerpo hacia delante. Acostumbrado a lidiar con tediosos casos de naturaleza pecuniaria, como el pago de un impuesto abusivo o la expropiación forzosa de tierras, aquel asunto constituía una novedad que despertó de inmediato su interés.

Uthmán se inclinó y susurró al oído del califa:

—En verdad, se trata de un caso bastante claro. Lo que pasa es que la hija del condenado es incapaz de aceptar la sentencia del juez.

El visir sabía de lo que hablaba, pues antes de cada audiencia repasaba todas las quejas que presentarían los intervinientes para poder asesorar a Al-Mamún en la toma de decisiones.

—Bien, bien. De todos modos, escuchemos lo que tiene que decir.

Fadhila agradeció la deferencia del califa e inició su discurso de forma ordenada,

reconociendo en primer lugar los indicios que apuntaban hacia la culpabilidad de su padre.

—Después de que mi marido me repudiase, y sobre todo teniendo en cuenta el modo en que lo hizo, no cabe duda de que Al-Mursi tenía un buen motivo para matarle y cobrarse así venganza por su afrenta. Es más, varios testigos presenciaron una agria disputa entre ambos, en la que mi padre amenazó de muerte a Khalid, pocos días antes de su muerte. —Ya más relajada, Fadhila se expresaba con gran seguridad—. Pero lo que sin duda le convirtió en el principal y único sospechoso, fue un *qalansuwa* que apareció en el escenario del crimen y que le pertenecía, como él mismo admitió.

—La mayoría de las veces, lo que a simple vista parece más probable suele corresponderse con la realidad de los hechos —terció Al-Mamún—. Aunque, cuando esa realidad choca contra nuestros deseos, a veces buscamos toda clase de pretextos para negar lo evidente. Y en tu caso, es muy probable que el amor incondicional que sientes por tu padre te impida ver lo más obvio.

—Amo profundamente a mi padre, pero también le conozco lo suficiente como para saber que sería incapaz de hacerle daño a nadie.

En ese punto, el visir se unió a la conversación:

—¿No es cierto además que Al-Mursi carecía de coartada para la noche del asesinato?

—En efecto, como también lo es que ningún testigo puede situarlo en el lugar de los hechos la noche del crimen.

Entre los asistentes a la audiencia se elevó un murmullo de sorpresa. Con su rápida y aguda respuesta, Fadhila había logrado darle la vuelta a la pregunta que Uthmán le había lanzado con el evidente ánimo de socavar su postura. El propio Al-Mamún retomó el diálogo con creciente interés.

—¿Y en qué te basas para sostener que la sentencia contra tu padre es injusta? Para revocar la decisión de un cadí, no solo necesito que me proporciones pruebas concluyentes, sino que además demuestres que los funcionarios de la administración no actuaron como debían. ¿Qué alegas, por tanto, en contra del juez?

—Del cadí no tengo nada que decir. Este resolvió conforme a las evidencias que le fueron presentadas. En mi opinión, fue la *shurta* la que no actuó con diligencia pues, creyendo que ya habían atrapado al culpable, no llevaron a cabo una investigación mínimamente exhaustiva. De haberlo hecho, habrían descubierto diversos indicios que apuntan a la inocencia de mi padre, o cuando menos plantean serias dudas acerca de su culpabilidad.

—Explícate.

—Existen dos testigos claves del caso: el mendigo de la Casa de la Sabiduría, y el muecín de la mezquita situada frente al edificio. Ambos fueron testigos de cómo un individuo entró en el edificio a la hora en que se cometió el crimen, que nada tiene que ver con mi padre. La policía ni siquiera los interrogó.

—¿Qué más?

—Khalid ocultaba un gran secreto que ni yo misma conocía. Había mandado construirse un palacete en las afueras de la ciudad, que iba a compartir con una joven bagdadí con la que se había prometido. Lo que nadie puede explicarse es cómo iba a hacer frente a unos gastos tan elevados con su sueldo de calígrafo. Cómo llegó a hacerse con semejante fortuna es una cuestión sin resolver que podría tener una relación directa con el caso. Sin embargo, la *shurta* tampoco se molestó en investigar a la víctima. Otro error imperdonable.

El visir se removió algo inquieto en el asiento que ocupaba.

—Yo no veo nada extraño —objetó—. A lo mejor le concedieron un préstamo que había solicitado. Seguramente en el barrio de los judíos no le habría costado conseguirlo.

—Precisamente. Si la policía hubiese hecho su trabajo, no estaríamos ahora mismo especulando —replicó Fadhila—. Y de todas formas, creo que si hubiese un prestamista, a estas alturas ya habría dado señales de vida.

Los cortesanos presentes en la sala se daban codazos con disimulo y cuchicheaban entre sí, admirados por la desenvoltura con que se manejaba la joven compareciente y la gran elocuencia con que había sabido presentar su queja, sin dejarse intimidar por las objeciones del visir.

Al-Mamún tuvo que alzar los brazos para pedir un poco de silencio.

—Admito que este caso merece una cuidadosa reflexión —declaró, y dirigiéndose a su hijo, añadió—: ¿Y tú cómo lo ves?

Aunque la vida de un hombre estuviese en juego, al príncipe Abbas todo aquello le daba lo mismo. De cualquier manera, había escuchado las alegaciones con la suficiente atención como para formarse una opinión bastante completa al respecto.

—Ciertamente, parece que la policía no investigó el crimen muy a fondo. Hay demasiados hilos sueltos que todavía no tienen respuesta.

—Discrepo —intervino Uthmán—. Además, no sería justo tomar una decisión sin escuchar antes la versión del jefe del *shurta*.

—Eso se sale del procedimiento habitual —le recordó Al-Mamún.

—Lo sé, pero tampoco se trata de un caso corriente. Antes de liberar a un condenado a muerte por asesinato, deberíamos estar seguros de no equivocarnos. De lo contrario, podría crearse cierto malestar entre la población.

Aunque intentaba mostrarse sereno, Uthmán se sentía verdaderamente irritado. Una vez más, Al-Mamún desoía sus consejos y se inmiscuía en una cuestión menor a la que no debería haberle dedicado ni un minuto de su tiempo. ¿Por qué Al-Mamún no podía ser un califa como los demás y dedicarse a disfrutar de los placeres mundanos que su posición de privilegio le ofrecía, mientras dejaba en sus manos el gobierno del imperio?

Fadhila, que asistía con preocupación al debate de los hombres en cuyas manos estaba el destino de su padre, sintió que debía intervenir y solicitó de nuevo la palabra.

—No estoy pidiendo la liberación de mi padre, sino tan solo que la *shurta* realice una investigación a conciencia. Si lo hiciesen, se darían cuenta enseguida de las numerosas inconsistencias del caso.

—¿A qué te refieres exactamente?

—Mi padre es comerciante, tiene dinero de sobra para contratar a un sicario. ¿Por qué iba entonces a arriesgarse a cometer él mismo el asesinato? O de haberlo hecho, ¿cómo es posible que fuese tan estúpido como para dejarse su *qalansuwa* en la escena del crimen? ¿O por qué emplear un método tan extraño para acabar con la vida de su yerno?

—Un momento —la interrumpió Al-Mamún—. Daba por hecho que habría sido acuchillado o algo por el estilo. ¿Cómo murió la víctima?

—Lo envenenaron. Tenía la boca chamuscada por dentro, y también las entrañas. Los médicos nunca habían visto nada parecido.

Tan pronto como Fadhila terminó de pronunciar aquella frase, el califa se tensó como la

cuerda de un laúd y su expresión se transformó en una máscara de desconcierto. Uthmán reaccionó de forma parecida, si bien su semblante parecía reflejar culpabilidad más que otra cosa. Todos los presentes en la sala advirtieron cómo la tensión aumentaba bruscamente.

Al-Mamún juntó su cabeza a la del visir e inició con él una conversación en voz baja.

—¿No fue así como asesinaron a los dos ministros del consejo? —inquirió.

—Bueno... las similitudes son evidentes, desde luego... —repuso Uthmán en tono vacilante.

—No pareces sorprendido. Tú ya lo sabías, ¿verdad?

—Solo desde ayer, cuando le eché un vistazo al listado de comparecientes que Suleimán había preparado.

—Ya... Y bien, ¿no te parece relevante? ¿No crees que haya una conexión entre el crimen del calígrafo y los de los ministros del consejo?

—El jefe de la *shurta* no lo ve así. Al menos, eso fue lo que me dijo cuando le pregunté...

—¿De verdad? Pues entonces debe de ser idiota, porque hasta el más torpe se daría cuenta de ello.

—Lo valoró, pero como no halló ningún otro punto en común entre un caso y otro aparte del método de envenenamiento, llegó a la conclusión de que no se trataba más que de una coincidencia.

—Déjame adivinarlo —argumentó Al-Mamún—. Cuando los ministros aparecieron asesinados, el comerciante ya se encontraba en prisión, ¿verdad? Lo cual le habría exculpado del crimen por el que se le había condenado previamente. Y por eso el jefe de la *shurta* concluyó que los crímenes no estaban relacionados, porque de lo contrario, se habría visto en la obligación de admitir que cometió un terrible error.

—Es una posibilidad... Pero tampoco deberíamos sacar conclusiones precipitadas.

Entretanto, la audiencia aguardaba con impaciencia la resolución del califa, ajena a la discusión que mantenía con el visir. Fadhila continuaba de pie con las manos recogidas a la altura del regazo, conteniendo la respiración.

Finalmente, Al-Mamún se incorporó tras haber tomado una decisión definitiva.

—Encuentro tu petición más que razonable —concluyó—. Voy a ordenar a la *shurta* que revise el caso y que de ahora en adelante me informe directamente de los avances que se produzcan. Tu padre permanecerá en la cárcel durante el curso de esta nueva investigación, pero la sentencia de muerte dictada por el cadí queda suspendida.

—¡Gracias! ¡Alá sea bendecido!

Un paje la acompañó fuera de la sala, mientras Fadhila celebraba entre lágrimas aquel extraordinario cambio en el rumbo de los acontecimientos, sin ser en realidad consciente del verdadero motivo que había llevado al califa a estimar su reclamación. De cualquier manera, lo primero que haría sería darle las buenas noticias a su padre, pues a buen seguro se alegraría muchísimo y le devolvería parte de las esperanzas que ya creía perdidas.

—¡Fadhila! —escuchó decir a su espalda cuando ya enfilaba el camino de salida—. ¡Fadhila! Aguarda un momento, por favor.

Extrañada, Fadhila se giró y vio a un joven cortesano dirigirse hacia ella.

—No me conoces, pero seguramente Theobald te ha hablado de mí. Soy Ahmad Banu Musa, un buen amigo suyo. —El erudito se detuvo frente a ella—. ¿Dónde está él? Me dijo que comparecería contigo durante la audiencia.

—¡Oh, Dios mío, me había olvidado por completo! —repuso Fadhila—. Ahmad, Theobald necesita tu ayuda. Está metido en serios problemas. La *shurta* le ha arrestado cuando veníamos hacia aquí y le ha metido en prisión...

Como cada año, el califa volvió a organizar en su palacio un gran banquete para celebrar el fin del ramadán.

Lejos de tratarse de la típica noche bochornosa de verano, corría una agradable brisa que elevaba el ánimo y alegraba los espíritus, como si la fiesta contase con el explícito beneplácito de Alá.

El banquete tenía lugar en los jardines de palacio, que se habían engalanado especialmente para la ocasión. Además de la mágica iluminación del cielo estrellado, innumerables farolillos colgantes resplandecían a lo largo de todo el recinto, meciéndose al compás de la brisa como embarcaciones a la deriva en un mar sereno. El perfume que desprendían adelfas y laureles se mezclaba con el aroma de los asados. Los sirvientes iban y venían de las cocinas sin descanso, cargados con bandejas de plata rebosantes de los manjares más exquisitos: pichones marinados, cordero a la canela, arroz salpicado de azafrán y menta troceada, pastas de sémola y cuencos de dátiles y frutas exóticas. El vino y los licores dulzones corrían con total libertad.

Todos los rincones estaban repletos de artistas contratados para la ocasión, desde acróbatas y contorsionistas hasta tragafuegos y encantadores de serpientes. Además, un grupo de bailarinas se contoneaba al ritmo de la música bajo las columnas de mármol del patio central.

Los invitados se contaban por cientos: las élites árabes y persas pertenecientes a las familias más destacadas, los militares de mayor rango, y la inevitable legión de cortesanos que parasitaba alrededor del palacio califal. Las conversaciones de los hombres giraban en torno a la caza, los halcones y los caballos, mientras que las mujeres chismorreaban acerca de los últimos romances y aprovechaban para exhibir sus deslumbrantes joyas y vestidos: velos de seda transparente cuajados de perlas, diademas de zafiros, pendientes de diamantes y ajorcas de oro para muñecas y tobillos.

El califa, junto a su círculo de cortesanos más próximo, se solazaba en un pabellón que se había levantado en el jardín, cuyo interior disponía de todas las comodidades: suntuosas alfombras de brocado, divanes de ébano y cojines de seda y terciopelo. El estandarte negro de la dinastía abasí ondeaba en el pináculo de la inmensa carpa.

En cuanto Al-Mamún vio entrar a Wasif, pidió que le dejaran un instante a solas con él. Su viejo tutor rara vez se dejaba caer por actos sociales como aquel. No obstante, tratándose de una festividad tan señalada, había decidido hacer una excepción.

—¡Wasif! ¡Qué placer tan grande contar con tu presencia! Te vendrá bien salir a tomar un poco el aire, estás demasiado tiempo metido en tu laboratorio.

—A mi edad, las fiestas ya no despiertan en mí el más mínimo de interés. De todas maneras, quería pasarme aunque solo fuese un momento.

El anciano persa tomó asiento en un diván a la vera del califa.

—¿Qué te apetece beber? ¿Vino o licor de *nabidh*? —preguntó Al Mamún alzando la mano para llamar la atención de un sirviente.

—Nada. No quiero sufrir los efectos del alcohol. Mañana pienso levantarme bien temprano.

—Entonces come algo.

Wasif volvió a negar con gesto decidido.

—Está bien, no insistiré más —repuso Al-Mamún conociendo la testarudez de su antiguo mentor—. Al menos déjame reconocer que tenías razón: todo lo que me anticipaste en la casa de baños se ha cumplido al pie de la letra.

—¿A qué te refieres? —inquirió Wasif.

—A las medidas que decidí adoptar para imponer el mutazilismo.

—Ah, eso. La oposición de los ulemas más tradicionalistas está siendo particularmente combativa, ¿verdad?

—Sí, pero estoy teniendo en cuenta tus consejos para contrarrestar la acción de los ulemas y evitar que el pueblo se subleve.

—Bueno, me alegra oír que la experiencia de este vejestorio aún sirve para algo.

—La campaña militar contra los bizantinos comenzará al final de la estación, y tal como sugeriste, mi hijo Abbas se pondrá al frente de la misma como representante de la dinastía.

—Una sabia decisión.

—Incluso mi hermano Al-Mutasim ha querido sumarse a esta nueva cruzada por la yihad.

El venerable anciano se mesó su elegante barba blanca, mientras reflexionaba con la mirada clavada en un punto indeterminado del pabellón. Puede que su cuerpo estuviese subyugado por los achaques de la edad, pero su cerebro continuaba funcionando con la precisión de un reloj.

—¿Has considerado las implicaciones que conlleva la participación de Al-Mutasim en la campaña? —dijo al fin.

—Bueno, sé que quiere aprovechar la ocasión para poner a prueba a su ejército de guerreros turcos, pero eso no me preocupa. Al contrario, la experiencia de mi hermano será de gran ayuda. Lo importante es que mi hijo comience a construirse un entorno de seguidores entre los militares.

—Si quieres saber mi opinión, yo diría que a tu hermano no le preocupa tanto acabar con los infieles, como irse posicionando para sucederte en el cargo...

Al-Mamún le dedicó una mirada cargada de incredulidad.

—¿Qué dices? ¿Acaso te parece que vaya a morirme a corto plazo?

—Tu padre murió a los cuarenta y tres años, no lo olvides. Nuestro destino es imprevisible, depende únicamente de la voluntad de Alá.

—Ya, pero... lo natural sería que mi hijo Abbas me sucediese en el trono.

—Al-Mutasim es diez años más joven que tú. Tendría todo el derecho a presentar su candidatura, y nadie podría reprochárselo. Tal vez por eso busca mantenerse cerca de la cúpula militar, para atraerse a sus propios seguidores en detrimento de Abbas.

El califa arrugó la frente, como si le costase mucho trabajo aceptar como real aquella posibilidad.

—¿Y qué me recomiendas que haga? ¿Designar a Abbas como mi legítimo heredero al trono, para disuadir así a otros hipotéticos candidatos a sucederme? Por nuestra historia reciente, no me parece una buena idea. Al final, las designaciones se convierten en papel mojado y los conflictos afloran de todas maneras.

—En eso estoy de acuerdo contigo, lo mejor que puedes hacer es no intervenir. Solo he querido abrirte los ojos para darte una visión de conjunto del papel que cada cual ocupa dentro del tablero político. —Wasif echó un vistazo alrededor y constató que todo el mundo se divertía—. Y basta ya de hablar de asuntos tan serios. Hoy es un día para comer, beber y entregarse a los excesos... excepto para mí. Yo ya estoy demasiado viejo.

Esto último sonó quejumbroso, por el esfuerzo que hizo al ponerse de pie.

—¿Ya te marchas? ¡Pero si acabas de llegar!

—Te dije que solo me pasaría un rato para saludar.

—Está bien, no seré yo quien te retenga.

Y, tan pronto como Wasif se despidió del califa, este se vio de nuevo rodeado por un grupo de cortesanos que pugnaba por su compañía.

En otro punto del jardín donde se desarrollaba el festivo banquete, Banu Musa se ponía de puntillas y miraba en todas direcciones con una copa de vino en la mano.

Tras haberse ocupado del problema de Theobald, el joven erudito había acudido a la fiesta con un claro objetivo: encontrarse con Amina y hablar cara a cara con ella.

El día que llevó a cabo su aplaudida exhibición de los autómatas, estaba seguro de haber logrado por fin llamar la atención de la joven, que hasta entonces se había limitado a ignorarle. Luego le envió una carta acompañada de sentidos versos, aunque su talento para la poesía no fuese tan excelso como el que poseía para la ciencia. Sin embargo, aunque la misiva que recibió de vuelta estaba cargada de palabras amables y elogios hacia su persona, saltaba a la vista que sus sentimientos no eran correspondidos. De la carta se desprendía que Amina no tenía ningún interés romántico en él.

Banu Musa se sentía terriblemente confuso, porque en aquel inolvidable día, en el jardín, él había percibido otra cosa en ella. El particular brillo de sus ojos, el rubor de sus mejillas, su sugerente sonrisa, el intercambio de miradas cargadas de complicidad... todas ellas constituían señales inequívocas de que Amina también se sentía atraída por él. Por eso no alcanzaba a comprender por qué después se había comportado de aquella manera, fingiendo indiferencia y haciéndole ver que como pretendiente no tenía la menor opción.

Como consecuencia de todo ello, Banu Musa se había propuesto hablar con Amina durante la fiesta. Quería comprobar si reaccionaba de la misma manera cara a cara. Incluso se había tomado un par de copas de vino para envalentonarse. Pero llevaba más de una hora buscándola entre los asistentes, había dado varias vueltas por los jardines, y no la encontraba por ninguna parte.

Banu Musa pasó junto a un tragafuegos justo cuando este escupía una espectacular llamarada capaz de iluminar el cielo nocturno que le rodeaba. Fue en ese momento cuando vio salir al chambelán del pabellón del califa.

—¡Suleimán! —gritó acercándose a él.

Pero este fingió no escucharle; no podía permitirse el lujo de entretenerse. El nubio se había encargado de los preparativos de la fiesta, y ahora debía ocuparse de que todo transcurriese debidamente, dando instrucciones al regimiento de sirvientes para que repusiesen el contenido de jarras y bandejas una y otra vez con el fin de que nunca se viesen vacías, supervisando a artistas, músicos y bailarinas... El buen desarrollo de la fiesta dependía de que cada uno cumpliera con lo que se esperaba de ellos. Además, a modo de colofón, estaba previsto que Mahsati, la joven cantante que tanta expectación había levantado en Bagdad, actuase por primera vez ante el califa. Suleimán no había logrado persuadirla para que entrara a formar parte del harén de Al-Mamún, como era su intención, pero sí para que al menos acudiese al palacio y cantase durante el banquete.

—¡Suleimán, espera, por favor! —insistió Banu Musa.

El chambelán se volvió al darse cuenta de que no se libraría de él.

—¿Qué quieres? —repuso con cierto hastío.

—Estoy buscando a Amina. ¿Sabes dónde puedo encontrarla?

—Pues... La verdad es que no la he visto en toda la noche.

—Pero ella estaba invitada, ¿verdad?

—Por supuesto. ¿Cómo no iba a estarlo?

—De acuerdo. Avísame si la ves, por favor.

Suleimán se limitó a asentir y enseguida se perdió entre los invitados.

Más contrariado aún de lo que ya se sentía, Banu Musa accedió al pabellón del califa donde solían reunirse sus invitados más ilustres. En el interior de la tienda, la ruidosa mezcla de voces y risas eclipsaba incluso el sonido de los acordes interpretados por los músicos. Los asistentes se hallaban repartidos en grupos, cómodamente retrepados entre cojines o sentados en mullidos divanes.

—¡Ahmad! —escuchó que le llamaban.

Banu Musa giró la cabeza y distinguió al príncipe Abbas haciéndole señas con la mano.

—¡Vamos! ¡No te quedes ahí parado y únete a nosotros!

Aunque no le apetecía nada, Banu Musa se acercó y se sentó junto al príncipe y sus amigos. La conversación que mantenían giraba en torno a las mujeres y a los placeres de la carne. Todos ellos compartían obscenidades y se reían a carcajadas.

—¿Has visto a Amina por alguna parte? —preguntó Banu Musa al oído de Abbas.

—¿Mi prima? Pues ahora que lo dices, no, no recuerdo haberla visto. Pero tiene que andar por ahí. No me la imagino perdiéndose esta fiesta por nada del mundo.

—Eso mismo pensaba yo.

Abbas le dio un codazo a Banu Musa en tono de complicidad.

—¿Es que hay algo entre vosotros? —El aludido se removió incómodo—. Venga, no seas tan reservado. A mí puedes contármelo.

—¡Por supuesto que no! —contestó sin poder evitar sonrojarse.

—Ya... Bueno, quédate con nosotros un rato. Seguro que aparece por aquí tarde o temprano.

Banu Musa suspiró resignado y se tomó un nuevo trago de vino. El plan no le seducía en absoluto, pero tampoco tenía nada mejor que hacer mientras esperaba.

A medianoche, Suleimán se situó en mitad del pabellón del califa y solicitó la atención de los invitados.

En una velada tan señalada como aquella, no podía faltar la poesía en su expresión más elevada. Para ello, los dos poetas mejor considerados de la corte recitarían ante la selecta audiencia un poema inédito, especialmente compuesto para la ocasión.

—A continuación, Al-Nawfali y Abu Haidar nos deleitarán con una muestra de su arte —anunció el chambelán, que ayudado de su poderosa presencia física y su vozarrón, captó enseguida la atención del público presente—. Ruego el máximo silencio, por favor. Adelante, Al-Nawfali. Te cedo la palabra.

Al-Nawfali era un joven poeta bien parecido y de buena familia que se había convertido hacía

poco en la nueva sensación de la corte. Su poesía se caracterizaba por combinar las formas elegantes con el hábil uso de ingeniosas imágenes y ocurrentes figuras retóricas. Su irrupción en escena había sido tan fulgurante, que en muy poco tiempo había conseguido desplazar a Abu Haidar como favorito del califa.

Al-Nawfali aguardó a que se hubiese hecho un completo silencio, y solo entonces comenzó a recitar su poema. Su voz sonaba firme y serena, sin sentir miedo escénico alguno pese a enfrentarse a una audiencia tan exigente como numerosa. Desde los primeros versos se evidenciaba que había compuesto un panegírico dedicado a enaltecer la persona y los logros de Al-Mamún. El tema no podía ser menos original, pero los grandes gobernantes parecían no cansarse nunca. Después de todo, ¿a quién no le gusta escuchar lo maravilloso que es uno? Al-Nawfali, sin embargo, introdujo un giro en mitad de la composición, y pasó de loar al califa a celebrar la vida cortesana, ensalzando las virtudes del vino y de la caza.

Abu Haidar se dio cuenta de la maniobra de su rival, que se estaba ganando el favor del público con cada verso que declamaba. La inteligente utilización de temas tan populares, tratados con su habitual exquisitez de recursos y vocabulario, provocaba entre los presentes una irresistible atracción.

Cuando Al-Nawfali concluyó su intervención, recibió un aplauso atronador y la felicitación personal del califa. Ya nadie se atrevería a dudar de su posición dominante como principal poeta de la corte. Abu Haidar era consciente de lo difíciles que se le habían puesto las cosas. Con la actuación de Al-Nawfali tan fresca en la memoria, la exigencia de la audiencia sería aún mucho mayor.

A pesar de todo, Abu Haidar no pensaba rendirse tan fácilmente. Seguro de poder plantarle cara a su adversario, aspiró una profunda bocanada de aire y se puso en pie para recitar el poema que había escrito. Como tenía por costumbre, no llevaba turbante, por lo que su calva quedaba bien a la vista, en contraste con su frondosa barba rizada. Se respiraba una gran expectación y tenía todas las miradas clavadas en él. Si lo hacía bien, quizás consiguiese recuperar el favor de Al-Mamún.

—Adelante —dijo Suleimán dándole paso.

Desde que abandonase la poesía de alabanza, Abu Haidar había perdido buena parte del protagonismo del que siempre había gozado, sin que hasta entonces hubiese habido nadie capaz de hacerle sombra. Sin embargo, después de tantos años componiendo panegíricos, se hartó de repetir siempre la misma fórmula. El paso del tiempo le había hecho madurar, y con él lo había hecho su poesía. Por eso, en los últimos tiempos había introducido nuevos temas de índole mucho más trascendente, que por desgracia no habían despertado excesivo entusiasmo. Puede que su público aún no estuviese preparado para el cambio, pero él no estaba dispuesto a renunciar a expresar lo que sentía en el fondo de su alma. Pese a las dificultades a las que se enfrentaba, sabía que aún era capaz de cautivar a su audiencia.

Para conseguirlo, había compuesto un poema en el que llevaba semanas trabajando y que, desde su punto de vista, constituía el culmen de su carrera. Jamás había escrito nada tan bueno. Tanto es así, que aquella noche esperaba dejar a todos los presentes sin aliento y recuperar la posición que Al-Nawfali le había arrebatado como principal poeta de la corte.

Abu Haidar echó un último vistazo a su alrededor antes de comenzar a recitar la composición en la que había depositado todas sus esperanzas. Sus versos hablaban de la naturaleza breve de

los placeres terrenales y de la fugacidad de las cosas. La vida era una prisión de la que nadie podía escapar, y la muerte el objetivo máximo, el fin de toda existencia.

El público atendía con gesto estático, pero Abu Haidar no podía dilucidar si les gustaba o no lo que estaban escuchando. Sus rostros inexpresivos no dejaban traslucir la menor información.

Sin perder la confianza, prosiguió recitando su largo poema, cargado de una profunda simbología existencialista, así como de imágenes impregnadas de angustia y melancolía. Su voz se extendía por el recinto y se desbordaba como un torrente de agua.

Cuando finalizó, Abu Haidar aguardó con incertidumbre el veredicto de la audiencia. Primero hubo un silencio inicial, al que le siguió un ligero murmullo, el cual cristalizó en un aplauso comedido que apenas duró unos segundos. La reacción de Al-Mamún no fue mucho mejor. Este se cruzó de brazos y desvió la mirada, sin ocultar una evidente mueca de rechazo.

Abu Haidar sintió como si le hubiesen clavado en el corazón un puñal envenenado. Su actuación había resultado un rotundo fracaso. Ya no había lugar duda, los nuevos temas que había introducido en su poesía no interesaban a nadie. La conclusión era muy clara. O recuperaba la poesía que le había encumbrado a lo más alto durante sus primeros años, en contra de sus propias convicciones, o se arriesgaba a caer muy pronto en el olvido.

Derrotado, abandonó el pabellón del califa con la cabeza gacha y su ego herido de muerte. Cientos de invitados —que por suerte no habían presenciado su actuación—, atestaban los jardines y se entretenían conversando, comiendo y bebiendo, o presenciando las exhibiciones de los artistas. Abu Haidar se mezcló entre ellos y decidió ahogar sus penas en el fondo de una copa de vino, mientras contemplaba la terrosa luna que colgaba del cielo nocturno de Bagdad.

Tras la poesía, aquella excepcional noche festiva no podía concluir sin una muestra de la otra gran expresión artística de su tiempo: la canción.

Esta vez, el espectáculo tendría lugar fuera del pabellón del califa. El sitio elegido había sido el patio central, bajo las columnas porticadas donde hasta hacía muy poco se habían contoneado las bailarinas. Allí se había levantado a toda prisa una plataforma de madera, sobre la que actuaría la artista invitada. Suleimán había confirmado la llegada de Mahsati y había intercambiado algunas palabras con ella. La cantante había dejado muy claro que tan pronto como terminase, se marcharía inmediatamente de allí.

Las primeras filas se habían reservado para las figuras más relevantes de la corte. Allí se acomodaron Al-Mamún, su hijo Abbas, y un puñado de ministros del consejo.

Banu Musa también ocupó un lugar privilegiado para asistir al espectáculo. Definitivamente, Amina no había acudido al banquete, circunstancia que había frustrado sus planes. Todo cuanto podía hacer se reducía a esperar a que surgiese una ocasión mejor.

Abu Haidar también se había quedado, a pesar de la reciente humillación de que había sido víctima. Desde que descubrió el descomunal talento de Mahsati, el poeta acudía a escucharla al menos una vez a la semana en la taberna de costumbre. Por lo tanto, no abandonaría la fiesta sin antes haber disfrutado de su actuación.

Como solía ser habitual, tanto la cantante como los músicos que la acompañaban se situaban detrás de una cortina que les protegía de las miradas de los espectadores. Solo a veces, en determinadas veladas de carácter más íntimo, el califa ordenaba retirar la cortina para establecer

una relación más estrecha con los artistas.

Una vez más, Suleimán hizo de maestro de ceremonias y anunció la actuación de Mahsati, a la que presentó como la nueva voz surgida de las profundidades de la «Ciudad redonda». Muchos invitados habían oído hablar de ella, pero muy pocos la habían escuchado todavía.

En cuanto Mahsati entonó la primera nota, captó la atención de la audiencia y un reverencial silencio se extendió por todo el recinto. Su voz, rebosante y armoniosa a un tiempo, se diseminaba en el aire como la corriente de un río que fluyese entre las nubes.

De forma innata, Mahsati modulaba los tonos con la habilidad de una veterana, hechizando al oyente y envolviéndole en una malla intangible que se le metía en las entrañas y le sacudía el alma, como si escuchase la llamada de las huríes del paraíso. A nadie se le escapaba que se hallaban ante una intérprete como pocas veces se había visto con anterioridad.

Poco después se produjo una pausa para que todos, artistas y público, se tomaran un descanso de varios minutos. El califa agitó el brazo en el aire y llamó a Suleimán.

—Quiero que retiréis la cortina para lo que resta de actuación —señaló Al-Mamún.

—Lo siento, señor, pero tal cosa no va a poder ser. La cantante estableció como condición indispensable que la cortina debía mantenerse echada en todo momento.

Ligeramente contrariado, Al-Mamún chasqueó la lengua y arrugó el entrecejo.

—Está bien —aceptó—. Pero quiero que conciertes con ella una nueva actuación para la semana que viene. Solo para mí y para un reducido grupo de cortesanos.

—No sé si lo conseguiré, señor —le advirtió el nubio—. Ya me costó un trabajo enorme conseguir traerla esta noche aquí.

—Págale lo que te pida. No me importa lo que cueste.

Unas filas más atrás, Banu Musa también disfrutaba del recital de Mahsati. El joven erudito había dejado de beber, porque el vino se le había subido a la cabeza y ya se notaba más achispado de lo aconsejable. Además, lo último que deseaba era despertarse al día siguiente con resaca. Sobre todo, teniendo en cuenta que a primera hora de la mañana se había comprometido a revisar un tratado de geometría en cuya redacción estaban trabajando sus hermanos.

De pronto, mientras aguardaba a que reanudara espectáculo, advirtió que un individuo le hacía señas a distancia. Aunque no lo conocía de nada, dedujo por el laúd que sostenía en la mano que debía de tratarse de uno de los músicos. Intrigado, Banu Musa se acercó a él para saber qué quería.

—¿Eres Ahmad Banu Musa? —le preguntó.

—Sí, ¿por qué?

—Mahsati me ha pedido que te avise. Quiere hablar contigo un momento.

—¿Cómo? ¿Te refieres a la cantante?

—Sí. Y más vale que te des prisa. No tiene mucho tiempo.

Banu Musa siguió al músico y rodeó la plataforma de madera para encontrarse con Mahsati. La joven apareció embozada con un velo que tan solo dejaba a la vista sus ojos almendrados, maquillados con una abundante capa de kohl.

—Ahmad, gracias por venir.

—Perdón. ¿Nos conocemos?

Mahsati se apartó un instante el velo de la cara, dejando su rostro al descubierto. Banu Musa no dio crédito a lo que veía y tuvo que frotarse los ojos para asegurarse de que el alcohol no le

estaba jugando una mala pasada.

—¿¡Amina!?

—¡Ssssh! ¡No hables tan alto!

—¿De verdad eres tú la que ha cantado? ¿Tú eres Mahsati?

—Sí, soy yo. Pero nadie puede enterarse.

—¿Y cómo es posible?

—Yo he nacido para esto, Ahmad. Cantar es mi vida. Es algo que llevo muy dentro de mí desde que era una niña... ¿Cómo podría explicártelo? Si la gente necesita el aire para respirar, yo necesito la música. No podría renunciar a ella aunque quisiera. Y si lo hiciese, estaría traicionándome a mí misma.

De pequeña, cuando Amina había cantado en el entorno familiar, siempre había recibido numerosas felicitaciones por su incuestionable talento. Hasta que, cuando alcanzó la pubertad y expresó su deseo de dedicarse a ello profesionalmente, se topó con una rotunda negativa, por una razón muy sencilla: aunque las cantantes disfrutaban de gran fama y prestigio, también gozaban de una reputación más que dudosa, pues la mayoría de ellas solía conceder sus favores sexuales a los hombres para los que trabajaban. De hecho, el punto más alto de su carrera llegaba cuando pasaban a pertenecer al harén de poderosos gobernantes o de los hombres más acaudalados. De ahí que nadie de su familia aprobase que Amina se dedicase a aquella actividad, a riesgo de manchar el buen nombre de la dinastía que representaba.

Pese a todo, Amina había decidido rebelarse contra aquella prohibición, momento a partir del cual comenzó a escaparse por las noches para actuar en una taberna de Bagdad. Lo malo era que llegaba tan tarde a casa, que luego no se levantaba hasta bien entrada la mañana, conducta que había acabado llamando la atención de sus progenitores.

—¿Por qué te arriesgas de esa manera? Antes o después alguien se dará cuenta de lo que haces —objetó Banu Musa cuando ella terminó de contarle su gran secreto.

—Tal vez, pero tengo muy claro lo que quiero. Mi único deseo es cantar y pienso luchar por mi sueño. —Amina se expresaba con la convicción de un comandante que estuviese a punto de lanzar sus hombres a la batalla—. De cualquier manera, esa no es la cuestión. Yo solo quería decirte que no tenía intención alguna de herirte.

Banu Musa sintió que el rostro se le ruborizaba, pero las copas de vino que llevaba encima le ayudaron a sacudirse de encima su acostumbrada timidez.

—¿Sabes? Yo estaba seguro de que tú también sentías algo por mí, que yo te gustaba...

—Y me gustas...

—¿Cómo? Ahora sí que no entiendo nada.

—Eres un hombre culto, bueno y considerado. Cualquier mujer se daría cuenta de lo mucho que vales.

—Entonces... ¿Cuál es el problema?

—Pues que no quiero comprometerme. Ni contigo ni con nadie.

—¿Por qué?

—Ya te lo he dicho. Quiero dedicarme a la música.

—¡Cásate conmigo! ¡Te juro que yo no me opondré! —soltó en un arrebato.

Amina negó con la cabeza.

—Ojalá fuese tan sencillo, pero sabes tan bien como yo que las cosas no funcionan así. La

vida de una esposa conlleva el cumplimiento de ciertos deberes. Y más aún cuando vienen los hijos.

—Pero...

—No puede ser, Ahmad —le interrumpió Amina poniéndole un dedo en los labios—. Una cantante se debe únicamente a su música. No hay otro camino. ¿Acaso tú renunciarías a la ciencia si contraer matrimonio llevase aparejada esa condición?

Banu Musa no necesitó oír nada más para comprender lo que Amina quería decirle.

—Está bien —concedió—. De todas formas, no podrás seguir llevando esta doble vida durante mucho más tiempo. ¿Qué piensas hacer?

—Ni yo misma lo sé. Pero ver lo mucho que el público aprecia mi voz, no hace sino animarme a seguir adelante. Por ahora, me conformo con actuar en la taberna de siempre.

—¿Y cómo se te ha ocurrido actuar esta noche aquí? ¿Alguien podría reconocerte!

—No me quedó otra opción. Suleimán acudió a la taberna para escucharme... es decir, para escuchar a Mahsati... y después se empeñó en contratarme, no estaba dispuesto a aceptar un no por respuesta. Lo pasé fatal porque creí que me reconocería pese al velo que llevaba.

—No sé hasta dónde serás capaz de llegar con tu aventura, Amina. Pero desde luego estás demostrando tener un gran valor.

El brillo reflejado en la mirada de Banu Musa evidenciaba lo increíblemente enamorado que estaba de ella.

—Gracias por entenderlo...

Amina volvió a apartarse unos segundos el velo de la cara y, para sorpresa de Banu Musa, se inclinó hacia delante y le obsequió con un beso en los labios. No fue más que un leve roce, pero al joven le recorrió un estremecimiento por todo el cuerpo, como si le hubiese atravesado una corriente eléctrica.

—Ahora tengo que dejarte —concluyó exhibiendo una sonrisa—. Me están haciendo señas para que vuelva al escenario.

Banu Musa la observó ocupar de nuevo su lugar junto a los músicos, oculta tras la cortina que la resguardaba de los ojos de los espectadores. Entonces, con paso calmado, dudando si aquel encuentro había sucedido en realidad o si lo había soñado, rodeó el patio y se sentó donde antes. A continuación, escuchó una vez más la portentosa voz de Amina, y volvió a sentirse tan cautivado como los centenares de invitados que atestaban los jardines del palacio del califa.

La vida de Yabir no había cambiado un ápice. Por un lado, seguía encerrado en aquel diminuto sótano bajo la atenta vigilancia de Abdalmalik, y por otro, continuaba recibiendo la educación islámica que Falid le impartía casi a diario.

El maestro de escuela se sentía muy satisfecho con la actitud de su pupilo y lo mucho que había progresado. Aunque escribir todavía no se le daba tan bien, Yabir ya leía de forma fluida y había logrado memorizar varios pasajes del Corán, a los que iría añadiendo nuevas suras poco a poco. Además, ya sabía rezar correctamente, realizando la ablución previa y los movimientos de postración adecuados.

La relación entre maestro y alumno se había estrechado de forma notable. Ambos habían llegado a sentir un profundo afecto mutuo, como consecuencia de las muchas horas que compartían en un espacio tan reducido y en condiciones tan particulares. Más de una vez, Yabir había intentado hablar con Falid acerca de temas más personales. Parecía increíble que, con la cantidad de tiempo que pasaban juntos, supiesen tan poco el uno acerca del otro sobre las cuestiones más elementales. Sin embargo, Falid no dejaba que aquella clase de conversaciones tuviesen lugar, porque se lo habían prohibido de forma tajante. Si Abdalmalik se enterase, corría el riesgo de perder aquel trabajo que tanto necesitaba.

Algunos días, Abdalmalik pegaba a Yabir, aunque este no hubiese hecho nada malo, solo para tener al chico asustado y que no se le pasase por la cabeza hacer alguna tontería. Eso sí, nunca se excedía, para no causarle más daño de la cuenta. Su misión consistía en mantener a Yabir con vida y, por supuesto, evitar que se escapase. Por eso le zurraba de vez en cuando, para cortar de raíz cualquier brote de rebeldía.

Aquella violencia injustificada indignaba profundamente a Falid. Más de una vez había intentado hablar con él y hacerle entrar en razón, pero no había servido de nada.

—Ni se te ocurra entrometerte. De lo contrario, no te molestes en volver. Ya encontraré a alguien que te sustituya —le había advertido el fornido árabe—. Este asunto no es de tu incumbencia. Además, tampoco creo que te gustase sufrir un “accidente” imprevisto... ¿Me he explicado con claridad?

Así que, muy a su pesar, Falid no insistió más sobre ello. Puede que Abdalmalik no fuese muy rápido de mente, pero desde luego sí era el tipo de persona que cumplía sus amenazas.

El proceso de conversión al islam de Yabir continuaba su curso. Y, si bien no podía decirse que lo aceptase con los brazos abiertos, tampoco ofrecía demasiada resistencia. El caso es que poco a poco iba asimilando de forma natural aquella religión de la que hasta entonces poco o nada sabía.

Hasta el momento, Falid le había enseñado dos de los cinco pilares de la religión musulmana. Había llegado la hora de abordar el estudio de las restantes.

—Yabir, ¿te acuerdas de los dos primeros preceptos del islam, de obligado cumplimiento para todos los musulmanes?

—Sí, maestro. La profesión de fe y la oración.

—Exacto. Pues el tercero es el azaque. ¿Sabes lo que es eso?

—No.

—El azaque es la limosna que todo buen musulmán debe dar a los pobres y necesitados conforme a lo establecido en el Corán. De esta manera, al mismo tiempo que se ayuda al desamparado, uno purifica su alma y pone límites a la acumulación excesiva de riquezas.

Yabir frunció el ceño, como si no terminase de verlo del todo claro.

—¿Y si alguien no quiere dar parte de lo que tiene? ¿No debería cada uno elegir libremente qué hacer con su dinero?

—Según la doctrina islámica, el verdadero dueño de las posesiones materiales no es el hombre, sino Alá. Y el Corán nos enseña que las riquezas obtenidas han de gastarse no solo en las propias necesidades de uno, sino también en las del prójimo.

—Pero en la tribu de beduinos en la que yo me he criado apenas se usa el dinero...

—Eso es porque la mayoría de las transacciones comerciales las lleváis a cabo mediante el trueque. —Por la cara del niño, dedujo que no había oído nunca esa palabra, así que explicó—: ¿Verdad que intercambiáis la leche y la carne de vuestros rebaños por otros productos que os hacen falta, como los dátiles o los cereales? —Ahí el niño asintió sonriendo—. Pero eso no supone ningún problema. El azaque puede hacerse tanto en dinero como en especie, es decir, con productos manufacturados, cabezas de ganado o frutos del campo, ¿entiendes? Cada cual da en función de lo que puede y de las riquezas que posea. Por ejemplo, es muy habitual que los grandes soberanos o figuras muy acaudaladas contribuyan fundando hospitales y escuelas, o erigiendo fuentes públicas de agua potable de las que se beneficie toda la comunidad. ¿Lo has entendido?

—Eso creo.

—Me alegro —repuso Falid—. En ese caso, sigamos adelante y veamos ahora el cuarto pilar del islam: el ayuno.

—¿Qué significa ayunar?

—Pues que durante un periodo de tiempo determinado no se puede comer ni beber nada. Los musulmanes cumplimos con el ayuno durante el mes del ramadán.

Yabir arrugó la frente, visiblemente descontento con aquella medida.

—¿Nada de nada?, ¿ni tan siquiera un poquito?

—Desde la salida hasta la puesta del sol está completamente prohibido. Solo se puede comer antes del amanecer o después del ocaso.

—¿Y en qué momento del año se hace el mes del ramadán?

La pregunta no era baladí. Como beduino, Yabir sabía muy bien que el ayuno supondría más o menos sacrificio dependiendo de la estación donde cayese.

—El ramadán coincide con el noveno mes de nuestro calendario, pero cada año cae en una fecha diferente. En vez de regirse por el sol, como hacen los cristianos, el calendario islámico toma como referencia los ciclos lunares. Esto produce algunas divergencias que hacen que los meses musulmanes no guarden relación con las cuatro estaciones que todos conocemos.

—Pero se pasará mucha hambre —protestó Yabir con su desparpajo acostumbrado—. Ser un buen musulmán es mucho más difícil de lo que creía.

—El objetivo del ayuno es aprender a controlar las tentaciones humanas y ganar así en autodisciplina —prosiguió Falid—. Además, también sirve para despertar entre los fieles una mayor conciencia de la presencia de Dios, al que debemos todas las provisiones que nos

concede. —Yabir chasqueó la lengua repetidas veces. La explicación de Falid no parecía convencerle—. En cualquier caso, por ahora no debes preocuparte por eso. Los niños y los enfermos están exentos de cumplir con el ayuno.

El maestro de escuela ya volvería sobre aquellos conceptos más adelante, para que Yabir no los olvidase y los asimilase debidamente. Ahora le interesaba más culminar la lección de aquel día.

—Por último, el quinto pilar del islam establece que todo musulmán debe peregrinar a La Meca al menos una vez en la vida. Sirve como penitencia y perdón de los pecados, y constituye una gran muestra de devoción y espiritualidad.

—¿La Meca está muy lejos?

—Bueno, desde Bagdad supone un viaje largo, sí.

—¿Y tienes la obligación de peregrinar, aunque vivas en la otra parte del mundo?

—Así es —confirmó Falid—. Siempre y cuando la salud y tus condiciones económicas te lo permitan, por supuesto.

—¿Usted ya ha hecho su viaje de peregrinación?

Sorprendido por la pregunta, Falid echó el cuerpo ligeramente hacia atrás.

—No, todavía no... —confesó algo turbado—. Hace unos años lo tenía todo preparado para ir, pero entonces sucedió algo que...

El maestro de escuela se interrumpió. Una rápida sucesión de dolorosos recuerdos había acudido de repente a su memoria.

—¿Qué pasó?

—Lo siento, Yabir. Pero no podemos hablar de temas personales —zanjó—. Te lo he repetido muchas veces.

Se levantó en silencio. Falid dio por concluida la clase y se marchó cabizbajo, arrastrando la pesada carga de su triste pasado.

Algunos días después, una mañana en la que Yabir estaba leyendo el Corán mientras aguardaba a Falid, un acontecimiento inesperado vino a perturbar su rutina acostumbrada.

De repente, una bola de papel cayó desde el ventanuco y aterrizó en el suelo de la estancia. Yabir dio un respingo y observó atónito el objeto, que desde luego no había podido llegar hasta allí por casualidad. Intrigado, se abalanzó sobre ella y la abrió a toda prisa. Su intuición no le engañaba. Escrito con una letra un tanto desmañada podía leerse el siguiente mensaje:

“¿Necesitas ayuda? Contéstame ahora mismo. Puedes confiar en mí”.

Yabir estuvo a punto de responder de viva voz, pero se contuvo justo en el último momento. Abdalmalik estaba en la planta de arriba, podía escucharle. De modo que escribió la respuesta en la otra cara del papel, volvió a hacer una pelota con él y lo lanzó en dirección al ventanuco. Precisó de tres intentos hasta que consiguió que el proyectil atravesase los barrotes.

Después esperó durante un largo rato con los nervios encrespados. Pero no ocurrió nada más.

Falid llegó algo más tarde, seguido de Abdalmalik. No era habitual que el fornido carcelero acompañase al maestro de escuela cuando este bajaba al sótano para impartir sus clases. Yabir intuyó una vez más que algo raro estaba pasando. Para su desgracia, no se equivocaba.

Sin mediar palabra, Abdalmalik le agarró por el cuello y lo alzó en el aire como si fuese un

muñeco. Yabir sintió que se ahogaba y comenzó a patalear como un pato al que hubiesen sacado repentinamente del agua.

—¡Suéltale! —gritó Falid sin dar crédito a lo que veía—. ¡Lo vas a matar como sigas así!

—Tú no te metas en esto —replicó Abdalmalik—. Yabir sabe muy bien lo que ha hecho. ¿Verdad que sí?

El chico se limitó a toser por toda respuesta. Se estaba asfixiando, empezaba a ponerse morado y parecía que los ojos se le fuesen a salir de las órbitas.

Aunque horrorizado, Falid obedeció al carcelero por miedo a empeorar la situación. Si intervenía, probablemente Abdalmalik no dudaría en agredirle a él también.

Por fin, Abdalmalik arrojó a Yabir al suelo y, no contento con eso, le pateó en el costado, haciéndole aullar de dolor.

—Así aprenderás —escupió. Mientras se marchaba, dejó caer una arrugada bola de papel que aterrizó sobre la alfombra de oración.

Entonces el niño lo comprendió. Para ponerle a prueba, Abdalmalik le había tendido una trampa, y él había mordido el anzuelo como un tonto.

—¿Estás bien? —le preguntó Falid.

Yabir no dejaba de toser, por lo que le dio un poco de agua.

—Tómate tu tiempo.

Transcurrieron varios minutos hasta que el muchacho estuvo en condiciones de poder hablar. Había recuperado el color y ya respiraba con normalidad, si bien aún se llevaba la mano a la zona donde había recibido las patadas con gesto de dolor.

—Gracias, maestro —respondió al fin.

—Ojalá hubiese podido evitarlo —repuso Falid—. No sé qué mosca le ha picado ahora a ese bruto.

Yabir le contó con detalle el episodio que había tenido lugar antes de que él llegase. Desde luego, Abdalmalik había actuado de forma verdaderamente mezquina, pero muy eficaz. Implantando el miedo y la desconfianza en el corazón de Yabir, le disuadiría de intentar escapar en el futuro.

Falid se sentó junto al chico y le pasó la mano por encima de los hombros para consolarlo.

—Yabir, yo no tengo nada que ver con todo esto. Me crees, ¿verdad?

—Sí, le creo, pero... dígame por favor al menos por qué me han secuestrado.

—No tengo la menor idea —repuso Falid—. Te lo juro. Yo solo estoy aquí para instruirte, nada más. Ni siquiera debería estar hablando contigo de esto, me lo tienen terminantemente prohibido.

—¿Y por qué está hablando ahora?

—¡Porque ya estoy harto!... Y porque te aprecio. Abdalmalik no debería maltratarte del modo en que lo hace.

Yabir sintió que su maestro le hablaba por primera vez con el corazón en la mano.

—¿Sabe algo de mi madre? Se llama Subaya.

Falid negó con la cabeza.

—Hace unas cuantas semanas traté de sonsacarle información a Abdalmalik. Sin embargo, el muy idiota no sabe nada. Lo mantienen al margen de las decisiones importantes. ¿Qué os ocurrió?

—Mi madre y yo emprendimos un largo viaje para venir hasta aquí. Pero en Kufa unos hombres me secuestraron, y a mi madre la golpearon cuando intentaba defenderme. Ni siquiera sé si está viva o muerta.

—¿Y qué os trajo hasta Bagdad?

—Mi madre quería reencontrarse con mi padre, al que no veía desde que estaba embarazada de mí.

—Vaya, pensé que tu padre era beduino.

—No. Ni mi madre tampoco. Ella me contó que de joven vivió durante un tiempo en Bagdad, y que después se marchó al desierto, donde me he criado desde que nací.

El maestro de escuela permaneció pensativo durante unos instantes.

—Me gustaría poder ayudarte, Yabir, lo que pasa es que no sé cómo hacerlo.

—¿Y por qué quiere ayudarme?

—Ya te lo he dicho antes. Porque me importas. Y también porque... me recuerdas a mi hijo.

—¿Usted tiene hijos?

Falid esbozó la sonrisa más triste del mundo.

—Los tenía. Un niño de tu edad, y dos niñas más pequeñas. Pero murieron.

—¿Los tres? —inquirió Yabir.

—Y también mi mujer. Los cuatro. Todos a la vez.

—¿Qué ocurrió?

La mirada de Falid se sumergió en el abismo de sus recuerdos más amargos.

—¿Recuerdas que el otro día te dije que lo había preparado todo para emprender mi viaje de peregrinación hacia La Meca? —El muchacho asintió—. Mi mujer y mis hijos también vendrían conmigo. Íbamos a viajar con una caravana que saldría desde Bagdad, formada a partes iguales por mercaderes y peregrinos. Sin embargo, todo se truncó la misma mañana de la partida. —Falid contuvo un sollozo que le había ascendido hasta la garganta—. Estábamos en un caravasar situado a las afueras de la ciudad. Los comerciantes cargaban sus mercancías y los caravaneros se ocupaban de los preparativos. Había muchísimo revuelo. Fue entonces, ni siquiera sé el motivo, cuando un camello se asustó, provocando una estampida en la que varios de ellos arrasaron con todo lo que hallaron a su paso. A mi familia la aplastaron bajo sus pezuñas, y si yo me hubiese encontrado en ese momento con ellos, también habría perdido la vida.

Un profundo silencio se desplomó sobre la estancia. Era la primera vez que Falid verbalizaba en voz alta la tragedia que había sufrido.

—Aquello me destruyó por completo —prosiguió explicando con la voz entrecortada—. Me sentía sin fuerzas para trabajar, e incluso dejé de acudir a la oración de los viernes en la mezquita. No entendía cómo Alá había permitido que mi familia muriese precisamente cuando me disponía a cumplir con mi deber de buen musulmán. Pasé mucho tiempo hundido en la miseria. Lo había perdido todo: mi familia, mi trabajo y mi fe.

—Pero ahora ya está bien, ¿verdad?

Falid inspiró antes de responder.

—Bueno, he vuelto a recuperar la fe en el islam, y eso me ha ayudado mucho. Además, el paso del tiempo ha servido para restañar algunas heridas. Y gran parte de todo eso se lo debo a un amigo mío, Abu Haidar, que me ayudó cuando nadie más quiso hacerlo. —Falid, que no podía evitar ver en los ojos de Yabir al hijo que la vida le había arrebatado, tuvo que hacer una

pausa para contener el llanto que amenazaba con apoderarse de él—. Y, por último, gracias a ti he vuelto a recordar lo mucho que amaba mi trabajo. En cierto modo, podría decirse que tú me has salvado. Hasta que te conocí, no estaba seguro de si estaba preparado para ejercer de nuevo la enseñanza. Por eso, voy a hacer todo lo que esté en mi mano para ayudarte.

—Pero lo que yo quiero es irme de aquí y buscar a mi madre.

—Lo comprendo. Sin embargo, nos enfrentamos a gente muy peligrosa. Cualquier paso en falso nos lo harían pagar muy caro. Tranquilo, Yabir. Estoy seguro de que ya se me ocurrirá algo. En todo caso, prométeme que no intentarás nada por tu cuenta.

—Lo prometo.

—Bien, pero recuerda lo que te dije acerca de las promesas, que son como un regalo que decides hacerle a alguien. Un regalo de esperanza que solo cobra sentido cuando uno cumple con la palabra dada. —Falid posó las manos en los hombros del chico—. Y tú tienes mi promesa de que haré todo lo posible para sacarte de aquí.

Theobald no llegó a pasar ni veinticuatro horas en aquel calabozo de Bagdad, del que salió al día siguiente merced a la ayuda de sus amigos.

En concreto, los artífices de su liberación fueron Banu Musa y Hunayn ibn Ishaq, el director de la Casa de la Sabiduría. Ambos contaban con importantes contactos dentro de la esfera judicial, de cuya influencia se valieron para minimizar los daños del proceso abierto contra el monje benedictino. Para empezar, impidieron que a Theobald le juzgase un tribunal cristiano como le habría correspondido por su condición de *dhimmi*, que sin duda le habría condenado a una pena de prisión especialmente severa; y en su lugar, consiguieron que se sometiera al derecho islámico. El cadí que le juzgó se mostró mucho más benévolo con su sentencia, teniendo en cuenta que el delito ni siquiera se había cometido en tierras musulmanas. Theobald solo fue condenado a restituir el dinero que había robado y a pagar una multa, librándose de entrar en la cárcel.

Cuando le tocó regresar a la Casa de la Sabiduría después de aquel trance, Theobald temía que sus compañeros le señalasen o le criticasen a su espalda. En un sitio donde los rumores se extendían a una velocidad de vértigo, en pocos días no habría nadie que ignorase que le habían arrestado por ladrón. Sin embargo, nada de eso sucedió. Banu Musa y Hunayn guardaron total discreción, y el asunto nunca llegó a trascender.

Solventado aquel obstáculo, Theobald se centró de nuevo en seguir ayudando a Fadhila con la investigación.

Sin embargo, antes de seguir adelante, debía aclarar un punto que no cuadraba en toda aquella historia. Según la esclava de la casa, Al-Mursi había salido de casa la noche del asesinato, pese a que este había declarado no haberse movido de allí en toda la noche. Y solo había una forma de saber la verdad. Theobald tenía que hablar con el comerciante, por mucho que a este no le gustase recibir visitas en la cárcel. Con suerte, las buenas noticias recibidas tras la celebración de la audiencia pública le habrían levantado el ánimo.

Al-Mursi se hallaba encerrado en la prisión de mayor seguridad de Bagdad, donde los delincuentes de la peor calaña pagaban por sus crímenes en condiciones de vida verdaderamente miserables. La falta de higiene y la repugnante comida derivaban en enfermedades que se llevaban por delante a los prisioneros en muy pocos años. El calabozo en el que Theobald había pasado una única noche nada tenía que ver con la sórdida mazmorra en la que languidecía su amigo el comerciante.

Un carcelero condujo a Theobald a través de un pasillo subterráneo, iluminado por antorchas ancladas a las paredes, que desembocaba en un ala del complejo atestada de diminutas celdas de aspecto tenebroso.

—Aquí es —dijo abriendo la puerta de una de ellas que no se diferenciaba de las demás.

Las bisagras rechinaron y un hedor insoportable surgió del interior, como el aliento fétido de un ave de carroña. La celda estaba bañada en sombras y cargada de humedad. En el suelo había un montículo de paja y las paredes de ladrillo estaban repletas de marcas y cicatrices cinceladas

por la infinidad de presos que habían pasado por allí a lo largo de los años. No había ninguna ventana.

—Esperaré al final del pasillo —farfulló el carcelero, al que Theobald había tenido que sobornar para que les dejase a solas durante un rato.

Con el corazón encogido, el monje entró en el habitáculo. Al fondo, en la penumbra, distinguió a un individuo más parecido a un espectro que a un ser humano. Al principio, Theobald ni siquiera pudo reconocer en el hombre que tenía delante al opulento comerciante que le había acogido en su casa a su llegada. Al-Mursi había perdido peso, sus facciones habían envejecido, y los harapos que llevaba encima se alejaban mucho de su antigua elegancia en el vestir.

—¡Theobald! ¿Eres tú? —Por un instante, los ojos de Al-Mursi brillaron de emoción, y rápidamente se acercó a él y le dio un largo abrazo—. ¡Gracias! ¡Gracias por todo lo que estás haciendo por mí! Fadhila me lo ha contado todo.

—¿Cómo estás?

—Mal, no voy a mentirte. ¡Oh, me alegro mucho de que hayas venido! Eres una buena persona... Y también un buen amigo.

—Tienes que resistir. Estamos haciendo cuanto podemos para sacarte de aquí, y cada vez estamos más cerca de conseguirlo.

—Eso intento... pero no resulta sencillo. —Y acto seguido, se echó a llorar como un niño. La tensión acumulada, unida a la emoción del momento, le llevó a desmoronarse.

Theobald le pasó el brazo por encima de los hombros y aguardó pacientemente a que se tranquilizase.

—Cálmate. Estoy seguro de que todo se arreglará. Por eso he venido. Hay una cuestión importante que debo hablar contigo.

Por fin, las lágrimas cesaron y el comerciante se aprestó a escuchar lo que Theobald había venido a decirle.

—Ya sabes que Fadhila confía ciegamente en tu inocencia. Y yo también, por supuesto... No obstante, hace poco he descubierto algo que ha despertado en mí ciertas dudas.

—¿De qué se trata?

—Una de tus esclavas afirma que la noche del crimen saliste de la casa, y que no regresaste hasta muy tarde.

Pese a la escasa iluminación de la celda, Theobald advirtió en el rostro de Al-Mursi un cambio de expresión que oscilaba entre el miedo y la perplejidad.

—¡Eso es absurdo! —protestó sin demasiada convicción.

—Pues yo creo que ella dice la verdad, y eres tú quien oculta algo.

—¿Y qué piensa Fadhila?

—No se lo he dicho, al menos de momento.

—Pues no lo hagas, por favor.

—Entonces sé sincero conmigo. No podré ayudarte si no me cuentas toda la verdad.

Al-Mursi se pasó la mano por la cabeza y emitió un suspiro de frustración.

—Es cierto. La noche del crimen salí de casa...

—¿Mataste a Khalid? —le instigó el monje.

—¡No!

—¿Y tuviste de algún modo algo que ver con su asesinato?

—¡No, nada en absoluto! ¡Te lo juro! Alá es testigo de mis palabras. Cuando me enteré, me sorprendí tanto como cualquiera. Yo le odiaba, eso no puedo negarlo. Khalid fue muy cruel con mi hija. ¡Pero yo jamás le quitaría la vida a otro ser humano!

Theobald asintió. Por su tono de voz, Al-Mursi sonaba totalmente sincero.

—Dime entonces qué hiciste aquella noche. ¿Adónde fuiste?

—Eso... eso es un secreto mío y solo mío.

—No seas tozudo. Si no confías en mí, no podré ayudarte.

El comerciante desvió la mirada a un lado, al tiempo que en su corazón se libraba una feroz batalla.

—Está bien... Pero júrame que no se lo contarás a nadie. Y mucho menos a Fadhila.

—Te doy mi palabra.

Instintivamente, Al-Mursi bajó la voz, como si alguien pudiese escucharle en el lugar donde se hallaba.

—Salí para encontrarme con alguien... que vive en una modesta casita situada en un barrio periférico.

Al-Mursi no añadió nada más. Se veía que le costaba horrores expresar aquello en voz alta, de modo que Theobald decidió allanarle el camino.

—¿Te refieres a que ibas a mantener un encuentro de naturaleza... carnal?

—Eso es —repuso bajando la mirada.

—Deduzco entonces que tenías una amante, ¿verdad?

—Desde hace varios años.

—Pero no hay nada de malo en ello. ¡Eres viudo! ¿Por qué no ibas a rehacer tu vida?

—No quiero que la gente piense que no amaba a mi esposa. Podrían hacerse una idea equivocada.

—¿Por qué iba alguien a pensar tal cosa? La vida es corta, y mereces ser feliz tanto como cualquiera.

Al-Mursi negó con la cabeza.

—Aún no lo comprendes, Theobald. Mi amante es... es un hombre.

Theobald precisó de varios segundos para reordenar sus ideas tras oír aquello. Desde luego, no se lo esperaba. Sin embargo, sí podía entender el miedo de su amigo a que su verdadera orientación sexual saliera a la luz, porque entonces muchos darían por hecho que su matrimonio había sido una farsa.

—Al-Mursi, yo no soy quién para juzgarte desde un punto de vista moral, y comprendo que prefieras mantener esto en secreto. Pero tu amante podría haberte proporcionado la coartada que necesitabas para demostrar tu inocencia y salvarte de la ejecución. ¿Acaso no merecía la pena revelarlo públicamente?

—Theobald, me temo que ignoras la severidad de ciertas leyes islámicas. Si hubiese admitido mi relación, me hubiesen acusado de sodomía e igualmente me habrían castigado con la muerte. Y no solo a mí, sino también a él. ¿Entiendes ahora por qué preferí no decir nada?

Un elocuente silencio se hizo en la estancia, que se rompió cuando un par de golpes sonaron en la puerta.

—Su tiempo se ha acabado —oyeron decir al carcelero—. Tiene que irse.

—Está bien. Solo un minuto más. —Y, dirigiéndose al comerciante, le preguntó—: ¿Crees que Istifán pudo haber asesinado a Khalid con el único fin de incriminarte?

Al-Mursi se tomó unos segundos antes de contestar.

—La estafa de mi socio me dolió mucho. A decir verdad, no se apropió de una cantidad excesiva de fondos, pero su deshonesto comportamiento minó mi confianza en él. De todas formas, no creo que él tenga nada que ver con el crimen. A fin de cuentas, yo no planeaba denunciarle, y él lo sabía, porque me conocía perfectamente.

Después de aquello, Theobald le dio las gracias y se despidió de su amigo. El carcelero le condujo de nuevo al exterior, donde le invadió un inmenso alivio tan pronto como el aire se hizo otra vez respirable. Si a él le hubiesen encerrado en aquella infecta prisión, habría deseado que lo ejecutasen lo antes posible.

Theobald se esforzaba para que todo aquel desagradable asunto no le distrajesen de su labor en la Casa de la Sabiduría. Y cuando lo hacía, procuraba recuperar el tiempo perdido para que la traducción en la que estaba trabajando avanzase a buen ritmo. Pero en el fondo sabía que, ahora más que nunca, cuando ya no albergaba la menor duda de la inocencia de Al-Mursi, tenía que hacer todo lo que estuviese en su mano para librarle de su condena.

Sin ir más lejos, Fadhila acudió a verle al día siguiente para pedirle su ayuda una vez más. Istifán estaba de paso por Bagdad, lo que les daba la oportunidad de obtener de él algunas respuestas. Sin embargo, ella no se atrevía a hacerlo. Tenía miedo de perder los nervios delante del socio de su padre, del cual tenía sus sospechas. Theobald comprendió el problema y no tuvo ningún inconveniente en asumir la responsabilidad de llevar a cabo el interrogatorio.

El comerciante zoroastriano se alojaba en un caravasar urbano que, además de lugar de descanso, funcionaba como mercado al por mayor, donde los mercaderes locales podían adquirir bienes de importación en grandes cantidades para revenderlos posteriormente en la ciudad.

Theobald reconoció enseguida a Istifán. Al parecer, estaba preparando una nueva caravana que partiría en pocos días, y discutía con el caravanero jefe sobre los gastos de seguridad, a la vez que revisaba el itinerario y hacía un inventario de la carga prevista. Los camellos bebían en grandes abrevaderos y cogían fuerzas para el largo viaje que les esperaba.

En cuanto Istifán advirtió la presencia de Theobald, acudió a su encuentro con expresión grave y los ojos entornados, como si pretendiese ocultar la mirada bajo sus pobladas cejas. Aunque solo se habían visto una vez, ambos se recordaban bien, pues no había pasado tanto tiempo desde que Al-Mursi les presentara en su casa.

Tras intercambiar un saludo formal, Theobald le explicó el motivo de su visita. Fadhila estaba convencida de que habían condenado injustamente a su padre, y entre los dos estaban intentando ayudarlo.

—¿Qué pensaste cuando te enteraste de la detención de Al-Mursi? ¿Lo crees capaz de matar a su yerno?

Istifán se encogió de hombros.

—Me extrañó mucho, por supuesto, jamás lo habría imaginado. Pero supongo que si lo han encontrado culpable habrá una buena razón, ¿no?

—Bueno, en realidad no está tan claro. En la última audiencia pública, el califa mandó

suspender la ejecución de la condena. La *shurta* actuó de forma precipitada y ahora deberá llevar a cabo una investigación mucho más completa.

Una mueca de sorpresa se dibujó en el rostro de Istifán.

—No lo sabía... —admitió.

La fría reacción del comerciante distaba mucho de la que Theobald se había imaginado.

—Pensé que te alegraría escucharlo.

—Sí, es una buena noticia, supongo. Pero de cualquier manera, yo no sería muy optimista.

Aunque la mirada de Istifán resultaba cada vez más intimidatoria, el monje no pensaba dejarse influir ni por su provocadora actitud ni por la aparente indiferencia con que actuaba. Al contrario, cuanto más distante se mostrase, más sencillo le resultaría a Theobald mostrarse cortante, incisivo y hasta brusco llegado el caso. Su plan, de hecho, consistía en ir subiendo poco a poco el tono de sus preguntas, con el fin de llevar a Istifán hasta el límite de su paciencia y provocar en él algún tipo de reacción inesperada.

—¿Cuánto hace que estás en Bagdad?

—Llegué hace tres días.

—¿Tres días? Entonces habrás tenido tiempo de visitar a Al-Mursi en prisión.

Istifán comenzó a moverse impaciente, denotando su incomodidad.

—Pensaba hacerlo, pero el trabajo me tiene absorbido por completo.

—He oído excusas mucho mejores. ¿De verdad te parece normal tratar así a un amigo?

—¡Al-Mursi y yo somos socios, nada más! —puntualizó Istifán secamente. No obstante, dándose cuenta de la excesiva frialdad de sus palabras, añadió a toda prisa—: Le tengo un gran afecto, desde luego, pero en realidad nos vemos muy poco. Ten en cuenta que yo vivo en Yazd, lejos de Bagdad. Y eso cuando no estoy de un lado para otro controlando las caravanas que organizo.

Theobald advirtió que el comerciante zoroastriano comenzaba a ponerse cada vez más nervioso. Y más que iba a estarlo cuando sacase a colación la acusación de fraude que pendía sobre él.

—Seré muy directo, Istifán. Sé que llevabas un año engañando a tu socio.

—¡Mentira! —bramó Istifán—. ¡Si Al-Mursi te ha dicho eso, es que ha perdido la cabeza!

—Te equivocas, no lo he sabido por boca de Al-Mursi. Él no quiso que el asunto trascendiese, seguramente para no perjudicarte y evitar un escándalo. Fue Fadhila quien lo descubrió al revisar la contabilidad y comprobar que las cuentas no cuadraban. Solo después, cuando hablé personalmente con Al-Mursi, este admitió que el asunto había provocado entre vosotros una fuerte discusión.

—Escúchame bien, no tienes ni idea de lo que estás hablando. Las cosas no son tan simples como parecen. —Istifán se había dado cuenta de que negar la acusación ya no tenía sentido—. Sé que no actué bien, pero yo merecía embolsarme hasta el último dírham que me apropié sin permiso. Al-Mursi y yo nos repartíamos las ganancias al cincuenta por ciento, pero yo le he dedicado al negocio muchísimo más tiempo y esfuerzo que él. Siempre viajando de un sitio a otro sin apenas descanso, mientras que él rara vez se movía de Bagdad.

—Pero así se había establecido, ¿no? Al-Mursi se encargaba de la producción y tú de las exportaciones.

—Es cierto, pero no por ello el reparto de los beneficios deja de ser injusto. Muchas veces le

pedí que revisara los términos de nuestro acuerdo durante los últimos años, pero él jamás quiso escucharme.

—¿Y eso justifica lo que hiciste?

—Sé que actué mal —replicó Istifán cada vez más a la defensiva—. Y he reconocido mi error.

—Si Al-Mursi te hubiese denunciado a las autoridades, te habría causado un gran perjuicio —contraatacó Theobald, que no estaba dispuesto a conformarse con aquella respuesta.

—Pero no lo hizo.

—Sin embargo, podía haberlo hecho en cualquier momento... Y, de repente, Al-Mursi es acusado de asesinato y condenado a muerte. Qué conveniente para ti, ¿verdad?

—¿Qué insinúas? —inquirió Istifán señalándole con el dedo índice.

—Solo digo que si finalmente Al-Mursi es ejecutado, nadie saldría más beneficiado que tú. En circunstancias normales, Fadhila habría heredado su parte de la empresa, cuyo control habría asumido su marido. Pero como este fue precisamente la víctima del crimen... resulta que de un solo golpe, tú saldrías favorecido por partida doble.

—¿De verdad estás sugiriendo que yo tuve algo que ver con el crimen? ¡Suenan tan ridículo como retorcido!

—Y, sin embargo, lo primero que hiciste cuando supiste que Al-Mursi había sido condenado a muerte, fue escribirle una carta a Fadhila para comunicarle que te harías cargo de todo el negocio.

—¡Lógico! ¡Ella es una mujer, no está capacitada para asumir esa responsabilidad!

—Bueno, pues en eso te equivocas. Sea como sea, te aseguro que Al-Mursi saldrá con bien de esta y será puesto en libertad tarde o temprano.

—¡Eso ya lo veremos!

Theobald guardó un calculado silencio, para que las últimas palabras de Istifán resonasen con más fuerza. El comerciante pareció arrepentirse tan pronto como salió de su boca aquella afirmación y se justificó de inmediato, alegando que se había dejado llevar por el fragor de la disputa.

—Hasta aquí ha llegado nuestra conversación —concluyó Istifán—. No pienso tolerar ni un minuto más que se me insulte de esta manera.

Y dándose media vuelta, se alejó y se dedicó de nuevo a supervisar los preparativos de la caravana.

Theobald no le dijo nada. El encuentro había resultado de lo más provechoso.

Al-Mutasim había recibido un comunicado de su hermano, indicando que se desplazaría hasta su palacio para reunirse con él y discutir un asunto de suma importancia. Y no lo haría solo, Uthmán también le acompañaría.

Desde el principio, Al-Mutasim sospechó de aquel comportamiento tan poco usual. Cuando el califa deseaba ver a alguien, lo hacía llamar ante su presencia, no al revés. ¿Qué querría decirle para que actuase de aquella manera tan desacostumbrada?

Al-Mutasim les recibió en una pequeña pieza anexa al gran salón, con el fin de garantizar la máxima confidencialidad del encuentro. El lugar estaba parcamente amueblado con tapices y mesas bajas. Aparte de ellos tres, no había nadie más presente.

Al-Mamún y el visir tomaron asiento. El rictus en la cara de su hermano era particularmente serio, por lo que Al-Mutasim dedujo que lo que había venido a contarle no iba a gustarle nada.

—Supongo que estás al corriente del gran problema que desde hace tiempo tenemos en Jorasán, ¿verdad? —dijo Al-Mamún.

—Tengo entendido que Kumarag cada vez nos tiene menos en cuenta.

—Exacto. Últimamente, sin embargo, ha llevado las cosas demasiado lejos. Se ha atrevido incluso a omitir mi nombre durante la oración de los viernes.

—Actúa como el soberano de un estado independiente —apuntó Uthmán—. Y ha desoído todas nuestras advertencias.

Al-Mutasim escuchaba la cuestión que le planteaban con gran interés, pero todavía no lograba entender qué tenía él que ver con todo eso.

—¿Estáis considerando emprender una acción militar contra ellos, por casualidad? —aventuró.

—No quiero llegar hasta ese extremo —repuso Al-Mamún—. Sabes que nunca he sido partidario de las guerras entre musulmanes.

—Y mucho menos en este momento, cuando estamos a punto de iniciar una nueva campaña contra los bizantinos —precisó el visir.

—Pues confieso que estoy desconcertado. ¿Cómo pensáis entonces responder al desafío de Kumarag?

Al-Mamún suspiró largamente antes de contestar.

—Voy a hacerle una oferta que no podrá rechazar. Le propondré un matrimonio concertado con alguien de nuestra familia. De ese modo, su linaje se unirá al de la dinastía abasí.

—Un honor al alcance de muy pocos. Aceptará sin dudarlo un segundo —explicó Uthmán—. De ese modo neutralizaremos sus ansias de independencia. Si se emparenta con la familia del califa, no podrá actuar contra nuestros intereses, pues estos serán también los suyos propios.

Al-Mutasim miró alternativamente a su hermano y al visir, mientras la estancia se preñaba de

un denso silencio. Sin duda, se trataba de un plan inteligente. El problema era que empezaba a imaginar qué papel iba a jugar él en todo aquello.

—Hermano... —dijo Al-Mamún con voz sentida—. Quería darte la noticia en persona. Amina deberá casarse con Kumarag.

Al-Mutasim cerró los ojos y sintió un profundo dolor en su interior, como si le hubiesen dado un puñetazo en la boca del estómago. Kumarag tenía más de cincuenta años y dos abnegadas esposas. Amina se convertiría en la tercera y tendría que trasladarse a la provincia de Jorasán, para llevar una vida completamente alejada de los suyos.

—¿Tiene que ser ella?

—No hay mejor candidata.

—Y también supone la mejor forma de solventar esta crisis sin derramar ni una sola gota de sangre —puntualizó el visir.

—Pero...

—Sé que estás muy unido a ella —le interrumpió Al-Mamún—. Es tu única hija... Y permíteme que te lo diga, hermano, pero creo que la has protegido más de la cuenta. Si no hubieses sido tan permisivo con ella y no hubieses dejado que rechazara a excelentes candidatos dentro de la familia, ahora ya estaría casada.

—¡Precisamente por eso no sería justo condenarla ahora a un destino tan desgraciado! Y menos aún cuando por fin parecía dar señales de haberse enamorado.

—¿En serio? —preguntó Al-Mamún escéptico.

—He oído decir que podría haber algo entre ella y Ahmad Banu Musa.

—Lástima... Sin duda hubiese aprobado con gusto esa unión entre mi ahijado y mi sobrina. Sin embargo, ya es demasiado tarde.

La mirada de Al-Mutasim se perdió en el infinito, mientras consideraba las implicaciones de aquella decisión.

—Si he de ser sincero, lo que más temo es su posible reacción. Amina ha heredado mi carácter y sé que no aceptará un acuerdo semejante de buena gana.

—Pues tendrás que obligarla.

—Eso es fácil de decir, pero tú no la conoces tan bien como yo. Mi hija es tremendamente obstinada. Se lo va a tomar muy mal. Además, está en la peor edad posible. —Al-Mutasim sonrió con tristeza—. Yo aún recuerdo muy bien lo que significaba tener dieciséis años.

—De verdad que lo siento —reiteró el califa—. Pero Amina tiene que sacrificarse por el bien de la familia. No hay nada más importante que la dinastía y el buen gobierno del imperio. Estoy seguro de que lo entiendes mejor que nadie.

—Lo sé, lo sé... Pero cuando se entere, la veo capaz de hacer cualquier cosa.

—La boda no será a corto plazo —aclaró Uthmán—. Amina tendrá tiempo de sobra para hacerse a la idea.

—De cualquier manera, díselo cuanto antes. Es mejor que se entere por ti.

—Está bien —claudicó Al-Mutasim—. Lo haré cuando os vayáis.

La reunión se alargó lo que tardaron en concretar los detalles, pero lo más importante ya estaba dicho.

Dos días más tarde, el caos se desató en el palacio de Al-Mutasim. Amina llevaba veinticuatro horas desaparecida y todos los sirvientes se afanaban en buscarla por estancias y jardines.

Cuando su padre le comunicó la noticia, Amina lloró desconsolada, le suplicó de rodillas que se opusiese al matrimonio pactado por su tío, pero ni el llanto ni los ruegos sirvieron de nada. Pronto comprendió que su suerte estaba echada y que la entregarían a Kumarag sin tener en cuenta su opinión, y menos aún sus sentimientos. Ella no era más que un simple peón en el tablero de ajedrez que los hombres manejaban a su antojo.

A pesar de todo, Amina se negó a aceptar su destino y se fugó en cuanto tuvo la oportunidad. Y, tan pronto como su desaparición se hizo evidente y se comprobó que no se escondía en ningún rincón de palacio, Al-Mutasim dio la voz de alarma e hizo saber a familiares y amigos que si alguien había acogido a Amina en su casa, la entregase de inmediato. Sin embargo, nadie parecía haberla visto ni tenía idea de dónde se hallaba.

La *shurta* también fue puesta sobre aviso para que controlase las puertas de la ciudad. No resultaba probable que Amina se aventurase a salir de Bagdad, pero más valía ser precavidos.

Desde el principio, Al-Mutasim había temido que ocurriese algo así, y ahora se culpaba por no haberlo impedido. Además, se sentía verdaderamente preocupado. ¿Qué estaría haciendo Amina y adónde podría haber ido?

QUINTA PARTE



“Pero Mahoma es solo un mensajero antes del cual ya hubo otros mensajeros.”

El Corán. Azora 3, vv. 144

Cuando Subaya vio formarse el perfil de la incomparable Bagdad en el horizonte, como una isla que emergiese sobre las aguas de un océano infinito, el ritmo de sus latidos se aceleró y su respiración se tornó más atropellada.

Contra todo pronóstico, Subaya había sobrevivido a la brutal agresión de que había sido víctima por parte de los secuestradores de Yabir. Un empleado del caravasar la encontró tirada en el suelo, envuelta en un charco de sangre, y aunque a primera vista la dio por muerta, todavía le quedaba un soplo de vida que se negaba a abandonarla.

Sin dudarlo, la cogió en brazos con sumo cuidado y la trasladó hasta el interior del caravasar, donde la limpiaron y le vendaron la herida. El mejor médico de Kufa acudió más tarde a su llamada de auxilio, pero tras examinarla no le dio excesivas posibilidades de sobrevivir. El severo traumatismo de la cabeza no invitaba al optimismo. A pesar de todo, el piadoso galeno, de credo musulmán, se compadeció de ella y se la llevó a su propia casa, donde su esposa se encargaría de cuidarla mientras le quedase un hilo de vida.

Subaya permaneció inconsciente durante las dos primeras semanas. Después volvió en sí, aunque tan debilitada que ni siquiera tenía fuerzas para moverse de la cama. Su memoria, al menos, no se vio afectada. Subaya recordaba perfectamente los hechos acontecidos: el secuestro de su hijo y el fuerte golpe que se había llevado en la cabeza tratando de impedirlo. Lo sucedido no arrojaba lugar a dudas. Pese a que habían transcurrido diez años desde que se marchara de Bagdad, alguien debía de haberla reconocido. El rapto de Yabir no había sido fruto de la casualidad.

Todo aquello la llevó a pensar que ella también podía hallarse en peligro, que muy probablemente había gente interesada en dar con su paradero. Por suerte, en la casa del médico estaba segura. Además, había tenido la precaución de no dar su verdadero nombre para dificultar que nadie la encontrara.

Cuando por fin pudo levantarse y valerse por sí misma, Subaya se recorrió cada rincón de Kufa tras la pista de su hijo, sin obtener resultado alguno. Saltaba a la vista que ella sola no podía enfrentarse a una tarea de semejante envergadura. Infinidad de grupos radicales podían haberlo secuestrado y habérselo llevado a cualquier parte. Y eso suponiendo que Yabir siguiese vivo...

Dadas las circunstancias, Subaya se dio cuenta de que solo le quedaba una opción: desplazarse hasta Bagdad para verse con Al-Mamún, pues únicamente el califa disponía de los recursos necesarios para emprender la búsqueda de Yabir. Sabía que corría un gran riesgo, pero no tenía otra salida. Subaya ignoraba cómo reaccionaría Al-Mamún al verla, tras la precipitada huida que había protagonizado tantos años atrás. Sin embargo, lo que fuese de ella ya le daba lo mismo, todo cuanto le importaba era el destino de su hijo.

Una vez más, Subaya se había unido a una caravana para pasar inadvertida a su llegada a Bagdad, y como quería evitar a toda costa que la reconociesen, se había envuelto la cabeza y buena parte del rostro con un hiyab.

Tan pronto como puso los pies en la inmensa ciudad, rememoró su característico olor dulzón y sus amplias avenidas siempre abarrotadas de viajeros y transeúntes, pertenecientes a un sinfín de

nacionalidades y credos distintos. Al mismo tiempo, a su mente afloraron los recuerdos del romance que mantuvo con Al-Mamún y las fatales consecuencias de aquella aventura. Subaya tenía la sensación de haber vivido dos vidas completamente distintas: la de concubina en el harén del califa, en un entorno casi de ensueño, rodeada de todo tipo de lujos y comodidades; y la de madre y beduina del desierto, mucho más dura, pero también más satisfactoria y genuina en otros aspectos.

Sin perder un segundo, dirigió sus pasos hacia el palacio del califa. No tenía ningún discurso preparado, así que esperaba que la dejaran pasar en cuanto desvelase quién era. Aunque sospechaba que tampoco sería tan sencillo.

Dos centinelas custodiaban la puerta de entrada situada en la parte de atrás. Subaya se plantó ante ellos con los brazos en jarra. Su vestido sucio y arrugado no impidió que el deseo en la mirada de ambos se hiciese palpable en cuanto se despojó del hiyab. Aunque había perdido parte de su atractivo de antaño, todavía conservaba buena parte de la belleza que tanto la había caracterizado.

—Quiero que me llevéis ahora mismo ante la presencia del califa —anunció en tono solemne—. Mi nombre es Subaya. En cuanto sepa que estoy aquí, querrá verme de inmediato.

Los guardias se miraron con expresión de incredulidad.

—Ya, y yo esta noche he quedado a cenar con el emperador de Bizancio —replicó uno de ellos, provocando de inmediato las risas de su compañero—. ¡Fuera de aquí, mujer! Nadie ajeno al palacio puede entrar sin haber sido previamente invitado.

Siendo la favorita de Al-Mamún, Subaya había gozado en la corte de una gran popularidad, pero de aquello había pasado ya demasiado tiempo, y los guardias eran demasiado jóvenes como para haber escuchado hablar de ella. De lo contrario, jamás se hubiesen atrevido a despreciarla de aquella manera.

—Por vuestro bien, más os vale hacer lo que os digo —insistió Subaya sin arredrarse—. Si no, os aseguro que tendréis serios problemas.

Los centinelas volvieron a cruzar miradas entre sí e intercambiaron una sonrisa de suficiencia.

—Hazte un favor y vete de aquí. No nos hagas perder más el tiempo.

—En cuanto Al-Mamún se entere de esto, os arrepentiréis de no haberme escuchado. No digáis después que no os lo advertí.

Aquella última frase les borró la sonrisa de la cara. La seguridad con la que se expresaba aquella desconocida había logrado sembrar en los guardias la semilla de la duda.

—¿Y si preguntamos? —susurró uno de ellos, y se justificó—: Solo por si acaso.

—Está bien —repuso su compañero en el mismo tono—. Entra y averigua lo que puedas. Yo me quedaré aquí vigilando.

El centinela obedeció a su compañero, internándose en el palacio. Enseguida se tropezó con varios pajes y eunucos que recorrían los pasillos arriba y abajo, pero pasó de largo sin preguntarles. Prefería hablar con alguien de mayor autoridad.

Al cabo de varios minutos localizó al chambelán, que supervisaba los preparativos para la recepción de una delegación extranjera.

—¿Qué quieres? —inquirió Suleimán de mal humor.

Por un momento, el guardia temió haber actuado con un exceso de cautela. Sin embargo, el nubio palideció en el acto en cuanto escuchó el nombre de Subaya.

—Descríbemela —pidió.

—Pues... si me permite decirlo, posee un cuerpo imponente y unos enormes ojos negros que da vértigo solo de mirarlos.

Suleimán palideció aún más, aunque no se notase demasiado debido a la negrura de su piel.

—Entonces... ¿Tú dirías que es atractiva?

—Ya lo creo que sí.

—¿Y en qué puerta está?

—En la de atrás.

—De acuerdo. Ven conmigo —exhortó echando a andar hacia la parte posterior de palacio.

Había una ventana desde la que se tenía una excelente vista de esa entrada. Suleimán quería comprobar por sí mismo si realmente se trataba de ella o no.

El centinela siguió al chambelán cada vez más intrigado.

—¿Y quién es esa Subaya, si puede saberse? —preguntó.

—Fue una concubina del califa. Una concubina importante.

Cuando llegaron a su destino —un pasillo que comunicaba dos salas de paso—, Suleimán se detuvo y sacó la cabeza por una de las ventanas. El centinela, ya mucho más tranquilo tras saber que había tomado la decisión correcta, aguardó su reacción.

Aunque el chambelán no dijo una sola palabra mientras miraba, pareció haberle embargado de repente una cierta inquietud.

—No, no es ella —concluyó—. Aunque he de admitir que se le parece bastante.

Al guardia le sorprendió aquella respuesta. El dictamen del nubio no concordaba con las señales de preocupación que reflejaba su rostro.

—En ese caso, le ordenaré que se marche.

—No, espera. ¿Cómo te llamas?

—Hamid.

—Bien, Hamid. Voy a pedirte algo. —Antes de continuar, Suleimán se cercioró de que no hubiese nadie alrededor que pudiese escucharles—. Conozco a esa mujer. No es la primera vez que intenta algo así. La pobre está trastornada. Se ha obsesionado con el califa y se ha vuelto muy peligrosa.

El guardia frunció el ceño.

—¿Quiere que la detenga?

—No, dile que no puede pasar y deja que se marche. Luego síguela a donde vaya. Y en cuanto se te presente la oportunidad, deshazte de ella...

Hamid dio un paso atrás. No creía haber escuchado bien.

—¿Me está pidiendo que la mate?

Suleimán se acercó aún más a él y adoptó un tono confidencial.

—Piensa que le estarás prestando un gran servicio al califa. Serás generosamente recompensado y te auguro un rápido ascenso en tu carrera militar. Me ocuparé personalmente de ello.

—Yo... Lo cierto es que...

Aunque el guardia seguía albergando sus dudas, no se le escapaba que el chambelán tenía poder suficiente como para cumplir sus promesas.

—Además, te pagaré quinientos dinares. ¿Qué me contestas?

A decir verdad, Hamid no había matado a nadie en toda su vida, eso le asustaba. No obstante, la oferta del nubio resultaba demasiado tentadora, y de todas formas, aunque él la rechazara, Suleimán no tardaría en encontrar a otra persona que la aceptase en su lugar.

—De acuerdo...

—Muy bien, Hamid. Pero no seas tan tonto como para dejarte atrapar, ¿me oyes?, porque entonces, no podré ayudarte. Incluso me veré obligado a negar haber mantenido esta conversación contigo. Como comprenderás, aunque hagamos lo correcto, no estamos siguiendo el procedimiento apropiado.

Hamid asumió el riesgo y regresó a su puesto dispuesto a poner en marcha el plan urdido por el chambelán. La mujer esperaba en el mismo sitio donde la había dejado, bajo la atenta vigilancia de su compañero.

—Vete de aquí ahora mismo o me veré obligado a arrestarte —la amenazó.

—¿Les has dicho quién soy? ¿Con quién has hablado?

—Nadie te conoce, así que márchate antes de que me harte de ti.

Al principio, Subaya pensó en replicarle, decidida a no darse por vencida hasta que la echaran a la fuerza, pero algo en la mirada del centinela la llevó a contenerse. Su instinto la advirtió de un peligro latente. El joven guardia estaba sudando y la tensión en su rostro resultaba evidente. Algo había cambiado en su actitud. De modo que Subaya se giró lentamente hasta darle la espalda, segura de que lo mejor que podía hacer era marcharse cuanto antes de allí.

Subaya comenzó a deambular por las calles de la «Ciudad redonda» mientras reflexionaba sobre su situación. Su principal propósito no había cambiado. Tenía que descubrir la manera de verse con Al-Mamún y hablar cara a cara con él. Sin embargo, el camino más obvio para llegar hasta el califa se le había cerrado en plena cara. Ciertamente, podía volver a intentarlo en otras puertas y con diferentes guardias, pero ya no se fiaba. Prefería ser prudente y buscar otra alternativa.

Si pudiese contar con la ayuda de alguien... En sus tiempos de gloria había mantenido buenas relaciones con la mayor parte de los cortesanos de palacio. Tal vez alguno de ellos aceptase hacerle llegar al califa el mensaje de que había regresado y de que deseaba reunirse con él. No parecía una tarea fácil, pero tenía que intentarlo. Con un poco de suerte podría funcionar.

Tras una hora larga caminando sin descanso, Subaya sintió la punzada del hambre, por lo que se detuvo ante un puesto que ofrecía una amplia variedad de frutas. Aunque no deseaba gastarse tan pronto las últimas monedas que le quedaban, tenía que comer algo si no quería acabar desfallecida.

Fue entonces cuando vio por el rabillo del ojo que alguien la seguía.

Ya había notado que un individuo llevaba un buen rato tomando los mismos caminos que ella, parándose cuando ella lo hacía. Hasta ahora no había podido ponerle cara, porque cuando se giraba se camuflaba entre la multitud. Esta vez tuvo cuidado de ser más sutil y miró con disimulo. Mientras fingía decidirse entre un albaricoque o una granada, un rápido vistazo le bastó para confirmar que no se equivocaba. ¡Era el centinela de palacio!

Subaya conservó la serenidad y continuó actuando como si nada hubiese pasado. Pese al buen aspecto de la mercancía, dejó atrás el puesto de fruta tras haber perdido el apetito de forma repentina. Su prioridad ahora era otra muy distinta. Tenía que despistar a su perseguidor, y creía saber la mejor forma de hacerlo.

Reanudó el paso con un ritmo calmado y sin aparente rumbo fijo. Sin embargo, sabía perfectamente hacia donde se dirigía. De vez en cuando giraba la cabeza para comprobar que el centinela aún la seguía a distancia. Aunque ignoraba sus intenciones, prefería no arriesgarse a averiguar lo que tramaba. Su intuición le decía que estaba en peligro.

Al cabo de un rato llegó al zoco más grande de la ciudad, atestado de miles de curiosos que revoloteaban de un puesto a otro en busca de la mejor ganga posible. Aquel inmenso mercadillo abarcaba cuatro manzanas, configuradas por un tejido de estrechas callejuelas que se cruzaban entre sí conformando una especie de laberinto. En todo Bagdad no había un mejor sitio para perderse como aquel.

Subaya se internó en el avispero y comenzó a abrirse paso entre la masa de clientes, girando en las esquinas más insospechadas para dificultarle las cosas a su perseguidor. Después de media hora de tomar atajos y llevar a cabo todo tipo de maniobras de distracción, Subaya abandonó el zoco por el punto opuesto por el que había entrado y se incorporó de nuevo a una de las principales avenidas de Bagdad. Aun así, se pasó casi toda la tarde mirando a sus espaldas, para comprobar que había dejado atrás definitivamente al centinela. Y solo cuando estuvo del todo segura se permitió relajarse y saciar el apetito.

Para entonces, el sol comenzaba a ponerse en el horizonte y muy pronto la oscuridad se haría dueña de aquella parte del mundo. Debía hallar un lugar donde dormir.

La calderilla que le había sobrado no le alcanzaba ni para pagarse la estancia en la peor posada de la ciudad, por lo que se dirigió hacia una popular mezquita que conocía, y cuyo atrio se transformaba en una especie de albergue donde mendigos e indigentes solían pasar la noche arrebujados bajo una manta de juncos.

Subaya se hizo un hueco en la parte reservada a las mujeres y se tendió en un colchón de paja que le entregó el propio imán de la mezquita. La noche pintó el cielo de negro y las estrellas destellaron en la lejanía. Al cerrar los ojos, sintió de inmediato el vacío que en su corazón había dejado la ausencia de Yabir. Con todo, todavía no había perdido la esperanza. Presentía que su hijo seguía vivo y no descansaría hasta volver a abrazarlo.

A la mañana siguiente, cuando hubiese recobrado sus fuerzas, ya buscaría la manera de llegar hasta el califa para que la ayudase a encontrarlo.

Theobald no podía creerse que le hubiesen dejado entrar en el palacio del califa. Aquel edificio de ensueño parecía sacado de un cuento oriental de los muchos que solían narrarse en aquellas tierras.

Mientras atravesaba un sinfín de cámaras y pasillos revestidos de láminas de oro y suelos cubiertos de mosaicos, no dejaba de pensar en lo lejos que había llegado para tratarse de un simple monje benedictino procedente de Inglaterra. Si nada lo impedía, en pocos minutos conocería al hombre encargado de regir los destinos del imperio musulmán.

Al-Mamún había organizado un encuentro, en el que los expertos y eruditos más reputados de la Casa de la Sabiduría debatirían acerca de los últimos avances científicos y los nuevos descubrimientos que se realizaban casi a diario. El califa, como gran amante de la ciencia que era, promovía la celebración de aquellas tertulias de forma asidua para satisfacer sus ansias de saber y conocimiento. Y Theobald gozaba del privilegio de asistir por primera vez a uno de dichos encuentros, gracias a su estimado colega Banu Musa, que se había ocupado de gestionar la invitación.

—¿Estás nervioso? —le preguntó el joven erudito.

—Más de lo que quisiera —repuso Theobald.

—No te preocupes, es comprensible. De cualquier modo, no creo que el califa repare siquiera en tu presencia.

En realidad, era el propio Banu Musa el que se sentía algo inquieto, aunque debido a un asunto totalmente distinto. Amina había desaparecido de forma repentina, lo que había causado una enorme conmoción en el entorno de la familia abasí. En la corte no se hablaba de otra cosa. Aunque al principio corrieron rumores de todo tipo, pronto trascendió el verdadero motivo de su desaparición. Por lo visto, Amina se había fugado del palacio de su padre después de enterarse de que habían decidido casarla con el gobernador de Jorasán. Desde entonces, nada había vuelto a saberse de ella.

La cuestión era que Banu Musa era el único que estaba al tanto de la doble vida que llevaba Amina bajo el nombre de Mahsati. Pero ¿qué se suponía que debía hacer? ¿Traicionar su secreto para ayudar a que la encontrasen?, ¿o guardar silencio a riesgo de que le ocurriese algo malo? Estaba tan atormentado por las dudas que, por el momento, no había tomado ninguna decisión.

Por otra parte, aquel mismo día había llegado a sus oídos una información de la que quería hacerle partícipe a su amigo de inmediato.

—He averiguado algo que tienes que saber.

—El encuentro va a empezar. ¿No puedes esperar a que acabe?

—No.

—¿Por qué?

—Es sobre Al-Mursi —le susurró.

—Te escucho.

La pareja giró a la derecha y enfiló un nuevo corredor revestido de alfombras persas de aspecto impoluto. El monje se percató de que Banu Musa se orientaba sin la menor dificultad dentro de palacio. No en vano, había pasado allí buena parte de su adolescencia.

—En la audiencia pública con el califa, Fadhila defendió a su padre con gran eficacia.

—Sí, lo sé. Ella misma me lo contó.

—Lo que ella no sabe es que no fueron sus argumentos los que llevaron al califa a suspender la condena, sino otra razón muy distinta. Una razón que muy pocos conocen. Así que tienes que jurarme que guardarás el secreto. Salvo Fadhila, nadie más puede enterarse.

—Por supuesto. Puedes confiar en mí.

—Está bien —aceptó Banu Musa—. Supongo que habrás oído comentar que hace poco murieron dos ministros del consejo. Pues bien, pese a lo que se dijo, no fallecieron por causas naturales. En realidad, fueron asesinados. Y aquí viene lo relevante. Los envenenaron del mismo modo que a Khalid.

Theobald precisó de varios segundos para digerir aquella revelación.

—¿Estás seguro de eso? —inquirió ralentizando ligeramente la marcha.

—Mis fuentes son cien por cien fiables.

—Pero... si no me equivoco, Al-Mursi ya estaba en la cárcel cuando ocurrieron esas muertes, ¿verdad?

—Exacto. ¿Y acaso se te ocurre un argumento exculpatorio mejor?

Theobald sonrió, comprendiendo adónde quería ir a parar su amigo. Sin duda, se trataba de una magnífica noticia. Aunque, al mismo tiempo, también complicaba un poco más las cosas ya que, si realmente el crimen del calígrafo estaba relacionado con el de los ministros, Theobald no podía imaginarse de qué manera.

Poco después, llegaban a la antecámara que comunicaba con la estancia donde tendría lugar el encuentro señalado. Una pareja de centinelas custodiaba la entrada, mientras que un solícito eunuco se encargaba de atender a los invitados. Justo en ese momento, las puertas del salón se abrieron de par en par para franquear el paso de alguien que salía.

Se trataba de un hombre de elevada estatura, de rasgos árabes y nariz aguileña, que se desplazaba con la espalda muy erguida y una expresión altiva esculpida en el rostro. El individuo, seguido de dos pajes que no se separaban de su lado, ni siquiera se dignó a dedicarle una rápida mirada a Theobald.

—Ese era Uthmán, el visir —susurró Banu Musa al oído del monje—. Desde que le conocí cuando me trajeron a palacio, no creo que me haya dirigido la palabra más de dos o tres veces.

La imagen que del visir tenía la población era la de un gobernante recto y completamente entregado a su trabajo, cuya lealtad hacia el califa estaba fuera de toda duda. Theobald, sin embargo, no pudo reprimir un escalofrío cuando pasó cerca de él.

—¿Tiene tanto poder como dicen? —inquirió.

—Más aún de lo que puedas imaginarte. En todo el imperio, solo Al-Mamún acumula más autoridad que él.

Cuando el visir se hubo perdido de vista, el eunuco saludó a Banu Musa con un gesto de cabeza y sostuvo la hoja de la puerta para que él y su acompañante accediesen al salón. Tras cruzar el umbral, desembocaron en una vasta estancia ricamente perfumada, provista de lámparas y decorada con deslumbrantes tapices. A Theobald le sorprendió gratamente el ambiente informal que se respiraba, pues los asistentes conformaban diferentes grupos alrededor de grandes bandejas de plata surtidas de exquisitas pastas de miel y pistachos.

Tras una rápida ojeada, Theobald reconoció en el más numeroso a varios eruditos de la Casa

de la Sabiduría, entre los que destacaban Hunayn, su director, y Al-Jahiz, el máximo defensor de la doctrina mutazilita. Todos parecían estar inmersos en un debate tan intenso como apasionante.

Otro grupo, en cambio, estaba integrado por un anciano que lo presidía y varios jóvenes que atendían sus explicaciones con gran interés.

—¿Quién es ese? —preguntó Theobald.

—Un verdadero sabio. Se llama Wasif y fue durante muchos años tutor del califa. Ya está retirado, pero de vez en cuando acude a estos encuentros para seguir de cerca los últimos avances científicos. A los estudiantes les encanta escucharle.

Al fondo del salón destacaba un tercer corrillo dispuesto en torno al califa, que se hallaba sentado sobre una tarima de mármol, a una altura superior a los demás.

—Voy a pedir permiso para unirnos al grupo de Al-Mamún. Espérame aquí, ¿vale? —pidió Banu Musa.

Mientras lo hacía, Theobald prestó atención al discurso de Wasif, que versaba sobre la alquimia.

—Cada vez sabemos más acerca de cómo extraer de los elementos su esencia más pura, a través de diferentes procesos químicos básicos como la destilación, la cristalización o la reducción.

A continuación, Wasif empezó a explicar la receta para destilar alcohol, que constituía el ingrediente fundamental para muchas fórmulas alquímicas. Theobald se giró para comprobar si Banu Musa había obtenido o no el permiso del califa. Al ver que su colega aún aguardaba una respuesta, volvió a centrarse en el discurso de Wasif, quien, para su sorpresa, había cambiado radicalmente de asunto y en ese momento hablaba de cosas que tenían que ver más con la política que otra cosa.

—... Por eso debéis tener siempre la historia muy presente. ¡Ah! ¡Cometeríamos un error imperdonable si olvidásemos la valiosísima aportación persa en la construcción del actual imperio musulmán! —exclamó en tono solemne—. Hasta la llegada de los abasíes, los árabes habían actuado apropiándose del islam para copar las posiciones de poder, desfavoreciendo así a las demás nacionalidades. Pero todo eso acabó con la caída de la dinastía omeya. El califato abasí se instauró sobre la base de la administración persa preexistente, cuya influencia ha contribuido enormemente a alcanzar la grandeza de nuestra época. —Un evidente brillo centelleaba en la mirada de Wasif—. ¡Y sabed que mi estirpe se remonta hasta uno de los reyes sasánidas más afamados!

Cuando por fin regresó Banu Musa, Theobald se inclinó sobre él y le hizo un comentario al oído.

—No digo que Wasif no sea un gran sabio, pero me parece que ya muestra ciertos síntomas senilidad. Al menos, mezcla unos temas con otros de forma un tanto inconexa.

—Bueno, eso es porque Wasif se siente muy orgulloso de sus raíces persas, y siempre que tiene la oportunidad, saca a relucir el glorioso pasado sasánida de su familia, previo a la conquista de los árabes. En ese sentido, estoy de acuerdo contigo en que la edad no perdona. El pobre no se da cuenta de que se repite constantemente.

—Ya comprendo.

—Pero no te hagas una idea equivocada. Pese a sus años, aún conserva intacta su lucidez. De hecho, el califa le sigue pidiendo consejo con frecuencia. Intentaré presentártelo después si se

tercia la ocasión.

Acto seguido, Banu Musa condujo a Theobald hasta el grupo del califa, y ambos ocuparon un sitio en silencio para no interrumpir el diálogo que estaba teniendo lugar.

—Pero si ignoramos la longitud de un estadio —decía Al-Mamún en ese momento—, ¿cómo podemos saber si Eratóstenes acertó o no en sus cálculos? —preguntó, dirigiéndose a todos y a ninguno en particular.

Pese a haberse incorporado tarde a la conversación, tanto Banu Musa como Theobald advirtieron enseguida que el debate giraba en torno al *Almagesto*, el tratado de astronomía más importante de la Antigüedad. En dicha obra, Ptolomeo recogía los cálculos del griego Eratóstenes, que había estimado en 252.000 estadios la circunferencia de la Tierra. Sin embargo, aquella medida no se correspondía con la unidad de longitud árabe. De ahí la duda que el califa planteaba.

—En la antigua Grecia, un estadio equivalía a seiscientos pies —apuntó uno de los eruditos presentes.

Aquella respuesta tan solo sirvió para encender aún más el debate, pues lo que ahora hacía falta determinar era la longitud exacta de un pie. Y ahí radicaba el mayor problema, ya que la medida de un pie había sido distinta en cada una de las polis griegas. En consecuencia, se hacía casi imposible dar con la solución.

Theobald asistió al intercambio de opiniones con gran interés. Además, casi de inmediato sintió hacia a Al-Mamún una gran admiración, al comprobar de primera mano que el máximo dirigente del mundo musulmán era un verdadero hombre ilustrado, y un genuino amante de la ciencia. ¿Cuántos gobernantes de las naciones cristianas de su tiempo podían decir lo mismo? ¿Cuántos de ellos se acercaban siquiera a su nivel de erudición?

—¿Qué opinas tú acerca de la cuestión, Ahmad? —inquirió el califa.

—Bueno, yo diría que el pie de Olimpia era el más usado —contestó Banu Musa—. Sin embargo, el pie era una unidad de medida igualmente popular en Egipto, donde tenía una longitud diferente, así que tampoco me atrevería a manifestarme con total rotundidad.

—Ya veo... —Al-Mamún se quedó pensativo durante unos instantes—. Pues ya que no tenemos forma de conocer la respuesta, propongo que nosotros mismos realicemos los cálculos para delimitar la circunferencia de la Tierra, emulando así a los antiguos griegos. Pero no hablo de hacer un simple cálculo teórico —puntualizó—, sino de realizar un experimento práctico para obtener el resultado más preciso posible.

Los eruditos que rodeaban al califa enmudecieron en el acto. Primero, porque todos sabían que cuando Al-Mamún proponía algo, en realidad se trataba de una orden encubierta que había que satisfacer. Y segundo, porque aquel supuesto experimento constituía todo un desafío desde el punto de vista científico, que de entrada no ofrecía una solución sencilla.

Banu Musa, sin duda el erudito más brillante de los que formaban parte de aquel grupo, puso su cerebro a trabajar a toda velocidad. Lo que Al-Mamún había pedido venía a significar que, tomando como referencia un cordel fijado en un punto determinado de la superficie del planeta, se pasara a continuación alrededor de toda su circunferencia hasta unir los dos extremos. La cuestión era cómo podía llevarse a cabo tal medición en la práctica, porque dar la vuelta al mundo, teniendo en cuenta las trabas que suponía la presencia de océanos y montañas a lo largo del recorrido, representaba un proyecto del todo punto imposible. Y la otra posibilidad que

también les permitiría resolver la incógnita matemática, consistente en excavar un túnel que atravesase la Tierra de un extremo a otro, resultaba aún menos viable que la anterior. Banu Musa intuía que tenía que haber una forma mucho más sencilla, pero necesitaba tiempo para pensar.

A la propuesta del califa le siguió un silencio tan incómodo como elocuente. Todos se miraban unos a otros, sin que a ninguno se le ocurriese nada útil que decir. Theobald se sintió tentado de intervenir, pero al tratarse de su primera vez en aquel tipo de encuentros, prefirió inclinarse sobre Banu Musa para susurrarle en voz baja:

—Creo que sé cómo podría hacerse. Si...

—Ahmad —interrumpió Al-Mamún—. Me temo que no tengo el gusto de conocer a tu invitado, ¿verdad?

—Es cierto, señor. Le presento a Theobald de Canterbury, un monje cristiano venido de Occidente. Es un excelente traductor y un gran astrónomo, que actualmente trabaja en la Casa de la Sabiduría.

—Ah, cuánto me complace ver que eruditos de todo el mundo acuden a Bagdad para poner su talento a mi servicio.

—Señor, para mí es todo un honor formar parte del movimiento cultural que tanto se está esforzando por recuperar el saber antiguo y llevarlo a cotas más altas.

Al-Mamún le dedicó a Theobald una mirada cargada de calidez.

—Pues bien, Theobald. ¿Por qué no compartes con nosotros lo que le estabas diciendo a mi ahijado?

Aunque algo intimidado por convertirse en el centro de atención, el monje benedictino procuró serenarse para exponer su idea con claridad.

—Yo creo que si medimos un grado de la esfera terrestre, ese dato bastaría para conocer la longitud de la circunferencia completa, dado que, como es bien conocido por todos, el firmamento tiene trescientos sesenta grados —explicó—. Para ello solo necesitaríamos un astrolabio, cierto material específico, y también un lugar que sea totalmente plano y de gran extensión.

—El desierto de Sinjar es una llanura completamente lisa y nivelada —apuntó un tercero.

—Un sitio así sería perfecto para el experimento —afirmó Theobald.

—Pero dinos, ¿de qué modo efectuaríais los cálculos? —pregunto Al-Mamún intrigado.

—Pues... Primero, habría que elegir un punto desde el cual medir la altitud de la estrella Polar. Luego se señalaría, por ejemplo, clavando una estaca en el suelo, y tomándolo como referencia, se caminaría en línea recta hacia el norte, sin desviarse a izquierda o derecha. Se irían realizando mediciones de vez en cuando, hasta dar con el lugar exacto en que la elevación de la estrella Polar se haya incrementado un grado. La distancia recorrida entre un punto y otro nos dará el valor que necesitamos para calcular la circunferencia total de la Tierra, y comparar así el resultado con el de Eratóstenes.

—Me parece una idea brillante —convino Banu Musa—. Yo solo añadiría que, para corroborar la primera medición, convendría repetir el experimento poniendo rumbo al sur.

—Bien pensado —agradeció Theobald—. Si ambas cifras coinciden, sabremos que son correctas.

En el rostro del califa se dibujó una elocuente sonrisa.

—Que así sea —dictaminó—. Ahmad, te pongo al frente de la misión científica descrita. Elige

a los agrimensores de tu mayor confianza y ocúpate de organizar la logística necesaria. Pondré a tu disposición todos los recursos materiales y humanos que precises, y ordenaré a Suleimán que prepare una caravana para transportarlos. Quiero que partas mañana mismo. ¿Entendido?

—Por supuesto, señor.

Banu Musa encontraba todo aquello demasiado precipitado, aunque ya estaba más que acostumbrado a las impulsivas decisiones del califa. Por otra parte, tampoco tenía alternativa. Cuando a uno de los hombres más poderosos del mundo se le antojaba conocer las dimensiones exactas de la Tierra, todo cuanto uno podía hacer era asentir y trabajar para satisfacer sus deseos.

Otro de los eruditos presentes carraspeó sonoramente, dando a entender que también tenía algo que decir.

—Con su permiso, señor, me gustaría advertirle de algo. Supongo que es consciente de que, tan pronto como se haga público el objetivo de esta misión científica, los ulemas más conservadores se rasgarán las vestiduras por el hecho de que el califa impulse la falsa y blasfema idea, de acuerdo con sus creencias, de que la Tierra es esférica y no plana como ellos sostienen.

—Precisamente por razones como esa me decidí a imponer la doctrina mutazilita —repuso Al-Mamún—. No podemos permitir que una visión fundamentalista del islam reprima por más tiempo el avance científico.

La respuesta de Al-Mamún dejaba muy clara su postura y no daba lugar a la réplica, por lo que continuaron discutiendo los detalles técnicos del proyecto en el que estaban a punto de embarcarse.

Subaya pernoctó en el atrio de la mezquita que habitualmente acogía a indigentes y mendigos.

Se despertó al amanecer sin apenas haber dormido, pero con ganas de ponerse de nuevo en marcha. Se gastó las últimas monedas que le quedaban en una galleta de arroz y algo de leche, consciente de que de ahí en adelante tendría que depender de la caridad de la gente para volver a comer algo. Esperaba que, por lo menos, aquella situación no se prolongase más allá de uno o dos días.

Después de desayunar se desplazó hasta el palacio del califa y se situó en las inmediaciones de la puerta principal, a una distancia prudencial desde la cual los centinelas no advirtiesen su presencia. Su plan consistía en vigilar a la gente que entraba y salía, con la esperanza de reconocer a alguien que pudiese ayudarle a contactar con el califa. No obstante, hallar a la persona que cumpliese con los requisitos necesarios no iba a resultarle tarea fácil.

Pasado el mediodía, Subaya se mordía las uñas llevada por la desesperación. A la mayoría de los que atravesaban la verja no los había visto nunca, y cuando por fin reconocía una cara, o bien se trataba de un vulgar sirviente que no tenía la menor posibilidad de acceder al califa, o bien de una figura destacada en la corte que no le inspiraba la suficiente confianza como para darle el mensaje que quería hacerle llegar a Al-Mamún.

Al caer la noche, Subaya decidió dejarlo por aquella jornada. Tenía hambre y frío, y por dentro la embargaba una gran desolación. Ninguno de los que habían entrado o salido del palacio se ajustaba al perfil que buscaba. Con todo, trató de insuflarse ánimos. Al día siguiente volvería a intentarlo y quizá entonces tuviese la suerte de su lado.

De regreso a la mezquita, Subaya se arrepintió de haberse quedado hasta tan tarde esperando a que apareciese la persona adecuada. Andar sola de noche por las calles de Bagdad era muy poco recomendable para una mujer como ella, que podía convertirse en blanco fácil para delincuentes y depravados. Por eso, cada vez que se cruzaba con algún hombre, y más aún cuando iban varios, agachaba la cabeza y se encogía presa del pánico al pasar por su lado. Subaya se recriminó a sí misma por haber sido tan imprudente y haberse expuesto a un riesgo tan innecesario, y se juró que la próxima vez tendría más cuidado.

Cuando estuvo a unos pasos de la mezquita pudo por fin respirar tranquila, pues se sabía segura detrás de sus muros. Fue entonces cuando se fijó en un individuo que transitaba por el lado opuesto de la calle. La visión solo duró unos segundos, porque enseguida el hombre dobló una esquina. Con todo, estaba segura de conocerlo de algo. La oscuridad de la noche —pese a que había luna llena— y la distancia, no le habían dejado ver bien sus rasgos. Pero el hecho de que el hombre fuese calvo y que al mismo tiempo luciese una frondosa barba rizada le confería una apariencia muy poco usual.

Subaya siguió adelante hasta que, de repente, el esquivo recuerdo acudió a su mente como un fogonazo. ¡Era Abu Haidar, el poeta de la corte! Lo recordaba perfectamente porque durante la época en la que ella había pertenecido al harén de Al-Mamún, este le había encumbrado como su poeta favorito. ¿Qué mejor candidato para pedirle el favor que necesitaba? Siempre habían mantenido una buena relación, y pese al tiempo transcurrido, estaba convencida de que no la

habría olvidado. Desde luego, merecía la pena intentarlo.

Sin vacilar un segundo, Subaya tomó el mismo camino que el poeta. ¡Tenía que alcanzarlo antes de que se le escapase! Cuando dio la vuelta a la esquina, lo vio un instante justo antes de que girase a la derecha y enfilase la siguiente calle. Le llevaba demasiada ventaja, de modo que Subaya aceleró el paso. También podía haber gritado, pero no quería llamar la atención, y menos a esas horas de la noche.

Lo siguió a lo largo de tres calles, y cuando ya casi le pisaba los talones, volvió a perderle de vista después de que entrase en una vivienda, semejante a las muchas que abundaban en aquel barrio.

Subaya se detuvo sin tener muy claro lo que hacer a continuación. ¿Debía llamar a la puerta sin más y preguntar por Abu Haidar, a medianoche y en un lugar que no conocía de nada? No parecía prudente, ni tampoco lo más aconsejable. Además, si abordaba al poeta en un momento inoportuno o realizando alguna actividad poco apropiada —y a Subaya se le ocurrían unas cuantas—, se arriesgaba a que este se negase a ayudarla. La presencia de un cortesano tan reputado en aquel insignificante barrio no dejaba de resultar extraña, la verdad. También podía volver a la mañana siguiente para preguntar por el poeta, y si para entonces ya no se encontraba allí, al menos podía dejarle un aviso de que lo estaba buscando.

Al final, la resolución al dilema le vino dada por una eventualidad ajena a su discurrir interior. Del fondo de la calle, donde la negrura nocturna confluía con la chisporroteante luz de una antorcha lejana, emergió un grupo de hombres que se dirigía hacia ella. Eran cuatro y a juzgar por las lascivas consignas que coreaban, parecían estar muy borrachos. Al verla, uno de ellos la señaló con el dedo e hizo un gesto obsceno con la mano. Subaya no se quedó a averiguar si aquellos tipos suponían o no un peligro real. Rápidamente se giró y regresó sobre sus pasos para ponerse a salvo cuanto antes bajo el atrio de la mezquita musulmana.

Pese a las adversidades, Subaya se durmió aquella noche con cierto optimismo. Si al día siguiente localizaba a Abu Haidar, se hallaría un poco más cerca de lograr su objetivo.

Cuando los primeros destellos del alba desterraron la oscuridad tendida sobre las dunas del desierto, arrancando al mismo tiempo reflejos de luz al horizonte de cúpulas y minaretes de la capital del imperio, en la zona noble de la ciudad se ultimaban los detalles de la caravana que aquella misma mañana partiría por orden directa del califa.

Tratándose de una misión científica, la caravana no era excesivamente numerosa, pues la conformaban una docena de agrimensores y eruditos, un puñado de camelleros, guardias, y el personal del servicio. En total, no más de medio centenar de personas.

Las bestias de carga acarreaban interminables rollos de cuerda, estacas e instrumentos de medición, además de las tiendas donde pasar la noche. Banu Musa se hallaba al frente de esta singular expedición, que pondría rumbo al desierto de Sinjar con el objetivo de calcular la circunferencia de la Tierra y satisfacer así la petición de Al-Mamún.

Pese a tratarse de una hora tan temprana, Suleimán también estaba presente, pues había querido ocuparse personalmente de revisar los preparativos de la caravana.

—Creo que no falta nada —dijo a modo de conclusión.

—Gracias —repuso Banu Musa—. Soy consciente de que has dispuesto de muy poco tiempo

para organizarlo todo.

—Estoy acostumbrado. Son muchos años al servicio de Al-Mamún, y ya sé lo impulsivo que puede llegar a ser algunas veces. —Y finalmente añadió—: Lleváis provisiones para unos veinte días.

—Más que suficiente. No creo que el experimento nos lleve más de dos semanas.

—Bien, yo me vuelvo al palacio, tengo mucho trabajo que hacer. Que Alá te bendiga y te acompañe. Buen viaje.

Banu Musa observó marchar a Suleimán, y ensilló su camello mientras los caravaneros terminaban de preparar la carga. Se disponía a montar cuando advirtió que una mujer le hacía señas desde lejos. Banu Musa miró a su alrededor para asegurarse de que era a él a quien llamaba. La joven vestía unos pantalones anchos ceñidos en los tobillos, una sencilla túnica de lino blanco y un hiyab que la protegía de las miradas. Por su atuendo, no se distinguía en nada de cualquier otra mujer local.

Se acercó cautelosamente y, tan pronto como pudo fijarse en los ojos de la muchacha, almendrados y de largas pestañas, la reconoció sin el menor asomo de duda.

—¡Amina!

—¡Ssssh, calla! No pronuncies mi nombre en voz alta, por favor. Podrían descubrirme.

Banu Musa bajó el tono de voz.

—¿Cómo se te ha ocurrido escapar? ¿Eres consciente del revuelo que se ha formado con tu desaparición?

—Sé que todo esto es una locura, pero pensé que tú me entenderías. ¡Mi padre quiere que me case con Kumarag!

—A mí tampoco me agrada la idea, pero eres la sobrina del califa, ¿recuerdas? Tu posición te obliga a ciertas cosas...

—No es justo. Además de viejo, Kumarag ya tiene otras dos esposas. ¡Por no mencionar que ni siquiera le conozco! —La mirada de Amina centelleaba de rabia—. ¿Es que mi opinión no cuenta? ¡Es mi destino lo que está en juego!

Banu Musa empatizaba con ella, desde luego, pero no estaba seguro de que hubiese tomado la mejor decisión.

—Estoy de acuerdo contigo. Solo digo que fugarte no es la solución. ¿Dónde te ocultas?

—En una modesta posada de la que apenas me atrevo a salir. Solo lo hago por las noches, cuando me transformo en Mahsati y actúo en la taberna habitual.

Banu Musa negó con la cabeza en actitud pesimista.

—Me temo que antes o después te encontrarán. Solo es cuestión de tiempo.

—Lo sé, por eso quería pedirte que me ayudaras... Llévame contigo en la caravana.

—¿Qué!?

—Necesito alejarme de Bagdad hasta que las cosas se calmen un poco y la intensidad de la búsqueda decaiga.

—¿Sabes lo que me estás pidiendo?

—Siento ponerte en una situación tan delicada, pero no me queda otra opción...

—Todo esto es un disparate. Además, ¿cómo te has enterado de que iba a hacer este viaje?

—Una sirvienta del palacio de mi padre me mantiene informada de todo lo que pasa. Me conoce desde que nací y sé que jamás me traicionaría.

Agobiado por los nervios, Banu Musa comenzó a dar golpecitos en el suelo con la planta del pie. Su parte racional le decía que no se involucrase en aquel asunto, que se metería en un buen lío como se enteraran de que la había encubierto, mientras que su corazón le decía todo lo contrario. Lo quisiera o no, seguía muy enamorado de Amina.

—Está bien... —concluyó—. Dejaré que te unas a la caravana. Pero tendrás que hacerte pasar por sirvienta para no levantar sospechas.

—Por supuesto. Haré lo que sea.

—Con suerte, ayudarás a las cocineras. No es un trabajo difícil.

—¡Gracias, Ahmad! No sé cómo agradecértelo.

Banu Musa le dedicó una larga y sentida mirada.

—Tú procura que nadie te descubra, por el bien de los dos... Pero sobre todo ve pensando en qué harás cuando estemos de vuelta. No puedes pasarte toda la vida huyendo de tu familia.

—Tampoco quiero que me utilicen como moneda de cambio para solventar un problema político.

—Bueno, ya veremos lo que ocurre. Ahora sígueme. Daré instrucciones para que te asignen un lugar en la caravana.

Theobald había acudido una vez más a casa de Fadhila, para poner en común los avances que cada uno había hecho para tratar de salvar a Al-Mursi.

Fadhila se sentía particularmente optimista después de que Theobald le contara lo de los dos ministros del consejo asesinados de la misma forma que su marido. Aquello por sí solo ya probaba la inocencia de su padre. No obstante, la *shurta* se empeñaba en sostener lo contrario, alegando que no existía la menor conexión entre los dos casos. En consecuencia, a Theobald y Fadhila no les quedaba más remedio que seguir investigando.

Su principal sospechoso continuaba siendo Istifán, sobre todo después de la frialdad con que había contestado a las preguntas de Theobald y lo irascible que se había mostrado en determinados momentos.

Sin embargo, entre ellos mismos no se ponían de acuerdo. Fadhila sostenía que la actitud del socio de su padre no hacía más que reafirmarla en su convicción de que era a él a quien buscaban. En cambio, Theobald sostenía que el hecho de que el comerciante zoroastriano se estuviera aprovechando de la situación en su propio beneficio, no le convertía en culpable de asesinato. Más aún cuando tampoco había forma de relacionarle con las muertes de los dos consejeros. Por tanto, si querían acusarle, necesitarían algo más que meras conjeturas...

No obstante, quizá eso estuviese a punto de cambiar, pues Fadhila estaba deseando compartir con Theobald una novedad que, según ella, hablaba en favor de su hipótesis.

—Está bien, cuéntamelo ya —dijo el monje.

—Verás, estos días he estado revisando de nuevo las cuentas del negocio de mi padre, en especial el capítulo de los gastos. Pues bien, he descubierto algo muy interesante. Todos los meses pagamos el alquiler de varios inmuebles vinculados a la actividad de la empresa, principalmente almacenes, y también alguna fábrica. Es lógico. El papel que producimos tiene que guardarse en algún sitio. —Fadhila hizo una pequeña pausa para ordenar sus ideas—. Lo que se me había pasado por alto hasta ahora es que uno de esos inmuebles se trata de una vivienda situada en un barrio residencial.

—¿Y qué hay de raro en eso?

—Como te he dicho, la mayoría de los alquileres se corresponden con almacenes situados en las afueras. Y como no se me ocurrió ningún motivo por el cual la empresa necesitaría arrendar una vivienda, fui a ver a mi padre para preguntarle.

—¿Y qué te dijo?

—Que Istifán, por su cuenta, arrendó esa casa hace varios años sin comunicárselo. El importe de la renta era tan bajo que confiaba en que el gasto pasase inadvertido.

—Pero Al-Mursi se acabó dando cuenta... —dedujo Theobald.

—Sí. Y cuando le pidió a Istifán explicaciones, este argumentó que necesitaba un lugar donde quedarse en Bagdad cuando estaba de paso, pero aquello no tenía sentido. ¿Para qué tener una vivienda alquilada todo el tiempo, si él tan solo paraba en la ciudad cinco o seis veces al año, por apenas unos días? En cualquier caso, si quería darse el capricho, que estaba en todo su derecho, que lo pagase con su propio dinero, no con cargo a los fondos del negocio, ¿no?

—¿Y cómo acabó la historia?

—Istifán dijo que así lo haría...

—... Y al final nunca lo hizo, ¿me equivoco?

—No. Mi padre lo dejó correr... A fin de cuentas, aquel alquiler representaba un gasto insignificante y por aquellas fechas ya habían comenzado a surgir las primeras tensiones entre ambos. Insistir en aquel asunto solo serviría para aumentar la tensión.

—Ya veo...

—Pero eso es lo de menos. Lo que no consigo explicarme es para qué quiere Istifán esa casa. ¿No te parece extraño?

—Mucho, y más teniendo en cuenta que el propio Istifán me dijo el otro día que se alojaba en un caravasar.

Fadhila abrió entonces un estuche de madera y sacó un objeto plateado.

—Lo bueno es que he conseguido la llave —anunció agitándola en el aire con una sonrisa traviesa—. Mi padre me dijo dónde encontrarla. ¿No crees que deberíamos ir allí y registrar el lugar? Por intentarlo, no perdemos nada.

—Podría ser peligroso. ¿No lo has pensado? Sobre todo si Istifán es realmente el asesino, como tú misma sostienes.

—Tendremos cuidado.

—Deja que vaya yo primero y eche un vistazo. Y, si compruebo que es seguro, volveré a buscarte.

Fadhila frunció el ceño y apretó la llave con fuerza, como negándose a soltarla. La propuesta del monje no la convencía.

—Si vamos los dos y pasa lo peor... ninguno regresará para contarlo —insistió Theobald—. Es mejor que tú te quedes aquí por si me ocurriese algo malo. ¿De acuerdo?

A regañadientes, Fadhila asintió con la cabeza.

—Está bien —concedió—. ¿Y cuándo irás?

—Creo que esta misma tarde. A mí también me ha entrado la curiosidad.

La vivienda alquilada por Istifán se hallaba en el barrio de Muhaval, un vecindario de clase media bien cuidado y repleto de fuentes y palmerales, al que Theobald encaminó sus pasos decidido a seguir aquella pista. Fadhila le había proporcionado la dirección, por lo que Theobald llegó a su destino sin la menor dificultad.

Visto desde fuera, el inmueble daba la impresión de que no estaba habitado. La fachada lucía algo sucia y las celosías de las ventanas estaban cerradas a cal y canto. Las casas vecinas, en cambio, reflejaban todo lo contrario, y no cabía duda alguna de que acogían vida en su interior.

Theobald llamó a la puerta dando un par de golpes con los nudillos. Aunque tenía la llave, debía actuar con prudencia, no quería correr ningún riesgo innecesario. Como nadie contestaba, volvió a llamar de nuevo; así hasta cuatro veces. Solo entonces se convenció de que no había nadie dentro.

La llave encajó en la cerradura a la perfección y, tras hacerla girar suavemente, la puerta se abrió murmurando un quejido. Los rayos de sol taladraron la oscuridad que reinaba en el interior. El monje se adentró en él y lo primero que hizo fue abrir los postigos de las ventanas para dejar entrar la luz. Las sombras adheridas a los rincones se disiparon y la claridad se extendió por toda

la estancia como una mancha de aceite.

Theobald respiró aliviado al comprobar que no acechaba ninguna amenaza. A continuación, cerró la puerta tras de sí y miró a su alrededor. El salón presentaba un aspecto bastante desangelado. El escaso mobiliario aparecía cubierto por una fina capa de polvo que ilustraba que no se limpiaba con demasiada frecuencia. Tan solo destacaba una estantería llena de libros pulcramente encuadernados. Al acercarse a leer los títulos, vio que en su mayoría eran obras de ciencia y filosofía, aunque tampoco faltaba un Corán de tapas muy gruesas. Theobald lo cogió y le dio una rápida ojeada. Por supuesto, el monje conocía el libro sagrado del islam casi tanto como la biblia cristiana. El ejemplar en cuestión incluía comentarios de una de las principales escuelas islámicas.

Contiguo al salón ese encontraba la única otra pieza de la vivienda, un aposento despojado de toda ornamentación y en el que solo había un maltrecho lecho de paja. Por lo demás, la casa olía a cerrado y era bastante pequeña. A Theobald le daba la sensación de que se trataba de un lugar impostado, algo así como el escenario de una obra de teatro. Desde luego, Istifán no se quedaba allí a dormir cuando estaba de paso en la ciudad. Todo lo más, podía servirle como sitio donde mantener encuentros de carácter privado, pero ni para eso parecía tener utilidad.

La pregunta principal, por tanto, continuaba sin contestar. ¿Para qué habría alquilado Istifán aquella vivienda, y por qué se había empeñado en mantenerla durante años si no le daba uso?

Theobald atravesó de nuevo el salón, con intención de marcharse. Fue entonces cuando reparó en que sus pasos sonaban huecos cuando pasaba por encima de la única alfombra que adornaba el suelo de madera. Extrañado, la retiró. Debajo se perfilaba el contorno de una compuerta, deliberadamente escondida. Animado por el hallazgo, Theobald tiró de la compuerta y esta se abrió hacia afuera como la tapa de un baúl. Los primeros peldaños de una escalera quedaron a la vista, mientras el resto se perdía en un pozo de negrura. Iba a necesitar luz artificial para poder bajar allí.

Se fijó en que sobre la estantería reposaba una lámpara de aceite, que evidentemente no podía estar allí por casualidad. Theobald la encendió y, tras aproximarla a la abertura, logró distinguir una cámara subterránea más amplia de lo que en un principio podía imaginar. Un estremecimiento le sacudió todo el cuerpo, pero la curiosidad pudo más que el miedo. No podía irse de aquella casa sin antes inspeccionar aquel misterioso lugar.

El monje descendió con cuidado por la escalerilla, sosteniendo en alto el candil que proyectaba una claridad flotante que desvelaba los contornos imprecisos de techo y paredes. La cámara subterránea se erguía sobre columnas lisas y muros desprovistos de aderezos que trepaban hasta el artesonado de madera.

Se quedó boquiabierto ante las dimensiones de aquella sala, pues superaban con creces las de la vivienda que se alzaba sobre ella. El lugar era tan diáfano como parco en mobiliario. Más allá de un enorme pebetero con restos de ceniza, solo había un armario y algunos incensarios dispuestos en las esquinas. Al acercarse a uno de ellos, su olfato registró el leve remanente de una exquisita fragancia cuyo olor identificó de inmediato. ¡Perfume de ámbar gris! ¡La misma que había desprendido el individuo que había entrado y salido de la Casa de la Sabiduría a la hora en que el crimen del calígrafo se había cometido!

Acto seguido, Theobald se dirigió hacia el armario para proseguir con su inspección. Lo abrió y comprobó que contenía un lote de esterillas, varias antorchas y algunos frascos de vidrio.

Volvió a cerrarlo y, al girarse, reparó en que a escasa distancia se alzaba una cortina que llegaba hasta el suelo. El oscuro color de la tela había provocado que a primera vista le hubiese pasado inadvertida, pero ahora que había reparado en ella, sintió un ramalazo de temor. Aquel constituía un rincón idóneo donde esconderse. ¿Y si después de todo no se encontraba tan solo como creía?

Theobald se sacudió aquel irracional miedo de encima y descorrió la cortina de un tirón. Detrás no había nadie. Probablemente, aquel hueco solo hacía las funciones de vestidor. Al menos no se le ocurría ninguna otra utilidad.

Antes de volver al piso superior, Theobald exploró por última vez la estancia, deteniéndose en el armario al que antes tan solo le había echado un breve vistazo. Aquel era el único sitio susceptible de guardar algo de valor.

Una inspección más minuciosa le permitió descubrir un cajón oculto en la parte inferior, casi imposible de detectar porque se habían usado molduras decorativas para disimular las uniones. El monje abrió el cajón y comprobó que estaba lleno de pergaminos enrollados. Dejó el candil en el suelo y comenzó a examinarlos verdaderamente intrigado, constatando enseguida que contenían textos del Corán.

Al principio no le dio al hallazgo demasiada importancia, hasta que, tras analizar los pliegos con mayor atención, se dio cuenta de que podía encontrarse ante los fragmentos más arcaicos que se conservaban de las escrituras sagradas musulmanas. Los pergaminos, visiblemente deteriorados por el paso del tiempo, eran de piel de cabra y estaban escritos en hiyazí, una grafía árabe temprana. Podían tener, por tanto, más de doscientos años de antigüedad y haber sido redactados muy poco tiempo después de la muerte de Mahoma.

Pero su sorpresa inicial no fue nada comparada con la que se llevó tras leer su contenido.

La transcripción de los suras que allí aparecían no coincidía con la redacción del Corán oficial fijado por la tradición. Y, lejos de tratarse de una divergencia superficial, afectaba en parte al núcleo esencial de la religión musulmana.

Específicamente, el Corán establecía que los profetas más destacados que precedieron la llegada de Mahoma —considerado como el más importante, tanto por ser el último como por haber recibido la doctrina de la revelación—, fueron Noé, Moisés, Abraham y Jesucristo. Sin embargo, en el texto recogido en aquellos pergaminos, figuraba un nombre más que la versión canónica no recogía: Zoroastro, el profeta fundador del zoroastrismo, la religión del antiguo imperio persa.

Tras la conmoción inicial, Theobald se dio cuenta de que el reconocimiento de Zoroastro como uno de los profetas enviado por Alá para guiar a la humanidad hasta la llegada de Mahoma, lejos de ser algo insólito, estaba lleno de sentido. Para un experto en la materia como Theobald, resultaba innegable que el zoroastrismo había influido en el judaísmo, el cristianismo y el islam, con los cuales compartía similares principios. Zoroastro había introducido por primera vez conceptos que luego se verían reflejados en las grandes religiones citadas, como la inmortalidad del alma, la creencia en cielo e infierno, la lucha entre el bien y el mal, y el juicio final o apocalipsis.

Theobald fue desenrollando un pergamino tras otro y examinando su contenido. Pronto constató que en su conjunto conformaban un Corán completo, que incluía un capítulo inédito dedicado al profeta Zoroastro, además de algunas referencias puntuales salpicadas a lo largo de todo el texto. El asunto era infinitamente más grave de lo que se había imaginado. ¿Qué

consecuencias podrían derivarse de aquellos textos inéditos, si aquella información viese la luz?

Había de tener muy presente que, en sus orígenes, los textos sagrados del islam habían sido objeto de una fuerte controversia.

El Corán, considerado como el fruto de las revelaciones que el arcángel Gabriel le había dictado a Mahoma, al principio se difundió de memoria entre sus discípulos. Con el tiempo, sin embargo, estos comenzaron a anotar por escrito algunos pasajes en distintos materiales, como piedras, fragmentos de cerámica, huesos planos y, en el mejor de los casos, hojas de papiro. Pero la versión final, recogida en forma de libro, no se completó hasta el año 650 d. C., unos veinte años después de la muerte del Profeta.

Dicha versión se redactó por orden del califa Otmán —el tercero de los cuatro califas ortodoxos o bien guiados—, para unificar así las distintas versiones que circulaban desde la muerte de Mahoma, confiriéndole desde ese momento al texto la forma definitiva que quedaría para la posteridad. No obstante, sus rivales le acusaron de manipular el texto para favorecer los intereses de la tribu de los Quraysh, en detrimento de otras facciones. Ante los reproches, el califa Otmán actuó aún con más firmeza y, a efectos de fijar la versión definitiva del Corán y elevar así a rango de dogma el carácter único y acabado del texto en cuestión, ordenó destruir todas versiones alternativas que existían, consideradas apócrifas desde entonces.

Aunque aquel proceso de destrucción se llevó a cabo con extraordinaria efectividad, en una época posterior, el califa Marwan I de la dinastía omeya, informado de que aún circulaban versiones que ponían en tela de juicio el Corán fijado por Otmán, se ocupó de hacer desaparecer los últimos vestigios de aquellos ejemplares que pese a todo habían sobrevivido. O al menos, eso era lo que se creía, por cuanto los pergaminos que por casualidad Theobald había encontrado constituían la prueba más evidente de que todavía se conservaban algunos ejemplares que habían logrado salvarse.

Perfectamente consciente de la gravedad de aquel asunto, Theobald volvió a dejar los pergaminos en su sitio como si le quemasen entre los dedos. El corazón le latía con tanta fuerza que amenazaba con salirse del pecho. Aquella versión alternativa al Corán establecido era tan peligrosa que, puesta en según qué manos, su sola existencia podía hacer tambalear los cimientos del islam y provocar una revolución sin precedentes.

Visiblemente afectado, Theobald lo dejó todo como estaba y se apresuró a marcharse de allí lo antes posible.

Mientras ascendía por la escalerilla, no dejaba de darle vueltas a todo lo que había descubierto, sin que hasta el momento hubiese podido sacar nada en claro. Pero lo más inmediato ahora era abandonar aquel lugar cuanto antes, pues no tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba allí abajo. La lectura de los pergaminos le había hecho perder la noción del tiempo.

Theobald emergió al salón de la vivienda, cerró la trampilla que conducía a la cámara subterránea y la cubrió de nuevo con la alfombra. Del mismo modo, depositó la lámpara donde estaba y revisó con la mirada que todo estuviese ordenado, tal y como lo encontró. Nadie debía advertir que había estado allí.

Justo en ese momento llamaron a la puerta.

Theobald dio un respingo y se quedó petrificado. Acababa de acordarse de que no había cerrado la puerta con llave cuando entró. Un error que podía costarle caro. Quienquiera que fuese, solo tenía que girar el pomo de la puerta para sorprenderle en el interior de la casa.

Dos nuevos golpes en la madera lo sacaron de su parálisis. Tenía que hacer algo antes de que fuese demasiado tarde. Rápidamente se escondió en el dormitorio. No tenía otra alternativa, en el salón no había ningún sitio donde ocultarse. Con suerte, la persona que llamaba se marcharía al ver que no contestaba nadie.

Pero no fue eso lo que ocurrió.

La puerta se abrió y Theobald sintió que las pulsaciones se le disparaban. Alguien había entrado en la casa. Podía escuchar claramente su respiración y sentir sus pisadas en el suelo de madera. El monje rezó para que no se asomase al dormitorio, porque si lo hacía, lo descubriría allí sin que pudiese hacer nada por evitarlo.

Lentamente, los pasos se fueron acercando hacia donde él se hallaba. Cada vez sonaban con más fuerza, la distancia se reducía cada segundo que pasaba... Hasta que, de repente, Theobald se vio cara a cara con la última persona con la que jamás habría esperado encontrarse...

Se despertó importunada por la primera luz del amanecer, y se envolvió de nuevo en la vieja manta para intentar conciliar el sueño. Por desgracia para ella, le fue imposible conseguirlo, porque bajo el atrio de la mezquita dormían también numerosos indigentes que muy pronto comenzaron a hacer ruido.

Subaya había dormido todavía peor que la noche anterior y se había levantado aún más hambrienta. Desde su llegada a Bagdad apenas había comido, no había descansado más que lo justo para no caer desfallecida. Por fortuna, se enteró de que el imán ofrecía un plato de comida a cambio de ayuda para limpiar las instalaciones del templo. Así que no lo dudó un segundo y se dedicó a barrer los suelos durante buena parte de la mañana. Solo entonces se hizo acreedora del provechoso desayuno que su cuerpo tanto necesitaba: pan, queso y un puñado de dátiles.

Después se centró de nuevo en el objetivo que la había llevado hasta allí: convencer a Al-Mamún para que utilizase todos sus recursos para encontrar a Yabir. Llegar hasta el califa no resultaba tarea fácil, como había podido comprobar, por lo que necesitaba de alguien que le transmitiese el mensaje. Y Abu Haidar, con quien se había cruzado de regreso a la mezquita, se había convertido en su mejor candidato.

Subaya se puso en marcha en dirección a la casa en la que el poeta había entrado la noche anterior. Con un poco de suerte, todavía seguiría allí, y si no, por lo menos podría dejarle un aviso.

El plan, que tan sencillo parecía en un principio, se complicó cuando se dio cuenta de que no recordaba el camino con exactitud. Había seguido al poeta con tanta urgencia, que apenas se había fijado en el recorrido. Además, las calles parecían completamente distintas a plena luz del día, al estar llenas de vida. Con todo, Subaya no perdió la calma y trató de orientarse lo mejor que pudo. Cuando cometía un error no se martirizaba, sino simplemente volvía a retroceder hasta dar con el camino correcto. Tenía todo el tiempo del mundo.

La situación dio un giro inesperado cuando, al volverse una de las veces, advirtió que alguien la observaba en la distancia camuflado entre la multitud. Y no se trataba de cualquiera. ¡Era el mismo guardia de palacio que ya la había seguido el otro día!

Subaya intuyó de inmediato que estaba en peligro. Sin embargo, debía continuar actuando con calma para no alertar a su perseguidor. En la siguiente esquina, se desvió del rumbo que llevaba y se adentró en una callejuela escasamente transitada, con la firme idea en la cabeza de librarse del centinela tan pronto como se le presentase la ocasión. Y, por primera vez en mucho tiempo, sintió que la suerte jugaba a su favor. Subaya se tropezó con la nutrida comitiva de un funeral, de la que se sirvió para despistar al dichoso guardia entre la multitud.

O eso creyó, pues cuando ya respiraba aliviada, de repente sintió que una mano la agarraba del brazo. El centinela había sido más listo que ella, y, como aparecido de la nada, había logrado sorprenderla cuando menos lo esperaba.

—¿Qué quieres?! —exclamó Subaya—. ¡Suéltame ahora mismo!

Hamid dejó traslucir una sonrisa cargada de satisfacción. Atraído por la promesa de un rápido ascenso en su carrera militar, así como por la recompensa de quinientos dinares, el ambicioso centinela se había empleado a fondo para satisfacer la petición de Suleimán.

—No. Tú te vas a venir conmigo —ordenó tirando de ella—. Estás arrestada.

—¿Por qué?! ¡Yo no he hecho nada!

Hamid ignoró las protestas de Subaya y la arrastró consigo por la avenida principal. Tenía que buscar un sitio apartado de ojos curiosos, no podía matarla en mitad de la calle delante de decenas de testigos.

—¿Adónde me llevas? Por aquí no se va al palacio.

—Cállate de una vez, si no quieres que me enfade. Tan solo voy a hacerte unas preguntas. Luego te dejaré marchar —mintió Hamid.

El hombre condujo a Subaya al barrio de los libreros, donde las calles estaban repletas de pequeñas mesas de caballete sobre las cuales se exponían un sinnúmero de manuscritos que los clientes podían hojear con libertad. Subaya había dejado de ofrecer resistencia y permanecía a la expectativa de lo que ocurriese. Si su captor se confiaba, poco a poco bajaría la guardia bajo la falsa ilusión de que lo tenía todo controlado.

Al cabo de un rato, Hamid se detuvo frente a un portal en el que radicaba un pequeño comercio de utensilios de escritura que pertenecía a un íntimo amigo suyo.

—¡Adentro! —profirió empujándola al interior.

Un mostrador cubierto con un tapiz bordado presidía el modesto negocio, que ofrecía diferentes tipos de papel, cálamos, tinta y cola de encuadernar. El establecimiento se hallaba vacío, salvo por la presencia del dependiente situado tras el mostrador, un hombrecillo delgadito de aspecto inofensivo. Hamid le lanzó una mirada y, sin necesidad de pronunciar palabra, su amigo retiró a toda prisa una pesada cortina que conducía a la trastienda del local.

Lo inusual de la situación puso a Subaya en alerta de inmediato. O mucho se equivocaba, o aquel guardia se proponía violarla... o puede que algo mucho peor.

Nada más cruzar el umbral de la puerta, Subaya le mordió la mano con tanta fuerza que le hizo aullar de dolor. Hamid la soltó en el acto y fijó sus ojos en la herida, de la que ya brotaba un reguero de sangre.

—¡Zorra! —gritó.

Subaya miró a su alrededor y, a la luz de la única ventana de la estancia, distinguió una tetera de metal que reposaba sobre una mesa. Sin pensarlo, la cogió y se la estrelló en la cabeza cuando Hamid todavía se lamentaba del feroz bocado.

El impacto en el hueso parietal del cráneo le hizo perder el equilibrio y Hamid se precipitó al suelo sin poder evitarlo. Subaya abandonó la trastienda, chocándose en su urgencia con el dueño de la tienda, al que apartó de un manotazo. Ya en el exterior, emprendió la carrera para huir cuanto antes de allí.

Durante su huida, Subaya esquivó camellos y transeúntes por igual, y tomó tantas desviaciones como pudo para evitar que la siguiesen. Veinte minutos más tarde se detuvo. Le faltaba el resuello, pero estaba segura de haber perdido de vista al centinela. A partir de ahí prefirió aminorar el paso con el fin de no llamar la atención. Poco después se refugió en la primera biblioteca pública que encontró, de la que no se movió hasta bien entrada la tarde.

Al salir, en primer lugar se cercioró de que efectivamente no la había seguido nadie. Después, volvió a dirigir sus pasos hacia la casa donde el poeta se había refugiado la noche anterior. De nuevo tuvo que darse una buena caminata hasta regresar al barrio en cuestión, pero una vez allí, no le costó demasiado dar con la vivienda que buscaba.

Subaya llamó a la puerta y aguardó un buen rato. Como nadie le abría, probó ella misma a girar el picaporte y, para su sorpresa, se encontró con que la puerta no estaba cerrada con llave.

Subaya recorrió muy despacio la estancia principal sin atreverse a romper el silencio imperante. El lugar daba la impresión de hallarse abandonado. La sala comunicaba con una habitación que constituía la única otra pieza de la casa. Subaya se asomó, convencida de que tampoco habría nadie... Pero se equivocaba.

Un hombre se ocultaba en su interior.

En un primer momento se asustó porque no se lo esperaba. Sin embargo, el miedo se transformó en incredulidad en cuanto reconoció al individuo que tenía delante, que a su vez la miraba a ella con idéntica expresión de asombro. ¡Era el monje cristiano con quien había viajado en la caravana que se dirigía a Bagdad!

—¿Theobald? —dijo al fin tras hacer un esfuerzo por recordar su nombre.

—¡Subaya! ¿De verdad eres tú? —Theobald se sacudió de encima los nervios que le habían paralizado, y trató de comprender cómo era posible que aquella extraordinaria coincidencia se hubiese producido—. ¿Qué estás haciendo aquí? No, espera, será mejor que empieces por el principio. ¿Qué ocurrió en el caravasar de Kufa? Yabir y tú desaparecisteis de pronto sin dejar rastro, y la caravana tuvo que reanudar la marcha sin vosotros.

Subaya reprimió las ganas de llorar al rememorar aquel episodio.

—Es una larga historia... —murmuró.

Y a continuación, le detalló todo por lo que había pasado: el secuestro de su hijo, la agresión que casi acaba con su vida, y su largo proceso de convalecencia en Kufa hasta que logró recuperarse.

—Lo siento muchísimo —dijo Theobald—. Ha debido de ser horrible.

—Lo peor de todo ha sido ver pasar los días sin saber nada de mi hijo. Y ya hace tanto tiempo desde que se lo llevaron, que podría estar en cualquier sitio. Por eso me he propuesto pedirle ayuda al califa. A estas alturas, solo alguien de su poder sería capaz de encontrarlo.

—¿En serio? No te ofendas, pero no creo que a Al-Mamún le interesen tus problemas. ¿Por qué habría de escucharte siquiera?

Subaya bajó la mirada.

—Hay... hay algo que no te dije cuando nos conocimos —confesó—. No siempre he vivido entre los beduinos como te di a entender. Antes yo tenía una vida muy distinta.

Theobald no se sorprendió.

—Siempre me pareciste demasiado culta para ser una simple nómada del desierto.

—Hace una década yo vivía en Bagdad y era una de las concubinas del califa. Durante un tiempo, el hombre más poderoso de esta parte del mundo estuvo enamorado de mí. Por eso sé que si ahora le pido ayuda, no me la negará. —Subaya completó su relato explicando que llegar hasta Al-Mamún iba a resultarle mucho más difícil de lo que se había imaginado, pues los guardias de palacio no solo le habían denegado la entrada, sino que habían intentado detenerla con oscuras intenciones.

—¿Y qué haces aquí? Es decir, ¿qué te ha llevado hasta esta casa?

—Vi a Abu Haidar entrar aquí anoche. Quería pedirle que me pusiese en contacto con Al-Mamún.

—¿Abu Haidar? ¿El poeta?

—¿Le conoces?

—Solo de oídas.

Theobald estaba desconcertado. ¿Qué tenía que ver Abu Haidar con la casa que Istifán había alquilado a espaldas de Al-Mursi?

Por su parte, Subaya se sentía tan confusa como el monje benedictino.

—¿Y qué estás haciendo tú aquí?

A continuación le tocó el turno a Theobald de contarle su historia. A grandes rasgos, le explicó que estaba trabajando en la Casa de la Sabiduría, donde se había producido un asesinato por el que un buen amigo suyo había sido injustamente condenado. Después le habló de las sospechas que tenía sobre Istifán, para terminar argumentando que las pesquisas que estaba llevando a cabo le habían conducido hasta la casa en la que ahora se hallaban. Lo único que omitió de su relato fue el descubrimiento de la misteriosa cámara subterránea que se ocultaba bajo sus pies, así como la existencia de aquella primitiva versión del Corán que desafiaba los pilares más básicos de la fe mahometana.

—O sea —concluyó Subaya—, que no tienes ni la menor idea de dónde está Abu Haidar, ni por qué vino aquí anoche, ¿no?

La decepción en el semblante de la mujer árabe era patente. El monje, en cambio, sonrió al decir:

—No, pero conozco a alguien que también podría ponerte en contacto con el califa.

—¿De verdad? —Un brillo de esperanza destelló en los ojos de Subaya.

—Se llama Ahmad Banu Musa, uno de los ahijados de Al-Mamún. Solo hay un problema.

—¿Cuál?

—De momento tendrás que esperar. Ahora mismo se halla fuera de Bagdad embarcado en una misión científica. Pero tranquila, no tardará en regresar. Y en cuanto lo haga, le hablaré inmediatamente de ti.

Yabir continuaba encerrado, completamente ajeno a cuanto ocurría en el mundo exterior.

Una parte de él se había resignado a vivir enclaustrado entre cuatro paredes. Peor habría sido que le hubiesen matado, como estaba seguro de que habían hecho con su madre, cuyo rostro ya solo era capaz de recomponer cuando soñaba por las noches. Su parte más rebelde, en cambio, se negaba a darlo todo por perdido. Ni siquiera la agresividad de Abdalmalik, que se valía de cualquier táctica para intimidarle, le había hecho renunciar a la posibilidad de huir si se le presentaba la ocasión.

Al menos, las clases que Falid le impartía casi a diario lograban distraerle de la monotonía acostumbrada. Yabir ya contaba con ciertos conocimientos básicos de aritmética, y también podía presumir de saber leer y escribir. Además, se había convertido formalmente al credo musulmán. Ya se conocía bien los cinco pilares del islam, sabía recitar de memoria varios suras del Corán, y también cumplía con los rezos diarios.

El vínculo afectivo entre maestro y discípulo que ya existía se había hecho aún más fuerte desde que Falid se sincerase con el chico y le hablase acerca de la trágica muerte de su familia. Desde entonces, Falid no había podido dejar de pensar en la terrible situación de Yabir, de la que él mismo se había convertido en cómplice involuntario, por lo que se había propuesto ayudarle a escapar al precio que fuese. La parte difícil residía en trazar un plan de fuga viable, y sobre todo, en tener el valor suficiente como para ponerlo en práctica.

Así transcurrieron las últimas semanas, hasta que un día Falid desveló a Yabir lo que tenía en mente.

—Ya sé lo que hacer para que puedas escaparte —repuso en voz baja.

—¿En serio? ¿Vas a ayudarme?

—Te lo prometí, y yo jamás falto a mi palabra. Y ahora, escúchame bien. Nuestro mayor obstáculo es Abdalmalik. No se mueve de la casa en todo el día, salvo para hacer algún recado, sin seguir un horario fijo. No obstante, para esta regla también hay una excepción. Abdalmalik es un acérrimo musulmán y nunca falta a su cita de la oración de los viernes.

—¿Pero cómo voy a salir de aquí?

—Poco después de que Abdalmalik se vaya, me marcharé yo también. Pero me *olvidaré* de cerrar la puerta con llave. Entonces tú aprovecharás para escaparte.

—¿Tendré tiempo suficiente?

—De sobra. Aunque Abdalmalik acude a una mezquita muy cercana, nunca se demora menos de una hora en volver.

—Bien.

—Cuando estés fuera, ve hacia la derecha y continúa recto hasta el final de la calle. Yo te estaré esperando escondido detrás de la esquina.

No era un plan perfecto, pero tampoco se le había ocurrido nada mejor. El principal inconveniente radicaba en que luego Abdalmalik le pediría cuentas por la ausencia del chico en cuanto volviese. Pero Falid ya lo había previsto: alegraría que había terminado la clase mucho antes de su hora porque se había sentido indispuerto. Y, para que resultase más creíble, durante los últimos días había venido quejándose de padecer unos dolores de vientre insoportables. Por

supuesto, incluso asumiendo que Abdalmalik se creyese su versión de los hechos —que verdaderamente había enfermado y que no había cerrado la puerta con llave por descuido—, nada impediría que se lo hiciese pagar igualmente, pero ese era un riesgo que estaba dispuesto a asumir.

—Cuando nos encontremos —prosiguió explicando Falid—, tendrás que permanecer escondido en un sitio que ya te diré. No te puedo llevar a mi casa, porque allí será el primer lugar donde se les ocurra buscarte.

—¿Y cuándo pondremos en marcha el plan?

—Mañana, Yabir. Mañana es viernes y será entonces cuando lo hagamos.

Yabir llevaba semanas soñando con la idea de poner fin a su secuestro. Sin embargo, ahora que lo veía tan cerca, sintió que le invadía un vértigo inesperado.

—Tengo miedo... —admitió—. ¿Y si algo sale mal?

—Es normal que estés nervioso, pero no pienses en ello. Si nos ajustamos al plan, nada puede fallar.

Falid abrazó al chico para insuflarle confianza y se despidió de él hasta la mañana siguiente. Si nada se torcía, en menos de veinticuatro horas Yabir lograría al fin liberarse del yugo de Abdalmalik.

Yabir se despertó el día señalado sintiendo una mezcla de excitación y nerviosismo. La noche se le había hecho increíblemente larga, pues solo había podido dormir a ratos.

A la hora acostumbrada, Abdalmalik le trajo el desayuno como hacía cada mañana. Yabir eludió su mirada, para que el fornido árabe no leyese en sus ojos las intenciones que ocultaba. Por supuesto, Abdalmalik no advirtió nada extraño y se marchó sin decir ni una sola palabra. Yabir suspiró aliviado y trató de comer algo, pero el estómago se le había cerrado y le fue imposible hacerlo.

Cuando apareció Falid, lo primero que hizo fue confirmarle que nada había cambiado: el plan continuaba adelante tal como habían previsto.

Ninguno de los dos pudo concentrarse durante la lección de aquel día. Los minutos transcurrían con extrema lentitud, como si no quisiesen deslizarse con la celeridad acostumbrada. Pero, tan pronto como escucharon la llamada del muecín para acudir a la mezquita, supieron que la hora de la verdad había llegado.

Antes de nada, Falid esperó un poco más, para darle tiempo a Abdalmalik a alejarse de la casa y evitar así tropezarse con él.

—Es mi turno —dijo entonces—. No salgas justo después que yo. Tienes que aguardar unos minutos.

—¿Y no puedo irme ahora contigo?

—No, Yabir. Si alguien nos viese salir juntos de la casa, Abdalmalik no tendría la menor duda de que te he ayudado a escapar. Cíñete al plan. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

El maestro de escuela se marchó, dejando a Yabir de nuevo solo con sus pensamientos. El corazón comenzó a palparle extraordinariamente rápido. Los nervios se estaban apoderando de él y su instinto de supervivencia le repetía una y otra vez que no hiciese ninguna tontería. Pese a

todo, fue capaz de hacer oídos sordos a la machacona letanía de aquella vocecilla. Después de haber llegado tan lejos, no iba ahora a echarse atrás.

Cuando calculó que ya había pasado un tiempo prudencial, Yabir subió las escaleras que conducían a la planta superior de la casa. Las piernas le temblaban y sudaba profusamente. Instantes después, se detuvo ante la puerta que tantas veces había intentado abrir, pero que nunca había podido. Cuando asió el picaporte, no pudo evitar pensar que volvería a estar cerrada con llave porque Falid se había arrepentido en el último momento de seguir adelante con el plan.

Pero al accionarlo, el pomo giró y la puerta se abrió sin dificultad.

Yabir se quedó paralizado en el umbral, convencido de que Abdalmalik le aguardaba al otro lado con una perversa sonrisa en los labios y la mano preparada para abofetearle. Necesitó de varios segundos para quitarse aquella idea de la cabeza y atreverse a dar un paso al frente.

En la sala de estar no había nadie, salvo una espesa penumbra que bañaba rincones y paredes. El olor natural de Abdalmalik flotaba en el ambiente, lo cual no resultaba extraño, teniendo en cuenta que se pasaba allí la mayor parte del día.

Yabir recorrió la estancia a grandes zancadas en dirección a la puerta de entrada, que se había convertido en el último obstáculo que le separaba del mundo exterior. Abrió la puerta de golpe y, tras llevar tanto tiempo recluso, el sol le deslumbró como un potente faro. Yabir se cubrió los ojos con el brazo y parpadeó varias veces seguidas, hasta que por fin logró adaptar la vista a la resplandeciente luz del día.

Una indescriptible emoción le recorrió todo el cuerpo, desde los pies a la cabeza. Hubo tantas veces en que creyó que jamás volvería a ser libre...

Hasta que, de repente, una enorme figura se plantó frente a él con los brazos en jarras, cortándole el paso y proyectando sobre el suelo una larga sombra. Yabir alzó la mirada y tuvo que hacer un enorme esfuerzo para no orinarse encima. Abdalmalik le observaba con expresión furibunda, con su ojo bizco girando descontrolado dentro de su órbita, lo que le dotaba de una apariencia aún mucho más aterradora.

Yabir intentó escabullirse, pero Abdalmalik le atrapó como a una mosca y lo llevó en volandas hasta el interior de la casa. ¿Qué es lo que había fallado? ¿Por qué Abdalmalik había regresado antes de tiempo, sorprendiéndole así en plena fuga?

—¿Cómo has conseguido escapar, eh?! —gritó este fuera de sí arrojando a Yabir al suelo de la estancia—. ¡¿Y dónde está Falid?!

—Yo... —balbuceó el chico.

—¡Habla de una vez!

—Falid tuvo que irse porque comenzó a sentirse muy enfermo.

—¿Ah, sí? —repuso Abdalmalik con desconfianza.

—Es verdad. Se puso muy pálido y no paraba de quejarse de que le dolía mucho la barriga. Pensé que se iba a morir.

—¿Y qué más?

—Se encontraba tan mal que al marcharse olvidó cerrar la puerta con llave.

—Y tú aprovechaste para escapar, ¿verdad?

Yabir asintió con la cabeza, esperando que Abdalmalik se hubiese tragado aquella historia. El chico no temía por él, sino por Falid. No quería que le ocurriese nada malo.

—¡Maldito seas! ¡¿Cómo te has atrevido?!

¿Eres consciente de los problemas que podrías

haberme causado si llegas a conseguirlo?

Abdalmalik lo agarró por un brazo y lo zarandéo. Estaba a punto de propinarle un guantazo, cuando una sucesión de golpes en la puerta le interrumpió. Yabir contuvo la respiración. ¿Quién podía ser? Como a Falid se le hubiese ocurrido volver, también saldría mal parado.

—Vamos, ahora ponte en pie y métete en esa habitación hasta que yo te lo diga. ¿Entendido?

Abdalmalik señaló la pieza contigua que hacía las veces de dormitorio y esperó a que Yabir obedeciese. Solo entonces abrió la puerta de entrada. Bajo el umbral apareció la silueta recortada de un hombre con el rostro envuelto en una kufiya.

—Adelante, señor —dijo Abdalmalik deshaciéndose en reverencias.

Yabir, que escuchaba todo lo que pasaba desde la habitación adyacente, comprendió enseguida lo que había pasado. Abdalmalik esperaba aquella visita, y por eso su estancia en la mezquita aquel viernes había sido mucho más breve de lo habitual.

Ya en el interior, el visitante se desprendió del pañuelo árabe, dejando su faz al descubierto. Una minúscula barba de chivo remataba un rostro enjuto de mirada perspicaz. Ahmad ibn Hanbal, el líder de la rama más tradicionalista del islam, abrazó a Abdalmalik y le dedicó un afectuoso saludo.

—Me alegro de volver a verte —dijo.

—¿Ha comprobado que no le hayan seguido, señor?

—No te preocupes por eso. Llevo unos días en Bagdad y me alojo en el hogar de un ferviente partidario de nuestra causa. ¿Y tú? Tengo entendido que has mantenido al chico a buen recaudo.

—Por supuesto, señor. Y también me he ocupado de que recibiese una educación apropiada.

—¿Y es ya un buen musulmán?

—Sí que lo es. Usted mismo podrá comprobarlo.

—Bien, bien. Me siento muy orgulloso de ti —le elogió Hanbal—. Tanto, que mientras venía hacia aquí he decidido que por fin voy a confiarte el plan que he tramado para derrocar al califa. Debo ponerte al día de la situación. Pero antes, muéstrame al chico. Ya va siendo hora de conocerle y de que él me conozca a mí.

Abdalmalik se asomó a la habitación y le hizo un gesto a Yabir para que saliera.

—Y procura mostrarte respetuoso —masculló entre dientes a modo de advertencia.

Yabir regresó a la estancia principal con la cabeza gacha y se quedó de pie ante el visitante, al que nunca había visto con anterioridad. Por su parte, Hanbal reaccionó de forma completamente inesperada. Los ojos se le abrieron como platos y señaló al chico como si hubiese visto un fantasma.

—¿Este es Yabir? —inquirió completamente lívido.

—Sí, señor —corroboró Abdalmalik.

—Pero... ¿estás seguro? —insistió Hanbal cada vez más alterado—. ¿Este es el hijo de Subaya?

Hasta el momento, Yabir había adoptado una actitud sumisa por el temor que Abdalmalik le infundía. Sin embargo, al oír pronunciar el nombre de su madre, no pudo contenerse y liberó de golpe toda la angustia que llevaba acumulada.

—¿¿Dónde está mi madre?! ¿¿Qué le habéis hecho?! ¡Quiero verla ahora mismo!

Hanbal ignoró los gritos del chico y se llevó las manos al rostro como si algo terrible hubiese

ocurrido. Desconcertado ante la incomprensible reacción de su jefe, Abdalmalik hizo callar a Yabir para poner algo de paz.

—No puede ser... No puede ser... —comenzó a repetir Hanbal insistentemente—. ¿Cómo no dijiste nada?

—¿Decir qué? —replicó Abdalmalik, temiendo haber cometido un error del que todavía no era consciente.

—¿Pero es que no lo ves?! ¡Por Alá! ¡¿Acaso estás ciego?!

Sin embargo, Hanbal sabía que no estaba siendo justo con él. Aunque Abdalmalik sabía que Yabir era un activo importante, no tenía ni idea de por qué, ni tampoco del papel fundamental que estaba llamado a jugar en el elaborado plan que había trazado para derrocar al califa. De hecho, Abdalmalik había cumplido con la misión que tenía encomendada de forma impecable. La culpa había sido solo suya, por haber escogido a alguien que, pese a su lealtad incondicional y la extremada eficacia con la que llevaba a cabo cierto tipo de encargos, no andaba tan sobrado de sesera como para pensar por sí mismo o hacerse al menos ciertas preguntas.

Hanbal recostó la espalda contra la pared y dejó caer los brazos pegados al cuerpo, totalmente abatido. Su plan, todo por lo que había trabajado durante tanto tiempo en colaboración con el resto de los ulemas tradicionalistas, se le había deshecho entre las manos como un castillo de arena. El levantamiento popular que había preparado y que debía culminar con el asalto al palacio del califa ya no tenía sentido. Yabir era la pieza clave en torno a la cual giraba todo su plan, y en el último instante se había dado cuenta de que el chico no era lo que siempre había creído.

Mientras tanto, Abdalmalik continuaba sin comprender nada de lo que ocurría.

—Pero... ¿qué es lo que se supone que tengo que ver? Si me lo dijese, a lo mejor entendería cuál es el problema.

Hanbal se enderezó y señaló a Yabir con el dedo.

—Pues que el niño es negro...

—Sí, eso ya lo veo —repuso Abdalmalik encogiéndose de hombros—. ¿Y eso qué importa?

Pero importaba... Pues del color de su piel se desprendía que Yabir no podía ser en modo alguno hijo del califa...

SEXTA PARTE



“Quienes creen y hacen obras pías, esos serán los dueños del Paraíso. Ellos serán en él inmortales.”

El Corán. Azora 2, vv. 82

Theobald había acudido a la casa de Fadhila para contarle todo lo que había descubierto desde que se vieron por última vez.

La esclava que abrió la puerta reconoció al monje al que tantas veces había atendido, pero se sorprendió al comprobar que a este le acompañaba una mujer de increíble belleza.

—Enseguida llamo a la señora —musitó.

Fadhila apareció al cabo de un minuto y le dedicó a la desconocida una larga y escrutadora mirada. Sin duda, era tan hermosa como su esclava le había dicho. Sin embargo, no tenía buen aspecto. Sus ojeras pronunciadas y la palidez de su rostro evidenciaban síntomas de angustia y agotamiento.

—Te presento a Subaya —dijo Theobald—. Hicimos juntos buena parte del trayecto en caravana cuando vine a Bagdad.

Fadhila murmuró unas cálidas palabras de bienvenida y condujo a sus invitados a la sala de estar. Se acomodaron en silencio, mientras la esclava se encargaba de servir un refrigerio consistente en dátiles y frutos secos. Subaya observaba con curiosidad las variadas muestras de esplendor que adornaban aquella casa, como las maderas nobles y los mosaicos de azulejos, pues le recordaban inevitablemente su antigua vida en el palacio califal.

—Subaya está pasando por un momento difícil y necesita de toda la ayuda que podamos ofrecerle —explicó Theobald retomando la palabra.

—Haré lo que esté en mi mano —asintió Fadhila.

—Antes creo que debes conocer su historia... Hace diez años, Subaya fue concubina del califa. —Theobald prosiguió el relato desvelando el romance que Subaya mantuvo con Al-Mamún, su posterior huida tras quedarse embarazada, su vida entre los beduinos, y su regreso inesperado durante el cual su hijo fue secuestrado, poco antes de llegar a Bagdad.

—Siento mucho todo por lo que has pasado —se compadeció Fadhila.

—Gracias...

—Subaya necesita un lugar donde quedarse, al menos hasta que Banu Musa regrese de su misión científica y yo pueda hablar con él —señaló Theobald—. ¿Podrías acogerla hasta entonces?

—Por supuesto —se apresuró a contestar Fadhila—. Aquí estará segura y no le faltará de nada.

Subaya se deshizo en agradecimientos, esforzándose para no sollozar. Tras lo mal que lo había pasado durante los últimos días, reconfortaba saber que todavía quedaban personas de buen corazón.

Después, Theobald retomó la palabra y abordó sin mayor dilación el asunto de la investigación en la que Fadhila y él llevaban semanas enfrascados.

—Estuve en la vivienda de Istifán —desveló—. Mejor dicho, la vivienda que Istifán alquiló con cargo al negocio de tu padre. Fue allí donde me encontré con Subaya, aunque en realidad ella no tiene nada que ver con todo esto.

—¿Y averiguaste algo que nos sea de utilidad?

—La casa es muy pequeña y está deshabitada. Por sí misma no tiene nada de especial, salvo por la amplia cámara secreta que se esconde abajo en el sótano.

Theobald describió el lugar y dejó para el final el increíble hallazgo de los pergaminos que contenían una primigenia versión del Corán, en la cual se reconocía la importancia del profeta Zoroastro en la historia de la humanidad, al que situaba a la altura de Moisés o Jesucristo. A Subaya también la había puesto al corriente de todo aquello con anterioridad.

—¡Istifán es zoroastriano! —apuntó Fadhila rápidamente—. ¡Ahí tienes el vínculo que le conecta con la casa! Esa cámara debe de ser donde los fieles zoroastrianos se congregan en secreto para rendir culto a su dios.

—Yo había llegado a la misma conclusión —manifestó Theobald—. No me cabe duda de que allí llevan a cabo los rituales propios de su fe. En los templos zoroastrianos el fuego juega un papel fundamental, lo que explicaría la presencia del enorme pebetero.

—No lo sabía —repuso Fadhila.

Theobald asintió.

—A los fieles zoroastrianos también se les conoce como “adoradores del fuego”, apelativo que les ha creado infinidad de problemas.

—¿Por qué?

—Porque algunas corrientes islámicas han aprovechado para tacharles de idólatras por esa razón. Pero en mi opinión se trata de una acusación injusta. En realidad, ellos veneran el fuego solo de forma alegórica, como símbolo de la divinidad.

—¿Y a qué dioses veneran entonces? —inquirió Fadhila.

—Solamente a Mazda, al que consideran el único creador del mundo.

—¿Entonces son monoteístas?

—Así es —confirmó Theobald—. De hecho, fue la primera religión monoteísta en surgir, ya que su nacimiento es anterior al judaísmo, al cristianismo y al islam. Con el tiempo, el zoroastrismo se convirtió en la religión oficial del imperio persa, hasta la conquista de los musulmanes.

Fadhila comenzó a masajearse las sienes mientras reflexionaba detenidamente.

—Entonces, si nuestras deducciones son correctas, parece claro que la casa de Istifán constituye en realidad la tapadera de un templo zoroastriano oculto en el mismo corazón de Bagdad.

—Exacto —convino Theobald—. Es un lugar perfecto. Nadie sospecharía de un sencillo inmueble en mitad de un barrio residencial especialmente tranquilo.

—Y ahora también se entiende por qué Istifán no quiso alquilarlo a título personal, sino a través de la empresa de mi padre...

—...Para evitar que nadie le vinculase con la vivienda si alguna vez le investigaban.

Durante un largo minuto, se hizo un total silencio en la estancia. Hambrienta, Subaya picaba del cuenco de frutos secos dispuesto sobre una bandeja, mientras asistía con interés al intercambio de impresiones entre el monje cristiano y la joven musulmana que se había ofrecido a acogerla en su casa.

—Me temo que después de todo me equivoqué con Istifán —admitió Fadhila reanudando la conversación—. Tenía razón en que ocultaba algo, pero nada de todo esto guarda relación con el asesinato de Khalid.

—Excepto por un detalle que todavía no te he desvelado... —señaló Theobald. Fadhila le miró sin comprender—. En la cámara subterránea flotaba un aroma que identifiqué de inmediato: perfume de ámbar gris.

La expresión de Fadhila cambió de repente.

—Evidentemente, ese detalle por sí solo no significa nada... —puntualizó Theobald—. Podría tratarse de una simple coincidencia.

—Pero no deja de resultar sospechoso, ¿verdad?

En ese momento, Fadhila fijó su atención en Subaya, dándose cuenta de algo en lo que no había caído antes.

—¿Y qué estaba haciendo ella allí?

Theobald fue a contestar, pero Subaya se le adelantó. No necesitaba que nadie hablase por ella.

—Estaba buscando a Abu Haidar. La noche anterior lo vi entrar en aquella casa.

—¿Abu Haidar? ¿El popular poeta de la corte? —inquirió Fadhila.

—El mismo —corroboró Subaya—. Lo conocí durante mi etapa de concubina y por aquel entonces manteníamos una buena relación. Esperaba que pudiese ayudarme a llegar hasta el califa.

Fadhila ató cabos con facilidad.

—¿Significa eso que Abu Haidar forma parte del grupo de fieles zoroastrianos que acude a esa especie de templo clandestino?

—No tendría nada de raro —repuso Subaya—. Abu Haidar es persa.

—Tiene sentido —reconoció Theobald—. Lo cual me hace pensar que, si alguien de semejante renombre forma parte de ese círculo, nos hemos topado con algo mucho más gordo de lo que parece a simple vista. Esos pergaminos son tan trascendentes como peligrosos. Y no exagero en absoluto en cuanto a su peligrosidad. Si esa primitiva versión del Corán cayese en manos de según qué fanáticos, las consecuencias serían imprevisibles. Podría desencadenarse desde una ola de disturbios, hasta la irrupción de un nuevo cisma dentro del islam.

Fadhila resopló y cerró los puños con fuerza.

—Tenemos que volver a ese sótano. Seguro que encontramos algo más.

—¿Volver allí? No, me parece demasiado arriesgado.

—Lo sé. Pero esa es la única pista que tenemos. Y hasta que no hayamos descartado a Istifán por completo, para mí sigue siendo el principal sospechoso. Creo que no deberíamos abandonar esa línea de investigación.

—Está bien, ya pensaremos cómo —accedió Theobald—. Y, por supuesto, no se te ocurra hablar con nadie de esto. ¿Entendido?

Días más tarde, en cuanto llegó a sus oídos la noticia del regreso de la expedición científica, Theobald fue a ver a su colega y amigo Banu Musa para compartir con él sus últimos hallazgos relacionados con el asesinato del calígrafo.

Banu Musa vivía en una opulenta villa muy parecida a la de Al-Mursi, con su propia servidumbre y una biblioteca privada que constituía la envidia de muchos eruditos. Pese a su relativa juventud, ya gozaba de una posición económica privilegiada gracias al trabajo que

desempeñaba en la Casa de la Sabiduría.

Banu Musa recibió a Theobald con un fuerte abrazo y le condujo hasta la sala de estar, donde ambos se arrellanaron sobre una montaña de cojines de seda. Partículas de polvo suspendidas en el aire danzaban en los haces de luz que penetraban a través de las celosías.

—¿Cómo fue el experimento? —inquirió Theobald antes de nada—. ¿Habéis podido cumplir con el encargo del califa?

—Todo ha salido tal como lo habíamos previsto. Tu brillante idea probó ser acertada. Valiéndonos de la posición de la estrellas, medimos sobre el terreno un grado de la Tierra, a partir del cual nos resultó muy sencillo calcular la totalidad de su circunferencia.

Aunque Banu Musa parecía mostrarse relajado, Theobald advirtió que mantenía tensionados los músculos del cuello, como si en el fondo se sintiese particularmente intranquilo.

—Pronto haréis público el resultado, ¿verdad?

—Sí, pero Al-Mamún quiere cerciorarse. Muy pronto enviará a otro grupo de agrimensores para que repitan el experimento en una localización distinta, seguramente en el desierto de Siria, que también reúne las condiciones apropiadas. ¿Te gustaría formar parte de la segunda expedición? Yo podría encargarme de que te incluyesen en el grupo.

Theobald alzó la mano en señal de negativa.

—Me encantaría, pero ahora mismo no es buen momento. Como sabes, sigo haciendo todo lo posible para impedir que ejecuten a Al-Mursi. Y más ahora que estoy absolutamente convencido de su inocencia.

—¿Has averiguado algo nuevo desde mi marcha? —preguntó Banu Musa tras una larga pausa, como si tuviese la cabeza en otro sitio.

—Sí. Y de eso precisamente quería hablarte. He descubierto algo que te dejará sin palabras.

Banu Musa no reaccionó, volviendo a dar muestras de hallarse distraído. Una sombra de preocupación planeaba sobre su rostro.

—Ahmad, ¿qué te pasa? Resulta evidente que algo te preocupa.

—Lo siento, tienes toda la razón. Me temo que me he metido en un buen lío, al que no puedo dejar de darle vueltas.

Theobald echó el cuerpo hacia delante para prestarle toda su atención. Banu Musa tomó aire antes de decir:

—Tiene que ver con Amina...

—¿Amina? ¡Pero si lleva semanas desaparecida desde que huyó para evitar el matrimonio que habían pactado para ella!

—Sí, ya...

—Y desde entonces nadie ha vuelto a verla, siguen buscándola por todas partes.

—Esa es la cuestión...

—¿Qué quieres decir?

—Que yo he tenido mucho que ver con que no hayan podido encontrarla. Al principio, Amina se escondió en Bagdad por su cuenta pero, consciente de que darían con ella tarde o temprano, me pidió que la ayudase. Así que... la enrolé en la caravana de la misión científica y la saqué de la ciudad sin levantar sospechas. Se hizo pasar por una sirvienta más y logró pasar inadvertida.

—Pero, ¿cómo te dejaste convencer para hacer algo así?

—Estoy enamorado de ella. Tú lo sabes bien. —Banu Musa se encogió de hombros—. ¿Cómo

iba a decirle que no?

Pese a su falta de experiencia, Theobald no ignoraba que por amor se podían llegar a hacer muchas tonterías.

—Y eso no es todo... —prosiguió diciendo el joven erudito.

—¿Es que aún hay más?

—Eso me temo... la verdad es que desde que regresamos de la expedición, Amina se está alojando aquí...

Theobald se llevó las manos a la cabeza.

—¿Te has vuelto loco?! Como se descubra que la estás ocultando en tu casa, te castigarán severamente. ¡¿No te das cuenta del riesgo que corres?!

—Lo sé, pero esta situación no va a prolongarse eternamente. Amina me ha prometido que se marchará tan pronto como decida qué hacer con su vida.

—¿Y qué opciones se supone que tiene?

—Bueno, ese es otro tema igualmente complicado... ¿Has oído hablar de una cantante llamada Mahsati?

A continuación, Banu Musa le habló de la doble vida de Amina y su vocación como cantante, a la que no quería renunciar por nada del mundo. El monje benedictino lo escuchó boquiabierto, incapaz de entender que una sobrina del califa fuese capaz de protagonizar semejante acto de rebeldía.

—¿Sabes qué? Lo mejor será que la conozcas —dijo Banu Musa—. Aguarda aquí, voy a buscarla. —Pero antes de abandonar la estancia, se dio la vuelta para puntualizar—: Y no vayas a hacerte una idea equivocada. Aunque Amina se esté alojando en mi casa, entre nosotros no hay nada de tipo...

—Vale, no hace falta que sigas. Te he entendido perfectamente.

El joven erudito regresó al cabo de un minuto seguido de una hermosa muchacha que vestía una sencilla túnica blanca, llevaba el cabello suelto e iba descalza. Nada más verla, Theobald entendió por qué su amigo se había enamorado de ella. La belleza de Amina tenía más que ver con sus rasgos finos y delicados que con la exuberancia de sus formas, mucho más propias de Subaya.

Amina inclinó la cabeza a modo de saludo y se sentó sobre un mullido cojín.

—Ahmad me ha hablado mucho de ti —dijo Theobald—. Aunque no podía imaginarme que las cosas se complicarían hasta este punto.

—Sé que soy una carga —repuso Amina—. Y lo lamento muchísimo.

—No eres ninguna carga —terció Banu Musa.

—Sí que lo soy. Negarlo es una tontería. Solo espero que, pase lo que pase, no salgas perjudicado.

Banu Musa extendió los brazos para zanjar definitivamente el tema.

—No perdamos el tiempo discutiendo de eso ahora. En cambio —añadió dirigiéndose a Theobald—, tú ibas a contarme algo acerca del asesinato de Khalid. ¿No fue eso lo que dijiste antes?

—Sí, pero...

—Delante de Amina puedes hablar con total libertad.

—En efecto —corroboró esta—. Ahmad también me ha hablado de ti. Me parece increíble lo

que estás haciendo por tu amigo el comerciante.

Theobald miró alternativamente a uno y a otro.

—No me parece prudente —objetó, carraspeando para manifestar su incomodidad—. Este asunto requiere de la máxima discreción y...

—Te aseguro que puedes confiar en Amina —insistió Banu Musa—. Vamos, no te hagas más de rogar y dilo de una vez.

Visto que sus protestas caían en saco roto, Theobald se dio por vencido y decidió comenzar por la reaparición de Subaya. Así pues, sin extenderse demasiado, les explicó cómo la había conocido y las dificultades en las que actualmente se encontraba.

—¿Me estás diciendo que Subaya ha regresado de nuevo a Bagdad? —Banu Musa recordaba bien a la concubina del califa, que había protagonizado una sonada huida cuando él tenía diecisiete o dieciocho años.

El monje asintió.

—Sin embargo, algo muy raro está pasando. Cuando se presentó en el palacio, no quisieron recibirla. Y, por si no fuese suficiente, después un guardia la siguió por las calles de la ciudad con intenciones poco claras. Desde entonces está intentando encontrar la manera de ponerse en contacto con Al-Mamún, sin tener que depender del personal de palacio. ¿Podrías hacerle llegar tú directamente el mensaje?

—Claro, por supuesto. Aunque no sé cómo se lo tomará Al-Mamún.

—Tú hazlo, por favor. Lo demás será cosa suya.

—Está bien. Pero, ¿se puede saber qué tiene todo eso que ver con el asesinato del calígrafo?

—Ahora voy con esa parte.

Theobald tomó aire y le habló acerca de la vivienda que Istifán tenía alquilada en un céntrico barrio de Bagdad, y de las sospechas que había despertado en Fadhila. A continuación, le pormenorizó todo lo que había descubierto en su interior: la cámara subterránea, presunto punto de encuentro de un grupo de fieles zoroastrianos, y el excepcional hallazgo de un antiguo ejemplar del Corán que difería notablemente de la versión oficial establecida.

Cuando Theobald concluyó su relato, Banu Musa permaneció en silencio durante cerca de un minuto, tratando de digerir cuanto había oído. La magnitud de aquel descubrimiento superaba con creces cualquier cosa que se hubiese imaginado. El valor histórico de aquellos pergaminos, cuyo contenido podía provocar que la fe de incontables musulmanes se tambalease, resultaba incuestionable. Su sola existencia socavaba el dogma islámico según el cual el texto del Corán —la palabra de Dios revelada a Mahoma— había permanecido perfecto e inalterable desde su origen. Por lo tanto, sus repercusiones, en caso de que dichos pergaminos viesan la luz, se antojaban tan peligrosas como imprevisibles.

—¿Y qué quieres hacer ahora? —dijo al fin.

—Aún hay muchas incógnitas por resolver —repuso Theobald—. Tenemos que saber más acerca de ese grupo secreto, quiénes son y qué es lo que pretenden. Y por supuesto, aclarar si están o no conectados de algún modo con la muerte de Khalid.

—Pero lo que has descubierto va mucho más allá de un simple asesinato.

—Lo sé, pero no debemos perder la perspectiva. ¿Se te ocurre cómo podríamos averiguar algo más?

Banu Musa se pasó las manos por la cara mientras pensaba a toda prisa.

—Istifán podría proporcionarnos las respuestas que buscamos.

—Ya había pensado en eso, pero no se encuentra en Bagdad. —Theobald arrugó el entrecejo, pero enseguida se le ocurrió una idea—. En cambio, sí que podríamos hablar con Abu Haidar...

—¿Abu Haidar pertenece a los zoroastrianos? ¿Cómo lo sabes?

—Subaya le vio entrar en la casa en torno a la medianoche.

—Yo le conozco. Podría preguntarle —señaló Banu Musa—. Sin embargo, si de verdad está involucrado en una trama de apariencia tan oscura, dudo mucho que fuese a contarme nada. ¿No crees?

—En eso tienes razón.

Amina, que hasta entonces se había mantenido al margen, aprovechó ese momento para intervenir por primera vez.

—Pero sí que hablaría conmigo... —dijo entornando los párpados y dejando entrever una media sonrisa.

—¿Y por qué habría de hacerlo? —inquirió Banu Musa con evidente escepticismo.

—Bueno, no conmigo. Quiero decir, no conmigo exactamente, sino con Mahsati —aclaró—. Abu Haidar acude a verla actuar por lo menos una vez a la semana, la admira profundamente... o sea, que me admira. Eso me proporcionaría cierta *ventaja*. En fin, creo que ya me entendéis.

—¿Y estás segura de que podrías lograr que se sincerase?

—No sé hasta qué punto, pero algo de información podría sonsacarle. No creo que me costase demasiado trabajo.

Theobald endureció su expresión.

—Agradezco tu ofrecimiento, pero no deberías involucrarte en un asunto como este. Podría ser mucho más peligroso de lo que imaginas.

Pese al tono serio que el monje había empleado, Amina no pudo evitar dejar escapar una carcajada.

—Después de todo lo que he hecho y el lío en el que me encuentro, un problema más no me supondrá ninguna diferencia. Así que no te preocupes por mí.

—¿Estás segura? —inquirió Banu Musa.

—Por supuesto. Tú te estás arriesgando por mí, así que lo más natural sería que yo te devolviera el favor, ¿no?

Aunque en teoría Banu Musa y Amina no estaban juntos, Theobald no entendía qué lo impedía. Saltaba a la vista que entre los dos fluía una conexión muy especial.

—¡De acuerdo, hagámoslo! —zanjó Banu Musa—. Pero no podemos dejar nada al azar. Antes tenemos que pensar muy bien en el enfoque más apropiado para abordar este asunto...

El ambiente de la sala resultaba irrespirable.

Ahmad ibn Hanbal se alojaba en una villa situada en las afueras de Bagdad, propiedad de un fiel partidario del islam más ortodoxo.

El líder tradicionalista se había convertido en el hombre más buscado del momento. Los espías del *barid* le seguían la pista y sabían que se hallaba de nuevo en la capital del califato, pero hasta la fecha habían fracasado todos sus intentos de dar con su paradero. Su localización exacta era un secreto que tan solo conocían sus colaboradores más cercanos.

Por razones de seguridad, la reunión tenía lugar en plena noche. Varias lámparas de aceite iluminaban la estancia y espantaban las escurridizas sombras que reptaban por las paredes. Además de Hanbal, también se hallaban presentes los demás ulemas que le habían apoyado desde el principio. Pese al riesgo que corrían, todos ellos habían salido de sus escondrijos del desierto y habían regresado a Bagdad, porque supuestamente la fase final del plan estaba a punto de ponerse en marcha. Sin embargo, antes de que Hanbal pronunciase una sola palabra, los ulemas ya sabían que las cosas no habían salido como esperaban. El rostro del líder árabe era la viva expresión de la derrota y su mirada carecía de su determinación acostumbrada.

—Como ya os habéis podido imaginar, tengo malas noticias. —Hanbal hizo una pausa antes de anunciar—: El hijo de Al-Mamún que manteníamos bajo nuestro poder... ha muerto de forma repentina.

—¿¡Qué!? ¿Cómo es posible?

—Una enfermedad se lo ha llevado y no hemos podido salvarlo. —Aquello no era verdad, por supuesto. La auténtica verdad tan solo la conocían él y Abdalmalik, pero a Hanbal le avergonzaba admitir el imperdonable error que había cometido. Que Yabir, en realidad, no era hijo del califa—. De modo que, dadas las circunstancias, no podemos continuar con el plan que había trazado.

Entre los ulemas se levantó un murmullo desaprobatorio.

—¡Yo digo que sigamos adelante! —intervino uno de ellos elevando la voz por encima del resto—. El pueblo se siente crispado, y también confundido debido a los cambios doctrinales impuestos por Al-Mamún. Las acciones que hemos llevado cabo para socavar la implantación del mutazilismo han dado resultado.

—Tiene razón. El momento actual favorece nuestros intereses. No deberíamos dejar pasar esta ocasión —convino un segundo.

—Yo no lo veo tan claro —objetó un tercero—. Las políticas que Al-Mamún ha emprendido para mejorar su imagen han calado en parte de la población. Por lo tanto, si definitivamente provocamos una revuelta, no todos los musulmanes se pondrán de nuestro lado.

—Eso habría que verlo. A la hora de la verdad, estoy seguro de que la inmensa mayoría defenderá la causa del islam tradicional, en consonancia con los postulados de ulemas e imanes —replicó otro.

Hanbal alzó los brazos para pedir calma.

—El hijo de Al-Mamún que íbamos a proponer para sucederle al frente del califato, y que presentaríamos como el regenerador de la dinastía abasí debido a la pureza de sus raíces árabes,

constituía la pieza fundamental de mi plan. Sin él, no tiene ningún sentido ponerlo en práctica.

—Pero aún podríamos incitar a la población a sublevarse, asaltar el palacio del califa y apartarle del poder.

—¿Y después qué? —objetó Hanbal—. Aunque derrocásemos a Al-Mamún, no tendríamos ningún control sobre quién le sucedería. No podemos desencadenar una revuelta de tales proporciones sin saber adónde nos conducirá.

—Quizás debamos arriesgarnos. Difícilmente las cosas se pondrán para nosotros peor de lo que ya están ahora.

—Es cierto —convino otro ulema—. Pocas veces tendremos una oportunidad como esta para tomar el palacio del califa. Además, ¿no dijiste que te habías aliado con una figura destacada dentro de la corte, que intervendría para evitar que al menos parte de la guardia se enfrentase a los sublevados?

—Sí, es verdad —espetaron a coro sus compañeros—. ¿Nos puedes decir de una vez quién es y qué papel juega en todo esto?

—Su identidad es lo de menos... Y ahora que todo se ha frustrado, preferiría no tener que desvelarla. —Hanbal se tomó una ligera pausa—. La cuestión es que ahí radica otro importante problema. Desde que regresé, llevo días intentando concertar un encuentro con él, sin obtener el menor resultado —reconoció con aire pesaroso—. Es más, hace tiempo que ya ni siquiera me contesta a los mensajes que le hago llegar a través de intermediarios.

Después de aquella revelación, ni siquiera los ulemas más beligerantes continuaron insistiendo. Instigar un levantamiento contra el califa con tan escasas garantías de éxito les conduciría a un estrepitoso fracaso.

—Ignoro lo que le habrá llevado a echarse atrás en el último momento —prosiguió diciendo Hanbal—. Solo espero que todos vosotros hayáis mantenido en secreto el plan que os confié. Os advertí de que nadie más podía saberlo.

Los ulemas se miraron uno a otros y negaron con la cabeza de forma reiterada.

—Hemos sido absolutamente discretos —aseguró uno de ellos.

—Por supuesto que sí —aseveró otro.

Sin embargo, cierta desconfianza sobrevolaba en el ambiente, a pesar de la rotundidad con que todos ellos afirmaban no haber dicho ni una palabra.

—Está bien —dijo Hanbal para concluir—. En ese caso, mi recomendación es que abandonemos Bagdad lo antes posible. Ya sé que a nadie le agrada la idea de tener que esconderse, pero las autoridades califales han redoblado sus esfuerzos para encontrarnos, aquí no estamos seguros. De cualquier manera, no desistiremos. Ya volveremos cuando la situación nos sea más propicia.

Justo cuando terminó de decir esas palabras, un fuerte golpe se escuchó al otro lado de la casa, como si un trueno hubiese detonado en el cielo.

—¿Qué ha sido eso?

Los ulemas se miraron alarmados. Aunque ninguno quiso verbalizarlo, parecía evidente que habían tirado abajo la puerta principal.

—¡Nos han descubierto! —gritó uno de ellos llevado por el pánico—. ¡Tenemos que salir de aquí ahora mismo!

—¡Imposible! ¡¿Qué ha pasado de los hombres que teníamos apostados protegiendo la

entrada?!

A sus oídos llegaron entonces pasos a la carrera, gritos intimidantes y el sonido de jarrones y demás objetos decorativos hacerse añicos contra el suelo.

—¡Rápido! ¡Ya vienen! —exclamó un ulema poniéndose trabajosamente en pie—. ¿Hay una puerta trasera por la que podamos huir?

La mirada de los ulemas reflejaba la viva imagen del terror. Si les apresaban, sabían que nadie les libraría de sufrir un severo castigo. Solo Hanbal permaneció sereno ante la amenaza que se cernía sobre ellos. No tenían escapatoria. Y, si tal era la voluntad de Alá, aceptaría su destino con total resignación.

Instantes después, varios oficiales de la *shurta* irrumpieron en tromba como si la sala les perteneciese. Los sables que empuñaban todavía chorreaban la sangre de aquellos que se habían interpuesto en su camino.

—¡Detenedles! —ordenó el cabecilla—. ¡Son ellos a quienes buscábamos!

Y, acorralados, los ulemas se entregaron sin ofrecer resistencia.

Tan pronto como se confirmó la detención de Hanbal y los ulemas rebeldes, el visir informó personalmente a Al-Mamún del éxito de la operación.

—Entonces, por fin hemos desbaratado la conspiración que pretendía deponerme del trono, ¿verdad?

—Así es, señor.

—Me alegra saberlo —repuso el califa—. Espero que recaiga sobre ellos todo el peso de la ley.

—Si me permite, creo que antes deberíamos darles la oportunidad de que juren la doctrina mutazilita —sugirió Uthmán—. Si no lo hacen voluntariamente, buscaremos la manera de convencerles.

—Tienes razón —convino Al-Mamún—. Lo último que nos interesa es convertir a esos dichosos ulemas en mártires del pueblo.

—Exacto.

El califa frunció el ceño y le planteó a Uthmán una última duda que le surgió de forma repentina.

—¿Cómo les encontrasteis?

—Un soplo... Alguien informó a un agente del *barid* del lugar donde se reunían.

—¿Acaso había un traidor entre los suyos?

—A eso ya no puedo contestarle... Me temo que ese detalle escapa a mis conocimientos —concluyó el visir.

Mientras tanto, Hanbal fue conducido a una torre y confinado en una celda situada en el punto más elevado, sometido día y noche a una estrecha vigilancia. Muy pocos sabían dónde lo tenían encerrado, para evitar que sus seguidores intentasen liberarle por la fuerza.

Durante sus primeros días de cautiverio le privaron de agua y comida con el fin de debilitarle, y le azotaron con el látigo para intentar quebrantar su espíritu. Pero ni siquiera bajo tortura consiguieron que Hanbal jurase la doctrina mutazilita.

Una semana después, recibió con extrañeza el aviso de que alguien había ido a visitarle. ¿De

quién podría tratarse, si casi nadie sabía que se encontraba allí?

—¿Quién es?

—Ya lo sabrás cuando le veas.

El carcelero regresó al cabo de un minuto y dejó a solas al prisionero con el misterioso visitante.

Desde el suelo, y con la espalda recostada contra la pared desnuda de la celda, Hanbal alzó la mirada y logró distinguir a un hombre alto y de figura esbelta, tocado con un turbante blanco cuajado de gemas y alfileres, y cuyo rostro quedaba parcialmente oculto por las sombras que se multiplicaban en los rincones.

—¿A qué has venido? ¿Es que no has tenido suficiente con traicionarme? ¡No solo ignoraste mis mensajes, sino que además me delataste a las autoridades!

—Tú en mi lugar hubieses hecho lo mismo.

—Teníamos un pacto —le reprochó Hanbal.

—Un pacto que tú traicionaste primero... Por eso te delaté, porque ya no podía fiarme de ti.

El visitante dio un paso adelante y el semblante de Al-Mutasim emergió de las sombras.

Aunque Ahmad ibn Hanbal y Al-Mutasim tenían muy poco en común, les fue muy sencillo alcanzar un acuerdo porque ambos compartían el mismo objetivo. El líder tradicionalista llamaría a la rebelión popular e incitaría a la masa enfervorecida a tomar el palacio de Al-Mamún, mientras que, por su parte, Al-Mutasim intervendría para evitar que la guardia frustrase el asalto. Los dos saldrían ganando: Hanbal apartaría del trono a un califa que desde su punto de vista había desobedecido las leyes coránicas; y Al-Mutasim ocuparía el lugar de su hermano sin tener que esperar a que este muriese por causas naturales, antes de que el príncipe Abbas estuviese preparado para disputarle la sucesión.

Sin embargo, Al-Mutasim descubrió que en realidad el líder tradicionalista le estaba utilizando, y que sus verdaderas intenciones eran las de entronizar al hijo que Al-Mamún había tenido con Subaya, un crío de apenas diez años al que poder manejar a su antojo.

—¿Cómo te enteraste? —inquirió Hanbal.

—Desde que convenimos ayudarnos mutuamente, situé a varios de mis espías en el ámbito de tu entorno.

Hanbal lamentó su mala estrella negando con la cabeza. Si hubiese mantenido su plan en secreto hasta el último momento, nada de aquello habría ocurrido. En cambio, al compartirlo con el resto de sus colaboradores, abrió la puerta a que se produjese alguna filtración.

—Me lo tengo merecido —admitió—. Pensé que para cuando te dieras cuenta de mi engaño, ya no podrías hacer nada, pero has demostrado ser mucho más listo de lo que creía.

Al-Mutasim observó el lamentable estado en el que se hallaba el líder tradicionalista.

—¿Y por qué no juras la maldita doctrina mutazilita y acabas con tu tormento de una vez? —preguntó.

—Eso jamás —sentenció—. Antes tendrán que matarme.

—¿Y hacer de ti un mártir? Lo siento. Mi hermano no cometerá ese error.

Y, dicho esto, se marchó, dando por concluida la conversación.

Amina volvió a cantar de nuevo en la taberna de costumbre.

Lo había echado muchísimo de menos durante el tiempo que había estado fuera de Bagdad. Aquello le sirvió para corroborar lo que siempre había sabido: que si no se dedicaba a la música, la vida perdía su razón de ser. Amina necesitaba sentir también el arrobó del público, porque lo que realmente la completaba era percibir la emoción que provocaba en sus oyentes. Sin ellos, el ejercicio de su arte no le proporcionaba la misma dicha.

El tabernero suspiró de alivio cuando la vio reaparecer. Después de que Mahsati le plantase sin previo aviso, pensó que jamás regresaría, pues una artista de su talento podía permitirse actuar ante audiencias mucho más selectas. Sin embargo, había regresado y la sala de actuaciones volvió a llenarse como no lo había hecho durante su ausencia. De aquella misteriosa cantante que decía llamarse Mahsati seguía sin saber prácticamente nada, pero mientras fuese bueno para el negocio, no podía importarle menos.

Aquella noche, subida al escenario y acompañada por el tañido de un laúd, Amina sintió una vez más aquel vínculo especial con la concurrencia que tanto significaba para ella. Su potente voz colmaba la sala y la envolvía en un aura mágica, mientras sus melancólicas letras reblandecían el corazón del público presente. Amina recorrió el lugar con la mirada y distinguió a hombres jóvenes y mayores, a persas y árabes, a cristianos y musulmanes, todos ellos sometidos por igual al influjo de sus canciones.

Y, entre la multitud, distinguió también a Abu Haidar.

Por un instante, casi perdió la concentración, pero logró calmarse enseguida. Lo estaba esperando y sabía perfectamente lo que tenía que hacer. Banu Musa y Theobald la habían preparado bien, después de que ella misma se hubiese ofrecido a ayudarles voluntariamente.

Por su parte, Abu Haidar había acudido aquella noche porque había llegado a sus oídos que Mahsati volvía a actuar de nuevo en la taberna acostumbrada. El lugar era un antro, pero no se la podía ver en ningún otro sitio, y teniendo en cuenta la mala racha profesional que atravesaba, agradecía mucho poder evadirse de la frustrante realidad disfrutando del arte de la canción.

La crisis que Abu Haidar atravesaba trascendía la esfera de lo meramente profesional para extenderse al ámbito de lo personal, hundiendo sus raíces en el fondo de su alma. Sus últimas composiciones, que abandonaban la frivolidad de sus habituales odas y panegíricos, no parecían del agrado del califa ni de su círculo de cortesanos. Los nuevos temas que Abu Haidar prefería abordar, que giraban en torno a la muerte y a la fugacidad de las cosas, reflejaban sus sentimientos más íntimos. Pero, por desgracia, habían sido acogidos en palacio con indiferencia y apatía. En cambio, su rival más implacable, Al-Nawfali, había sabido ganarse el favor de Al-Mamún con sus composiciones que, aunque superficiales, estaban magistralmente aderezadas de hermosas figuras retóricas que le habían encumbrado hasta convertirlo en el poeta más afamado de la corte abasí.

La cuestión era que Abu Haidar se había cansado de la rivalidad que mantenía con Al-Nawfali y, por extensión, con la que pudiese mantener con cualquier otro poeta. Su hartazgo, de hecho, iba mucho más allá de las composiciones poéticas. Su vida ya no le satisfacía. Llevaba demasiados años entregado a los excesos, a acumular riquezas que jamás llegaría a gastarse, y ni

los placeres terrenales ni las posesiones materiales servían ya para llenar el inmenso agujero de su espíritu. Abu Haidar atravesaba una verdadera crisis existencial de la que no sabía cómo salir, ni si alguna vez saldría.

El poeta observaba el espectáculo desde un reservado que el tabernero había preparado expresamente para él —la fama también tenía sus ventajas, y esa era una de ellas—. Había pedido licor de *nabidh*, que bebía con moderación. Deseaba sentir la caricia de la embriaguez, pero no hasta el punto de perder el control. No cometería el error de ahogar sus penas en el fondo de una copa.

Ni que decir tiene que Abu Haidar estaba solo. En primer lugar, porque así era como más cómodo se sentía últimamente. Y en segundo, porque él estaba allí para deleitarse con la música, no para distraerse hablando con alguno de sus colegas. A Mahsati había que escucharla con los cinco sentidos. De lo contrario, uno corría el riesgo de perderse el significado de sus letras o los distintos matices de su voz.

Cuando finalizó la actuación, Abu Haidar sintió un repentino vacío. Se había levantado y estaba apurando el contenido de su jarra para marcharse del local, cuando vio acercarse al tabernero quien, provisto de una agasajadora sonrisa, le dijo algo que no se esperaba:

—Mahsati me ha pedido que le traslade que se siente muy honrada por su presencia, y que sería todo un honor para ella tener la oportunidad de conocerle.

Abu Haidar no pudo evitar sentirse halagado. Entre los asiduos, era ya de sobra conocido el hermetismo de la cantante. Muchos habían querido felicitarla e intercambiar algunas palabras con ella, pero Mahsati siempre se marchaba a toda prisa y se negaba a hablar con nadie. Ni siquiera aceptó saludar al mismísimo califa la noche que actuó en los jardines de palacio.

—Pues dile de mi parte que para mí también será un placer.

El poeta volvió a acomodarse en los cojines. Al cabo de unos minutos, el dueño de la taberna regresó acompañado de la cantante, a la que dejó a solas con Abu Haidar en el reservado. Mahsati tomó asiento al otro lado de la mesa baja que les separaba. Acto seguido, apareció una esclava que rellenó la copa del poeta y le sirvió a ella una jarra de agua.

—Estoy seguro de que ahora mismo soy la envidia de todo el local —señaló Abu Haidar—. Contar con tu compañía supone todo un privilegio.

—Creo que yo podría decir lo mismo —repuso ella—. Un poeta de su renombre no suele dejarse ver fuera del recinto de palacio, y menos en un sitio como este.

—Y, sin embargo, has conseguido que visite este lugar con frecuencia. Lo que no entiendo es por qué sigues actuando aquí, cuando podrías hacerlo en el palacete de cualquier hombre acaudalado.

—Aquí me siento cómoda. Eso es todo.

—¿Por qué?, ¿qué tiene de particular este sitio que no pueda ofrecerte cualquier otro?

—El dueño es un hombre discreto, no hace preguntas y me paga puntualmente. Y por ahora eso es justo lo que necesito.

—Ya veo que para ti la discreción es importante —repuso Abu Haidar—. De hecho, resulta muy llamativo lo poco que se sabe de ti.

—En realidad, mi vida no tiene nada de extraordinario. Por eso pensé que, si creaba cierto aura de misterio en torno a mi figura, despertaría mayor interés —improvisó Amina.

—Y funciona, desde luego. Aunque, créeme, no lo necesitas. Tu inmenso talento para la

canción es más que suficiente.

Abu Haidar dio un nuevo trago y el licor de *nabidh* descendió por su garganta provocándole un agradable picor.

—Y, si me lo permites, me atrevería a añadir que también eres excepcionalmente bella, a juzgar al menos por tus ojos. ¿Por qué no me concedes el privilegio de levantarte el velo solo por un instante, para poder contemplar tu rostro? ¿Sería eso mucho pedir?

—Temo defraudarle, pero tal cosa iría en contra del decoro y la decencia que rige el comportamiento de las mujeres en estas tierras.

Por la forma en que entornó los ojos y el tono de voz que empleó, Abu Haidar entendió que la réplica de Amina implicaba cierta socarronería.

—Está bien, no insistiré —replicó el poeta siguiéndole el juego—. No obstante, ¿podrías al menos decirme en qué escuela de canto te formaste? ¿En la de Medina, quizás?

Lo cierto era que Amina había aprendido observando a las incontables cantantes que a lo largo de los años habían actuado en el palacio de su padre... Pero, por supuesto, eso no podía decirlo, de modo que improvisó otra mentira.

—En Kermán.

—Ah, ya veo, una escuela de tradición persa, en la que se ensalza el sentimiento por encima de la técnica vocal.

—¿Cómo debería considerar su apreciación? ¿Como un halago, o como una crítica velada?

—Ambas cosas, en realidad. Deberías poner tu talento natural en manos de un maestro que te enseñe a ejercitar la voz. Si te formases también en la tradición árabe, no habría cantante en el mundo que te hiciese sombra.

—Lo tendré en cuenta —repuso Amina de forma seductora—. En fin, he solicitado este encuentro porque quería decirle que soy una gran admiradora suya. No hay en Bagdad mejor poeta que usted. —Y, para demostrar que lo decía en serio, recitó de memoria una de sus últimas composiciones.

—¡Qué halagador! —exclamó Abu Haidar genuinamente sorprendido.

—Creo que sus últimos poemas se merecen mucho más crédito del que se les ha concedido. En mi opinión, suponen el punto culminante de toda su carrera.

Abu Haidar acogió el dictamen de la cantante con tanto deleite, que incluso se le ruborizaron las mejillas.

—¡Ah, qué satisfactorio escuchar esas palabras! Pero, por favor, no perdamos el tiempo hablando de mí. Ya que tengo la oportunidad, me gustaría saber más acerca de tu vida. Antes me has comentado que te formaste en la escuela de Kermán. ¿Debo imaginar que es usted originaria de Persia?

Lejos de incomodarla, Amina se dio cuenta de que podía aprovechar la curiosidad del poeta para encauzar la conversación al tema que a ella le interesaba.

—Así es, soy persa, igual que usted —e inclinándose hacia delante y bajando el tono de voz, añadió—: Y además, también soy una fiel devota del profeta Zoroastro.

—Vaya, qué interesante, aunque no me sorprende. En Kermán hay una comunidad muy numerosa de zoroastrianos. No obstante, quédate tranquila. Tu pequeño secreto está a salvo conmigo. —Y le guiñó un ojo en señal de complicidad.

—¿Sí? Pues de secretos precisamente quería hablarle...

—¿Secretos? ¿A qué secretos te refieres? —preguntó Abu Haidar sin perder el buen humor.

Amina miró hacia los lados, como para asegurarse de que no había oídos indiscretos, y se inclinó hacia delante aún más.

—He oído hablar de un grupo secreto de zoroastrianos que se reúne en el sótano de una vivienda situada en el barrio de Muhaval —murmuró con los ojos entrecerrados—. Según tengo entendido, usted participa en dichos encuentros. ¿Me equivoco?

Al poeta se le congeló la sonrisa que exhibía hasta hacía tan solo un instante, y Amina temió haber sido demasiado directa, con el consiguiente riesgo de echarlo todo a perder. Sin embargo, Abu Haidar se recompuso unos segundos después y, mirándola con cierta suspicacia, replicó:

—¿Cómo sabes lo de ese grupo? ¿Y quién te ha dicho que yo formo parte de él?

Esa pregunta no la cogió desprevenida. Es más, la esperaba, y se había preparado una explicación perfectamente plausible.

—Istifán, el comerciante de papel. Mi familia mantiene una buena amistad con él desde hace muchos años.

Tan pronto como escuchó aquel nombre, la expresión en el rostro del poeta se relajó notablemente.

—Istifán... Por supuesto.

—De hecho, la última vez que le vi, me prometió introducirme en el grupo. Lo malo es que justo después se marchó de viaje y no regresará a Bagdad hasta dentro de varios meses.

—Si quieres saber la verdad, solo he asistido a esas reuniones un par de veces, y no tengo ningún interés en volver.

Abu Haidar no mentía. En fechas muy recientes, y como consecuencia de la crisis de identidad que atravesaba, probó a buscar en la fe la solución a su dilema existencial. Por desgracia, ni la religión islámica ni la zoroastriana le habían servido para hallar las respuestas que buscaba.

—¿Y no habría ninguna manera de que usted me abriera las puertas del grupo, para así no tener que esperar tanto?

Tras una breve reflexión, el poeta contestó:

—Bueno, podría intentarlo... Sí, supongo que no habría ningún problema en ello.

Abu Haidar se mostraba confiado. La confesión de la joven cantante acerca de la fe que profesaba, así como el crédito que le merecía Istifán, le habían llevado a bajar sustancialmente la guardia. Además, el *nabidh* también contribuía a que se fuese de la lengua con mayor facilidad.

—¡Ah, no sabe cuánto se lo agradecería! ¿Y qué tendría que hacer?

El poeta le contó que había reuniones reservadas a los miembros que conformaban la cúpula dirigente del grupo. Reuniones secretas en las que, por tanto, él no había participado. Sin embargo, el primer día de luna llena de cada mes, se celebraba un encuentro de carácter litúrgico al que podía acudir cualquier fiel zoroastriano. Después le indicó el punto exacto donde estaba la casa, dejando los detalles para el final.

—Los encuentros tienen lugar a medianoche. Y es muy importante que no llegues tarde. Llama a la puerta y, cuando te abran, como será tu primera vez, tendrás que decir el nombre del miembro que te haya invitado. En tu caso, será mejor que digas el de Istifán. No sé qué cargo ocupa dentro de la organización, pero estoy seguro de que es uno de sus integrantes más destacados.

—¿Y ya está?

—No. También tendrás que decir la contraseña: «*Atash Behram*», que significa «fuego de la victoria».

Amina sonrió para sí. Ya había conseguido lo que quería, pero si se marchaba de forma repentina, podría levantar las sospechas del poeta. De modo que optó por cambiar de tema para dejar atrás todo lo relacionado con el zoroastrismo.

—He de confesarle también que la letra de muchas de mis canciones están inspiradas en algunos de sus poemas.

—Ah, seguramente te referirás a la etapa en la que añadí a mi poesía panegírica altas dosis de romanticismo.

—Exacto —afirmó Amina.

—Interesante, de eso hace ya tres o cuatro años.

—Pues sus poemas de aquella época son mis preferidos. Mis canciones no son más que un reflejo de los sentimientos que expresaba en aquellos versos tan emotivos.

—¡Pues no te imaginas qué honor más grande me haces! —exclamó Abu Haidar visiblemente achispado—. Por cierto, será mejor que deje de beber. El *nabidh* está tan bueno que sin darme cuenta he tomado más de lo debido. —Y estirando el brazo apartó la copa lejos de sí.

La conversación se prolongó durante algunos minutos más, hasta que Amina se despidió al fin y abandonó el local por la puerta trasera.

Afuera llevaba largo tiempo esperando un sirviente de Banu Musa, que debía acompañarla durante el trayecto de vuelta. Amina estaba deseando llegar a la villa del joven erudito, para contarle la valiosísima información que había logrado sonsacarle al insigne poeta.

Subaya respiró hondo, elevó la mirada, y relajó hombros y brazos antes de enfrentarse al que, probablemente, fuese el momento más decisivo de toda su vida.

Esta vez, cuando se presentó ante la puerta del palacio del califa, le dispensaron un recibimiento muy distinto, puesto que la estaban esperando. Banu Musa le había concertado su tan ansiado encuentro con Al-Mamún, tal y como había prometido hacer a instancias de Theobald.

Un eunuco realizó una ligera inclinación de cabeza ante Subaya, tras lo cual le pidió que le siguiera con un gesto de la mano. Primero atravesaron el jardín delantero y después accedieron al interior del palacio, cuyos corredores y pasillos, decorados con tapices e incrustaciones de nácar y marfil, la retrotrajeron a aquella otra época de su vida que algunas veces creía solo haber soñado. Con todo, cada detalle en el que reparaba le resultaba extraordinariamente familiar, como si no hubiese pasado una eternidad desde su última vez allí.

Al llegar a la antecámara que comunicaba con el salón donde tendría lugar el encuentro, la formidable figura de un hombre de piel oscura emergió entre las sombras y se plantó delante del eunuco que guiaba a Subaya.

—A partir de ahora yo me haré cargo de la invitada —ordenó Suleimán, que había sabido del encuentro concertado entre Subaya y el califa apenas una hora antes.

—Pero tengo instrucciones de...

—¿Hace falta que te lo repita?

El eunuco se retiró con una mueca de enojo y los dejó solos en la antecámara.

Subaya contempló al chambelán nubio, del que apenas le separaban unos pasos, como si estuviese ante un fantasma de su pasado que hubiese vuelto a la vida. La mirada se le tornó vidriosa y el corazón comenzó a palparle de forma desbocada. Enseguida fue consciente de que, muy a su pesar, todavía le amaba pese al tiempo transcurrido.

—Subaya, no puedes entrar ahí. Te lo ruego.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre decirme después de tantos años? —Su expresión se marchitó en el intervalo de un suspiro. Resultaba evidente que Suleimán ya no sentía nada por ella.

—Esa no es la cuestión. Lo único que importa en este momento es que si hablas con Al-Mamún y le cuentas la verdad, estarías firmando mi sentencia de muerte. Y seguramente también la tuya.

—Me da igual. Haré cualquier cosa con tal de recuperar a Yabir... tu hijo... —articuló Subaya sin poder evitar que le temblase la voz.

—No digas eso en voz alta —se alarmó Suleimán.

—Tienes que entenderlo. Se lo llevaron de mi lado, y jamás podré encontrarlo si no es con la ayuda del califa.

—Yo te ayudaré a buscarlo, pero por favor, no le digas nada.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo esperas que confíe en ti después de lo que ocurrió? —le interpeló Subaya con una mezcla de dolor y rabia—. ¿Por qué no te reuniste conmigo y con nuestro hijo como acordamos?

Diez años atrás, Al-Mamún se había enamorado perdidamente de Subaya, sin duda la joven más atractiva e inteligente de todas cuantas formaban parte de su harén. Ella, por supuesto, no pudo sentirse más halagada, pues no había mayor honor para una concubina que despertar el interés de su señor y complacerle en todos sus deseos. Por tanto, Subaya se entregó en cuerpo y alma, y protagonizó con el califa un romance de ensueño que hizo vibrar a toda la corte.

Sin embargo, las cosas no eran como parecían. Subaya, en realidad, solo se fingía enamorada y se limitaba a hacer lo que se esperaba de ella. Nunca podría amar sinceramente a Al-Mamún, porque su corazón ya pertenecía a otro hombre del que se había prendado por completo: un paje nubio con el que se citaba en secreto desde hacía varios meses.

Dada la situación, continuar con esa relación entrañaba un riesgo muy elevado, pues si llegaban a descubrirlos, semejante traición se pagaba con la muerte. Pero como eran jóvenes y les consumía un amor ardiente, continuaron viéndose pese a que lo más razonable hubiese sido separarse.

La situación se mantuvo de aquella manera durante un tiempo, hasta que ella se quedó embarazada. Por desgracia, Subaya no tenía ninguna duda acerca de quién era el padre del vástago que esperaba, ya que su concepción se había producido durante la ausencia de Al-Mamún, mientras este llevaba a cabo su primer viaje de peregrinación a La Meca. Y, si había algo que los dos amantes tenían claro, era que tan pronto como naciese la criatura, se haría más que evidente que su paternidad no podía atribuírsele al califa.

Por su parte, Al-Mamún se sintió enormemente feliz cuando se enteró de la noticia, y procuró que Subaya recibiese los mejores cuidados para garantizar el buen fin del embarazo. En tales circunstancias, a Suleimán no se le ocurrió otra cosa que enviar a Subaya lo más lejos posible, donde nadie pudiese encontrarla. Para ello, invirtió todo el dinero que poseía en organizar su huida y la embarcó en una caravana que se dirigía hacia Siria, de la que ella se apearía a mitad de camino, momento a partir del cual los hombres que había contratado la escoltarían a través del desierto hasta dejarla con una tribu de beduinos que la acogerían entre los suyos.

Ambos habían acordado que al cabo de seis meses, o quizá un año, Suleimán se reuniría con ella y ya nunca se separarían. La prudencia aconsejaba dejar pasar ese intervalo de tiempo, porque si Suleimán se hubiese marchado a la vez, o incluso poco después de la desaparición de Subaya, habría resultado demasiado sospechoso.

No obstante, durante ese paréntesis se produjo un importante hecho que Suleimán no podía haberse imaginado. Fue nombrado chambelán de palacio tras la muerte del encargado anterior. Aquella designación supuso un punto de inflexión en la vida del nubio, al que el poder, unido a las elevadas sumas de dinero a las que su puesto le daría acceso, le corrompió en un abrir y cerrar de ojos, transformándole en una persona muy distinta a la que hasta entonces había sido. Aunque Suleimán no había planeado nada de todo aquello, el destino quiso que los acontecimientos se sucediesen de esa manera. Por otra parte, como consecuencia de la prolongada ausencia de Subaya, la llama de su amor se fue extinguiendo poco a poco, hasta que finalmente faltó a su promesa y jamás emprendió el viaje por el desierto para reencontrarse con ella.

Por eso, tan pronto como llegó a sus oídos la noticia de que Subaya había regresado, cuando ya prácticamente la había olvidado por completo, Suleimán entró en pánico ante la posibilidad de que la verdad saliese a la luz después de tantos años. Su desesperación era tal, que cuando Subaya se había presentado en las puertas de palacio unos días atrás, no dudó en encargarle a

Hamid, el centinela de la puerta, que se deshiciese de ella para, de ese modo, acabar con el problema de una vez para siempre. Hamid, sin embargo, no había cumplido con el encargo, y ahora Suleimán se veía más que nunca cerca del abismo.

—Hablemos de esto con calma, Subaya. Estoy seguro de que podremos encontrar una solución satisfactoria para los dos.

—Ya es tarde para hablar. —La mirada de Subaya centelleaba de ira—. Ahora lo único que quiero es encontrar a mi hijo.

Suleimán la agarró del brazo con fuerza.

—¿Qué haces? ¡Suéltame ahora mismo!

—¿Por qué has tenido que volver? —Los ojos del nubio estaban inyectados en sangre—. ¿Qué necesidad tenías de ponerlo todo patas arriba?

—Intenta ponerte en mi lugar. Te esperé durante años y jamás apareciste. ¿Puedes imaginarte cuántas veces me pregunté por qué no viniste a reunirme conmigo? Necesitaba obtener las respuestas que nunca me diste. —Las lágrimas se le amontonaban en los párpados amenazando con rebosarse—. Pero además, pensé que Yabir tenía derecho a conocer a su padre, y tú, el deber de enfrentarte al hecho de que no solo me abandonaste a mí, sino también a tu propio hijo. Si pudieses verle y mirarle a los ojos... te sorprendería lo mucho que se parece a ti.

Suleimán aflojó la presión con que sujetaba a Subaya, y esta aprovechó para zafarse.

—Ha pasado tanto tiempo, que ni yo mismo sería capaz de explicarlo —replicó el nubio tratando de sonar franco—. Solo puedo decirte que después de tu huida, algunas cosas cambiaron en palacio. A mí me nombraron chambelán y... en fin... ¿qué sentido tiene discutir esto ahora? Y, del mismo modo, ¿de qué crees que te servirá hablar con Al-Mamún? ¿Crees que te va a ayudar a buscar a tu hijo cuando sepa que él no es su padre? Solo conseguirás que nos mate a los dos.

—Al-Mamún me ayudará porque él me amaba de verdad. No como tú

—¡Eso no es justo! ¡Yo sí te amaba!

—¿En serio te atreves a decir eso? —Subaya lanzó una carcajada llena de cinismo—. En el fondo todo esto es culpa mía. ¡Qué ciega estuve al elegir a un simple paje, cuando podía haberme quedado con el hombre más poderoso del mundo!

Suleimán suspiró y trató de calmarla nuevamente.

—Yo te ayudaré a buscarlo, te lo juro. Conozco a mucha gente y tengo más poder del que puedas imaginarte. Puedo hacer que encuentren a tu hijo sin necesidad de montar un escándalo.

Subaya vaciló y por primera vez consideró la posibilidad de hacer las cosas al modo de Suleimán. Justo entonces, la puerta de doble hoja que comunicaba con el salón se abrió un palmo y un guardia asomó la cabeza.

—El califa se impacienta. ¿Por qué no ha entrado todavía la invitada?

De pronto, Subaya sintió vértigo ante la idea de reencontrarse con Al-Mamún. Ya no tenía tan claro que aquella fuese la decisión correcta.

—¿Y bien? —insistió el guardia.

Subaya dio un paso a un lado y después a otro, como reflejo de su indecisión. Alarmado, Suleimán la asió de nuevo por el brazo de forma instintiva y la atrajo hacia sí con tanta fuerza, que acabó haciéndole daño.

—Lo siento —murmuró el nubio.

Pero ya era demasiado tarde. La agresividad de Suleimán, sumada a la desconfianza que le despertaba, la convenció de que no podía dejar en sus manos el destino de Yabir.

—Vamos —le dijo al guardia—. No haré esperar al califa ni un segundo más.

La puerta se abrió de par en par y Subaya cruzó el umbral conteniendo el aliento.

La inmensa estancia sostenida por columnas de mármol y provista de molduras esculpidas en bronce, se desplegó ante ella como la antesala del paraíso. Un exquisito perfume sobrevolaba en el ambiente y un centenar de lámparas situadas en puntos estratégicos proporcionaban una tenue luz ambarina, semejante al albor crepuscular. Subaya caminó sobre la larga alfombra persa que se extendía hasta el fondo de la sala. Allí, Al-Mamún se levantó del trono y dio un paso al frente, expectante ante la llegada de la concubina que una década atrás le había destrozado el corazón.

Al mismo tiempo, Suleimán se deslizó también dentro de la sala y se ocultó detrás de una columna a cierta distancia, procurando que su presencia pasase inadvertida.

Subaya se detuvo a diez pasos de distancia del comendador de los creyentes y adoptó una postura sumisa inclinando la cabeza y juntando las manos a la altura del regazo.

Al-Mamún la observó detenidamente. El pulso se le aceleró sin poder evitarlo. Su aspecto había cambiado. No era ni mejor ni peor, tan solo distinto. Su belleza permanecía, pero se había transformado en algo diferente. Más auténtica, más contundente. O quizá el recuerdo que había conservado de ella se había distorsionado con el paso de los años. Subaya se había arreglado para la ocasión gracias a la inestimable ayuda de Fadhila, que le había comprado un vestido y le había dejado algunas de sus mejores joyas.

—Subaya... Jamás pensé que alguna vez volvería a verte...

—Yo... no debí haber huido... Perdóname. Lo siento de veras...

—¿Te das cuenta del daño que me hiciste? No puedes imaginarte cuántas veces me pregunté qué pudo empujarte a tomar una decisión tan incomprensible.

Al-Mamún sentía emociones encontradas. Al rencor se le sumaba un sentimiento opuesto que no sabría cómo definir. ¿Acaso todavía la amaba, después de todo el sufrimiento que le había causado?

—Ahora soy consciente de que me equivoqué.

—No tenías derecho a desaparecer, separándome además del hijo que llevabas en tu vientre. ¿Cómo tuviste el valor para hacer algo tan injusto?

—De eso precisamente quería hablarte.

—¿A qué te refieres?

—A Yabir.

—¿Así es como se llama el niño?

—Sí, pero... —A Subaya se le hizo un nudo en la garganta.

—¿Qué pasa con Yabir?

—Lo han secuestrado —desveló al fin tras recomponerse.

Al-Mamún se mordió el labio inferior y se tiró de la barba.

—¿Acaso eres consciente de lo que eso significa? Detrás del rapto se hallan mis rivales políticos y religiosos. Las facciones más radicales serían capaces de cualquier cosa con tal de debilitarme. No hay tiempo que perder. Llamaré ahora mismo al jefe del *barid* para que le cuentes todos los pormenores del suceso: dónde ocurrió, cuándo, y la descripción detallada del niño.

—Antes, hay algo que debes saber...

—¡No! —gritó Suleimán irrumpiendo en escena—. Disculpe la intromisión, señor. Me he permitido el atrevimiento de escuchar la conversación, y creo que lo mejor será que a partir de ahora yo me haga cargo del problema.

—¿Pero... tú de dónde sales? —inquirió el califa sorprendido—. Ni siquiera me había dado cuenta de que estabas aquí.

El nubio agarró a Subaya de la muñeca con aparente firmeza antes de seguir hablando.

—Sé cuánto le afecta este asunto, es mejor que yo me ocupe de esto a partir de ahora. La conduciré de inmediato ante el jefe del *barid*, y le mantendré informado de todo lo que ocurra.

—¡Suéltame! —exclamó Subaya, que se revolvió como un animal acorralado, logrando sacudirse a Suleimán de encima—. Ya no ocultaré la verdad por más tiempo.

Completamente decidida, Subaya avanzó unos pasos más y se situó a pocos metros del califa. Aunque sentía unas inmensas ganas de romper a llorar, las reprimió como pudo. Había llegado el momento de poner fin a un secreto que ya había durado demasiado tiempo.

—Yabir no es hijo tuyo —anunció sosteniendo la mirada de Al-Mamún—. Por eso me fui, porque mientras estaba contigo, era a otro hombre a quien amaba.

Al-Mamún necesitó unos segundos para asimilar lo que acababa de escuchar.

—Entonces... ¿tú nunca me quisiste realmente? —preguntó incrédulo.

Subaya bajó la mirada.

—Comprendo...

Aquello no se lo esperaba. La traición de Subaya le dolió en lo más profundo de su alma. Pero había más. Las concubinas de su harén eran intocables, salvo que él concediese su permiso. Más aún si la concubina en cuestión se trataba de su favorita. Sin embargo, uno de sus cortesanos se había atrevido a tomar a Subaya de forma repetida, pese a saber que semejante infracción se castigaba con la muerte. Un fuerte sentimiento de indignación se abrió paso dentro de su pecho. No obstante, Al-Mamún logró contener su furia. Todavía quedaban algunas incógnitas por resolver.

—¿Y por qué huiste? Pudiste haber tenido al bebé, y todo el mundo habría creído que se trataba de mi hijo.

—No habría conseguido engañar a nadie. Tan pronto como hubiese nacido el niño, se habría sabido enseguida que tú no eras el padre.

—¿Y cómo iba a saberse?

—Por el color de su piel. Su verdadero padre es negro como el tizón.

Al-Mamún abrió la boca para decir algo, pero tan solo llegó a mascullar un puñado de palabras sin sentido. Entonces miró a su chambelán, y la verdad se le hizo tan evidente como que los pájaros pertenecían al cielo y los peces al mar. Suleimán tenía el rostro desencajado, sudaba profusamente y le temblaban tanto las rodillas que a duras penas se sostenía en pie. Y, por supuesto, su inexplicable presencia allí cobraba ahora todo su sentido.

—¡Tú! —exclamó Al-Mamún señalándole con el dedo acusadoramente—. ¡Hipócrita! ¡Me has tenido engañado más de diez años como si fuese un idiota!

—No, yo... Esa nunca fue mi intención... —balbuceó Suleimán.

—¡Prendedle! —ordenó el califa a los dos guardias que se mantenían apostados como estatuas a cada lado de la puerta.

Durante unos instantes, dio la impresión de que Suleimán saldría corriendo para que no lo detuvieran, o que ofrecería algún tipo de resistencia. Pero nada más lejos de la realidad. El nubio hundió los hombros y agachó la cabeza, aceptando su derrota.

—Ya decidiré sobre tu destino más tarde.

Los guardias sujetaron al chambelán cada uno por un brazo y se lo llevaron fuera de la sala en mitad de un silencio atronador.

Cuando se quedaron solos, Al-Mamún miró a los ojos a Subaya y se dirigió a ella con un hilo de voz.

—Y ahora... ¿qué se supone que debería hacer contigo?

Subaya tomó su mano y le habló a escasos centímetros de su cara.

—Si decides castigarme, lo aceptaré sin ninguna queja. Pero antes, escucha lo que tengo que decirte. —Al-Mamún se mostró receptivo y ella reanudó el discurso que se había preparado—: Después de ayudarme a huir, Suleimán prometió reunirse conmigo al cabo de seis meses. Sin embargo, nunca lo hizo. Supongo que es el justo castigo por no haber sabido reconocer al hombre que de verdad me amaba.

Al-Mamún escrutó la mirada de Subaya. En ella descubrió que soportaba el peso de una herida muy profunda. Al final, ella había sufrido durante todos aquellos años tanto como él.

—Yo habría puesto un imperio a tus pies —dijo acariciando su mejilla con ternura.

—Por eso estoy aquí. Porque solo alguien con tu poder podría ayudarme. Encuentra a Yabir —suplicó con lágrimas en los ojos—. Sé que no tengo derecho a pedirte, pero él es solo un niño, no tiene culpa de nada. Y cuando lo hayas encontrado y esté a salvo, haz conmigo lo que quieras. No merezco un destino distinto del que hayas pensado para Suleimán.

Al-Mamún se giró y elevó la mirada al techo. Necesitaba tiempo para pensar con claridad. Pero mientras, daría la orden de buscar al crío. Subaya tenía razón, Yabir no tenía por qué pagar por los errores que sus mayores habían cometido.

Abdalmalik se sentía enormemente frustrado por haber decepcionado a Hanbal, pese a no haber tenido culpa de lo que había sucedido. De hecho, él había seguido al pie de la letra las órdenes que le habían dado: primero había secuestrado a Yabir, luego lo había mantenido oculto donde nadie pudiese encontrarlo, y también había puesto los medios necesarios para proporcionarle una educación y convertirle al islam. Si al final el niño no era quien todos creían, él no había tenido modo alguno de saberlo. Solo si Hanbal le hubiese confiado lo que tramaba, aquel imperdonable error jamás habría sucedido.

—¿Y qué quieres que haga ahora con el crío?

—No me importa lo más mínimo —le había contestado Hanbal—. Ya no nos sirve para nada. Haz lo que quieras con él.

De aquella conversación hacía ya más de una semana. Sin embargo, Abdalmalik todavía no había tomado una decisión.

La primera opción que consideró fue la de dejarle marchar sin más. En tal caso, Yabir estaba destinado a acabar mendigando en las calles de la ciudad, pues difícilmente encontraría a su madre, si es que esta aún seguía con vida. También cabía la posibilidad de que se las ingeniase para salir adelante, y puede que hasta se atreviese a denunciarle a las autoridades por haberle raptado. Un riesgo innecesario que Abdalmalik no estaba dispuesto a correr. Por supuesto, podía acabar con él y zanjar así el asunto de forma definitiva, pero Abdalmalik nunca había tenido nada personal en contra del chico, y no deseaba matar a un niño salvo que fuese estrictamente necesario.

Hasta que, tras mucho cavilar, dio por fin con la mejor solución para resolver el problema: vendería a Yabir en el mercado de esclavos.

Mediante aquella salida, todo eran ventajas. Para empezar, obtendría un dinero que no le vendría nada mal, sobre todo tras saber que Hanbal había sido recientemente encarcelado. Además, la propia transacción comercial legitimaría la tenencia del niño. Los esclavistas le proporcionarían documentos que lo justificasen, y de ese modo se protegería ante una hipotética denuncia posterior por parte de Yabir. Incluso el propio crío saldría beneficiado. Después de todo, quienquiera que lo comprase estaba obligado a proporcionarle las condiciones mínimas imprescindibles para llevar una vida digna. Los musulmanes creían que la esclavitud era una situación excepcional, pues consideraban que la libertad era la condición natural del hombre. Por ello, los esclavos se podían casar, tener propiedades, asistir a la oración de los viernes, y desempeñar algunos oficios.

Por su parte, Yabir había vivido aquella larga semana completamente aterrorizado.

El día que estuvo a punto de escaparse descubrió que ya no era importante para las personas que lo habían secuestrado, lo cual quería decir que ya no había razón alguna para que le mantuviesen con vida. Pese a todo, Abdalmalik no acabó con él como estaba seguro que sucedería. Al contrario, lo mantuvo con vida sin alterar la rutina habitual, a excepción de una notable salvedad: Falid no volvió a acudir para impartirle sus enseñanzas.

Aquello despertó en Yabir el temor a que el maestro de escuela hubiese sufrido las consecuencias por haber intentado ayudarlo a escapar. Y, pese a que había preguntado repetidas

veces por él, Abdalmalik no había querido decirle nada.

Así estaban las cosas, cuando una mañana Abdalmalik agarró a Yabir del brazo, y, tras arrastrarle fuera del sótano en el que había estado encerrado durante meses, le dijo que se marchaban definitivamente de allí.

—¿Adónde vamos? ¿Qué piensas hacer conmigo?

—Cállate. Pronto lo sabrás.

Abdalmalik tiró de él a través de las calles de Bagdad como si fuese una cabeza de ganado. Y aunque Yabir forcejeaba y tironeaba para soltarse, nada podía hacer ante la superioridad física del fornido árabe.

El trayecto se prolongó durante largo rato, hasta que llegaron a una concurrida plaza donde hombres y mujeres semidesnudos eran exhibidos sobre una plataforma de madera, mientras ciudadanos lujosamente ataviados pujaban en voz alta para adquirir su propiedad.

—¿Por qué me has traído aquí?

—Voy a venderte como esclavo —replicó Abdalmalik—. No pongas esa cara. Deberías estar agradecido.

El responsable del mercado era un esclavista egipcio con el que Abdalmalik ya había tratado antes, quien, por un porcentaje razonable sobre el importe final de la venta, se avino a arreglar los trámites legales para darle a la transacción apariencia de validez. El tratante de esclavos examinó a Yabir de arriba abajo, haciendo especial hincapié en las manos y en la dentadura.

—¿Qué opinas? —preguntó Abdalmalik.

—No tiene ningún defecto visible. Creo que se venderá bastante bien —contestó—. Y ahora súbele a la plataforma para que todos le vean.

Abdalmalik siguió las instrucciones del esclavista egipcio y tiró de Yabir con todas sus fuerzas para que se moviera.

—¡No, por favor! ¡Deja que me vaya! ¡Te lo ruego!

—No seas idiota. Esto es lo que más te conviene. Si te dejase libre, ¿cómo ibas a sobrevivir?

El esclavista se dirigió entonces a la multitud, y, tras describir las principales características de Yabir, dio inicio a la subasta por un precio de salida de trescientos dinares.

Al mercado habían acudido varios hombres pudientes que buscaban adquirir nuevos esclavos que necesitaban para sus plantaciones, y en algunos casos también para sus hogares. La mayoría eran comerciantes y terratenientes locales, pero había uno en particular que estaba de paso: un sirio que al día siguiente partiría de regreso a su hogar. Zhaid al-Asad, que era como se llamaba, se mostró desde el principio vivamente interesado en Yabir, quien, a pesar de que todavía era un niño, gozaba de buena salud y en pocos años podría llevar a cabo trabajos más pesados. Aunque lo más atractivo, en realidad, era el precio de partida, que Zhaid consideraba una verdadera ganga.

Otros asistentes debieron pensar lo mismo, porque varias manos se alzaron muy deprisa y la cifra inicial se elevó hasta los quinientos dinares tras varias pujas. Con todo, a Zhaid le seguía pareciendo un precio bastante bajo, y pujó de nuevo para convertirse en el principal candidato a comprarlo.

Mientras tanto, Abdalmalik se frotaba las manos conforme el precio iba subiendo, imaginándose las ganancias que obtendría. Yabir era el único que no podía creerse lo que estaba pasando. Aunque Abdalmalik le mantenía bien sujeto del brazo para que no intentase nada, no

habría hecho ninguna falta. El miedo lo tenía paralizado.

En el tramo final de la subasta, solo quedaban dos contendientes que pugnasen por él: el comerciante sirio, y un terrateniente local que se había encaprichado con el crío para regalárselo a su esposa. A priori, a Yabir le daba lo mismo terminar en manos de uno u otro porque no los conocía de nada. No podía saber que, si ganaba Zhaid, su situación se volvería aún más complicada, pues tan pronto como se lo llevase consigo a Siria, difícilmente darían con él, pese a la intensa búsqueda que el califa había ordenado.

—¡Quinientos cincuenta dinares! —ofreció Zhaid confiado en salir victorioso de una vez por todas.

Aunque la oferta parecía bastante definitiva, el esclavista egipcio encargado de la subasta dejó transcurrir unos segundos más por si el terrateniente local la mejoraba. No lo hizo. Pero cuando estaba a punto ya de adjudicar la propiedad de Yabir al comerciante sirio, una voz se alzó entre la muchedumbre haciendo añicos el silencio que se había hecho en la plaza.

—¡Seiscientos dinares!

Un murmullo de sorpresa se extendió entre los presentes. El hombre que había realizado la última oferta se abrió paso entre la multitud y se situó en primera fila, donde todos pudieran verle.

Una sonrisa brotó de repente en el rostro de Yabir. ¡Era su maestro! Falid había aparecido para salvarle un instante antes de que fuese demasiado tarde.

Falid había presenciado cómo el intento de fuga de Yabir había fracasado. Al día siguiente, cuando se presentó en la casa fingiendo no saber nada, Abdalmalik le dijo que prescindía de sus servicios.

—¿Puedo al menos despedirme de Yabir? —le había preguntado Falid.

—No. Así que no vuelvas más por aquí —había replicado Abdalmalik—. Y espero que no se te ocurra hacer una tontería como acudir a las autoridades, porque te juro que no vivirás para contarlo. Ni tú ni Yabir. ¿Te ha quedado claro? —Y para que su amenaza no se quedase solo en palabras, le había agarrado por la garganta y había apretado hasta dejarle prácticamente sin aire.

La amenaza caló en Falid, aunque no lo suficiente como para que se olvidase completamente del asunto. Así pues, decidió apostarse a diario al otro lado de la calle para vigilar los movimientos de Abdalmalik, con el fin de concebir un plan para rescatar a Yabir y huir con él donde nadie pudiese encontrarles.

Así transcurrió toda la semana, hasta que aquella mañana los vio salir de la casa y les siguió hasta el mercado de esclavos.

—¡Seiscientos cincuenta dinares! —exclamó Zhaid, para quien ganar la subasta ya se había convertido más bien en una cuestión de orgullo.

—¡Setecientos! —replicó Falid, enviando un claro mensaje de que iba muy en serio.

—¡Setecientos cincuenta!

—¡Ochocientos!

—¡Ochocientos cincuenta!

—¡Mil dinares! —gritó Falid, esperando poner fin a aquel duelo encarnizado.

Mientras tanto, Abdalmalik observaba desconcertado al maestro de escuela, cuya presencia en la plaza del mercado de esclavos le había descolocado. No obstante, gracias a su inesperada participación en la subasta, el precio de venta se había disparado muy por encima de lo que

esperaba. El problema radicaba en que Abdalmalik sabía muy bien que Falid no poseía semejante cantidad de dinero para hacer frente al pago en caso de que se proclamara vencedor. De modo que, para evitar que tal cosa ocurriera, advirtió al esclavista egipcio de lo que estaba pasando.

—¡Atención! —dijo este a renglón seguido—. La subasta queda momentáneamente suspendida debido a que existen serias dudas acerca de la solvencia del último participante en concurrir a la misma.

Las dudas estaban más que justificadas. Los otros participantes gozaban de cierta reputación y eran clientes habituales del mercado. Todos ellos, además, vestían ropas elegantes y exhibían joyas muy caras. A Falid, en cambio, nadie le conocía y lucía una sencilla túnica algo sucia y un turbante deshilachado.

Todas las miradas se clavaron en el maestro de escuela, quien de pronto sintió un sudor frío recorrerle la espalda. Por supuesto, Falid no podía pagar la cuantía de la puja que había realizado, pero dada la situación, no se le había ocurrido otra forma de salvar a Yabir.

—¿Y bien? —insistió el tratante de esclavos—. Estamos esperando que nos acredite de algún modo que goza de la suficiente solvencia como para hacer frente al pago.

—Yo... Me llamo Falid Al-Farabi... Y...

—Adelante, le estamos escuchando.

Pero Falid se había quedado mudo. ¿Qué podía decir en su favor, si ni siquiera tenía trabajo?

—Se acabó —sentenció el esclavista egipcio—. Queda excluido de...

—¡No! ¡Un momento, por favor! —le interrumpió Falid a la desesperada—. Abu Haidar... —balbució—. Quiero decir... que cuento con el aval de Abu Haidar. Con toda seguridad, él pagará el precio final de la subasta —añadió tratando de sonar más convincente.

—¿Abu Haidar? ¿El poeta?

Entre los compradores se elevó un murmullo de incredulidad.

—El mismo. En realidad, estoy aquí en su nombre —mintió descaradamente.

—Ya... ¿Y tienes algún documento que lo acredite?

—La verdad es que no, pero...

Los participantes de la subasta protestaron enérgicamente. Falid debía ser descalificado, las pujas anuladas y el proceso tenía que repetirse otra vez sin su participación.

El esclavista egipcio pidió un poco de calma mientras ponía en orden sus ideas y decidía cómo resolver la situación.

—Sé que esto no es muy ortodoxo —dijo al fin—, pero voy a darte una oportunidad para demostrar tu afirmación. —El esclavista se dirigió a la mesa donde se consignaban las ventas realizadas y redactó sobre la marcha una nota dirigida al conocido poeta. A continuación, llamó a un mozo de su confianza y le encargó que corriese hasta el palacio del califa para hacérsela llegar a su destinatario—. ¡Pronto sabremos la verdad! —comunicó a la multitud—. Mientras tanto, retomemos los negocios. Aún me quedan esclavos por subastar.

Durante la espera, Abdalmalik se llevó a Yabir al rincón más alejado de la plaza, apartados de todo el mundo. A él le daba igual quién comprase al crío, lo que le importaba era cobrar el dinero que le correspondiese y marcharse de allí lo antes posible.

Entretanto, Falid no dejaba de caminar en círculos cada vez más angustiado. ¿Cómo reaccionaría Abu Haidar cuando recibiese la nota del esclavista? Para ser sinceros, no tenía

demasiadas expectativas. Durante los últimos años había abusado constantemente de la confianza de su amigo, al que había pedido dinero en numerosas ocasiones para acabar casi siempre malgastándolo en bebida. ¿Qué pensaría entonces Abu Haidar ante aquella extraña petición, en virtud de la cual Falid manifestaba el deseo de comprarse un esclavo? Y si pretendía que se lo pagara, ¿por qué no había hablado antes con él para explicarle la razón? Desde luego, si su amigo se limitaba a desechar la nota con un gesto de la mano, no podría reprochárselo. De haber estado en su pellejo, seguramente Falid hubiese reaccionado de la misma manera.

Al cabo de un rato, el mozo regresó con un mensaje para el esclavista egipcio, cuyo contenido se apresuró a comunicar en voz alta.

—¡Atención! Abu Haidar se dirige hacia aquí ahora mismo para aclarar personalmente la situación.

La noticia causó un gran revuelo, pues muy pocos habían dado crédito a las palabras de Falid. Sin embargo, no tuvieron que esperar mucho para darse cuenta de su error. La muchedumbre congregada en el mercado fue haciéndose a un lado para dejar paso al ilustre poeta de la corte, cuyas composiciones más populares se sabían de memoria la mayor parte de los presentes.

Nada más verle, Falid acudió rápidamente a su encuentro con los brazos extendidos.

—¡Abu Haidar! ¡Qué alegría que hayas venido! ¡Solo por estar aquí ya me has hecho un gran favor!

Falid temía que su amigo se hubiese enfadado con él por haberle involucrado en aquel asunto. Teniendo en cuenta cómo se habían desarrollado los acontecimientos, aquella habría sido la reacción más natural. Sin embargo, lejos de mostrarse molesto o enojado, el semblante del poeta reflejaba una serenidad casi impropia de él.

—Falid, querido amigo. ¿Estás bien?

—Sí, por supuesto que sí. ¿Y tú? ¿Cómo estás tú?

—Mejor que nunca —repuso Abu Haidar exhibiendo una amplia sonrisa—. Has tenido suerte de que pudiesen hacerme llegar el mensaje, porque dentro de muy poco abandonaré para siempre el palacio de califa.

—¿Cómo dices?

—Lo que oyes. He decidido renunciar a la vida cortesana. Estoy cansado de los excesos, del lujo y hasta de los placeres de la carne. No echaré nada de menos, y a mí tampoco me extrañarán. La poesía que ahora escribo ya no le interesa a nadie, y mucho menos al califa. Mis nuevos poemas, dicen, están llenos de pesimismo y melancolía. Nadie quiere escuchar hablar de la muerte o de la angustia existencial.

—Yo... no sabía nada.

—Pero no te preocupes, esto es lo mejor que me habría podido pasar. Marcharme supone para mí toda una liberación. Ahora todo cuanto quiero es poder llevar una vida retirada en soledad. Me dedicaré a escribir y tomaré unos cuantos alumnos que deseen seguir mis pasos. Es todo cuanto necesito para ser feliz.

Situados a cierta distancia, el esclavista egipcio y el resto de los interesados aguardaban en silencio a que el poeta y Falid terminasen de hablar.

—Y ahora que ya lo sabes, dime qué puedo hacer por ti —prosiguió diciendo Abu Haidar—. Me han contado no sé qué de un esclavo que pretendías comprar en mi nombre, aunque no estoy seguro de haberlo entendido bien.

—En primer lugar, quiero pedirte perdón por haberte metido en este lío sin avisarte antes. Pero créeme si te digo que hay una buena razón. —A continuación, Falid le hizo un resumen de toda la historia desde el principio, sin omitir los detalles más escabrosos y haciendo especial énfasis en la delicada situación de Yabir.

—¿Y te pusiste a pujar sin más, sin dinero para hacer frente al pago?

—Fue lo primero que se me ocurrió para intentar salvar al crío.

—Comprendo... ¿Y a cuánto asciende el importe final?

Falid tragó saliva antes de contestar.

—Mil dinares... —repuso visiblemente apurado—. Pero prometo que te los devolveré en cuanto pueda —añadió a toda prisa, a sabiendas de que difícilmente podría cumplir con su palabra.

El poeta soltó una carcajada.

—No te preocupes, querido amigo. Yo tengo tanto dinero que ni siquiera conozco la cifra exacta... y para la nueva vida que pienso llevar, no lo necesito. Te daré los mil dinares, y otros mil más para que puedas cuidar del crío mientras su situación se resuelve.

Conmovido, Falid abrazó largamente al poeta y le dio las gracias repetidas veces. Luego, Abu Haidar habló con el esclavista egipcio y, tras comprometerse a saldar la deuda, la operación de compraventa quedó debidamente formalizada.

Abdalmalik recibió su parte y se perdió entre la multitud sin mirar ni una sola vez atrás. Aunque sabía que le convenía esconderse durante un tiempo, todavía no sabía si abandonaría o no la ciudad. En todo caso, seguiría con atención las noticias relativas al encarcelamiento de Hanbal. Antes o después lo tendrían que liberar. Y cuando tal cosa sucediese, él estaría preparado para recibirle y ponerse de nuevo a su disposición.

Cuando Yabir sintió que Abdalmalik le soltaba, buscó a Falid con la mirada entre la muchedumbre de la plaza, atenazado por la ansiedad de no entender muy bien lo que había pasado. Al principio se asustó porque no le localizaba, pero en cuanto lo vio, corrió a su encuentro con lágrimas en los ojos y el corazón desbocado.

—¡Maestro! ¡Ha venido a buscarme!

Emocionado, Falid estrechó al chico entre sus brazos y lo apretó contra sí con todas sus fuerzas.

—¿De verdad pensabas que iba a abandonarte? ¿Acaso no recuerdas que te hice una promesa?

—¡Claro que sí! —exclamó Yabir exultante—. Y una promesa es como un regalo que decides hacerle a alguien. Un regalo de esperanza que solo cobra sentido cuando uno cumple con la palabra dada. ¿No es así?

—Exacto —convino Falid con una sonrisa—. Y ahora quédate tranquilo, que estando conmigo no dejaré que nada malo vuelva a pasarte.

Fadhila no podía parar de llorar.

Finalmente, había recibido la peor noticia posible. Tras revisar el asesinato de Khalid y llevar a cabo una investigación más exhaustiva a instancias del califa, la *shurta* había llegado a la misma conclusión que al principio: Al-Mursi era culpable del crimen.

—No llores, Fadhila.

Aunque lo intentaba, Theobald no era capaz de consolarla. La ejecución se había fijado para la semana siguiente y ya no cabía posibilidad alguna de apelación.

—Pero no es justo —gimoteó.

—No, no lo es.

Theobald ignoraba si el jefe de la *shurta* era un necio, un holgazán, o, lo que parecía más probable, que desde el principio solo se había preocupado de cerrar el caso lo antes posible, incriminando al sospechoso que parecía más evidente.

—No todo está perdido —insistió Theobald.

—¿Y qué más podemos hacer? —inquirió Fadhila apartándose las manos de la cara.

Pese a lo mucho que habían descubierto, no había bastado para llegar hasta el fondo del asunto. Con todo, aún quedaba por agotar una línea de investigación: las reuniones secretas que un presunto grupo de zoroastrianos mantenía bajo una vivienda situada en el barrio de Muhaval. Desde luego, habría sido un error desdeñar las actividades que allí se practicaban, pues la existencia de aquella primitiva versión del Corán distinta de la oficial, adjudicaba a sus custodios la capacidad de desencadenar una revolución que podría extenderse por todo Oriente Medio. La cuestión era que, en apariencia, no había ningún indicio sólido que vinculase a dicho grupo con el asesinato del calígrafo.

—Asistiré a la próxima reunión que tendrá lugar en la cámara subterránea dentro de dos días —afirmó el monje con rotundidad.

Amina le había sonsacado al poeta el procedimiento para asistir a uno de aquellos encuentros, que al parecer se celebraban regularmente el primer día de luna llena de cada mes. Al principio, Theobald y Fadhila habían descartado la idea de acudir a uno de ellos, por el elevado riesgo que entrañaba. En las últimas horas, sin embargo, todo se había precipitado y la urgencia de la situación no les dejaba otra alternativa.

—¿Estás seguro? No quiero que te pase nada malo por mi culpa.

—Hemos llegado demasiado lejos y no pienso rendirme ahora. Además, no me perdonaría que ejecutasen a tu padre sin haber hecho antes todo lo posible por evitarlo.

Fadhila le miró con los ojos enrojecidos y llenos de lágrimas.

—Júrame que saldrás de allí a la menor señal de peligro.

—De acuerdo, te prometo que no me arriesgaré más de lo necesario. Me temo que no soy tan valiente como pretendo aparentar.

El comentario logró arrancarle una débil sonrisa.

—Gracias por todo lo que estás haciendo —murmuró.

—No me las des. Aún no he conseguido demostrar la inocencia de tu padre.

—Pero estás a punto. Estoy convencida de que Istifán está de un modo u otro relacionado con el asesinato de mi marido.

—Ya veremos. Desde luego, si logro infiltrarme en la reunión clandestina, trataré de recabar tanta información como me sea posible. De eso puedes estar segura.

Faltaba muy poco para la medianoche cuando Theobald se plantó ante la casa que Istifán tenía alquilada. La luna llena pendía del cielo como un dírham de plata, y brillaba con tanta intensidad que eclipsaba a las estrellas más cercanas. Las calles del barrio de Muhaval estaban prácticamente desiertas, salvo por los malhechores habituales que por la noche se apropiaban de la ciudad como si les perteneciese.

Theobald estaba irreconocible. Se había ataviado con el atuendo típicamente árabe, que remataba con un turbante que ocultaba su tonsura y una kufiya con que se embozaba media cara y tan solo dejaba sus ojos a la vista. Fadhila había sido la artífice de su increíble transformación.

El monje llamó a la puerta con los nudillos y aguardó con impaciencia a que le abriesen. Se sentía más nervioso de lo que le hubiese gustado admitir.

La puerta se abrió un palmo y un individuo particularmente corpulento se asomó por la abertura. Llevaba un pañuelo atado a la nuca que le cubría parcialmente el rostro, por debajo del cual sobresalía una poblada barba.

—¿Es tu primera vez? —inquirió escudriñándole con la mirada.

—Sí —repuso Theobald de forma sosegada—. Vengo de parte de Istifán.

El hombre que parecía hacer las funciones de portero le evaluó una vez más.

—¿Contraseña?

—*Atash Behram*.

—Adelante, pasa. Mi nombre es Azarmig.

Theobald dejó escapar un suspiro de alivio de forma disimulada. Gracias a Dios, no le habían pedido que se identificase, ni tampoco que mostrase su rostro. Si cualquiera de las dos cosas hubiese ocurrido, probablemente se habría marchado en ese mismo instante. No debía correr más riesgo del necesario. Aunque, por otra parte, no le sorprendió que se garantizase la privacidad de los asistentes, pues de lo contrario, el miedo a que se conocieran sus identidades habría supuesto un freno natural a su participación en un acto de aquella índole.

El interior lucía el mismo aspecto desangelado que recordaba de su visita anterior. Una única lámpara de aceite arrojaba un leve resplandor, tan tenue que apenas lograba dejar a la vista el escaso mobiliario de la estancia. Las postigos de las ventanas estaban cerradas para impedir que se filtrase luz al exterior.

Azarmig abrió la compuerta de madera y con un gesto de la mano invitó a Theobald a bajar a la cámara subterránea.

—Si no conoces el rito, fíjate en lo que hagan los demás y sigue las indicaciones del Gran Sacerdote.

Theobald asintió y comenzó a descender por la escalerilla.

Nada más internarse en la estancia, percibió que el aire estaba impregnado de perfume de ámbar gris. El lugar no estaba excesivamente iluminado, pero la vista se le acostumbró rápidamente a la penumbra dominante. El mayor foco de luz lo proporcionaba el fuego que ardía

en el enorme pebetero central, que los zoroastrianos adoraban de forma simbólica. De entre las cuarenta o cincuenta personas que se hallaban presentes, solo unas cuantas giraron la cabeza en dirección al recién llegado, mientras las demás se dedicaban a orar en actitud recogida, sentadas sobre esterillas dispuestas en el suelo.

A Theobald le tranquilizó comprobar que la mayoría de los asistentes se cubría la cara igual que él. Los hombres empleaban kufiyas y las mujeres —que también las había, aunque en número muy inferior—, recurrían a los acostumbrados velos. Situado detrás del pebetero y embutido en una túnica blanca, un hombre arrojaba a las llamas pequeños pedazos de madera de sándalo, al tiempo que murmuraba una especie de plegaria. Sin duda, debía de tratarse del Gran Sacerdote al que se había referido Azarmig.

Theobald ocupó un sitio al fondo de la cámara y se sentó en el suelo cruzando las piernas. No usó esterilla porque ya no quedaba ninguna disponible, en el aparador donde se guardaban ya solo había algunos frascos de vidrio. A su derecha, en una esquina, reconoció la cortina que caía desde el techo hasta el suelo, tras la que algunos fieles se cambiaban de ropa, ataviándose con prendas más apropiadas para asistir a un ritual de carácter religioso.

Theobald no lograría averiguar nada si se limitaba únicamente a observar. Aquellos instantes previos al comienzo de la ceremonia le concedían una oportunidad inmejorable para entablar conversación con alguno de los presentes. Sin embargo, la empresa no resultaba sencilla. El silencio era total y no se oía el menor cuchicheo. En consecuencia, Theobald llegó a la conclusión de que si interrumpía aquel clima de recogimiento, lo único que conseguiría sería llamar excesivamente la atención sobre él.

Al cabo de unos minutos, el Gran Sacerdote se puso en pie y alzó los brazos para reclamar la atención de los asistentes. La ceremonia daría comienzo de un momento a otro.

Theobald se sintió enormemente contrariado en cuanto advirtió que el Gran Sacerdote hablaba en persa antiguo, por lo que no entendía nada de lo que decía, salvo por algunas palabras sueltas. Al mismo tiempo, tuvo la impresión de haber escuchado antes aquella voz en algún otro sitio, aunque no lograba identificarla. También cabía la posibilidad de que la peculiar acústica de la cámara subterránea le estuviese jugando una mala pasada. En cualquier caso, el Gran Sacerdote también se cubría el rostro con una kufiya, por lo que no tenía manera de reconocerle.

Como ignoraba la liturgia, Theobald se dedicó a imitar los gestos del resto de los fieles, tal y como le había sugerido el guardián de la puerta. Cuando había que arrodillarse, se arrodillaba; cuanto tocaba agachar la cabeza, la agachaba; y así continuamente. En una ocasión, todos se congregaron en torno al fuego sagrado, del que no apartaron la vista en varios minutos. Como Theobald sabía muy bien, el fuego representaba los principios esenciales de la religión zoroastriana, pues simbolizaba la luz que disipaba las tinieblas de la ignorancia, así como la energía creadora y destructora del universo. Además, por el modo en que el Gran Sacerdote se expresaba, Theobald dedujo que no estaba dando ningún sermón, sino que se limitaba a entonar de memoria una oración tras otra.

Durante el transcurso del ritual, Theobald se preguntó cuántos de los que allí estaban conocerían el contenido de los antiguos pergaminos que custodiaba el Gran Sacerdote. Probablemente muy pocos. Quizá solo el núcleo de dirigentes, quienes, según Abu Haidar, tenían reuniones secretas independientes de aquellos encuentros regulares en los que se rendía culto al dios zoroastriano. Theobald comprendió entonces que, muy a su pesar, difícilmente obtendría

nada provechoso aquella noche.

La ceremonia se prolongó cerca de una hora, y cuando terminó, los asistentes fueron abandonando el recinto subterráneo de forma ordenada. Mientras recogían las esterillas y algunos se cambiaban de ropa detrás de la cortina, Theobald realizó un último intento por entablar conversación con algunos de ellos, pero todo cuanto consiguió fueron respuestas evasivas y miradas recelosas.

Tan pronto como el lugar estuvo casi vacío, Theobald se dio cuenta de que ya no tenía nada que hacer allí. Aunque había apurado hasta el final por si surgía una oportunidad en el último momento, definitivamente no había tenido suerte. Fue entonces cuando vio al guardián de la puerta bajar por la escalerilla y encaminar sus pasos hacia el Gran Sacerdote, que seguía sentado en el suelo al otro lado del fuego sagrado, en postura reflexiva.

Theobald se acercó al pebetero con discreción para intentar oír lo que decían.

—Acabo de recibir un mensaje de... quien usted ya sabe —susurró Azarmig—, confirmando su asistencia al encuentro.

—Perfecto —repuso el Gran Sacerdote—. Asegúrate de que viene solo, como le especifiqué. Y si todo está en orden, puedes hacerle pasar.

—Entendido.

Theobald reaccionó ante aquel intercambio de impresiones con gran interés. Aquella sí que prometía ser una reunión importante, en la que presumiblemente se abordarían temas confidenciales que quizá le ayudasen a esclarecer un poco más el misterio al que se enfrentaba. Sin embargo, era imposible que le dejaran participar en aquella reunión...

¿O quizás no?

Theobald miró a su alrededor. Aparte de él, tan solo había tres fieles más, que se disponían a abandonar la estancia en ese preciso momento. Theobald se quedó un poco rezagado y miró de reojo al Gran Sacerdote. Este mantenía los ojos cerrados, como si meditase o estuviese rezando a su dios. Entonces, caminando de espaldas, se desplazó sigilosamente hasta el extremo opuesto de la cámara subterránea y se deslizó detrás de la cortina.

Aquello era una locura. Le había jurado a Fadhila —y también a sí mismo— que no correría ningún riesgo innecesario, pero por otro lado, se resistía a irse con las manos vacías, porque en ese caso, a Al-Mursi le ejecutarían en apenas una semana.

Theobald continuó inmóvil en su escondrijo, cuestionándose a cada minuto si debía o no seguir adelante con su improvisado plan. Si le descubrían, no tendría ninguna excusa mínimamente creíble que alegar en su defensa.

Desde hacía ya largo rato, los únicos que permanecían en la cámara subterránea eran él y el Gran Sacerdote y, más allá del crepitar del fuego sagrado, la única otra cosa que Theobald escuchaba era el latido de su propio corazón.

Hasta que por fin, al cabo de un tiempo indeterminado, no sabría decir cuánto, una tercera persona descendió por la escalerilla.

Theobald asomó un ojo descorriendo un poco la cortina y observó con atención al recién llegado que debía reunirse con el Gran Sacerdote. Era un hombre de estatura elevada, que caminaba muy erguido, y cuyas facciones resultaban indistinguibles porque se solapaban con las sombras que trepaban por las paredes. Sin embargo, al pasar junto a las llamas que brotaban del pebetero, su rostro se hizo visible un segundo, lo suficiente para que Theobald pudiese

reconocerle.

¡Era Uthmán! ¡El visir! Theobald lo recordaba del día que había visitado el palacio del califa. Pese a la fugaz visión que había tenido de él, Uthmán poseía uno de esos rostros que no se olvidaban fácilmente. Aquello le descolocó por completo. Al visir se le conocía por ser un ferviente musulmán. ¿Por qué iba a relacionarse con un grupo clandestino de zoroastrianos que, además, poseían un secreto que podía poner en jaque la supervivencia del islam?

Uthmán se sentó frente al Gran Sacerdote y ambos comenzaron a hablar en voz baja. Tanto, que Theobald no alcanzaba a entender lo que decían. Así que se dedicó a espiarles desde detrás de la cortina para ver lo que pasaba.

Al principio, el diálogo transcurrió por cauces tranquilos. Luego, el Gran Sacerdote cogió los pergaminos que Theobald tan bien conocía —que contenían la primitiva versión del Corán, en cuya virtud se reconocía la importancia del profeta Zoroastro en el curso de la historia—, y se los dio a leer a Uthmán. En cuanto sus ojos sobrevolaron las primeras líneas, la alarma en el rostro del visir se hizo evidente.

—¡Esto es una herejía! —bramó entre aspavientos—. ¡Estos pergaminos no pueden ver en modo alguno la luz! ¡No voy a permitirlo!

El Gran Sacerdote no perdió la calma y, por toda respuesta, sacó un pequeño frasco que ocultaba bajo la túnica y lo pasó con un rápido movimiento bajo la nariz del visir, que perdió el conocimiento en cuestión de segundos.

Theobald se quedó petrificado. ¡Tras aspirar una sola vez algún tipo de sustancia narcotizante, el visir se había quedado inconsciente! La situación se había tornado verdaderamente extraña.

En esto, el Gran Sacerdote se puso en pie y echó a andar hacia donde Theobald se ocultaba. ¿Acaso le había descubierto?

El monje pegó la espalda a la pared tanto como pudo y contuvo la respiración para no hacer ningún ruido. El corazón le palpitaba como si le fuese a estallar.

El sonido de la puerta de la alacena le permitió suspirar, pues allí era donde el Gran Sacerdote se había dirigido. Algo más calmado, Theobald se asomó de nuevo y le vio coger un frasco de vidrio y un objeto que, si no se equivocaba, parecía una especie de embudo.

El Gran Sacerdote cerró la puerta de la alacena y regresó sobre sus pasos. Theobald le observó mientras le daba la espalda: se desplazaba muy despacio, ligeramente encogido y arrastrando los pies. Su mente registró aquel detalle pues sabía que tenía mucha importancia, aunque los nervios del momento le impedían recordar por qué.

A continuación, aprovechando que podía manejar el cuerpo de Uthmán a su antojo, el Gran Sacerdote lo tendió en el suelo y lo puso boca arriba. En esa postura, asió el embudo y se lo colocó en la boca. No había duda. Pretendía hacerle tragar el contenido del frasco de vidrio mientras estaba inconsciente.

En ese preciso instante, Theobald se dio cuenta de dos cosas. La primera, que Uthmán era en realidad la víctima de aquel encuentro; y la segunda, que estaba a punto de presenciar su envenenamiento mediante el mismo método que habían utilizado tanto con Khalid como con los dos ministros del consejo.

¡El asesino que tanto había buscado era el Gran Sacerdote! Pero... ¿quién se ocultaba bajo su identidad? ¿Y qué le había llevado a cometer aquellos atroces crímenes?

Movido por un impulso irrefrenable, Theobald salió de su escondite, decidido a detenerle. ¡No

podía quedarse de brazos cruzados mientras asistía al asesinato de un ser humano inocente!

—¡Basta! —gritó—. ¡Deténgase ahora mismo!

El Gran Sacerdote dio un respingo, sobresaltado, pero se recompuso a una velocidad extraordinaria, como si a pesar de que le hubiesen sorprendido cometiendo un horrendo crimen lo tuviese todo bajo control.

—No debería estar aquí —dijo con voz serena—, y temo que pagará muy caro su atrevimiento. En todo caso... antes me gustaría saber con quién tengo el placer de hablar.

—A mí también me gustaría saberlo —replicó Theobald, tratando de mostrarse tan firme como su interlocutor.

—Lamentablemente, yo he preguntado primero. Hagamos una cosa. Si usted se quita la kufiya, yo prometo hacer lo mismo.

Theobald consideró la propuesta del Gran Sacerdote. A fin de cuentas, ya no tenía nada que perder. De modo que se despojó del pañuelo y también del turbante, dejando a la vista su rostro y la tonsura que coronaba su cabeza.

—Ah... el monje cristiano de Occidente. ¡Cómo no! Ya me habían informado de que llevaba semanas haciendo preguntas indiscretas acerca del asesinato de Khalid, aunque el asunto no fuese de su incumbencia. Pero, con toda franqueza, nunca me pareció que constituyese una amenaza. Estaba convencido de que no conseguiría nada y de que al final se acabaría rindiendo ante la falta de pruebas. Pero ya veo que me equivoqué. De lo contrario, nunca habría llegado hasta aquí. Le felicito por su sagacidad, su persistencia, y también por su intuición.

—Bien, ahora cumpla con su palabra.

El Gran Sacerdote asintió, y, tras quitarse la kufiya, dejó su cara al descubierto...

Theobald se quedó estupefacto. ¡Era Wasif! ¡El viejo tutor del califa!

Automáticamente, todas las piezas encajaron en su sitio. Sus avanzados conocimientos en alquimia explicaban el singular veneno empleado en los crímenes, cuyo origen ni siquiera los médicos más preparados de la corte conocían. Además, su descripción coincidía con la del sospechoso que el muecín había visto salir de la Casa de la Sabiduría la noche del crimen. El presunto asesino se desplazaba muy despacio y ligeramente encorvado, no porque quisiese evitar hacer ruido para que no le escuchara el mendigo de la puerta, sino porque así era como caminaba un anciano de la edad de Wasif. Y, por supuesto, también estaba el perfume de ámbar gris, que el asesino llevaba impregnado en sus ropas debido a su estancia en la cámara subterránea.

Pero aún quedaban incógnitas por resolver, y Theobald no se conformaría hasta haberlas despejado.

—Usted asesinó a Khalid y a los dos consejeros del califa —señaló—. Entiendo que acabar con el calígrafo le resultase relativamente sencillo, pero ¿cómo pudo lograr su objetivo con los ministros, que gozaban de una protección especial?

Wasif dejó entrever una sonrisa de suficiencia.

—A los consejeros no los maté yo mismo. Como podrá suponer, cuento con fieles secuaces dispuestos a realizar ciertos trabajos de los que yo no puedo ocuparme personalmente. Eso sí, previamente hube de sobornar a los centinelas encargados de la seguridad de los ministros, para que aquella noche dejasen vía libre al asesino. El dinero no es un problema para mí. He vivido tantos años, que he podido amasar una inmensa fortuna. Además, por si no lo sabía, cada hombre tiene su precio. Ningún guardia rechazaría recibir el equivalente a diez años de su sueldo solo

por ser negligente en su cometido durante quince minutos.

—Pero, ¿por qué les mató? ¿Qué pretende conseguir con todo esto?

Wasif cogió uno de los antiguos pergaminos que custodiaba y se lo tendió a Theobald para que lo leyera.

—Ahí encontrará la respuesta.

—No me hace falta. Ya conozco el contenido.

—Ah, una vez más ha vuelto usted a sorprenderme. Bueno, entonces ya sabrá que los primeros califas mutilaron el Corán original, cuando hace doscientos años se propusieron fijar una versión definitiva, a partir de los numerosos textos que circulaban entre las distintas facciones de fieles musulmanes. Y, si bien el texto final recogía las tradiciones judía y cristiana, excluía toda referencia a la religión zoroastriana. ¿Por qué cree usted que lo hicieron? —Ante el mutismo del monje, Wasif continuó—: Desde luego, no se trató de un olvido casual, al contrario, tenían un buen motivo para hacerlo. Los árabes habían iniciado la conquista de los territorios que se hallaban bajo dominio del imperio persa, cuya religión dominante era el zoroastrismo desde hacía más de mil años. Por eso había que hacer lo imposible para erradicarlo, para así facilitar la penetración del islam entre la población local sin hallar una oposición excesiva. —Aunque el anciano se expresaba con aparente frialdad, cada una de sus palabras denotaba un profundo fanatismo—. Los árabes fueron muy listos, eso hay que reconocérselo. Supieron aprovechar extraordinariamente bien la estructura organizativa persa preexistente para construir su imperio islámico... prescindiendo, eso sí, del componente religioso zoroastriano que tanto perjudicaba sus intereses.

Wasif se tomó un respiro y clavó su mirada en el monje benedictino.

—¿Sabía que la genealogía de mi familia se remonta hasta la gloriosa dinastía sasánida? Algunos de ellos fueron poderosos gobernantes, y otros, ilustres sacerdotes zoroastrianos. Pero ya puede imaginarse lo que fue de ellos cuando llegaron los árabes. A la mayoría los asesinaron, y a los pocos que se salvaron les despojaron de su poder.

—Entonces, ¿qué se supone que es esto? —intervino Theobald—. ¿Una especie de venganza?

—¡En absoluto! Mi plan de acción va mucho más allá de eso. Como ya ha podido comprobar, pese al empeño que pusieron los primeros califas en destruir todas las copias del Corán que difiriesen de la versión oficial, no lo consiguieron, ya que al menos una de ellas ha sobrevivido hasta llegar a nuestros días. Pues bien, lo que yo me propongo es derogar el Corán actual, claramente mutilado, y restituir el original, que reconoce la importancia de la religión zoroastriana.

—¡Eso es imposible! Jamás lo conseguirá.

—Es muy difícil, cierto, pero no imposible. Al-Mamún ha demostrado ser un califa excepcionalmente valiente. Hace tan solo unos años, nadie se hubiese imaginado que impondría la doctrina mutazilita, que aboga por un islam más tolerante y abierto.

—Eso es una cosa, pero modificar el Corán oficial es otra muy distinta.

—Lo hará si piensa que es lo correcto. Y con los pergaminos en la mano, yo le demostraré que lo es.

—Me consta que el califa suele escucharle —admitió Theobald—, pero dudo mucho que se deje guiar solo por sus consejos esta vez.

—En eso tiene razón. Por eso llevo tiempo liderando un movimiento clandestino con el fin de

sumar a la causa a los persas más poderosos e influyentes del imperio. Ministros del consejo, altos funcionarios, militares de rango, acaudalados comerciantes, terratenientes..., a todos ellos les voy haciendo poco a poco partícipes del secreto, para que cuando llegue el momento, ejerzan también su dosis de presión sobre el califa.

—E Istifán es uno de ellos, ¿me equivoco?

—Así es. Y uno de los más importantes, puesto que forma parte del grupo fundacional del movimiento. Aunque, en su defensa, he de decir que él no tiene nada que ver con los asesinatos que investiga, pese a que haya sido su rastro el que le ha llevado hasta aquí. De hecho, Istifán lo ignoraba todo a ese respecto.

Theobald se quedó pensativo durante unos instantes.

—De todas maneras, hay algo que no me cuadra con lo que ha dicho... Los ministros que ordenó matar eran persas, supuestamente debían de estar de su lado. ¿Por qué lo hizo entonces?

—No tuve más remedio —replicó Wasif como si de verdad lo lamentara—. A pesar de sus orígenes, demostraron no estar verdaderamente comprometidos con sus raíces.

—¿Significa eso que se negaron a unirse al plan que preparaba?

—Que dos persas tan influyentes no me apoyasen cuando llegase el momento oportuno, habría debilitado seriamente mi posición. ¿Puede creerse que rechazaron el zoroastrismo, incluso después de conocer la existencia de la versión auténtica del Corán? —preguntó de manera retórica señalando los pergaminos que Theobald aún sostenía en su mano.

Conforme procesaba aquel abundante caudal de información, el rompecabezas iba cobrando forma en la mente de Theobald, como si visualizase un gigantesco tapiz que estuviese parcialmente cubierto.

—Ahora comprendo por qué les mató del modo en que lo hizo. Tiene que ver con el simbolismo que su religión le adjudica al fuego, ¿verdad? Por eso las víctimas que ingerían el veneno ardían por dentro como si una llamarada hubiese prendido en sus entrañas.

—Reconozco que su perspicacia me tiene asombrado. De esa manera enviaba un mensaje, o, mejor dicho, una advertencia, para que a nadie más se le ocurriese seguir el ejemplo de los dos consejeros. —Wasif se aclaró la garganta antes de explicar con orgullo—: La fórmula del compuesto que elaboré en mi laboratorio está inspirada en la sustancia química que utilizan los tragafuegos durante sus espectáculos. ¿Los ha visto alguna vez? En las grandes fiestas del califa nunca suelen faltar.

Theobald captó en la mirada del anciano un brillo de locura muy cercano al fanatismo.

—¿Y por qué quería matar al visir?

—Por necesidad, obviamente. Uthmán es la segunda persona más poderosa del imperio y, como árabe y devoto musulmán, jamás habría tolerado que la versión oficial del Corán se alterase lo más mínimo.

—Temía que su influencia sobre el califa perjudicase la consecución de sus objetivos.

—Justamente —repuso Wasif—. La reforma del Corán que pretendo impulsar solo supondría el primer paso para alcanzar un objetivo muchísimo más ambicioso: el renacer del glorioso imperio persa. A largo plazo, no busco otra cosa que expulsar a los árabes de nuestras tierras y devolver al zoroastrismo al lugar que merece. Por supuesto, yo no viviré para verlo. Soy demasiado mayor y moriré mucho antes de que esto suceda. Pero me quedará la satisfacción de saber que otros continuarán lo que yo tuve el valor de poner en marcha.

—Me temo que usted delira —dijo Theobald—. Ha perdido la cabeza por completo.

—Eso mismo dijeron al principio los enemigos de Mahoma. Y fíjese ahora en las múltiples naciones que integran el imperio musulmán, nacido de la voluntad de un solo hombre.

—¿Se da cuenta de que podría desencadenar una guerra de terribles consecuencias para todos?

—Si sirve para devolver al imperio persa su antiguo esplendor, que así sea.

Theobald no sabía si se encontraba ante un loco o un visionario. En todo caso, después de asimilar toda la información que Wasif le había proporcionado, se dio cuenta de que aún no había resuelto la cuestión más importante, y la principal razón por la que estaba allí.

—Todavía hay algo que no comprendo. ¿Por qué mató a Khalid? ¿Qué tenía él que ver con todo esto?

La expresión en el rostro de Wasif se tornó incómoda de repente. Apretó las mandíbulas y juntó sus labios conformando una mueca desagradable. Aquella inesperada reacción dejó a Theobald desconcertado. Hasta el momento, Wasif había respondido abiertamente a todas sus preguntas. Incluso se diría que había disfrutado con ello... hasta que mencionó al calígrafo.

—¿De verdad va a callarse ahora?

—Creo que ya he hablado bastante —espetó el anciano.

—Yo creo que no —insistió Theobald—. ¿Por qué se niega a contestarme?

Pero fue terminar de pronunciar la frase y venirle la respuesta a la mente como si hubiese tenido una revelación. ¡Había tenido delante la solución al enigma durante todo ese tiempo! ¡Ahora lo veía sorprendentemente claro!

—¡Todo lo que se propone se sustenta en una gran mentira! —exclamó en tono acusatorio—. ¡Los antiguos pergaminos de los que se ha valido para convencer a ciertas personalidades de que se uniesen a su causa son totalmente falsos! Khalid estaba considerado como uno de los mejores calígrafos de la Casa de la Sabiduría, y usted le contrató para que hiciese una perfecta falsificación de una supuesta primigenia versión del Corán, que concedía al profeta Zoroastro un lugar de honor en la historia. Y, con la pericia que le caracterizaba, él se ocupó de recrearla siguiendo sus dictados. ¿No es cierto?

Wasif abrió desmesuradamente los ojos y contrajo los músculos del cuello, gestos inequívocos de que el monje cristiano había dado en el clavo.

—Puedo imaginarme fácilmente lo que ocurrió —prosiguió Theobald—. Khalid no tardó en percatarse de la verdadera importancia del trabajo que había realizado, y comenzó a pedirle más dinero del que acordaron en un principio. O dicho en otras palabras, empezó a chantajearle a cambio de su silencio. Eso explicaría el origen de la pequeña fortuna que ganó de repente, y que empleó en construirse un palacete de dimensiones descomunales.

—¡A Khalid le perdió la avaricia! —estalló Wasif—. ¡Me pedía dinero una y otra vez! ¡Nunca tenía suficiente! Yo se lo daba, porque sabía que si hablaba y contaba el verdadero origen de los pergaminos, arruinaría todo mi plan. Pero todo tiene un límite, y él lo rebasó. De modo que llegué a la conclusión de que solo acabando con él, acabaría también con el problema.

—Y fue entonces cuando se produjo la violenta discusión entre Khalid y Al-Mursi en la Casa de la Sabiduría.

—Exacto. Aquel lance me daba la posibilidad de actuar sin levantar sospechas. Todo el mundo daría por hecho que lo habría matado él. Bastaba con manipular alguna prueba que apuntase hacia su culpabilidad. Incriminar a Al-Mursi me resultó extraordinariamente sencillo.

Tras aquella última confesión, Theobald cayó en la cuenta de que ya no quedaba nada más por decir, y no pudo evitar sentir un cierto vértigo al pensar en qué sucedería a continuación. Evidentemente, si Wasif se había mostrado tan franco con él, era porque no iba a dejarle salir con vida de allí.

—Theobald, créeme cuando te digo que lamento que todo acabe para ti de esta manera —dijo el anciano tuteándole por primera vez, al tiempo que se dirigía hacia el pie de la escalerilla y daba una voz—. Tenía entendido que te aguardaba un brillante futuro por delante como traductor y científico. Sin embargo, tuviste que meter las narices donde nadie te llamaba. Y ahora tendrás que pagarlo.

Theobald sabía que no tenía escapatoria, y en ese instante se arrepintió de haberse involucrado en aquel asunto que nada tenía que ver con él.

Azarmig acudió a la llamada de su jefe y, tan pronto como vio a Theobald al fondo de la cámara, se mostró tan sorprendido como disgustado. Evidentemente, aquel individuo no debería estar allí.

Wasif intercambió unas palabras con su secuaz en voz baja y le dio las instrucciones pertinentes.

—Mátalo —murmuró para concluir. A continuación, con una frialdad estremecedora, le dijo a Theobald—: Y tú, ve rezando lo que sepas. Estoy seguro de que en el cielo de los cristianos habrá un lugar reservado para ti.

Azarmig desenfundó una daga que llevaba a la cintura y comenzó a caminar con paso firme hacia él. El monje se quedó clavado en el sitio, como si tuviese los pies anclados al suelo o se los hubiesen atado con una cuerda. Las rodillas le temblaban y el pulso se le había disparado. Si nada lo impedía, la muerte le encontraría en los siguientes minutos.

Miró a su alrededor, buscando con desesperación algún objeto con que defenderse, pero no vio nada que pudiese serle de utilidad. Azarmig continuaba avanzando, por lo que Theobald fue retrocediendo lentamente hasta que su espalda tocó con la pared. Su final se hallaba más cerca que nunca.

Azarmig ya estaba a la altura del pebetero, por lo que Theobald comenzó a hablar atropelladamente para intentar salvar la vida.

—¡Azarmig, no lo hagas! ¡Wasif os ha mentido a todos! Los pergaminos son falsos y su contenido también. ¡Todo es una gran mentira!

—¡No le escuches! —intervino el anciano—. Cualquiera en su situación diría lo que fuese con tal de salvar el pellejo. ¡Acaba con él de una vez!

Azarmig se detuvo un instante, pero las palabras de Wasif disiparon enseguida sus dudas. Únicamente tres metros le separaban de Theobald...

Cuando el funesto desenlace parecía inevitable, Azarmig se detuvo súbitamente, como si hubiese pisado una trampa. Extrañado, miró hacia abajo y comprobó que una mano le había agarrado el tobillo. Desde el suelo, Uthmán había estirado el brazo y le había agarrado con firmeza. El visir había vuelto en sí, después de que los efectos del narcótico empleado por Wasif se hubiesen disipado.

Antes de que le diese tiempo a reaccionar, Uthmán le sujetó del otro pie, inmovilizándolo. Theobald comprendió que no se le presentaría una oportunidad igual y, sin pensárselo dos veces, se abalanzó sobre Azarmig y le empujó con todas sus fuerzas. El secuaz de Wasif perdió el

equilibrio y se precipitó hacia atrás agitando los brazos, yendo a caer cuan largo era sobre el pebetero encendido.

En cuestión de segundos, su túnica se prendió en llamas y se le comenzó a abrasar la piel. Entre pavorosos alaridos, Azarmig, convertido en una antorcha humana, dio unos pasos y se arrojó al suelo para intentar apagar el fuego rodando sobre sí mismo. Pero no le dio tiempo a hacerlo. Uthmán cayó sobre él y le clavó la daga que un minuto antes había empuñado el propio Azarmig.

Wasif contempló el cadáver humeante del guardián con los ojos desorbitados, sin poder dar crédito al increíble vuelco que había dado la situación. En apenas un instante, las tornas se habían invertido. El objetivo por el que había luchado durante años se había echado a perder... y todo por culpa de aquel monje entrometido que se había empeñado en demostrar la inocencia de su amigo. ¿De verdad podía haber acabado todo de forma cruel?

Mientras tanto, el visir había recuperado la daga y, tras comprobar que Azarmig ya no respiraba, señaló a Wasif con el dedo al tiempo que le fulminaba con la mirada. Luego se giró y miró a Theobald con el ceño fruncido, como preguntándose quién era y qué estaba haciendo allí.

El monje benedictino levantó las manos como pidiéndole que se calmara, y se dirigió al visir con voz alta y clara:

—Wasif asesinó al calígrafo de la Casa de la Sabiduría, y también fue el responsable de la muerte de los dos ministros del consejo. Él mismo lo ha confesado, y yo puedo atestiguarlo. Se lo contaré todo, conozco hasta el último detalle...

EPÍLOGO

Cuando Al-Mamún supo de los crímenes perpetrados por Wasif y la trama golpista que había organizado, se sintió profundamente dolido. ¿Cómo su viejo tutor, al que estimaba como a un padre, se había atrevido a conspirar contra el califato en sus propias narices? Con todo, el califa no vaciló a la hora de sentenciarle a muerte, puesto que unos delitos tan graves merecían ser castigados de la forma más severa posible.

A Wasif le decapitaron en presencia de toda la corte, sin arrepentirse lo más mínimo de todo lo que había hecho. Decepcionado y contrariado a partes iguales, murió sabiendo que su añorado imperio persa jamás resurgiría de sus cenizas.

Tras la investigación que se llevó a cabo a raíz de su detención, salieron a la luz los nombres del resto de los implicados en el complot zoroastriano, entre los que había varios consejeros, altos funcionarios de especial relevancia, e incluso el propio jefe de la *shurta*. La implicación de este último en la conspiración explicaba el especial empeño que la policía siempre había puesto en culpar a Al-Mursi del asesinato del calígrafo.

La intervención directa de Uthmán en el desmantelamiento del grupo que Wasif había creado, le sirvió para consolidar su cargo como visir y acallar para siempre las voces que siempre le habían cuestionado desde su nombramiento. La confianza que Al-Mamún tenía en el visir árabe aumentó aún más si cabía, y con el tiempo le fue concediendo mayor autonomía en la toma de decisiones.

Uthmán sirvió a los dos siguientes califas con igual grado de compromiso, aunque no siempre compartiese sus decretos.

Al-Mursi fue puesto en libertad tan pronto como quedó clara su inocencia. No obstante, su salud se había deteriorado de tal manera durante su estancia en prisión, que Fadhila tuvo que asumir las riendas del negocio mientras él se recuperaba. La primera decisión, tomada por ambos de forma conjunta, fue la de romper con Istifán la relación comercial que habían mantenido hasta la fecha. Al-Mursi ya no se fiaba de él, y Fadhila tampoco se veía trabajando con alguien que tan abiertamente la había menospreciado.

Fadhila nunca volvió a casarse, salvo con el negocio de la fabricación y venta de papel, al que se dedicaría en cuerpo y alma durante el resto de su vida, demostrando que una mujer podía ser tan buena mercader como el hombre mejor preparado. El auge del papel, junto con los avances en la elaboración de la tinta, la cola y las nuevas técnicas de encuadernación, favorecieron la producción de libros cada vez más atractivos y duraderos. Y Fadhila, que nunca temió a los cambios, supo obtener el máximo rendimiento de la naciente industria que revolucionaría para siempre el mundo de la ciencia y la cultura.

Por su parte, diversas circunstancias empujaron a Istifán a anticipar su retiro. La primera, la necesidad de mantenerse lo más alejado posible de Bagdad, después del escándalo que siguió a la desarticulación del grupo clandestino liderado por Wasif, del que él había formado parte. La segunda, la decisión de Al-Mursi de cortar lazos comerciales con él, lo cual le había dejado de repente sin trabajo. Y, por último, el cansancio que ya acumulaba, tras pasarse media vida de

caravana en caravana recorriendo todo Oriente Medio.

Istifán se recluyó en Yazd, su ciudad natal, donde llevaría una existencia tranquila hasta el final de sus días, rindiendo culto al dios zoroastriano y disfrutando de la pequeña fortuna que había logrado reunir tras una larga vida dedicada al comercio.

Asimismo, Al-Mamún mandó ejecutar a Suleimán sin dudarlo, tanto por haberle traicionado una década atrás como por haberle mantenido engañado durante todos aquellos años. Aterrado ante la inminencia de su muerte, el nubio lloró desconsolado y se desgañitó suplicando la misericordia del califa. A pesar de ello, Al-Mamún no se compadeció de él, ni siquiera como para concederle el favor de darle una muerte rápida. Así pues, el día de su ejecución, Suleimán contempló horrorizado cómo le rajaban el vientre hasta dejar a la vista tripas e intestinos, para después amputarle las extremidades, justo antes de que le cortasen la cabeza.

A Subaya, en cambio, decidió perdonarle la vida y dejarla marchar. No se vio capaz de castigarla, pese a que ella también lo había traicionado. Probablemente, en lo más hondo de su ser, Al-Mamún todavía sintiese algo por ella, lo que sacó a relucir su lado más compasivo. Además, Subaya ya había sufrido bastante, pues de alguna manera ella también había sido víctima de los manejos de Suleimán y su egoísmo exacerbado.

El reencuentro entre Subaya y su hijo fue especialmente emotivo, teniendo en cuenta que ninguno de los dos sabía con seguridad si el otro seguía o no con vida. El *barid* localizó al niño con bastante rapidez, después de que llegase a sus oídos que un maestro de escuela estaba buscando a Subaya para devolverle a su hijo.

Para entonces, Yabir ya no quiso regresar a su anterior vida de beduino. Después de haber aprendido a leer y escribir, a sumar y restar, y de haberse convertido al islam, prefería quedarse en Bagdad y seguir los pasos de Falid. En el futuro, él también deseaba convertirse en maestro de escuela. Subaya recibió la noticia con alivio. Ahora que ya no tenían necesidad de esconderse, ella tampoco deseaba regresar a la sacrificada vida que durante tanto tiempo habían llevado como nómada del desierto.

Falid recuperó su buena reputación y pudo encontrar de nuevo trabajo en un *maktab*, lo que le permitió dedicarse a la enseñanza tras lograr por fin cerrar las heridas del pasado. La relación entre Falid y Subaya atravesó por varias etapas en muy poco tiempo. Del respeto inicial se pasó al afecto, y del afecto a un amor sincero y apasionado. Yabir promovió desde el principio la unión entre ambos, siendo como era el principal interesado en que esta se produjese. Tras el enlace matrimonial, Falid adoptó formalmente a Yabir, convirtiéndose así en el padre que nunca tuvo.

El *barid* volvió a demostrar su eficacia una vez más, tras descubrir la verdadera identidad que se ocultaba bajo la cantante conocida como Mahsati. Después de aquello, Amina llegó a pensar que todo habría acabado, pero se equivocaba. Cuando Al-Mamún supo del papel que su sobrina había jugado en el descubrimiento de la conspiración zoroastriana, se lo agradeció liberándola de la obligación que tenía de casarse con Kumarag.

Aquella no fue la única buena noticia que Amina recibió. Su padre llegó a un acuerdo con ella para dejarla cantar en las fiestas que tuviesen lugar dentro de palacio. Al-Mutasim se mostró flexible porque, en primer lugar, nadie hubiese entendido que un talento como el de su hija se

hubiese desperdiciado, y en segundo, porque no podía negar que se sentía tremendamente orgulloso de ella. Desde entonces, las fiestas que Al-Mutasim dio en su propio palacio gozaron de tanto éxito, que incluso rivalizaron en popularidad con las que organizaba el mismísimo califa.

Solventadas aquellas dificultades, que Amina y Banu Musa formasen pareja y se casasen fue solo cuestión de tiempo. ¿Acaso a estas alturas alguien dudaba que aquellos jóvenes estaban hechos el uno para el otro?

Por su parte, Al-Mutasim y el príncipe Abbas participaron en varias campañas militares contra los infieles, haciendo méritos y ganándose adeptos para suceder a Al-Mamún cuando este falleciese. Ambos estaban bien posicionados y eran los dos únicos candidatos que tenían verdaderas posibilidades de conseguirlo.

De hecho, el destino le tendría reservado aquel privilegio tan solo a uno de los dos.

Abu Haidar se marchó de la corte como había prometido, para vivir en un lugar alejado de los placeres mundanos, dedicado a escribir las composiciones que le nacían del alma sin atender a las modas del momento, y por las que ya no cobraba ni un solo dírham. El poeta se ganó un gran respeto llevando una vida ascética y apartada, y atrajo a varios estudiantes a los que gustosamente transmitió sus conocimientos.

Sus poemas más celebrados se continuaron recitando en multitud de actos públicos y privados, y pervivieron en la memoria del pueblo hasta mucho después de su muerte.

Ahmad ibn Hanbal fue finalmente desterrado de Bagdad después de negarse repetidas veces a jurar la doctrina mutazilita a pesar del encarcelamiento y los azotes. Durante su ausencia de la capital del imperio islámico, aprovechó para viajar y recolectar numerosos *hadices* por todo Oriente Medio, con los que conformó una inmensa enciclopedia de los dichos del Profeta.

Abdalmalik se contó siempre entre sus seguidores más cercanos. Nunca se separó de su lado y se encargó de protegerle allá donde fuese.

Cuando Theobald pisó por vez primera tierras musulmanas, jamás pensó que se pasaría allí el resto de sus días, pero así fue. La felicidad, como él la entendía, se hallaba en Bagdad, y en ningún momento se planteó regresar a la Europa cristiana que en el campo de la ciencia tenía tan poco que ofrecerle. Su sueño hecho realidad consistía en acudir a diario a la Casa de la Sabiduría, donde compartía el privilegio de poder discutir los avances científicos con las mentes más brillantes de su tiempo.

El monje benedictino tuvo siempre trabajo de sobra. Participó en la traducción de más de un centenar de obras y también escribió las suyas propias, que versaron sobre astronomía y teología principalmente. Y, en algunas ocasiones, acompañó a Hunayn en los viajes que este emprendió a Siria o Egipto, en busca de manuscritos clásicos que todavía les faltasen en sus estantes.

Theobald conservó la amistad de Banu Musa durante toda su vida, así como la de Al-Mursi y la de Fadhila. Cuando se reunían, solían recordar con frecuencia aquellas frenéticas semanas en

las que el monje había abordado la investigación del asesinato de Khalid, sin ser consciente de dónde se metía ni del peligro que entrañaba. Eso sí, su valentía se vio recompensada. Poco después de que aquellos hechos tuviesen lugar, el mismísimo Al-Mamún recibió al monje en su palacio para agradecerle personalmente lo que había hecho, y hacerle entrega de una generosa suma de dinero que Theobald empleó en saldar la deuda que mantenía con la abadía de Canterbury.

La gratitud de Al-Mamún estaba más que justificada. Después de todo, Theobald había destapado una trama que podía haber provocado un cisma en el islam, y, posiblemente, una guerra de imprevisibles consecuencias.

NOTA DEL AUTOR

En el año 833 de la era cristiana, Al-Mamún comandó una nueva incursión contra los bizantinos, firmemente decidido a ampliar las fronteras del imperio. Desafortunadamente para él, enfermó durante el camino y murió de forma repentina a la edad de cuarenta y seis años.

Para entonces, su hijo Abbas ya era un hombre adulto que gozaba de una acreditada experiencia militar en las guerras contra los infieles, pero como Al-Mamún no había tomado ninguna disposición específica respecto de su sucesión, su hermano Al-Mutasim actuó con rapidez y maniobró para ser nombrado califa, aprovechando que el príncipe Abbas se hallaba en campaña en otro lugar de la frontera.

El príncipe Abbas pudo haberse opuesto a su nombramiento, pues contaba con el apoyo de numerosos militares del ejército, que desconfiaban de la creciente dependencia que el nuevo califa tenía de sus soldados de origen turco. Pese a todo, finalmente juró lealtad a su tío, porque de lo contrario se habría desatado una guerra civil que tampoco deseaba.

Al-Mamún pasaría a la historia como el califa bajo cuyo mandato se viviría la época de mayor esplendor de la ciencia y el saber árabes de todos los tiempos.

Algunos años después, con el conocimiento de Abbas, un general afín a él encabezó una conspiración para asesinar al Al-Mutasim. No obstante, esta fue descubierta y todos los que formaron parte de ella fueron ejecutados. El propio príncipe Abbas fue arrestado y murió encarcelado en el año 838.

Debido a la hostilidad de la población local hacia los soldados turcos, Al-Mutasim trasladó la capital de Bagdad a Samarra, que se mantendría como sede oficial del califato hasta el año 892. De Al-Mutasim, que daría continuidad a muchas de las políticas iniciadas por su hermano, descenderían todos los califas abasíes subsiguientes.

A largo plazo, la introducción de la costumbre iniciada por Al-Mutasim de incorporar al ejército soldados turcos procedentes de Asia Central, resultó fatal para el califato. La razón es que algunos de sus oficiales llegaron a acumular tanto poder, que acabarían poniendo y quitando califas a su antojo, manejándoles como marionetas que únicamente interpretaban el papel de representantes religiosos.

A partir del siglo x se inició el fraccionamiento y la progresiva desintegración del imperio islámico. Numerosas provincias reclamaron su autonomía y se constituyeron en emiratos independientes que escapaban al poder de Bagdad. Se proclamaron incluso dos nuevos califatos, que coexistieron en el tiempo con el que ostentaban los soberanos de la dinastía abasí: el califato omeya de Córdoba, en Al-Ándalus, y el califato fatimí —llamado así porque sus gobernantes decían descender de Fátima, hija de Mahoma—, en Egipto.

La destrucción definitiva del califato abasí tendría lugar en el año 1258, cuando los mongoles, capitaneados por Hulagu, nieto del temible Gengis Kan, conquistaron Bagdad y ejecutaron al último califa de aquella histórica dinastía. Dicho acontecimiento marcaría el fin de la unidad del mundo musulmán bajo el mando de un único soberano.

La Casa de la Sabiduría, con sus bibliotecas, observatorios, aulas de enseñanza y demás dependencias, no solo fue un centro de traducción, sino también de grandes avances científicos, en el que se dieron cita los cerebros más sobresalientes de la época para intercambiar ideas y elaborar nuevas teorías. Aquella incomparable cuna de erudición sirvió de inspiración para la construcción de bibliotecas y universidades a lo largo de todo el mundo islámico.

Entre los eruditos más célebres de la Casa de la Sabiduría se encontraban los hermanos Banu Musa, autores de una veintena de libros, entre los que se incluían tratados de geometría, astronomía y matemáticas. Si bien, han pasado a la historia por su libro de los dispositivos ingeniosos. Esta obra se haría muy popular en el mundo medieval, y en ella se describían numerosos autómatas, entre los cuales, según algunos especialistas actuales, estaría el primer robot de la historia.

Los hermanos Banu Musa también participaron en el audaz encargo de Al-Mamún, que perseguía conocer con exactitud la longitud de la circunferencia de la Tierra. En aquel momento, ninguno de sus protagonistas pudo haberse imaginado lo cerca que estuvieron de la cifra exacta, lo que supone un logro extraordinario teniendo en cuenta lo rudimentario de los instrumentos de la época. La cifra de 40.248 kilómetros que ellos calcularon, se encuentra muy cerca de los 40.068 kilómetros determinados por la ciencia moderna.

Asimismo, Hunayn ibn Ishaq fue el traductor más prolífico de su época, reconocido especialmente por implantar un nuevo sistema de traducción, en el que se priorizaba el sentido sobre la forma, frente al método tradicional, consistente en traducir palabra por palabra.

La doctrina mutazilita impuesta por Al-Mamún fue respaldada por sus dos inmediatos sucesores (Al-Mutasim y Al-Watik), hasta que Al-Mutawakkil la revocó en el año 848 en favor del islam tradicional. Y es que el hecho de que dicha doctrina se impusiese de forma coercitiva le restó mucha popularidad entre los fieles musulmanes.

Ahmad ibn Hanbal, tras ser desterrado, se mantuvo firme en su rechazo al mutazilismo durante toda su vigencia, y no pudo regresar hasta que la doctrina de corte racionalista fue definitivamente abolida. La escuela de jurisprudencia hanbalí, la más conservadora de las cuatro corrientes de la ley islámica ortodoxa, le debe su nombre como fundador de la misma. Los historiadores afirman que al funeral de Hanbal asistieron ochocientos mil hombres y sesenta mil mujeres, y que veinte mil cristianos y judíos se convirtieron al islam ese día.

Actualmente existen diversos movimientos que, inspirándose en la doctrina mutazilita, abogan por un islam más racional y progresista, dentro del cual, por ejemplo, las mujeres podrían elegir si llevar velo o no, o incluso convertirse en imanes de una mezquita. No obstante, este nuevo movimiento aún se encuentra lejos de estar estructurado o de constituir una escuela organizada de teología islámica.

En los siglos posteriores a la caída del califato abasí, surgieron otros imperios musulmanes a lo largo de la historia. Entre los siglos XIV y XVI cabe destacar el imperio de Malí. Y en torno al siglo XVIII, el imperio otomano, el safaví y el mogol. Para el siglo XIX, sin embargo, estos

imperios habían caído bajo la dominación política y económica de Europa.

Hoy en día el islam es la segunda religión más extendida del mundo, solo por detrás del cristianismo. Sus 1.800 millones de fieles suponen el 24% de la población mundial. Se trata, además, de la religión que más rápido crece de todo el planeta. El número de musulmanes aumentó de 200 millones en el año 1900 a 550 en 1970, y se triplicó hasta alcanzar los 1.600 millones en 2010. Se estima que para el año 2050 habrá igualado al cristianismo en número de seguidores.

Aproximadamente el 90% de los musulmanes son suníes y el 10% chiíes. La rama jariyí tan solo sobrevive en Omán, y se considera prácticamente extinta en el resto del mundo islámico. El sufismo no es una rama en sí misma, sino la denominada corriente mística del islam, que siguen diferentes órdenes y cofradías tanto suníes como chiíes.

Uno de los dogmas fundamentales del islam establece que el Corán es literalmente la palabra de Dios revelada a Mahoma, que primero fue memorizada por algunos de sus seguidores para más tarde ser puesta por escrito después de su muerte. Como tal dogma de fe, los musulmanes creen que el Corán ha llegado hasta nosotros como un texto perfecto, auténtico, eterno e inmutable, especialmente preservado por Alá.

Sin embargo, de las investigaciones realizadas a partir de la segunda mitad del siglo xx, mediante la aplicación de métodos historiográficos y análisis pluridisciplinarios, se desprende que el texto del Corán se fue elaborando y puliendo a lo largo de más de doscientos años, durante cuyo proceso desaparecieron partes de algunos capítulos o se omitieron determinados versículos, y también fue objeto de manipulación por los teólogos de los primeros califas, que alteraron su literalidad y su significación para favorecer sus intereses. En base a algunos estudios codicológicos del Corán, algunos expertos sostienen que en su redacción intervinieron como mínimo treinta autores distintos.

El zoroastrismo, la religión revelada de mayor antigüedad de la historia, ha pervivido hasta nuestros días debido fundamentalmente a la comunidad parsi. Los parsis son los descendientes de los persas que entre los siglos vii y x emigraron a la India para escapar de la persecución religiosa de los invasores musulmanes. Dicha comunidad habita en el oeste de la India, sobre todo en la ciudad de Bombay.

De los ciento veinte mil fieles zoroastrianos que se estiman en todo el globo, la mayoría de ellos se encuentran en la India e Irán. Aunque también pueden hallarse pequeñas comunidades en numerosos países del mundo, como Estados Unidos, Gran Bretaña, Canadá y Australia. Fredy Mercury, el popular vocalista de Queen, era de origen parsi, y su funeral fue oficiado por un sacerdote zoroastriano conforme a las creencias de su familia.

Hasta no hace mucho tiempo, solía enseñarse que la caída del imperio romano en el siglo v marcaría el inicio de un periodo de oscuridad cultural e intelectual conocido como “Edad oscura”, y que finalizaría de forma repentina con la llegada del Renacimiento, cimentado únicamente sobre los pilares de la gloriosa cultura clásica.

Nada más lejos de la realidad.

La irrupción del Renacimiento no hubiese sido posible sin la previa intervención del mundo

islámico en la recuperación de las obras clásicas de la Antigüedad, que de no haberse traducido al árabe se habrían perdido para siempre. De hecho, de algunas de dichas obras tan solo se conservan las traducciones árabes, por cuanto los originales se extraviaron en las brumas del tiempo.

Pero durante la Edad de Oro del islam, los árabes no solo tradujeron las obras de Platón, Aristóteles, Euclides, Hipócrates, Ptolomeo o Galeno, sino que además sistematizaron y ampliaron el legado clásico, avanzando significativamente en el conocimiento heredado, hasta el punto de que algunos especialistas consideran a los eruditos musulmanes como los fundadores de la ciencia moderna, por el enfoque empírico y experimental con que abordaron el estudio de las más variadas disciplinas.

Las contribuciones del mundo islámico al desarrollo de la ciencia y la tecnología abarcaron casi todas las materias conocidas: matemáticas, medicina, astronomía, química, filosofía, agricultura, zoología, y un largo etcétera. Sin duda, los eruditos, poetas, comerciantes y artesanos que configuraron la Edad de Oro del islam crearon una cultura única e irrepetible que influiría de forma determinante en las sociedades futuras de los cinco continentes.

AGRADECIMIENTOS

A mi familia y amigos por su constante apoyo.

A mis lectores “beta”: Domingo, Loren y Pablo “Brother” Los primeros en asomarse al manuscrito y darme a conocer su opinión. También a Mónica, mi habitual correctora, por su espléndida labor.

Tampoco me quiero olvidar de los blogs de literatura que abundan en la red, y que tanto hacen por la difusión de los libros y la lectura. De un modo u otro, todos contribuyen con su grano de arena.

Y, a ti, estimado lector. Tú haces posible que la historia que yo concebí cobre vida ante tus ojos e imaginación. Gracias de todo corazón por estar al otro lado.

Si te ha gustado, te agradecería mucho que me dejases tu valoración en Amazon. Con ese pequeño gesto otros lectores podrían conocer tu opinión, y quizás a través de ella se animen a conocer mi obra. ¡Gracias!

[Haz click aquí para escribir un comentario si compraste el ebook en Amazon España](#)

[Haz click aquí para escribir un comentario si compraste el ebook en Amazon.com](#)

DESCARGA EBOOK DE REGALO



NOVELA HISTÓRICA

Por tiempo limitado hazte con una copia gratis de «La canción del bosquimano», novela corta acerca de los pueblos del África austral que habitaban el desierto del Kalahari.

amazonkindle

Descargar desde la página del autor:

<http://josevicentealfaro.com/>

Otras obras del autor:

EL MISIONERO DE NUEVA GUINEA

*"Canibalismo. Mutilaciones rituales. Y la
presunta existencia de unas misteriosas criaturas
que se ocultaban en la profundidad de la selva"*



[EL MISIONERO DE NUEVA GUINEA, pulsa aquí](#)

OTRAS OBRAS DEL AUTOR

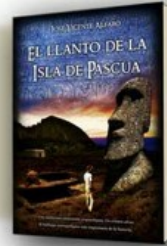


LA ESPERANZA DEL TÍBET

*“Una historia conmovedora,
cargada de misticismo y enseñanzas,
que te enganchará
hasta la última página”*

EL LLANTO DE LA ISLA DE PASCUA

*“Sumérgete en una enigmática
aventura con trazos históricos
y atrevete a descubrir el secreto
mejor guardado de la isla”*



EL ÚLTIMO ANASAZI

*“Vive una extraordinaria aventura
e imprégnete del sabio legado que
los antiguos nativos americanos
dejaron tras de sí”*

[LA ESPERANZA DEL TÍBET, pulsa aquí](#)
[EL LLANTO DE LA ISLA DE PASCUA, pulsa aquí](#)
[EL ÚLTIMO ANASAZI, pulsa aquí](#)

OTRAS OBRAS DEL AUTOR

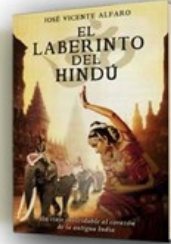


BAJO EL CIELO DE LOS CELTAS

“Descubre la fascinante cultura celta a través de una trepidante novela cargada de acción, suspense y pasiones encendidas”

EL LABERINTO DEL HINDÚ

“Adéntrate en la antigua India, en una historia repleta de aventuras e intrigas palaciegas”



EL SUEÑO DE CRETA

“Amor, intriga y mitología confluyen en la presente novela, situada en el marco histórico de la espléndida civilización minoica”

[BAJO EL CIELO DE LOS CELTAS, pulsa aquí](#)

[EL LABERINTO DEL HINDÚ, pulsa aquí](#)

[EL SUEÑO DE CRETA, pulsa aquí](#)

Notas

[← 1]

Tradicional saludo musulmán que significa: “Que Dios te dé protección y seguridad”.

[← 2]

Frente a los idólatras, politeístas o ateos, que eran perseguidos por sus creencias contrarias a la fe mahometana, los *dhimmi* o “gentes del libro” eran los cristianos y judíos que residían en territorio musulmán, que al profesar una religión abrahámica o monoteísta como también lo era el islam, gozaban de un estatus especial que les permitía practicar su religión y conservar muchas de sus leyes, a cambio de satisfacer un determinado impuesto.

[← 3]

El zoroastrismo se formó en torno al 1400 a. C. en la región noroeste de Irán, y con el tiempo llegó a convertirse en la religión oficial del imperio persa. Se denomina así por su profeta Zoroastro, o Zaratustra. Al zoroastrismo **también** se le conoce como mazdeísmo debido al nombre de su dios, Mazda, considerado como el dios único, creador del mundo.

[← 4]

El *djinn* o genio es una criatura sobrenatural perteneciente a la mitología semítica, a la que ya se adoraba en tiempos preislámicos. El Corán recoge que constituye la tercera clase de seres creados por Alá, junto a los hombres y a los ángeles. Aunque por lo general son invisibles, los genios pueden adoptar diversas formas y comparten el mundo físico con los seres humanos.

[← 5]

Los cristianos nestorianos seguían la doctrina promulgada por Nestorio, obispo de Constantinopla, que proclamaba que en Jesucristo convivían dos naturalezas distintas, la divina y la humana, en contraposición a la interpretación tradicional en la que el llamado Mesías era considerado como un único ser. Nestorio, además, defendía que la Virgen María era la madre de Cristo, pero no la madre de Dios, como consecuencia de la dualidad antes referida.

[← 6]

El término *hadiz* designa toda narración o relato referido al profeta Mahoma, sobre lo que este hizo o enseñó, y que la tradición islámica considera normativa complementaria allá donde el Corán no aporta una respuesta explícita. Los *hadices* son el pilar fundamental de la *Sunna*, la segunda fuente de la ley musulmana después del Corán. Juntos, el Corán y la *Sunna*, proporcionan las normas y regulaciones que rigen la vida cotidiana de los musulmanes.

[← 7]

Los términos “guarismo” y “algoritmo” que forman parte de nuestra lengua, provienen directamente del nombre de este ilustre matemático.

[← 8]

Al-Jahiz, en su obra titulada *El libro de los animales* (*Kitab al-Hayawan*), ya esbozaba mil años antes que Darwin la teoría de la selección natural.

[← 9]

En el islam, la alquibla define la dirección de La Meca, hacia la que los fieles deben dirigirse cuando llevan a cabo sus rezos. En las mezquitas, el lugar que indica la orientación de la alquibla se denomina *mihrab*.

[← 10]

En la sura 71 del Corán se dice lo siguiente: “¿Es que no veis cómo Alá creó siete cielos uno sobre otro y puso en ellos una luna a modo de luz y un sol a modo de lámpara, y os originó a partir de la tierra, cual plantas? Luego os hará regresar a ella y os hará salir de nuevo. Alá os ha puesto la *tierra extendida* para que en ella recorrierais amplios caminos.”

[← 11]

Escuela pública primaria destinada a los menores de entre cinco y diez años y en la que se ofrecía una educación elemental, que comprendía la enseñanza del Corán, además de aprender a leer y escribir en lengua árabe.

[← 12]

Libro de mecanismos ingeniosos.

[← 13]

Término con que los musulmanes se referían a los herejes, ateos y librepensadores, que no cumplen los dogmas del islam. A los declarados culpables se les castigaba con la muerte.

[← 14]

Históricamente, los grupos minoritarios dentro del islam, como los chiíes o los jariyíes, han recurrido con frecuencia a la *taqiyya* como modo de proteger su integridad frente a la imposición del sunismo mayoritario.

[← 15]

Elemento característico de la arquitectura islámica, consistente en un espacio abovedado confinado entre tres paredes, estando la cuarta pared completamente abierta al exterior, que suele dar a un patio central.